



LA VIDA REAL NO ES UNA
NOVELA TURCA

CONCEPCIÓN MARÍN ALBESA

LA VIDA REAL NO ES UNA NOVELA TURCA

CONCEPCIÓN MARÍN ALBESA

2023

No podía creer que estuviese a punto de materializarse el principio de aquello por lo que tanto se esforzó. Y lo más milagroso fue a los pocos días de licenciarse. Claro que, sus excelentes credenciales la avalaron. Pocos debieron postularse con sus calificaciones.

Nerviosa llamó al timbre de la enorme cerca.

El portero abrió a los pocos segundos y se presentó.

—Soy la nueva chef.

—La esperábamos. Bienvenida, señorita Durmaz. Al final del edificio está la cocina —le indicó le hombre.

Aylin se encaminó hacia el lugar indicado pensando que ese 15 de Enero quedaría marcado para siempre en su memoria como excepcional.

Inspiró hondo y abrió la puerta de color rojo. No era la cocina. Se trataba del estudio de rodaje. El corazón se le detuvo al ver en acción a los actores más famosos del momento. Y pensó en cómo se emocionaría su madre al contarle que los vio en persona y no a través de una pantalla. Aunque, también se decepcionaría al contarle que las escenas románticas de su pareja preferida distaban mucho de serlo. Decenas de trabajadores se movían a su alrededor y rompían el encanto de ese romance que a todos hacía soñar y que creían real.

—¿Qué hace aquí? —le susurró un joven.

—Busco la cocina. Soy la nueva chef.

—Está al doblar la esquina. La puerta azul. Salga y sin hacer ruido, por favor. Y...

—¡Corten!

El grito del director los sobresaltó.

—¡Maldita sea, Leyla! Ya sé que estás cansada y que te sientes poco motivada. Pero eres actriz. Y estás considerada de las mejores. ¡Por Dios! ¿Es qué no puedes mostrar un poquito más de emoción? ¡Repitamos! ¡A ver si podemos terminar de una puñetera vez! ¡Acción!

—La mañana no sale cómo se esperaba. Leyla tiene uno de esos días insufribles. La verdad es que es insoportable casi siempre. Si la gente supiera como es la dejarían caer del pedestal. Pero ante la cámara se transforma y parece un angelito. ¡En fin! Por favor, tiene que irse. Nadie ajeno a la producción puede estar aquí —le susurró el muchacho.

Aylin obedeció, pero caminó con lentitud, observando el plató. Nada parecido a la realidad que se mostraba en las pantallas. La hermosa mansión o paisaje no existían. Se implantaban en la posproducción en el croma azul que se encontraba tras los actores; y estos, en lugar de mostrar emoción en las pausas, sus rostros reflejaban apatía o cansancio.

El regidor, desde el fondo del estudio, le indicó con la mano que se fuese de una vez. Salió y se encaminó al lugar indicado. Espero no errar de

nuevo al abrir la puerta.

—Buenos días —dijo aliviada al ver la cocina.

—¿Tú eres la nueva chef? —preguntó un tipo orondo y de faz atocinada mirándola sin la menor expresión de simpatía. No podía creer que la dirección escogiera a una chiquilla como su jefa. No duraría ni una semana en un lugar como aquel.

—Sí. Aylin Durmaz.

—Yo soy Yussuf, de oficio pastelero. Aunque, no puedo lucirme. En esta profesión apenas toman algo dulce. Así se les agria el carácter a la mayoría. Me paso las horas horneando pan integral, asados insulsos y preparando ensaladas. Claro que, ya sabrás de qué pie calzan si te han dado el puesto. ¿No?

—Sí. Me han informado de todo.

—Ya. Aunque, por lo que aprecio, tú no te aplicas el cuento. Tienes sobrepeso, cielo. Pero no te preocupes. No estarás en primera línea o de lo contrario jamás hubieses pisado estas cocinas. En esta industria se valora más la imagen que el talento.

Aylin no podía creer lo que escuchaba. Ese tipo era un grosero.

—¿Sobrepeso dice? Mi índice de masa según la OMS es normal —musitó perpleja.

Yussuf la miró de arriba hacia abajo sin el menor decoro.

—Cariño. Esas medidas han quedado caducas para esta industria. La moda dicta otras cantidades. Actualmente te sobran varios kilos. Deberías hacer dieta para quitarte esas curvas tan pronunciadas. No son elegantes. ¡Ah! Y mucho gimnasio.

—¿Dice que soy vulgar? —susurró ella, incrédula ante la desfachatez de ese tipo.

—Querida. No te ofendo. Si te digo todo esto es por tu bien. Ahora te moverás en un círculo muy selectivo. El aspecto lo es todo. Por aquí pasan las estrellas más rutilantes del panorama televisivo. Hay que estar a la altura y tú con esos pantalones anchos, ese suéter del que te sobran dos tallas... Muy mal. Tienes que mejorar, querida. ¿Comprendes?

La ira de Aylin tomó forma y le espetó:

—¿Y qué hay de la tuya? Calculando por encima, diría que rondas los cien kilos o más. ¿Qué tienes que decir a eso?

El hizo un gesto desdeñoso.

—¡Oh! Es distinto. Soy cincuentón, hombre y cocinero. Todo se me disculpa. Pero tú... Mira, nena. Tú eres joven y mujer. Tienes que demostrar lo que vales. Aunque, con ese aspecto poco agraciado, vestida al igual que una desarrapada y esos lentes pasados de moda te será difícil. Por mucho que intentes arreglarlo, cualquier estilista lo tendría complicado. Aunque, pensándolo bien, sería un gran reto que lo animaría.

Aylin apartó el sentimiento de depresión que estaba a punto de invadirla y lo miró ceñuda.

—El reto lo tendréis vosotros si no comenzáis a cocinar. Hace diez minutos que tendríamos que ponernos a ello. ¿Puedes decirme dónde está el resto de empleados? –siseó.

—Deduzco que curioseando en el plató. Hoy ha comenzado a trabajar Serdar Tilbe. ¡Ay, cielo! Es una leyenda viva. Un actor colosal. ¿No te parece? Deberíamos ir nosotros también a echar una ojeada. Al fin y al cabo, tampoco tenemos muchas elaboraciones complicadas. Las haremos en un periquete. Todo tan sano que da asco. ¡Pero es lo que hay!

Aylin resopló.

—¿Pretendes que el primer día ya me salte las condiciones laborales? Estoy aquí para que la alimentación esté elaborada con minuciosidad; pues tengo entendido que hasta ahora la calidad no era precisamente elogiada. De ahí que venga al rescate.

—¡Uy, niña! Me parece que te tomas esto con demasiada responsabilidad. Si al fin y al cabo tenemos que preparar ensaladas, caldos, carnes y pescados al horno o al vapor. No hay ningún misterio. Si has pensado que aquí podrás lucir tus dotes culinarias has errado. Cómo he dicho, aquí impera lo saludable.

—La gente ha perdido la noción de lo que es realmente saludable –protestó Aylin colocándose el delantal.

—Y de lo que alegra el estómago y el alma, preciosa. Está claro que tú no lo ignoras. A la vista está –insistió Yussuf.

Ella cogió un enorme cuchillo, lo balanceó ante el cocinero y echó chispas por sus ojos del color de los topacios, masculló:

—A partir de este momento para ti soy tú superior. Por lo que te dirigirás a mí de usted y con la categoría de chef, y responderás con un sí o un no, chef. ¿Te ha quedado este concepto suficientemente claro, Yussuf? Porque si no es así, te aseguro que a pesar de lo que piensas, me han contratado por mi excelente currículum y no por mi apariencia. Confían tanto

en mi habilidad que me han dado manga ancha para organizar esta cocina. ¿Y sabes qué? ¿No? Pues también sobre los empleados. Yo decido si os quedáis o no, y si vuelves a pasarte un pelo comentando algún aspecto de mí físico o me faltas al respeto, juro que mañana no vuelves a pisar este lugar. ¿Entendido?

Él tragó saliva. Subestimó a esa muchachita diminuta. La gordita tenía arrestos.

—Sí, chef.

Ella sonrió satisfecha al ver su cara grasienta tornarse blanquecina.

—Así me gusta. Serás educado y estarás dispuesto a realizar la labor con la exigencia y perfección que exigiré, al igual que tus compañeros. ¿Verdad, Yussuf?

—Sí, chef.

—¡Perfecto! Ahora ve a por los otros y adviérteles lo que hay. O colaboran o a la calle. No podemos perder más tiempo en explicaciones que deberían ser ya sabidas.

En cuando Yussuf salió a toda prisa se miró en el espejo. ¿De verdad ofrecía un aspecto tan patético? La verdad, nunca se molestó en fijarse demasiado en ello. El tiempo lo empleó en estudiar lo máximo posible. Se esforzó en la inteligencia y en sus habilidades innatas al carecer de esa belleza que ahora se le requería a una mujer. Lo consideró un trabajo absurdo porque jamás obtendría un resultado distinto. Era cómo era y la opinión de los otros nunca le importó. Ni tampoco, a pesar de la actitud humillante de Yussuf, le importaría ahora a pesar de estar rodeada de mujeres deseadas por medio mundo. Su imagen, horrible según la opinión del cocinero, no era espantosa. Era corriente al igual que el noventa y nueve por ciento de las mujeres del mundo que mantenían el aspecto físico natural y no modificado por el bisturí. No existía razón para deprimirse.

—Aylin deja de divagar con estupideces y ponte a la faena. ¡Venga! —musitó.

Abrió la carpeta, extrajo el folio del menú y comprobó que no faltara ningún ingrediente.

—Perfecto.

—Chef. Ya estamos todos —le anunció Yussuf.

Aylin alzó la mirada. Bajo su mando estarían seis empleados más. Dos mujeres de mediana edad, tres hombres ya bastante maduros y un aprendiz recién salido de la escuela. Comprendió que le sería dificultoso

implantar un nuevo sistema de trabajo. No obstante, ella mandaba y se haría según su criterio.

—Buenos días –los saludó.

—Bienvenida, chef –respondieron sus subordinados.

Aylin vio en sus rostros la desconfianza. No le extrañó. Gente de su edad debería estar bajo el mando una joven que terminaba de cumplir los veinte. Debió parecerles vejatorio. De todos modos, no se achantó. Se aclaró la garganta y dijo:

—Me llamo Aylin Durmaz.

Yussuf le presentó a sus compañeros y la labor que realizaban.

—Me honra que cocineros tan experimentados como vosotros vayan a trabajar bajo mis órdenes. Espero que lo hagamos con el máximo rigor y también de cordialidad. Sabed que me gusta el orden, la puntualidad, la pulcritud, pero en absoluto los conflictos. Por ello, si doy una orden confío que será cumplida. No obstante, estoy abierta a las sugerencias. Y dicho esto, pongámonos manos a la obra. Ya llevamos varios minutos de retraso. ¿De acuerdo?

Dio las instrucciones y cada uno se afanó en realizar la tarea designada.

Era la mujer ideal para cualquier hombre que adorase la estética. Rostro perfecto, rubia natural, ojos verdes, labios turgentes y un cuerpo escandaloso y cómo excepción, también aportaba un toque de inteligencia. Sin embargo, en cuanto se la presentó a *Müdür, sus ojos y movimiento corporal mostraron discrepancia; tornándose ésta en desagrado al intentar ella acariciarlo dedicándole uno de sus característicos gruñidos de enemistad.

Hakan, a los pocos días, cortó la relación con la modelo más cotizada del momento. Al igual que su adorado perro comprendió que no era la adecuada.

—Está visto que no tengo ojo para mis conquistas. Sin embargo, tú sí ves a la primera si me convienen o no. Pero hay una duda que me corroe y es que no se si algún día darás tú aprobación a alguna. Porque hasta el momento no te ha agradado ninguna de mis chicas. Me temo que todo es cuestión de celos. Quieres tenerme en exclusiva. Y eso, amigo mío, no es posible. ¿Lo entiendes?

El perro ladró una vez para negarlo.

—¡Vaya! ¿No? Pues, tendrás que demostrarlo. Aunque, temo que será difícil. Yo también soy exigente en cuestiones sentimentales. No me conformo con cualquier mujer. Tiene que ser muy, muy especial. ¿No te parece?

Müdür volvió a ladrar.

Su dueño se levantó.

—Dejaremos esta conversación para más tarde. Tengo que irme. Ya sabes cómo es mi hermana. La persona más puntual de mundo. Si me paso tan sólo un minuto me aguardará una enorme bronca. Aunque, hoy la tendré de todos modos cuándo vea que no llevo compañía.

*Jefe

No erró.

—¿Vienes solo? ¿Es qué ya concluiste con la maravillosa Sabriye? Hermano. Ni una te dura más allá de unas semanas. No sé qué buscas. Bueno, sí. Imagino que la perfección. Sin embargo, por mucho que te empeñes no la hallarás. No existe. La usas como una mera excusa para no comprometerte. Cielo. ¿Cuándo sentarás la cabeza?

—Ya sabes cuándo.

—¿Bromeas?

—En absoluto.

—¡Por Dios! Hiciste una promesa absurda.

—Soy hombre de palabra.

—¿De qué promesa habláis? —intervino Basir, el marido de Sema.

—Mi excéntrico hermano dijo que jamás se casaría a no ser que su estimada mascota estuviese de acuerdo —le aclaró ella.

—¿Y sigues manteniéndola, cuñado? —inquirió Basir con tono de chanza.

Por supuesto que Hakan no pensaba tal idiotez. Pero decidió seguir la broma y dijo:

—Así es.

—¿Lo dices de verdad? Pues me da la sensación de que nos tomas el pelo.

—No, amor. No se burla. Según él, Mūdūr es capaz de distinguir que mujer es la ideal para ser su esposa —aseguró Sema.

—¿Ah, pero piensas casarte? —inquirió escéptico, Basir.

—Que disfrute de la vida en estos momentos no significa que no desee formar mi propia familia. Y esa decisión no se puede tomar a la ligera.

—Y esa responsabilidad recae en un perro. ¡Increíble!

—Búrlate, querido. Pero te aseguro que conozco a mí hermano y si ha tomado esa decisión, así será. Porque según su teoría consideró, con el tiempo, que la promesa era una completa memez. No obstante, se dio cuenta de que Mūdūr siempre acertó en descartar a sus conquistas.

—Porque a pesar de su intención su subconsciente le dice que no quiere atarse a nadie y echa la culpa al pobre perro. Por lo tanto, no culminará ese juramento y seguirá comportándose al igual que un Don Juan —argumentó él.

—Pues, te equivocas por completo —aseguró Hakan.

—Bien. Acepto estar equivocado. Pero, ¿que ocurrirá con la elección? ¿Te casarás sea cuál sea la mujer? ¿Seguro? ¿Has caído en ello?

Hakan se sirvió una copa de ginebra, simuló recapacitar y la hizo rodar entre los dedos.

—Hombre, hay ciertos límites; cómo es natural. Si elige a una anciana, a alguien enfermo o a una cría, por supuesto que no.

—Lo que nos da un amplio abanico de posibilidades. Alguien que abandonó recientemente la adolescencia, una madurita, un adefesio... Imagina cualquier escenario. Por esa causa dudo que tal cómo eres veamos realizar esta extravagancia.

Hakan juntó las cejas en un gesto de enfado.

—¿Y cómo soy? ¿Qué dice el psicólogo?

Basir tomó un sobro de té y tras dejar la taza, dijo:

—Puedo decir que eres inteligente, perfeccionista, noble, responsable y exigente contigo mismo, al igual que con los que te rodean; que no soportas la mediocridad, ni las adulaciones, ni las mentiras. Tampoco la falta de estética. Te gusta rodearte de belleza. Por otro lado, los demás ven en ti a un hombre frío, calculador y ambicioso. Y se equivocan, porque ocultas tú verdadera naturaleza sensible y generosa. En resumen, eres un buen tipo.

—¡Vaya por Dios! ¿Así que soy un angelito? —se burló Hakan.

—Basir dice la verdad. Te conozco muy bien y sé que bajo esa coraza dura e impenetrable late un corazón bondadoso, sensible y lleno de amor. No obstante, te da miedo mostrar tú fragilidad emocional; sobre todo por el ambiente en el que te mueves —reafirmó Sema.

—Ya no soy ese niño. He cambiado. Sería más acertado decir que la vida ha sido el artífice. Esas sensiblerías han quedado atrás o jamás habría llegado donde estoy.

—Lo que tú digas. ¡En fin! Espero que esta locura no se lleve a término o vaticino un desastre.

—¿Cómo qué no? Él hizo una promesa y si tenemos en cuenta su personalidad, la cumplirá. ¿No es así, cuñado?

Sema le lanzó una mirada iracunda.

—Basir. ¿Has perdido la cordura?

—Querida, hay que abandonarla de vez en cuando. Y al no ser yo, me divertirá ver cómo termina esto. Incluso podemos apostar. ¿Qué te parece?

—Como terapeuta lo que deberías hacer es convencerlo de que se olvide del asunto y no fomentar su memez. ¡Dejar en manos de un can el futuro de uno! ¡Absurdo! —le recriminó Sema.

—Hermanita. Puedo asegurar, a pesar de parecer paranoico, que ni una sola vez Mūdūr erró.

—¡Pero si nunca ha dejado que, aparte de mamá o de mi se le acerque otra mujer! —apuntilló ella.

—No mientas. Mi perro es cariñoso y amable con todo el mundo. Aunque, en algo tenéis razón. Nunca permite que lo toquen las mujeres con las que me relaciono sentimentalmente o desconocidas jóvenes. Si les gruñe es por la simple razón de que ve en ellas algo extraño.

—En eso debo darle la razón. Se ha estudiado a fondo que los animales, en especial los perros, pueden intuir cu una persona no es lo que digamos agradable o cariñosa con ellos —apuntilló Basir.

—No te lo rebatiré. Sin embargo, dudo mucho que todos estos años Mūdūr haya dado con chicas antipáticas o con sentimientos poco bondadosos. Para mí que tiene fobia a las chicas jóvenes. ¿No os parece? —opinó Sema.

—Da igual lo que digáis. Continuaré confiando en él. Y tú, Basir, asistirás a mi boda con la chica que mi adorada mascota elija —dijo Hakan, siguiendo la broma.

—¡Ay, Dios! Sin duda has enloquecido —exclamó Sema.

Aylin logró terminar a tiempo el menú. Ahora solamente esperaba que los comensales expresaran su satisfacción. Más, no podía aguardar a ello; por lo que en un acto de intrepidez salió de la cocina y se acercó a la zona donde los especialistas, extras y actores de reparto comían. Con tiento atisbó escondida tras una columna. Parecía que ninguno le hacía ascos a los platos. Por el contrario, mostraban complacencia.

Orgullosa del trabajo realizado regresó.

—Si espera que vengan a felicitarla, va lista. Por el contrario, recibirá decenas de quejas y muchas sin venir a cuento. La mayoría de esa gente tan estirada es así. Se creen superiores a los mortales por el simple hecho de que son famosos —dijo Yussuf.

—No con mi comida. Has comprobado que está deliciosa y en el comedor no han dejado ni las migas —aseguró Aylin.

Él encogió los labios.

—Bueno... Tampoco se pase, chef. No son más que lechugas y pescados sin la menor sustancia; ya que apenas puedo ejecutar un buen aliño sustancioso. Ya sabe, las malditas calorías —intervino Evren, la encargada de las salsas.

—El mérito está en la calidad de los productos —opinó Cemil, el responsable de las carnes.

—La cuestión es que más que buenos cocineros necesitan gente hábil para preparar comida que un niño podría ejecutar —dijo Asaf, guardando un trozo de merluza en el frigorífico.

—La ventaja es que con esta alimentación tan sana la cocina apenas se ensucia y me ahorro unas buenas horas de limpieza —dijo el joven Oka.

El positivismo de Aylin comenzó a decaer ante tales comentarios.

—Y tú, Nesrin. ¿No tienes nada qué opinar?

—¿Para qué? Ya ha visto lo que hay. Aquí la alta cocina ni la huelen, cómo tampoco la vulgar y corriente que toman los demás mortales. Si esperaba lucirse, ha errado de lugar.

La llegada de un tipo con unos auriculares pegados a la cabeza los interrumpió.

—La señorita Leyla les retorna este plato. Dice que hay demasiado aliño en la ensalada, al igual que en el pescado. Vuelvan a cocinarlos cómo desea —dijo. Dejó la bandeja sobre la mesa y se largó.

Aylin permaneció petrificada.

—¿Demasiado condimentados? ¡Por Dios! Si es la comida más sosa que he hecho en la vida.

—Se lo dije, chef. Solamente nos llegan las quejas. Y si no quiere recibir una amonestación en su primer día, póngase manos a la obra ya —dijo Yussuf con evidente tono de satisfacción por el fracaso de su fatua chef.

—Hazlo tú. Y que quede perfecto.

—Pero yo...

Ella le lanzó una mirada colérica.

—A la orden, chef.

Unos minutos después la comida estaba lista.

—¿Dónde está esa caprichosa? —quiso saber Aylin.

—En la caravana principal.

—Bien.

—¿Va a ir usted? —se sorprendió Evren.

—Por supuesto. Quiero que me diga a la cara la razón de su desagrado.

—Pues, suerte; porque no sabe lo que hace. Tengo entendido que hoy se ha levantado de un humor de perros. Verá su nombre estampado en la puerta de la rulot —le deseó Cemil.

Aylin ya lo presenció en persona. No obstante, se encaminó hacia la caravana de la gran protagonista de la serie que causaba furor en todo el país.

Por supuesto, conocía este dato por su madre, ya que ella no tenía tiempo que perder ante el televisor con esas historias absurdas y fantasiosas tan ajenas a la vida real. Su tiempo ante la pantalla lo dedicaba a los programas culinarios o culturales; o una buena película. A pesar de ello, nadie podía escapar de ver a los famosos puesto que aparecían en todas partes, incluso en los informativos cuando eran noticia por algo importante o escandaloso. Así que, Leyla no la sorprendería.

Inspiró hondo y golpeó con el nudillo la puerta.

—¡Adelante!

Abrió. Subió los escalones y entró.

La actriz se hallaba ante el espejo retocándose el cabello. Era tan hermosa cómo se veía en las revistas. No le extrañaba que fuera una de las mujeres más envidiadas. Cualquiera daría media vida por poseer su belleza. Ella no. Por lo menos esa; porque adoraba lo natural y en su rostro apenas quedaba nada. Botox, silicona, un sinfín de retoques y exceso de maquillaje. No quiso ni imaginar que haría al cumplir los cuarenta.

—Deja la bandeja ahí y vete —le ordenó la actriz sin siquiera mirarla.

—Preferiría quedarme para ver si ahora la comida está a su gusto —dijo Aylin.

La gran estrella alzó el rostro y la miró con expresión indignada.

—¿Alguien cómo tú me va a decir cuándo debo o no comer?
¡Inaudito!

—En absoluto quiero intervenir en sus decisiones. Sin embargo, en una hora termina mi horario de trabajo y si tengo que repetir el menú, pues...

Leyla alzó la mano para interrumpirla.

—Me importa bien poco si tienes que trabajar más o no. Lo único primordial es que yo esté bien atendida. Y si te causa algún problema mis exigencias, puedes buscar empleo en otra parte. Por lo tanto, lárgate y si necesito algo más te lo haré saber.

Aylin permaneció quieta e intentó amarrar la furia que se desató en sus entrañas. No podía estallar o su carrera que acaba de comenzar terminaría esa misma mañana.

—¡¿Qué haces ahí parada? ¡Largo! —explotó—. Cogió la bandeja y mirándola con asco, añadió: Espera. Llévate esto y olvida el pedido. En unos minutos ruedo y no quiero que el aliento me huela a pescado. Hoy tenemos una escena que es casi un beso. Mejor trae unas manzanas. ¡Y qué sea rapidito! ¿Entendido? ¡Vete ya! ¡Venga!

Aylin reprimió las ganas de arrearle un sopapo y salió sin poder evitar escuchar las quejas de esa arrogante.

—¡Por Dios! Que mujer tan torpe, de aspecto tan desagradable y poco agraciada. No tiene la menor idea de vestir cómo es debido. ¡Y esos pelos! ¿De dónde la han sacado? ¡Uf! Ha conseguido desquiciarme. Leyla. Debes serenarte o por su culpa el rodaje no saldrá bien.

Aylin apretó los dientes. Bajó, cerró, se dio la vuelta y se topó con una enorme masa humana.

—¡Por Dios! ¡Menuda patosa! ¿Por qué no mira por dónde va? ¡Mire lo que ha hecho! ¡Me ha manchado por completo la americana! ¡Qué asco!

Ella observó al tipo que la miraba enfurecido. La comida se había estampado en su traje. Un traje que debía costar miles de liras. Más, no se amilanó. No fue su culpa. Y así se lo hizo saber.

—¿Yo? Es usted quien no lo hacia porque se encontraba enfrascado en la pantalla del teléfono. A partir de ahora sea más responsable y fíjese en su alrededor cuando camina, y evitará estos accidentes. Así que, no me eche la culpa ni espere que pague la factura de la tintorería —dijo Aylin retándole con la mirada.

—¿Qué no soy responsable? —silbó él.

—Eso mismo. Va por ahí comportándose al igual que un adolescente enfrascado en el móvil. ¡Que ya es mayorcito, hombre!

—Y usted se supone una profesional del servicio y ya ve lo que ha hecho. Si ha ocurrido esto es por su culpa.

Aylin resopló.

—No me venga con tácticas desmoralizantes. ¿Cree que soy tonta? No conseguirá salir airoso de esto. Usted es el único causante del desastre. Así que, por mucho que intente encasquetármelo no pagaré la tintorería. Olvídese de ello.

No solía alterarse. Era conocido por su templanza y aguante para no perder los estribos. Siempre antepuso la educación y respeto a sus semejantes. Sin embargo, ese día estaba de un humor de perros por culpa de —. Y esa chica logró romper, ya por completo, su paciencia y su prudencia.

—¿Tintorería? ¡Ilusa! ¡Esto ya no tiene arreglo! Pero que sabrá una mujer cómo usted —exclamó, observándola sin la menor vergüenza. La muchacha aparte de insolente, era un desastre. Cabello revuelto, nada atractiva, miope y encima con unos kilos de más. La mujer menos deseable del mundo.

—¿Una mujer cómo yo? —inquirió ella indignada.

—Sí. Alguien que no tiene el menor concepto de lo que es elegancia, ni reconoce lo que es calidad. Esto es lino inglés. Estos lamparones ya son permanentes. Me ha hecho perder un dineral y tiempo, pues tendré que volver a casa para cambiarme. Debo acudir a una cita muy importante. Pero que le voy a explicar. ¡Usted es una ignorante de los negocios!

—¿Me puede decir en qué basa esa rotunda opinión sobre mí? —siseó Aylin.

Él la miró con menosprecio.

—Por el uniforme que lleva es evidente a que se dedica.

—A lo mejor, a diferencia de usted, trabajo en lo que realmente me gusta.

—¿Cómo lavar platos o camarera?

—¿Usted no ha escuchado el refrán que dice que el hábito no hace al monje?

—Miles de veces. Pero en su caso puedo intuir que bajo la bata, su ropa es de mercadillo. Barata y de mala confección. ¿Me equivoco? ¿A qué no? ¡Ah, ah! Por su expresión he dado en el clavo —dijo él, jactándose.

Ella, indignada, lo apuntó con el dedo.

—La ropa hace la función de cubrir nuestra desnudez o preservarnos del frío. No es necesario emplear una fortuna. Lo considero inmoral cuándo hay tanta penuria en el mundo. Pero claro, usted es de esos que ignoran las necesidades vitales de los demás para satisfacer las suyas. El típico ricachón egoísta que desprecia a los que están debajo de él.

—Ya veo. Es usted una de esas que cuestiona la moralidad de los demás sin tener la menor idea de cómo piensan o actúan.

—No me venga con esa actitud de ofensa. Usted también me ha desacreditado de la misma manera.

Él dejó escapar aire con gesto cansino.

—Mire. Soy un hombre muy ocupado. No tengo tiempo para discusiones absurdas que no conducen a ningún fin provechoso. Apártese, por favor.

Aylin se alteró.

—¿Absurdas? ¡Ah! ¡Me ha acusado de algo que no he hecho y encima me ha insultado! Ocupado, dice. ¡Lo que es usted es un engreído maleducado! ¡Y además es usted un... un miserable!

Él también perdió los estribos.

—Y usted una... una... mujer espantosa y fea. ¡Un adefesio que encima tiene un carácter insoportable!

—¿Qué? ¿Qué ha dicho? —jadeó Aylin.

Él, en el mismo momento de lanzar esos insultos tan terribles, se arrepintió. Jamás se trastornó hasta ese extremo tan cruel. No comprendía que le pasaba. Nunca ofendió a nadie. La educación recibida por sus padres fue estricta en esa cuestión. El respeto hacia los demás era sagrado. Sin embargo, no era momento de deducir, era momento de disculparse.

Antes de que pudiese hacerlo, la puerta de la roulotte se abrió.

—Hakan, cariño. ¿Qué pasa? ¿Qué son estos gritos? ¡Vaya! Ésta de nuevo. ¿Te molesta cielo? Tú. ¿Es qué no has entendido que te he dicho que te largaras? ¡Uf! ¡Que pesada, por el amor de Dios! ¿Sabes qué ha osado decirme lo que debía hacer? Es una mal educada y una impertinente.

Él le lanzó una mirada gélida a Aylin.

—Así es. Tranquila. Ya se va. ¿No es así, señorita?

Cómo única respuesta, ella tiró con brusquedad la bandeja en el contenedor. Dio media vuelta, alzó la barbilla y se largó.

4

Aylin sacó la tarta del horno, al tiempo que su madre entraba en la cocina.

—¿No te has cansado de cocinar en tu primer día? Deja eso y cuéntame cómo ha ido. No sabes lo tentada que he estado de llamarte. Sin embargo, dijiste que no te molestase y no lo he hecho. Ahora quiero saber

todos los detalles. ¿Qué has cocinado? ¿Les gustó? Por supuesto. Eres una gran chef. ¿Has visto a los actores? ¿Y cómo son? ¿Di? ¿Son tan espectaculares cómo en la tele? ¡Venga! Me tienes en ascuas –le pidió emocionada.

—¿Qué cómo ha sido mi primer día? Ni te lo puedes imaginar, mamá.

—¡Lo sabia! ¡Maravilloso! Por eso haces un pastel, para celebrarlo. ¡Ay! Cuando les cuente a las demás que mi hija da de comer al elenco de *La vida me ha regalado la felicidad*, morirán de envidia. Y si encima pasa a ser un miembro de su círculo de amigos ya se tirarán de los pelos. Y no te digo nada si uno de esos actores famosos se enamora de mi hija.

Aylin se quitó los guantes y apoyó las manos sobre la mesa.

—¿Por qué eres tan poco realista? Mamá. Ver tanta televisión te está deshaciendo el cerebro. La vida real no es una telenovela ni yo tampoco la protagonista de una. ¿Puedes comprender eso?

—No es cierto. En muchas ocasiones la realidad supera a la fantasía. Además, soñar es gratis y nos aporta optimismo. ¿Por qué razón no podría ocurrir?

—Señora Yildiz, ahí le doy la razón. Le comunico que la felicidad que ofrecen en las pantallas es una burla. Es pura falsedad. Ese lugar es un nido de víboras.

—¿Qué exagerada eres, hija!

—No, mamá. He presenciado la verdad. Mejor dicho. La he experimentado en propias carnes. Y en cuanto a cocinar. ¡Ah! Allí no saben lo que significa eso. Y si te cuento la conversación que he tenido con —...

—¿Ya has hablado con Leyla el primer día? ¡Dios Santo! ¿Y cómo es?

—Sí, mamá. Hablamos.

—¿Qué? ¡Dime! Imagino que es muy simpática y amable –la instó ella.

—No te emociones. Es una mujer insoportable. Altanera, déspota y ofensiva. ¡La muy zorra! Me ha tratado sin la menor consideración, cómo si el tiempo de los esclavos no hubiese sido abolido. Pues va y dice que la ensalada está demasiado condimentada y el pescado también. ¡Cuándo fui la primera de mi promoción con matrícula de honor y la más joven de la historia en licenciarse! Esa mujer no tiene la menor idea de lo que es comer bien, ni goza de educación. ¡Se cree que es una diosa!

Su madre se echó las manos a la cabeza.

—¿Te has peleado con ella? ¡Ay, Dios! ¿Cómo se te ha ocurrido? ¿No sabes que es la que manda en el estudio y puede pedir que te despidan? Desde luego, hija. No se que voy a hacer contigo si no corriges ese genio. Eres divertida, dulce, bondadosa y poseedora de un gran talento. Pero esa actitud desafiante e inconformista te arruinará ese futuro maravilloso con el que sueñas. Si quieres seguir mi consejo, mañana discúlpate con ella a ver si puedes evitar que te echen.

—¿Qué me disculpe? ¡Ah! Ni lo sueñes, mamá. Ha sido ella la que me ha insultado. Lo mismo que ese tipo tan presuntuoso. ¡El muy imbécil! Sin embargo, le he puesto en su lugar. Sí, señor.

Yildiz tragó saliva.

—¿Te has discutido también con otro actor?

—No creo. Era un tipo trajeado con pinta de ejecutivo. Uno de esos ricos que se piensan que porque tienen dinero pueden hacer lo que les salga de las narices y humillar a los demás.

—¡Madre mía! Pero... ¡Si acabas de comenzar el trabajo, por Dios! — se horrorizó su madre.

Aylin cortó un trozo de pastel y lo probó.

—¡Umm! Me ha quedado delicioso. ¿Quieres?

Su madre se frotó la frente.

—¿Cómo puedes comer en un momento así? Has provocado discusiones con dos personas importantes en tu primer día. ¿No te das cuenta de lo que has hecho?

—Con tres —puntualizó su hija.

—¿Qué? ¡Cielos! ¿Es qué no eres capaz de controlarte?

—¿Así qué la culpable soy yo? ¡Bravo, mamá! Me reconforta tú solidaridad.

—Lo haría, pero reconoce que no eres lo que se dice diplomática y siempre te cuesta controlarte.

—Lo que tú llamas diplomacia para mi es hipocresía. Si algo no es cierto u ofensivo no me callo para quedar bien. Así se lo he hecho saber a Yussuf, el segundo chef. ¡El muy impertinente! Ha visto que su superior es una muchacha recién salida de la academia y ha intentado achicarme con insultos. Pues no va y me dice que estoy gorda, que visto vulgar y que soy fea. Pero le he puesto en su lugar. ¡Vaya si lo he hecho! Decirme a mí gorda y mediocre...

Yildiz acarició el brazo de su hija.

—Ahí has hecho bien, cielo. Nadie tiene derecho a insultarte y mucho menos sin razón. Eres preciosa y posees el peso perfecto; no cómo esas escuálidas. No dejes que nadie te haga pensar lo contrario. ¿De acuerdo?

Aylin ensombreció el rostro.

—Me lo digo constantemente y también que no me importa lo externo. A pesar de ello, a los ojos de la sociedad soy lo que se dice un esperpento. Ese ricachón también se ha metido con mí físico. ¿Qué voy a pensar entonces, mamá? ¿Qué me engaño? Pues sí. Solamente debo ver la realidad que refleja el espejo y ésta no contradice a los que me vejan. Tienen razón. Soy fea.

Su madre la obligó a mirarla.

—Jamás. ¿Me oyes bien? Jamás vuelvas a decir algo tan espantoso. Eres bonita. No. No me contradigas. Lo eres. Lo que ocurre es que te ocultas bajo una coraza nada interesante. Si cambiases de aspecto saldría a la luz tu encanto. Si te dejaras aconsejar todo será distinto. Al fin y al cabo, eres mí hija.

—Por mucho que me cambiaras nunca podría brillar. No cómo tú, mamá. Tú eres preciosa.

El semblante de Yildiz se tornó hosco.

—¿Y de qué me sirvió la belleza? ¿Di? De nada.

—Mamá...

—Hija. Tienes que asumir que no todo es la apariencia. Yo soy un vivo ejemplo. Tú padre nos abandonó por una mujer muy vulgar.

—Fue un idiota. Eres una mujer hermosísima y con un corazón de oro.

—Al principio me sentí muy desgraciada y dolida por dejarme. Sin embargo, el tiempo me hizo comprender que los seres humanos no podemos complacer a todos. Lo que para ti es una virtud, puede ser un defecto para el otro. Los sentimientos no tienen lógica. Supongo que tú padre encontró en esa mujer la felicidad que no le pude dar. Por ello te digo constantemente que lo que es bello es lo que tenemos dentro.

—Hoy en día para esta sociedad consumista y frívola eso no tiene ningún valor.

—Siempre quedan personas íntegras. Sé que algún día un hombre te verá con los ojos de la verdad y vivirás un gran amor de esos que te hacen suspirar de envidia.

—¿Otra vez escribiendo el guión de una serie? —dijo Aylin con una media sonrisa cargada de tristeza.

—La realidad está llena de grandes romances. No ha sido mí caso. No obstante, eso no significa que el amor no nos aguarde allí afuera.

—¡Mamá!

—¿Qué? Soy joven. Muy joven. Apenas nos llevamos veinte años. Además, tengo derecho a disfrutar de esa pasión arrolladora y olvidar mi primer fracaso amoroso. Bueno. Si soy sincera, el único.

—¿Por qué guardas fidelidad a un hombre que tanto te lastimó? Ya han pasado diez años. No lo comprendo, mamá.

—No es fidelidad, hija. Es miedo. Miedo a equivocarme una vez más. No obstante, cuándo encuentre al indicado juro que seré valiente. Tú también lo encontrarás. Estoy segura. Aunque, si no cambias, puede que lo logre antes que tú. Porque hija, tu carácter es un poco intenso. Tienes que hacer un esfuerzo y amarrar esos arranques que te dan en ocasiones.

—¿Aunque tenga razón?

—La juventud suele ser impulsiva. Cielo. Puedes argumentarla sin necesidad de desatar una guerra. Antes de hablar respira hondo, cálmate y podrás conseguirlo. Y por supuesto, dejarte aconsejar en cuánto a la imagen. Aylin. Eres mí hija y hay en ti parte de mis genes que tanto admiras. Solamente tienes que sacarlos a la luz. ¿De acuerdo? ¡Uf! Dejemos ahora esos temas y dime que has cocinado para esas grandes estrellas.

Aylin cortó otro trozo de tarta y se la ofreció.

—Nada. Esa gente solo come ensalada y carnes o pescados en la parrilla. ¡Una sosería! Dieta perpetúa. ¿Te lo puedes creer?

—No cómo nosotras. Es una pena que no puedas lucirte. ¡Está exquisito! —dijo su madre deleitándose con el pastel de frutas del bosque.

—A pesar de resultar pedante, está sublime —dijo Aylin.

Yildiz arrugó la nariz.

—Cariño. En el mundo hay infinidad de recetas saludables, nada cargadas de calorías y bien sabrosas. Bueno. Tú mejor que nadie lo sabe. ¿Por qué no las haces y a ver qué pasa?

—¿Y provocar mi despido? Será una parte negativa en mi currículo. Me cerrará puertas a las que quiero llamar. Esa gente me indica el menú a diario. No puedo.

—Hoy ya has jugado a todos los números para tener una pierna en la calle. Por lo tanto, antes de que te veas en el paro, demuéstroles lo buena

cocinera que eres y lo que se perderán si prescinden de ti.

—¿Tú crees? No se... Si opté a este empleo fue para adquirir experiencia y prestigio. Tener en el historial que he sido la jefa del catering de una serie de televisión es una gran ventaja. Es sabido lo exigentes que son con la alimentación de actores tan afamados.

—Por eso mismo estoy convencida de que si prueban tu arte no querrán perderte. Hija. Tus ensaladas son deliciosas. Recuerda que conseguiste que tomara la de guisantes sin que se me revolviere el estómago. Si lograste esta gesta, podrás con todas las barreras que se pongan por delante. De algo te servirá haber sido la chef más joven de la historia del país. Si te echan, otros te recibirán con los brazos abiertos.

Aylin se llevó un trozo de pastel a la boca mientras pensaba que su madre tenía razón. Si la echaban, lo haría por la puerta grande.

—Bueno. Dejemos las cosas trascendentales y háblame del rodaje. ¿Has visto a Serdar Tilbe? ¡Me vuelve loca ese hombre? ¿Es tan guapo como en la televisión? Vamos, cuenta, hija.

—Mamá. Lo único cierto que hay en ese lugar es lo que siempre te he dicho, que la vida real no es una novela turca.

No fue despedida. Ni tampoco durante el resto de la semana tuvo ningún encontronazo con nadie más. En la cocina todo iba como la seda. No así en el plató. La estrella rutilante del momento no dejaba de protestar. Por la iluminación, el maquillaje, la actuación de sus compañeros o cualquier nimiedad que se le ocurriera. La cuestión era que nadie podía soportarla. A pesar de ello, las circunstancias los obligaban a ponerle buena cara y soportar sus excentricidades y malos modos. Aún así, a Aylin eso le importaba bien poco. Su concentración se encontraba en la cocina y más esa mañana que decidió independizarse del yugo del aburrido menú para demostrar que la salud y la dieta no estaban reñidos con el gusto.

—Déjame probar.

Evren le dio la cuchara y Aylin cató el contenido.

—Perfecto. ¡Deliciosa! Buen trabajo.

La mujer sonrió complacida. Era la primera vez que un superior la alababa.

—Muchos matarían por tener este trabajo No sé porqué se arriesga. Esto le traerá muchos problemas –opinó Cemil.

—Cualquier cocinero mediocre que no sepa apreciar el valor de una receta bien efectuada sería prudente; mejor dicho cobarde. Yo no.

—Porque usted se considera superior –apuntilló Yussuf con tono de burla.

Ella dejó el trapo de cocina sobre el mármol, ladeó la cabeza, le dedicó una suave sonrisa y dijo:

—En absoluto. A pesar de ello, te repetiré una vez más que me gradué en la universidad con matrícula de honor y también en la mejor escuela de cocina de España salí con honores. La máxima puntuación y cum laude siempre donde he estudiado. Y esos logros con veinte años recién cumplidos. Por lo que, soy muy capaz de dar de comer a esta gente con las exigencias que piden a mi manera.

—Pues no se que está haciendo en un lugar cómo este; puesto que su expediente es sublime digno de un restaurante con varias estrellas Michelin.

—Por la simple razón de que soy responsable y antes deseaba adquirir experiencia con un trabajo diferente y pensé que aquí, por sus características, se servirían otro tipo de recetas.

—Ya ve que no. Una lástima, ¿verdad? —continuó provocándola Yussuf.

—Hoy comprobaremos si soy aceptada tal cómo soy y si no, el puesto será para alguien tan mediocre como tú. Claro que, puede que cambie de opinión sobre ti si el sorbete que has hecho me complace. ¿Puedes montar uno, por favor? Quiero dar mi sincera opinión. Espero que sepas aguantarla con dignidad.

El resto de empleados reprimieron una risita al ver como la cara oronda del segundo chef se tornaba roja por la indignación. Más no replicó. Abrió el refrigerador, extrajo una bandeja y con los dientes apretados montó la copa de postre.

—El montaje pulcro y atractivo. Veamos el sabor —dijo Aylin. Con deliberada lentitud cogió una cucharita, la introdujo en el sorbete, tomó una pequeña parte y se la llevó a la boca.

Yussuf, a pesar de que estar convencido de que era extraordinario, no pudo reprimir un halo de desasosiego, pues creía que esa muchachita soberbia nunca confesaría en voz alta que era insuperable y lo humillaría cómo venganza por la inquina que sentía hacia ella.

Aylin lo saboreó sin esperar nada especial. Sin embargo, un sabor fresco y distinto le llenó el paladar. Era delicioso. Dejó la copa sobre el tablero y los demás aguardaron expectantes su dictamen.

—Yussuf. El equilibrio entre los elementos es perfecto. Nunca caté nada parecido. Te deja un sabor indescriptible en boca. Incluso puedo asegurar que tú sorbete es infinitamente más bueno que el que hizo el gran Andréu Oliva cuando acudió a la escuela de España. Tanto que tomaría una copa tras otra. Es sublime. ¡Exquisito! Noto, cómo es lógico la mandarina y

la miel; que por cierto no es excesiva y endulza a la perfección. Pero hay algo que me desconcierta. ¿Puedes decir el ingrediente que lo hace tan distinto? No consigo distinguirlo.

Él parpadeó sorprendido.

—¿No se burla?

Aylin entregó cucharas a sus compañeros. Cataron y aseveraron.

—Es verdad. Esta increíble, Yussuf –afirmó Ruzgar.

Los otros aseveraron.

Yussuf se hinchó cómo un pavo real.

—Lleva un toque de pimienta roja y azafrán, chef –dijo.

—Una genialidad. Lo cierto es que estoy rodeada por grandes cocineros. El relleno de la col es delicado a pesar de las especias y el aliño de la ensalada al punto.

—Usted nos ha dirigido, chef –apuntilló Nesrin.

—Por muy buen entrenador que tenga un equipo de fútbol, si no hay buenos jugadores, no ganan una liga.

—¿Le gusta el fútbol? –se interesó Oka.

Ella sonrió.

—Mucho. Y seguidora acérrima del Fenerbahçe.

—¡Cómo yo! Algún día podríamos ver un partido.

—Puede. ¡Bien! Se terminó la cháchara. El tiempo apremia. Montad las ensaladas y preparad los rollitos de salmón. Y cruzad los dedos para que no nos corten la cabeza. Yo prepararé los platos de las estrellas principales. ¡A trabajar!

Una vez dispuesto el nuevo menú fue llevado al enorme grupo que configuraba tan importante producción. Aylin atisbó para ver la reacción. Las expresiones y modo de degustar la comida le confirmaron que era gratamente aceptada. No obstante, no todo estaba ganado. El principal escollo eran las megas estrellas; por lo que aguardó nerviosa los comentarios.

—¿Qué ha dicho el señor Deniz? –le preguntó a Oka.

Ella le hizo una discreta señal con la cabeza y los ojos indicándole que venía alguien tras ella.

—Que era delicioso. La felicito chef.

Aylin por poco se atragantó al verlo en persona. De cerca aún era más atractivo. El galán perfecto.

—Gracias –logró decir, sofocada por la vergüenza. Si ya de por si mostraba una imagen en la que primaba la comodidad antes que la elegancia,

en ese momento se le unía el mandil lleno de lamparones.

—Aguardaré impaciente por ver con que nos sorprenderá mañana.

—El mérito es de todo el equipo, señor.

—Pues, sigan así. Buenas tardes.

En cuanto salió de la cocina, todos exclamaron gritos de alegría.

—¡Ha triunfado, chef! —dijo Asaf.

—Pues la gran estrella no ha opinado lo mismo. Ha puesto el grito en el cielo alegando que queremos arruinar su figura. Exige que le preparemos una simple ensalada y el bistec a la plancha. De nada ha servido que su representante dijese que era una comida saludable, deliciosa y sin apenas calorías. Ha estallado con exabruptos al igual que una loca —la informó Evren.

Aylin cogió la bandeja.

—Se va a enterar —aseguró.

—Chef, no vaya. No sin llevarle lo que solicitó o le complicará la vida —le pidió Yussuf.

Ella no le hizo caso. Se plantó ante la caravana y golpeó la puerta.

—Pase.

Al verla su perfecto rostro se contrajo en un gesto de desagrado.

—¿Tú? ¿Y por qué traes de nuevo lo que he rechazado? Dije que no quería verte. ¡Es que nadie me hace caso! ¡Increíble!

—Porque es una dieta baja en calorías que he ideado y contrariamente a lo que parece exquisita. Consta de col lombarda, rábanos, melocotones, zanahorias, un toque de zumo de naranja y mostaza. Los rollos son de hoja de parra hervida, salmón a la parrilla con una pincelada de hierbas y el sorbete de mandarina con una punta de miel. Productos ideales para el cuerpo sin dañarlo y sin cebarlo a causa de la ausencia de grasas, pero cargándolo de vitaminas. Nunca podría engordar.

Leyla la miró perpleja.

—¿Eres la chef? ¡Por Dios! ¿Cómo es posible que te contrataran? Con verte ya se ve que no tienes ni idea de alimentación saludable. ¡Eres gorda! ¿Y pretendes que coma tú menú? ¡Ni loca! Mientes. Engordaré al igual que una vaca. Lo que haré es intervenir para que te despidan. ¡Vaya si lo haré!

—Me importa un pimiento. Hágalo. Pero lo que yo no voy a hacer es cocinarle otra comida. Esto es lo que hay y si no la quiere, no coma. Buenos días.

Aylin le dio la espalda, abrió y se largó.

6

Leyla, tras unos minutos sin reaccionar a la impertinencia de esa chica tan desagradable, apretó los puños y gritó.

Su representante escuchó el alarido y acudió presto junto a ella.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

—Hakan, querido. Esa mujer horrible... me ha insultado y me ha... desafiado. ¡Pretende que coma lo que ella quiere! Tienen que echarla ya. ¡No quiero volver a verla! ¡Que la echen!

—¿Qué mujer?

—La del otro día. La que te manchó el traje. ¿Te puedes creer que es la cocinera jefe? ¡No quiero que toque mi comida! ¡La quiero fuera de aquí! ¡Que se largue! —continuó despotricando —.

Él entrecerró la frente.

—¿Es la chef?

—¿Es qué no lo has escuchado? ¡Dile a Fidan que la despida ahora mismo! Ha modificado el menú para fastidiarnos. Por pura envidia, está claro. Es tan fea y gorda que no quiere que la belleza exista a su alrededor. Quiere engordarnos. Es malvada.

Hakan no estaba de acuerdo con ella. No en lo referente al menú. Comió ese día en los estudios y encontró todo delicioso, y muy saludable. Le costaba creer que esa chica desaliñada y hosca tuviese esa habilidad que tanto apreciaba. Su fama de buen comensal se conocía en los mejores restaurantes de Estambul.

—Como te dije antes he probado el nuevo menú y he de confesar que era exquisito; y por supuesto, con la exigencia que se le pide de ser nada calórico. Y los demás también han quedado muy satisfechos. Incluso Doruk ha ido a la cocina a felicitarla.

El rostro de ella se contrajo en un rictus de ira.

—¿La defendéis? ¡No me lo puedo creer!

—Soy objetivo, cielo.

—¡Pues yo no la quiero en mi vida! ¡Que la despidan! O juro que dejo esta producción y acepto la de la competencia. Sabes que puedo hacerlo y lo haré si no se cumplen mis deseos. O mejor me busco otro representante. ¿Qué dices a eso?

—Querida. Lo que debes hacer es serenarte. No puedes filmar en este estado. Ordenaré que te traigan té. ¿De acuerdo? Hablaré con esa muchacha. Si no atiende a razones, cancelaremos su contrato.

—No quiero que recapacite. Quiero que se largue. ¿Entendido? —siseó ella.

Hakan tomó aire. Por mucho que intentara calmarla no lo lograría en ese momento. Leyla se había acostumbrado a hacer su santa voluntad y si se le metía algo entre ceja y ceja no paraba hasta lograrlo.

—Vuelvo en un instante. Voy a por el té.

Aquel día llevó a Mūdūr al estudio, pues tras las gestiones debía llevarlo al veterinario. Camino a la cocina y el perro se unió a él; pero no cruzó la puerta.

Hakan se detuvo para observar a Aylin. Frotaba la encimera murmurando palabras ininteligibles, pero que sin duda no eran loas.

—Señorita. ¿Puede preparar un té? —sugirió esperando una contestación salida de tono.

Ella miró al intruso. Juntó las cejas al reconocerlo.

—Puedo. Pero deberá esperar. Ahora no puedo dejar que el líquido se seque o se estropeará el metal. Ponga usted mismo la tetera en el fuego. Aunque, puede que no sepa ni encenderlo.

—Otra vez sacando conclusiones —objetó él acercándose a la estantería. Cogió la tetera, la llenó de agua, de té y encendió el fogón.

—No hace falta que aguarde. Diga dónde lo llevo.

—Es para la señorita Leyla.

Aylin lo miró con semblante hosco.

—En ese caso, no pienso molestarme. Pasa usted a buscarlo.

Hakan no pudo reprimir una sonrisa divertida. Nadie podría negar que aquella chica no fuese franca. Ni tampoco poco ociosa. Durante el tiempo que llevó hacer el té trabajó con ahínco limpiando.

—Hecho. ¿La taza? —dijo.

Aylin abrió el armario y se la entregó.

—Muy amable. Gracias.

Ella se limitó a mirarlo con inquina. Él dio media vuelta y se fue acompañado de Mūdūr.

Aylin se concentró en terminar de limpiar. Si era su último día dejaría el lugar de trabajo impecable. No quería que además la tildaran de desaseada.

—¡Ay, Dios! —saltó al percibir algo húmedo en la pierna, al pensar que podía tratarse de un ratón. Al ver al labrador retriever de pelo dorado como el trigo el sofoco se convirtió en agrado. Adoraba a los perros, pero a su madre le daban pánico y nunca pudo gozar de uno. Se inclinó y le acarició la cabeza.—¿Quién eres tú? ¿Te has perdido? Deberías saber que no puedes estar en esta cocina. Sin embargo, como no nos ve nadie y mando yo, al menos por hoy, no importa. ¿Tienes hambre? ¿Si?

El can ladró.

—Por supuesto. En ese caso, tengo una delicia. Algo excepcional que supongo nunca has catado. ¿Te apetece un trozo de filete sabroso, tierno y carísimo? Lo guardaba para esa actriz insoportable. Cambié de opinión al enfadarme con ella. No pude contenerme. Créeme que lo intenté, pero sus insultos me enervaron. Ahora lo aprovecharás tú y sé que lo apreciarás más. Aunque, deberás aguardar un minuto. No puedes comerlo frío —dijo Aylin poniéndolo en el microondas.

El perro esperó expectante. Y cuando Aylin dejó el plato ante él lo comió en un santiamén. Se relamió el hocico y después lamió la mano de la cocinera tan amable. Ella volvió a acariciarlo. El animal se tumbó en el suelo y le ofreció la panza.

—¿Quieres mimitos? ¿Si? ¿Sabes? Eres un perro precioso y encantador —sonrió Aylin, provocándole gruñidos de satisfacción. Protestando después cuándo ella se levantó.—Me encantaría seguir, pero tengo mucho trabajo. Además, supongo que tu dueño estará buscándote. No podemos hacerle sufrir al pensar que te ha perdido. ¿Verdad? Porque si yo te perdiera estaría muy triste. ¡Eres tan lindo!

El perro se alzó de dos patas y con otra la instó a seguir. Ella soltó una carcajada cristalina.

—Está bien. Un poquito más. ¿De acuerdo? Ya he hecho suficientes locuras estos días para que añada una más al dejar entrar a un animal en la cocina. No quiero que nadie me vea. Aunque, pensándolo bien, da lo mismo, pues me pondrán de patitas en la calle por mi falta de control.

Ya era tarde. Alguien los observaba.

—No me jodas –musitó Hakan, al ver cómo Müdür cerraba los ojos complacido al recibir los mimos de esa espantosa muchacha.

Tras salir del impacto, gritó:

—¡Müdür! ¿Qué haces? ¡Ven! ¡Ven ahora mismo!

El perro miró a Aylin y dudó unos instantes. Al final obedeció. Echó a correr y se reunió con su dueño.

—¿Es suya esta hermosura? –le preguntó Aylin.

Hakan no se molestó en responder. Dejó la taza de té, le dio la espalda y escapó de allí como si le persiguiera el mismísimo diablo.

Aylin lo miró alejarse y pensó que era extraño que un hombre tan insoportable y adusto cómo ese tuviera un perro tan dócil y afectuoso; porque se decía que las mascotas se parecían a sus amos.

—Señorita Durmaz.

—¿Sí? –dijo en apenas un susurro al ver al ayudante del productor.

—Tome.

Un mal presentimiento la invadió al coger el sobre.

No fue lo esperado. Era las instrucciones para un catering destinado a los invitados y periodistas que acudirían para promocionar la serie.

Aliviada y la mismo tiempo eufórica por el encargo, se esforzó como nunca. Nadie pudo imaginar cuánto. Ni tampoco supuso que sus compañeros la ayudaran con el mismo ahínco. Al parecer, las reticencias iniciales ya quedaron atrás y trabajaron al unísono. Consecuencia de ello fue un éxito apabullante.

Sin embargo, otro resultado fue el aumento de inquina hacia ella por parte de la rutilante protagonista de la novela. Y a la mañana siguiente de su consagración cómo cocinera, el sobre temido llegó.

—No. No te rindas. No podrán contigo. No –cuchicheó amarrando las ganas llorar.

Pese a su voluntad era difícil. Lo que le sucedía era una injusticia. La productora, contrariamente a lo que pensó, quedó encantada con la variación del menú y el catering. A pesar de ello, la zorra de Leyla debió reclamar insistentemente que la echaran o se iba ella. Y cómo era natural, imperó el criterio de la más poderosa. Así que allí se encontraba, destrozada anímicamente, recogiendo sus cuchillos dos semanas después de su llegada a los estudios.

—Sabe que si pudiésemos hacer algo...

—No pasa nada, Nesrin. Me lo busqué.

—Eso no es cierto. Se arriesgó y ganó la batalla –puntualizó Ruzgar.

—No la guerra. Ya lo habéis visto. De nada vale el buen trabajo, ni la honradez ante las exigencias de alguien que aporta millones a la productora. Yo no soy nadie. Una piltrafa sin valor.

—No vuelva a despreciarse. ¿Me oye? Usted es más valerosa que esa... esa... Tarambana sin la menor inteligencia. Mire. No tenga le menor duda de que su maestría muy pronto será apreciada cómo se merece –dijo Yussuf.

—Y la vuestra.

—No somos más que cocineros corrientes –dijo Cemil.

—Te equivocas. Mi éxito en estas cocinas no habría sido tal sin vuestra inestimable colaboración. Y espero que tengáis la oportunidad de poder demostrar que os merecéis un trabajo más satisfactorio que no se limite a simples ensaladas. Gracias por todo. No os olvidaré.

—Ni nosotros, chef.

Sus compañeros la dejaron a solas. Ella cerró el maletín y sorbiéndose la nariz se dispuso a marcharse para siempre del lugar dónde sus sueños se truncaron.

—Señorita Durmaz. Siento mucho lo que ha ocurrido.

Reconoció la voz de Serdar Tilbe, el galán maduro más deseado de Turquía y en especial, de su madre. En esta ocasión no se emocionó. Ya nada de ese mundo podía sorprenderla y no precisamente para bien.

—Sentirlo no arregla la situación –dijo con tono cansado.

—Sepa que he hablado con el productor y no ha servido de nada. Leyla es la estrella más rutilante del país y nadie osa contradecirla. Podría arruinar a los estudios.

Aylin proyectó una pequeña sonrisa cargada de tristeza.

—Ya. Poderoso don dinero. Ha sido usted muy considerado al interceder por mí. Gracias.

Él le entregó una tarjeta.

—Era mí obligación. No puedo callarme ante las injusticias. Por favor, llámeme si necesita mi ayuda. ¿De acuerdo? Suerte –se despidió Serdar.

Ella cogió el maletín y salió de los estudios.

El camino hasta llegar a casa se le hizo eterno. Lo único que deseaba era acurrucarse entre los brazos de su madre cómo de niña. No pudo.

—¿Qué es esto? ¿Qué ocurre? —jadeó al ver sus enseres en medio de la acera.

Su madre cruzó el umbral y corrió hacia ella.

—El casero ha vendido la casa y nos ha echado. No te pongas triste, hija. Hay que mirar el lado positivo de las cosas. Ahora ganas un sueldo muy considerable en la productora y podremos buscar una casa mucho mejor; en un barrio más elegante.

Ella estalló en una risa nerviosa.

—¿El lado positivo, mamá? ¡No hay ningún lado positivo! ¿Y sabes la razón? Simplemente porque al fin esa zorra de Leyla ha conseguido que me echen. Así que, no tenemos casa y hemos de prescindir de mi sueldo. Todo en la misma mañana. ¿Qué te parece? Estarás feliz ya que estamos inmersas en un drama que parece extraído de una novela turca. ¿Eh, mamá?

Yildiz se dejó caer en la acera.

—¿Qué?

Aylin también se sentó junto a ella.

—Lo siento. No quería gritarte. Soy yo la que he metido la pata de nuevo. Debí ser más conformista y no nos hubiésemos visto en esta tesitura.

—Tú no has tenido la culpa, cielo. Es el mundo el que es injusto con nosotras.

La mujer de cabellos y ojos azabache, preocupada, observó a su hijo. Hacia unos días que ofrecía muy mal aspecto.

—¿Estás enfermo?

—No –respondió Hakan.

—Entonces no duermes bien. Tienes ojeras. ¿Qué te preocupa? ¿El trabajo?

—No, madre.

—¿Entonces? No me engañes, cariño. Dime.

—Lale, deja de atosigar al chico. No seas pesada.

Ella, ofendida, miró a su marido.

—¿Pesada, Metin? Me preocupo por nuestro retoño. Claro que, cómo no eres madre, no puedes entenderlo.

—También es hijo mío –protestó él.

—No lo parece, ya que no te das cuenta de que algo le quita el sueño. Tiene un problema y nada agradable. ¿Por qué no nos lo cuentas, Hakan? Tal vez podríamos ayudarte, cariño.

Él se levantó.

—No es nada grave. Ni cuestión de salud. Os lo aseguro. Lo solucionaré sin la menor dificultad. Ahora debo irme.

—Pero... ¿No te quedas a comer?

—No, mamá. Tengo un compromiso.

—¿Una chica? —sugirió su padre.

—Negocios.

Su madre torció la boca.

—Negocios, negocios... Siempre trabajando. ¿Para cuándo dejarás tiempo para conocer a una chica, casarte y darnos nietos? Te haces mayor, Hakan. Llegará un día que te veras viejo y solo. ¡Qué tristeza! ¿Es qué no te das cuenta?

—Mamá, por favor. ¿A qué llamas mayor? Acabo de cumplir los veintiséis.

—Lo que digas. Pero a tu edad Metin ya era padre. Y bien satisfecho que se encontraba. ¿No es así, querido?

—Mucho —confirmó él.

—La cuestión de nietos, por el momento, déjasela a Sema. Tengo entendido que ya se han puesto a la labor. Así que si no me caso, tendré sobrinos.

Lale lo miró esperanzada.

—¿De verdad? No nos han dicho nada.

Él inclinó el torso y la besó en la mejilla.

—Estropearían la sorpresa y también no dejarías de atosigarlos para hacerlos concebir.

—¿Dices que soy pesada? Metin dile algo al chico.

—Hijo. Tu madre es la mujer más amable e inteligente que existe. Por eso siempre hay que darle la razón.

—¿Eso es una defensa? A veces me pregunto la razón que me llevó a casarme contigo cuándo tuve pretendientes mucho más idóneos y más guapos —refunfuñó su mujer.

—Porque ninguno hubiese podido aguantarte con tanto amor tantos años.

—Eso es cierto —dijo su esposa acariciándole la mejilla.

—¡Uf! Ya tengo suficiente culebrón en el plató como para verlo en la vida real —bromeó Hakan.

—No te hagas el duro. Te parí y sé de qué pie calzas. Toda esa insensibilidad y cinismo es pura fachada. Posees ternura, bondad y un corazón generoso. No entiendo la razón de que no permitas que los demás te vean cómo eres en realidad. ¿A qué tienes miedo?

—Mamá. Déjalo ya. Tengo prisa.

—Prisa. Prisa. Excusas para no escuchar la verdad. Pero ya te llegará el momento de que alguien derribe esa muralla y experimentarás la dicha que nosotros sentimos. Míranos. Llevamos treinta años juntos y seguimos tan enamorados cómo el primer día. ¿No es así, querido? —aseguró su madre.

—Así es. Hijo. Desde el instante que la vi supe que era la mujer de mi vida y no me equivoqué. Deseo que a ti te ocurra lo mismo —le deseo su padre.

En el fondo es lo que Hakan deseaba. No obstante, era consciente que esa fortuna la lograban solamente algunos mortales. Y nunca caería en las garras de un matrimonio que no le aportara lo que ellos tenían. Y eso, estaba convencido, que jamás lo gozaría. Desde luego, no con esa muchacha tan poco agraciada y con un carácter de mil demonios. No durarían ni cinco minutos juntos.

—Gracias, papá. Os llamo. Buenos días.

No acudió a ninguna cita. Fue al estudio al que no iba desde que su querida mascota trastocó su tranquilidad. Y lo hizo en compañía de Müdür. Quería demostrar la teoría que le rondaba; que no era otra que Müdür fue amable con la cocinera por el bistec, su alimento preferido. Por ninguna otra circunstancia. Porque era imposible que su perro la encontrara encantadora.

—Señor. ¿Algún problema? —le preguntó Yussuf intranquilo al ver entrar en las cocinas a alguien tan importante.

Hakan miró a su alrededor.

—No. Ninguno.

—Ya han comido todos. ¿Desea que le prepare algo?

—Me gustaría hablar con la chef.

Yussuf carraspeó.

—La señorita Durmaz ya no trabaja aquí. Finalmente fue despedida.

—¿En serio? —dijo Hakan en apenas un susurro.

—Ayer. E injustamente. Era una chef magnífica. No obstante, hay gente que no sabe apreciar la excelencia y usa su poder para fastidiar a aquellos que no le caen bien. Y...

...¡Oka! Calla. Al señor no le interesan nuestros problemas —lo interrumpió Yussuf.

—Lo que sí me interesaría es saber dónde puedo localizar a la señorita Durmaz.

—Lo lamento, señor. Se fue y no sabemos nada más.

—¿Ni tan siquiera su domicilio? ¿Nadie tiene la menor idea? ¿O al menos el número de su teléfono?

Todos movieron la cabeza en señal de negación.

—Bien. En ese caso no les molesto más. Pueden seguir con su trabajo. Buenos días.

Hakan, contrariado, entró en el estudio de rodaje. Leyla y Doruk representaban una escena de lo más romántica. Una acción que volvería locos a millones de espectadores, pues aguardaban el primer beso desde hacia semanas. Lo que nadie podría imaginar era que los protagonistas se llevaban como el perro y el gato, y que ese beso debió rodarse más de quince veces. No obstante, lo cierto era que su química artificial ocultaba esa inquina y el resultado era maravilloso; lo que evidenciaba que eran grandes actores. Su fama no era porque sí.

Leyla, tras el rodaje, acudió junto a él.

—Hakan, cielo. Estoy agotada. ¿Por qué no me llevas a un restaurante discreto donde podamos cenar sin que nadie nos moleste? O no. Mejor a tú casa. ¿Qué dices? —le propuso sugestiva. Estaba loca por ese hombre, pero él la rechazaba por esa absurda ley que se impuso de no relacionarse con sus clientes. Sin embargo, ella le haría romper esa medida. Hakan terminaría rindiéndose a su increíble belleza, al igual que lo hacían todos aquellos que deseaba.

—Tengo un asunto que resolver y no tengo la menor idea de cuánto tiempo me llevará. Por lo demás, sabes que esta Müdür y no os lleváis bien. Lo mejor que puedes hacer es ir a descansar. Mañana debes madrugar para viajar a las Islas Príncipe. Dile al chofer que te lleve. Nos vemos mañana.

Ella, decepcionada, soltó un largo suspiro.

—Está bien.

Hakan se fue a casa. Necesitaba pensar. Más que pensar dar con esa chica. Era vital que corroborara su teoría.

—No es verdad que esa muchacha sea la única que te cae bien. Me cuesta creerlo. Te deslumbró con esa carne carísima y no viste lo impertinente y antipática que es. ¿Cierto?

El perro no ladró. Se limitó a mirarlo con fijeza.

—Te pregunto si esa cocinera es mi futura mujer. ¿No respondes?

Müdür continuó callado.

—Deberías enfrentarte a ella de nuevo y así salir de dudas. Sin embargo, no tengo la menor idea de localizarla. Este asunto se acabó. Ahora

me daré una larga ducha.

Ya despejado encendió el televisor. Apenas quedaban unos minutos para el capítulo de una serie en la que trabajaba otra de sus clientes estrella. El caso era que tuvo suerte en el inicio de su profesión al fichar a Esmeray Kaya. Una joven no adecuada para los cánones que se exigía en el mundo del espectáculo. A pesar de ello, vio a una gran actriz. Durante semanas recorrió todas las productoras recomendándola sin obtener nada. Finalmente consiguió que fuese contratada en la versión televisiva de uno de los libros más vendidos de Turquía. Allí el país entero pudo comprobar que no se equivocó con ella. Por su papel secundario se llevó el premio a la mejor actriz de reparto. A partir de ahí, todo llegó rodado. Muchos ya consagrados se pasaron a su agencia y logró un prestigio ya difícil de quebrantar.

Satisfecho al recordar su éxito se preparó un tentempié y abrió una botella de su vino preferido. Lo descubrió apenas dos meses atrás, en un restaurante de comida Española. Se trataba de un caldo tinto procedente de la Terra Alta, una comarca de Catalunya. Un lugar apenas conocido que ocultaba unos de los mejores viñedos del mundo. Echó un dedo en la copa y lo paladeó.

—Delicioso. ¿Sabes? Las recetas que probé de esa chica también eran deliciosas. Tengo que reconocer que entre tanto desastre tiene una virtud. Sabe combinar los alimentos. Lástima su mal carácter. Eso la llevó a que — obligara al productor a despedirla y nos perdamos sus menús. ¿Me pregunto dónde estará ahora? Pero no hay respuesta. Nadie sabe nada de ella. No es de extrañar. Dudo que con su personalidad logre hacer algún amigo. Temo que se ha ido de nuestras vidas para siempre.

El perro ladró dos veces.

—No insistas. No se me ocurre nada más para localizarla y por otro lado, no me interesa volver a verla. Ni tampoco pienses que cumpliré la promesa absurda que te hice hace años. Sí. Absurda. Tienes que entender que fue consecuencia de las hormonas adolescentes.

Müdür insistió.

—Ya veo. Me harás la vida imposible hasta que de con ella. ¿No es así? ¡Está bien! Intentaré encontrarla por el mero gusto de demostrarte que te engañó con ese bistec carísimo. Esa cocinera es desagradable y es imposible que te guste. Y por supuesto, mucho menos a mí. Pero, ¿cómo? Nadie sabe nada de ella. Nadie... ¡Idiota! ¡Claro que hay un modo! La productora le hizo un contrato y allí estará su dirección.

Animado por esa perspectiva cogió el teléfono, marcó y solicitó la información.

Impaciente, tras aguardar media hora, recibió la respuesta; la cuál lo alegró.

—¿Lo ves Mūdūr? No todo está perdido. Podremos verificar si tú reacción fue producto de un soborno o que realmente crees que esa chica es fabulosa. Aunque, me cuesta creerlo. ¿Tú te has fijado de verdad cómo es? No tiene ninguna gracia, a parte de cocinar. Es bajita, con unos cuantos kilos de más, nada bonita y no tiene la menor idea de acicalarse. Y no hablemos de su carácter. Se enfrentó a mí hecha un basilisco. Tiene la pinta de ser insoportable. ¡Pobre! Tiene el pack completo. Y que conste que no lo digo con desprecio. Nunca me he burlado o humillado del físico de una persona. Sin embargo, esa chica me sacó de quicio; lo cuál, cómo sabes, apenas lo ha conseguido nadie. Soy un hombre templado y que odia las discusiones. ¡En fin! No, amigo mío. No creo que tengas tan mal gusto. Te has equivocado. Y mañana te lo demostraré.

En cuanto salió el sol se puso en pie. Se preparó un buen desayuno, se arregló concienzudamente y a una hora prudente cogió el coche para encaminarse hacia Üsküdar. Hacia meses que no acudía a esa parte de la ciudad. Comprobó que apenas nada cambió. El malecón lleno de gente tomando té con el mar a sus pies. El mercado y su bullicio seguían dando colorido y voces al barrio; y la vista hacia La Torre de La doncella magnífica. En realidad, Estambul en su totalidad lo era. Nadie podía negar que su ciudad fuera hermosa. Y la única que se encontraba en dos continentes. Así era su país. Exótico y al mismo tiempo moderno.

Consultó el móvil. Éste le indicó la calle. Se adentró por las callejuelas del mercado. Los aromas se mezclaban creando un olor peculiar. Especias, pescado, frutas, perfumes. Todo podía comprarse en él.

No se entretuvo. Quería terminar cuanto antes con ese enojoso asunto. Caminó con agilidad hasta alcanzar su destino. Era una calle de casas coloridas visitada por los turistas por su originalidad. Sin embargo, la de la cocinera se trataba de una casa antigua, de madera y bastante destartada. Era la única de la manzana que estaba por restaurar. Allí no vivía nadie de grandes posibilidades, ni tan siquiera de medias. Llamó al timbre y aguardó haciendo rodar las llaves del coche con impaciencia. Nadie abrió. Volvió a insistir.

—¿Busca a Yildiz o a su hija? ¿O es el nuevo dueño del edificio? —le preguntó una anciana.

—Deseaba hablar con la señorita Durmaz.

La mujer lo ojeó sin pudor. El tipo parecía un ricachón y la mosqueaba que buscara a Aylin.

—¿Para qué?

Hakan no podía explicar la razón y dijo:

—Un trabajo.

—¡Claro! Ella es una gran cocinera. Se graduó con honores. O eso dijeron. ¿Es para su restaurante? Pero creo que ya trabaja. ¡Y en la producción de *La vida me regaló la felicidad*! ¿Se lo puede creer? Nuestra Aylin codeándose con la aristocracia cinematográfica. Ya decíamos todos que se merecía este éxito. ¡Es tan buena chica! Dulce y bondadosa. En el barrio todos la quieren. Todos sin excepción. Aunque, más los niños. ¡Es tan cariñosa!

Hakan, pulsó de nuevo el timbre y se dijo que esa gente no conocía su verdadera naturaleza. ¿Dulce y cariñosa? ¡Ah!

—No insista. No están —dijo la mujer.

—¿Sabe cuándo volverán?

—Nunca.

—¿Cómo dice?

—Pues eso, nunca. El casero las echó. Ha vendido el edificio y ellas, como es natural, no pudieron comprarlo. En realidad, nadie en este barrio podría.

—¿Sabe dónde residen ahora?

Ella levantó los hombros.

—¿Ni una idea? Tal vez las ha acogido un familiar —insistió Hakan.

—Tengo entendido que no tenían a nadie en la ciudad.

—¿Amigos? —insistió Hakan.

—Siento no ser de ayuda. Tal vez algún otro vecino esté más informado. Puede preguntar. Si me disculpa, tengo mucho que hacer. Buenos días.

Hakan se quedó plantado sin saber que hacer.

Tras unos minutos de desconcierto decidió que no merecía la pena seguir con la búsqueda y regresó al lugar donde aparcó el coche. Pero optó darse un respiro en su ajetreada agenda y tomarse un té en la afamada Tetería de las alfombras. Se acomodó frente al mar. En los últimos años apenas

podía darse el lujo de perder el tiempo y no pensar en otra cosa que en el trabajo; actitud que su familia siempre le echaba en cara. Deseaban que formase su propia familia. Y él también lo quería. No obstante, su situación no era nada favorable para encontrar el verdadero amor. Nunca podría saber si una mujer se acercaba a él por sentir algo real o por el interés. Y ese hecho, a pesar de las apariencias, lo mortificaba; porque anhelaba una vida tan dichosa cómo la de sus padres.

Suspiró largamente, apuró el té y regresó a casa.

Müdür ladró entusiasmado al verlo llegar tan pronto.

—No te alegres. No he hallado a esa chica. ¿Sabes? Esto me hace pensar que erraste por completo. El destino me indica que ella no es para nada digna de pasar a mí círculo de amistades. Sí. No me mires así. Comprendo la empatía que puedes tener hacia una persona. Por regla general la sientes por el género masculino y mujeres que en absoluto pueden ser mis amantes. Si esa cocinera te gustó, no te lo echaré en cara. Tienes derecho a tener gustos raros. En esta vida no todos adoramos lo mismo. Y dicho esto, seré yo quien elija a mis amistades y por supuesto, a mí esposa.

Müdür gruñó.

—Lo siento, chico. No hay nada más que discutir. Hablamos de mí futuro. Más bien, del resto de mí vida. El juramento que en verdad es importante cumplir es el que haré ante el juez. Si me caso, será para siempre. Y comprende que es una temeridad ponerla por completo en tus manos.

El perro ladró.

—Lo sé. Puedo equivocarme. Tú también, ¿no?

Müdür no lo confirmó negándolo con dos ladridos.

—¡En fin! Ni tu teoría ni la mía podrán comprobarse ya. Así, que el dilema queda zanjado.

Aylin, con gesto lánguido, dio la vuelta a la hamburguesa.

—Cielo. Ya sé que no es lo ideal para ti, pero no te desanimes. Seguro que pronto te sale algo mucho mejor. La suerte está a la vuelta de la esquina.

—Tú siempre tan optimista, Livana. No sé cómo te lo haces.

—Lo que ocurre es que yo no me dejo vencer por las adversidades.

Aylin alzó los ojos de la parrilla y miró a su amiga con enojo.

—¿Cuándo lo he hecho yo? ¿Di? Nunca hasta ahora. Es que voy de fracaso en fracaso. Y no lo entiendo. Estudié en la universidad y después en una academia considerada de las mejores del mundo. Tengo el aval de los grandes catedráticos de la alimentación y nadie me contrata. Seguro que es por culpa de esa bruja de Leyla.

—Dudo que su poder se extienda hasta todos los locales de alimentación de Estambul. Lo que ocurre es que tu distintivo no es la comida turca, cariño. En esta ciudad hay cientos de restaurantes y tabernas, pero pocas que ofrezcan comida española.

—Me especialicé en ella, así es. A pesar de eso, no es impedimento para que no sepa elaborar la nuestra —se defendió Aylin.

—Claro que la dominas. Y lo haces de maravilla. Solo hay que ver lo que pasa en este antro. Desde que llegaste han aumentado los clientes. Se

dice que no hay hamburguesas, ensaladas y tapas más exquisitas en todo Ortakoy. Fue un acierto que aconsejaras al cabrón de Ozkan hacer una prueba con tus recetas. Se han convertido en las estrellas de la carta –aseguró Livana.

—Y aún así no nos ha aumentado el sueldo.

—Pronto cambiará nuestra situación. Tú guisarás en el mejor restaurante de la ciudad y yo me convertiré en una actriz famosa.

Aylin no dudó que su mejor amiga llegaría lejos. Era guapa, inteligente y una gran actriz. A pesar de lo cual, por el momento, el futuro no era halagüeño ni para ella. Livana era una simple camarera y ella una cocinera del montón.

—Cielo. Vigila el pimiento o se achicharrará.

Aylin lo puso en el plato y Livana salió de la cocina.

Llevó la comanda a la mesa más cercana a la orilla del Bósforo ocupada por dos mujeres y un hombre. No eran del tipo que solían circular por los restaurantes de Ortakoy. Sus gestos elegantes, principalmente la calidad de la ropa y las joyas discretas, aunque caras de las dos mujeres, así se lo indicó. Aunque, lo cierto era que últimamente la zona se había convertido en el nuevo capricho extravagante de los ricos. Por lo que decidió esmerarse en la atención. Si quedaban satisfechos recomendarían a sus amigos el restaurante. Tenía que mantener el empleo o su situación monetaria no le permitiría pagarse las clases de interpretación.

—Si necesitan algo más estoy a su disposición. No tienen más que preguntar por Livana. ¡Buen provecho!

Contorneando las caderas se encaminó de nuevo hacia la cocina.

—Chica. Ahí hay una familia que el dinero les sale por las orejas. Tienes que aprovechar la oportunidad y servirles tus aperitivos más especiales.

—¡Ni hablar! Si no quedan satisfechos podría perder el trabajo. Y necesito el dinero. No. Además, los he preparado a escondidas para celebrar el cumpleaños de mi madre –se negó Aylin.

Livana resopló.

—¡Por Dios, que poca sangre tienes! En esta vida hay que arriesgar o uno no cruza el portal de casa.

—Lo hice en los estudios de televisión y ya has visto el resultado.

—El menú nada tuvo que ver. No busques excusas. Mira. Esa gente puede proporcionarte una oportunidad. ¡Son ricos! Están acostumbrados a lo

mejor y a lo más extraño que uno puede llevarse a la boca. Y han venido a parar a este antro; por lo que deduzco que son esnobs, cielo. Esnobs. Son de esos que aguardan más de un año para asistir al restaurante más famoso del mundo. Apreciarán tu comida. Así que, pon en una bandeja tus maravillas. ¡Ya!

—Livana...

—No consentiré es que no intentes levantar cabeza. Te digo que esta es la oportunidad. Así que, o la aprovechas o juro que nuestra amistad ha terminado.

—¿No hablarás en serio?

—Totalmente. Dos perros pueden matar a un león.

—Livana, lo siento pero tus proverbios judíos no suelo comprenderlos.

—Me refiero a que juntas lograremos encandilar a esos millonarios. Venga. Prepáralos ahora mismo —le exigió su amiga entregándole una bandeja.

Aylin dudó unos segundos. Finalmente, aceptó el reto. Colocó las tapas y suspiró.

—Tienes razón. No tengo nada que perder. Esa gente no pedirá la presencia de Ozkan para quejarse de la mala comida. Esto no es un local de cinco estrellas. Ya saben donde se han metido. Toma.

Livana, con una gran sonrisa, se acercó de nuevo a los distinguidos clientes. Puso la bandeja en la mesa y dijo:

—Estos son aperitivos especialidad de la cocinera. No los encontrarán en ningún otro lugar. Es una fusión de comida española y turca. Me he permitido la libertad de ofrecérselos; pues estoy convencida de que clientes como ustedes sabrán apreciarlos y los disfrutarán. De lo contrario, no duden en darme su más sincera opinión. ¡Ah! Y por supuesto, van a cuenta de la casa.

—Gracias, Livana. Tienen muy buena pinta.

Ella corrió junto a Aylin.

—¿Qué ha pasado?

—Por el momento no los han rechazado.

—No les gustarán. Ya lo verás. ¡Uf! ¿Por qué no vas afuera y observas? Disimula en otra mesa.

—Se darían cuenta de que estoy ansiosa por conocer su veredicto. ¡La cebolla se quema! Serénate, cielo.

—No puedo. Me juego el prestigio —jadeó Aylin y apagó el fuego.
Livana chasqueó la lengua.

—En absoluto. Desconocen quién eres; por lo que, si no les encantan las tapas, tu identidad está a salvo. En cambio, puede que si disfrutan, quieran saber quien es la excelente chef.

Aylin entreabrió la puerta y atisbó.

—Creo que han terminado. O no. No se. ¡Uf! Me muero de los nervios.

—Y yo. No aguanto más. Voy a moverme por el salón. A ver si reclaman mi presencia —decidió Livana y salió rezando para que esa gente apreciara la exquisita comida de su mejor amiga. Pero no se acercó a su mesa. Fue a la contigua y tomó nota de los postres.

—Señorita Livana, por favor. ¿Puede acercarse? —le pidió la mujer mayor.

—Dígame.

—Tenía razón. Los aperitivos nos han encantado. Lo que no entendemos es la razón por la que no figuran en la carta.

Livana guardó la libreta y el lápiz en el bolsillo, torció la boca, inclino un poco la cabeza y con voz baja dijo:

—Por desgracia, el patrón no tiene la capacidad de apreciar la comida de la chef. Bueno. Si miran a su alrededor y lo demás que se ofrece, ya se habrán dado cuenta que no estamos precisamente en un local de la alta cocina.

—Pues las elaboraciones de la cocinera están a esa altura —aseguró el hombre.

—Es una lástima que se desperdicie su talento. ¿O tal vez no y paralelamente trabaje en un catering? —dijo la mujer más joven.

Una lucecita se encendió en la privilegiada cabeza de Livana. Aquella era la oportunidad perfecta para su amiga. Introducirse en casa de esos ricachones era una puerta fantástica a un futuro brillante y haciendo caso a su capacidad de reacción inmediata, dijo:

—Más bien es la dueña de uno. De... de **Simbiyoz*. No habrán oído de él porque se ha fundado recientemente y aún no ha adquirido fama. Aunque, no tengo la menor duda de que tendremos un gran éxito.

—¿Sabe si podría aceptar una comanda? Nada exagerado. Una celebración íntima —quiso saber la mujer mayor.

—Deberíamos ver para cuándo. Tenemos varias entregas esta semana.

—Para la que viene. El sábado.

La cara de Livana se iluminó con la sonrisa.

—Están de suerte. Podremos atenderles.

—¿Sería posible hablar ahora con la chef? —pidió la mujer.

No. Pensó Livana. Aylin no sabía mentir, metería la pata y la oportunidad se evaporaría.

*Simbiosis

—Lamentablemente, el patrón no permite que la cocina quede desatendida y más con los clientes en la puerta. No obstante, mañana libra y puede entrevistarse con usted dónde nos indique.

La mujer abrió el bolso y extrajo una tarjeta, y se la entregó.

—Que llame esta noche.

—Lo hará. ¿Desean algo más?

—No, gracias. La minuta, por favor.

—Por supuesto.

Livana con el corazón alterado entró como un vendaval en la cocina.

—¡Te lo dije! ¡Han quedado encantados! Tanto que me han pedido que sirvas un catering el sábado que viene. ¿No es fabuloso?

Aylin soltó el cucharón.

—¿Qué?

—Pues eso. Mi gen judío para los negocios ha funcionado. Te he conseguido una oportunidad fabulosa.

—¿De qué hablas? ¿Qué catering?

—De *Simbiyoz*, el tuyo.

Aylin se frotó la frente y comenzó a caminar de un lado a otro.

—Cielo, serénate. Esa gente me preguntó si servias comidas fuera de los restaurante y dije que sí.

—¿Por qué hiciste algo tan estúpido? ¿Es qué has enloquecido?

—No es ninguna estupidez. He hecho algo para que puedas salir de este antro. Tú talento no puede permanecer oculto en una cocina mugrienta y de mala calidad. Además, hoy ibas a llevar la cena a casa. ¿Qué diferencia hay con qué lo hagas en otra? Bueno. Sí hay una diferencia. En ese caso

costrarás y bien. Tus primeros clientes son potentados. Te renumerarán con esplendidez. Así que, aparca los temores y échale arrestos a la oportunidad que te he obtenido.

—No se... Esto me ha pillado por sorpresa.

—¡Uf! Tus dudas me sacan de quicio –se quejó Livana.

—¿Y qué quieres? Has decidido por mí y encima has mentido sin el menor pudor. Y a lo grande. ¡Un catering! ¿Tienes idea de lo que se requiere para crear uno? Es de locos.

—No, cariño. Nada de mentiras. Les he dicho que somos una empresa joven. Y es cierto. He fundado *Simbiyoz* hace unos minutos. Aylin. Llevas dos meses quejándote de tú mala suerte y ahora que tienes la ocasión de alejarla dudas. No tienes porqué. Esa gente ha quedado loca con tus tapas. Lo que significa que ese catering les entusiasmará. Es imposible que fracases.

—Puede que tengas razón.

—La tengo, cariño. La tengo. Así que, toma esa tarjeta y esta noche llamas a tú primera clienta. Tengo el pálpito que será tu talismán.

Su madre opinó lo mismo.

—Pero... No tengo ni idea de cómo llevar un servicio a domicilio. Ni tampoco tengo empleados. ¡No puedo hacerlo yo sola! ¿Es qué no os entra en la cabeza? –se desesperó Aylin.

—Amor. Para esta prueba cocinas aquí, nosotras hacemos de pinche y después nos presentamos en esa casa cómo camareras.

—Vale. ¿Y cómo demonios pretendes que trabaje en esta cocina? ¡Es un desastre!

Livana adoptó una expresión de ofensa.

—Hija. Te has pasado. Livana nos abrió su casa cuando estábamos en la calle y te consiguió empleo. Si no fuese por ella no sabríamos dónde estaríamos. Tendrías que darle las gracias cada día –la reprendió su madre.

Aylin asintió.

—Lo siento. Es que... ¡No se qué hacer! Por un lado me atrae la idea y por otro, me aterra no salir airosa. Los nervios me van a matar.

Su madre la abrazó.

—Nunca has sido miedosa, cariño. Luchaste para ir a estudiar a Barcelona y conseguiste la beca, y te graduaste con honores. Lograste un empleo por los que muchos matarían y si lo perdiste fue por la maldad de esa

—. ¿Ya hora te da miedo una simple cena que puedes hacerla con los ojos cerrados y en cualquier circunstancia?

—¿Y si me piden algo extraño?

—Pues, les dices que tú tienes tu propio estilo y es lo que ofreces. Si lo quieren bien y si no, se acabó el problema –opinó Livana.

—Así de fácil.

—Así, hija. Y ya que has dado la cena especial para mi cumpleaños a otros, por lo menos llama y regálame la noticia de que has inaugurado de verdad el catering *Simbiyoz*.

—Eso si me contratan.

—La talentosa de mí hija lo logrará. Venga, habla con esa mujer y me preparas algo especial. ¡Es mi cuarenta cumpleaños! ¡Señor! Me hago vieja. En nada me saldrán arrugas.

Aylin la besó.

—No digas tonterías. Eres y serás siempre una mujer guapísima. Y la mejor madre del mundo.

—Y tú la hija que todos desearían.

Aylin no estaba de acuerdo; porque en los últimos tiempos la inseguridad comenzaba a taladrar su indiferencia hacia la opinión que tenía sobre ella los demás.

9

La entrevista resultó ser todo un éxito. Podía realizar el pedido sin ninguna complicación; puesto que le otorgaron plena libertad. Ideó un catering sofisticado. Era un riesgo; no obstante, se dijo que debía correrlo si quería prosperar.

—¡Umm! Esto está.... ¡Riquísimo! Y mira que es raro. Hija tienes un gran don. Te lo digo en serio –se relamió su madre.

—Es una simple col rellena untada, en lugar de salsa de yogurt, con alioli.

Livana tomó otra tapa y cerró los ojos invadida por el intenso sabor.

—¿Y esto? A simple vista es una tortilla de patatas, pero lleva tropezones de *Kashar y salsa roja un pelín picante. ¿Acerté? Sí. Nena. Temo que hemos pedido por lo bajo. Habrían pagado más. La próxima vez aumentaremos la tarifa. ¿Y éste de qué es? Tiene una pinta brutal. ¡Uy! Son trocitos de calamares rebozados con mayonesa al curry. ¡De muerte!

Aylin dejó exhalar un suspiro.

—No llego a entender porqué comes mucho más que yo y te mantienes delgada. En cambio yo, engordo con el aire.

—¿Otra vez con eso? Eres perfecta. Lo que ocurre es que no te arreglas como te mereces. Eso terminó. A partir de ahora vestirás adecuada a tú nuevo estatus.

—¿Qué estatus?

*Queso turco.

—El de la propietaria del mejor catering de la ciudad de Estambul. ¡Que digo! De Turquía. Cielo. No puedes presentarte de esta guisa. Esos pelos y esa ropa amplia. Perdona que lo diga, aún te hace parecer más rellenita. Yo haré que tu belleza interior también salga al exterior.

—Estás loca —rió Aylin.

—No, cariño. Livana tiene razón. Y no admitiremos una negativa —reafirmó Yildiz.

No discutió. Hubiese perdido la batalla. Así que dejó que escogieran la ropa, el calzado y el corte del cabello. Sin embargo, no transigió con el maquillaje. Y ellas aceptaron esa decisión.

—Me veo rara —opinó Aylin al mirarse en el espejo. Siempre llevaba faldas amplias y largas hasta cerca de los tobillos. Ahora se ajustaba bastante a las caderas sin ocultar su generosidad, el largo por encima de las rodillas y los zapatos, sin ser exagerado el tacón, distaban de ser planos.

—Vas muy elegante y das la imagen de toda una profesional.

—No estoy cómoda. No puedo trabajar así.

—Pues, lo harás —sentenció su madre.

—Pero...

—¡Basta de dudas, hija! Estás preciosa y acorde con el oficio que has iniciado.

—Eso si tengo éxito.

—¡Uf! ¿Otra vez titubeando? Te juro que cómo vuelva a escuchar una queja de tu boca, me largo y te quedas sin la mitad de tus empleados. ¿Entendido? Ahora coge los contenedores y salgamos. No podemos entretenernos más o no podremos montar la cena a tiempo —dijo Livana.

Cargaron todo en el coche y se encaminaron hacia el barrio de Atnavutköy. La casa de sus clientes estaba a la orilla del Bósforo. Se trataba de una de las mansiones otomanas más enormes. Cuatro pisos, blanca como la nieve y un balcón enorme que cruzaba de un lado a otro de la fachada.

—¡Dios Santo! ¿Cuánto dinero tiene esta gente? ¿Y quiénes son? Sin duda gente importante —exclamó Yildiz al verla.

Livana detuvo el coche.

—Lo son. Los precios de esas casas oscilan entre los cinco millones de dólares hasta los cien. Esta debe ser de las carísimas. Me informé a conciencia y descubrí que es una familia cuyos orígenes se remontan a siglos. Para ser más exacta, diré que es una rama de la dinastía Osmalí.

—¿Del sultán? —jadeó Aylin.

—Eso parece.

—¿Por qué me lo has dicho? Ahora estoy mucho más asustada.

—No veo la razón. Son gente de carne y hueso como nosotras; pero forrados de liras. Por ello doblé el importe de la cena.

—¿Estás loca? —jadeó Aylin.

—Alegué que les quería preparar algo mucho más sofisticado, especial y único. Aceptaron sin dudar. Bien. Chicas. Vamos allá.

Las hicieron pasar por la puerta de servicio para llegar a la cocina. Una cocina digna del mejor restaurante de lujo. No faltaba ni un instrumento de alta gama ni de última generación.

—¡Señor! Mataría por algo así —suspiró Aylin.

—Algún día tendrás algo mucho mejor, cielo —aseguró su madre.

—Bueno. Manos a la obra, chicas.

Una hora después, la dueña de la casa las visitó. A Aylin se le cortó el aliento al verla. Era una dama impresionante. Hermosa, refinada y adornada con joyas discretas pero de un precio prohibitivo para la gran mayoría de la población mundial. Estaba, sin la menor duda, ante una mujer de la más alta sociedad.

—¿Todo listo?

—Sí, señora —logró decir tras salir de la fascinación.

Ella revisó las fuentes. Tomó un aperitivo y lo aprobó con un leve movimiento de cabeza.

—Delicioso. En diez minutos sirven. ¿De acuerdo?

—No se preocupe. No habrá ni un minuto de retraso —aseguró Aylin.

La mujer se fue y Yildiz, tras reaccionar, dijo:

—¡Madre mía! ¿Has visto su elegancia? Esta casa, esa mujer, son igualitas a las que salen en las novelas y nosotras somos las protagonistas de este capítulo. ¡Qué digo! Esa mujer pertenece a la nobleza.

—Mamá. Hablo en serio. Me preocupas. Confundes la realidad con la fantasía.

—Hija. Puedes burlarte, pero últimamente te han sucedido hechos que no son para nada corrientes. No todos podemos decir que Serdar Tilbe te ofreció su ayuda. Y aún me pregunto la razón de que no acudieras a él. ¡Sabes que me muero por conocerlo! ¡Es tan atractivo!

—Porque quiero prosperar por mí misma. No con influencias. Y en cuanto a lo que me pasa, son todo desgracias.

—Las heroínas sufren al principio, para después triunfar. Creo que tu vida cambiará desde hoy. Y también la mía. Lo presiento.

Su hija se abstuvo de replicar y al llegar la hora acordada no pudo evitar que el corazón le saltase hasta la garganta.

—¿Crees que he hecho suficiente? ¿Y si no llega para todos? Los señores quedaron satisfechos con mis tapas. Sin embargo, a los invitados de hoy puede que les repugnen. No todo el mundo acepta las fusiones en los alimentos.

—A la fiesta vendrán diez personas y aquí hay para un batallón de infantería. Y ya sabes que la gente fina apenas come para estar delgada. Tranquila. Tus mezclas son coherentes. Al fin y al cabo, la cocina de España y la de Turquía no son tan distintas. Será un éxito, cielo —dijo Livana y cogió el carrito.

Aylin se quedó a solas y se movió de un lado a otro sin poder evitar el nudo en el estómago.

—¿Y bien? —jadeó al regresar su amiga.

—Chica. Tendrías que ver el salón. ¡Inmenso! Y la decoración. Aquí hay millones, millones. Y...

—¡Livana! —la interrumpió Aylin.

—Perdona. Es la emoción de la fastuosidad, aunque con elegancia. Y... Lo siento. La comida. Si. Pues la devoran. En especial un tipo

guapísimo. Pero guapo de verdad. No se... Diría que me suena de algo. ¡En fin! La cuestión es que estás triunfando. El cumpleaños del anfitrión será recordado en años. He podido escuchar que alguien te comparaba con uno de los chef más grandes del mundo. No me preguntes cuál. Un tal Maurice Sambreou o algo parecido.

Aylin tragó saliva. Ese cocinero poseía nueve estrellas Michelin.

—Sí, hija. No han dejado ni una miga. ¡Has conseguido que olviden la dieta! La señora me ha pedido si tenemos más tapas. Así que dame lo que queda —dijo Yildiz, mostrándole el carrito vacío.

—Toma el resto. Mientras prepararé el postre. No quiero que tengan que esperar.

Livana se enfrascó para ver a su amiga ejecutar la receta. Se trataba de una crema catalana con un relleno al gusto turco, trocitos de higos, dátiles y albaricoque escarchado. En la superficie extendió azúcar, lo quemó al punto de caramelo y dejó caer trocitos de pistacho. También incluyó unas torrijas perfumadas con agua de rosas. Fusión entre Turquía y España.

—Con esto hemos terminado —suspiró Aylin.

—Se chuparán los dedos. Mejor dicho, la cuchara, que son gente muy fina.

—Puedes llevarlos.

Agotada por los nervios y consciente de que no era correcto, se quitó los zapatos, se dejó caer en el taburete e intentó serenarse.

No pudo. Al contrario, la impaciencia por terminar de una vez la mataba. Tenía la garganta tan seca que apenas podía respirar. Se levantó, abrió el frigorífico y sacó la jarra de agua. Se dio la vuelta y se topó con alguien, y la consecuencia fue derramar el contenido de la jarra.

—¡Oh! ¡Perdón! Lo siento... mucho. Lo siento —farfulló, paralizándose la respiración al ver al hombre.

Hakan también la miró perplejo.

—Otra vez usted —masculló Aylin.

—Sí. Otra vez yo y siempre voy a dar con la mujer más patosa. Ha vuelto a manchar mi traje —gruñó él tras salir del impacto al reconocerla.

—No me sea tan dramático. Es sólo agua.

—Afortunadamente o si llega a ser otra cosa le aseguro que esta vez no se libraría de recompensarme.

—Pues tardaría meses tratándose de una pieza tan cara. Seguro que me cobraría también intereses —replicó ella, irritada.

—Por supuesto. Según su estudio psicológico sobre mí también ha deducido que soy avaricioso.

—Tal vez me equivoque, sí. Al igual que usted lo hizo catalogándome de una simple camarera o lava platos. ¿Verdad? —le recordó ella.

Él carraspeó incómodo.

—Pues ya ve. Soy chef y de los mejores. Y trabajo en lo que en verdad me apasiona. ¿Puede usted decir lo mismo? Y dígame. ¿Qué hace aquí?

—Soy yo el que tiene derecho a preguntar y usted a responder.

Aylin puso las manos en jarras enfrentándose a él.

—¿Por qué? ¿Por qué es un hombre y yo una mujer? ¡Menudo machista! ¿O es por qué soy una simple asalariada?

Él tomó aire por la nariz.

—Un nuevo defecto a añadir a mí lista.

—Dos. También lo considero desdeñoso con los que considera inferiores. Y lo digo porque creo que tengo razón.

—¿Cómo no! A parte de cocinera es usted experta en la conducta humana. ¡Bravo! —exclamó Hakan.

—Cocinera no. Chef. Y si ha probado el catering, admitirá que excelente.

—Yo también tengo un defecto que añadirle a la extensa lista que posee y es que es también petulante.

—Pues, quítelo de la lista, ya que confunde petulancia con seguridad. Y si es sincero, reconocerá que mi cocina es excelente. Sin embargo, me temo que su orgullo no se lo permitirá.

Hakan inspiró hondo.

—¡En fin! De nuevo nos estamos enzarzados en una conversación desatinada que lo único que me ocasiona es irritación. Así que la remataré respondiendo a su duda. No he preguntado la causa de su presencia por machismo ni porque sea usted una empleada. Sí. Chef pero empleada. Estoy aquí porque esta es la casa de mis padres.

—Vaya suerte la mía —murmuró Aylin.

—¿Cómo ha dicho? Me gustaría escuchar más alto el nuevo defecto que me ha adjudicado —inquirió él, ceñudo.

—Soy de la misma opinión que usted. Nuestras conversaciones no conducen a nada interesante. Si no le importa, terminaré de adecentar la

cocina.

Hakan asintió sin dejar la expresión adusta.

—Me parece perfecto. Y hágalo a conciencia. En esta casa somos maniáticos de la pulcritud.

—Si intenta provocarme al insinuar que puedo ser una guarra, no lo conseguirá.

—Una decisión inteligente.

—La mejor de ellas sería que se largara y me dejase trabajar en paz.

—Lo haré sí. Pero por el hecho de que usted me pone de muy mal humor, y porque deberé cambiarme de ropa, una vez más. Buenas noches o espero que lo sean para usted. Porque no se yo... —dijo Hakan. Dio media vuelta y silbando se alejó.

Aylin lo miró con la boca abierta mientras se alejaba. ¿Eso fue una amenaza? Con toda seguridad. ¿Por qué la vida la trataba con tanta saña? Ahora ese impertinente hablaría con su madre en contra de ella y el futuro halagüeño que esperó se esfumaría.

—¿Qué pasa ahora? —le preguntó Livana al ver su palidez.

Su madre le acarició el brazo para calmarla.

—Hija. Estás lívida. Y no tienes que sentirte tan mal. La señora nos ha dicho que te transmitamos su satisfacción por la comida y el servicio; y que la disculpes por no venir a decírtelo personalmente. Al parecer se han ido a terminar la celebración a otra parte. Pero de lo que estamos convencidas es de que a partir de esta noche tendremos muchos pedidos.

—No estés tan segura, mamá. El tipo de la televisión con el que discutí ha bajado a la cocina y he vuelto a meter la pata. Le he derramado la jarra de agua encima. De nuevo se ha enfurecido. ¿Y sabes lo peor? Es el hijo de la señora Osman. Ahora despotricará de mí y la empresa que acabamos de crear desaparecerá. ¿Por qué tengo tan mala suerte?

Yildiz, por primera vez, creyó que era cierto. No obstante, dijo:

—Cariño. La mujer ha quedado satisfecha por cómo ha salido todo. Así que nadie, ni tan siquiera su querido hijo, la obligará a que nos desprestigie. Sobre todo, porque es una mujer de carácter firme y tenaz. Por otro lado, sus mejores amigas han comentado que puede que nos contraten.

—Puede no. Una de ellas me ha pedido el teléfono para hacerme otro encargo —les comunicó Livana.

—¿Lo ves? Cielo. Deja de llorar y levanta la cabeza. Hoy hemos iniciado una nueva etapa en nuestras vidas. ¿De acuerdo?

Aylin, a pesar de todo, no confiaba. Hacía unos meses que iba de sobresalto en sobresalto, y dada su poca confianza, estaba convencida de que sus sueños se romperían, una vez más.

10

Hakan necesitaba respirar aire fresco tras la dura jornada que tuvo que soportar en los estudios y decidió dar un paseo. Tomó a Mūdūr y salió.

—¡Hakan!

Él volvió la cabeza. Su hermana se encontraba junto a Basir en una terraza tomando un aperitivo; porque a pesar de estar a mitad de marzo el día era muy soleado. Caminó hacia ellos y los saludó.

—Siéntate. Hace días que no nos vemos –le pidió Sema.

Él aceptó y su hermana acarició la cabeza de Mūdūr.

—Este perro es un caso curioso. Tan solo acepta las caricias de las mujeres que son de la familia y las que ya han perdido la juventud. Si fuese humano me fascinaría analizarlo –dijo Basir.

—Por eso mi hermanito tiene la teoría de que si no gruñe a una de sus conquistas y la acepta es porque pasará a formar parte de nuestro clan. ¿No es así, Mūdūr? Por cierto. ¿Aún no has hallado a la futura esposa de mí hermano?

—Sema. Déjalo ya –remugó Hakan.

Ella volvió a acariciar al perro.

—Siempre he creído que era una necesidad tú hipótesis. Más al ver su comportamiento me convengo de que puede ser factible.

—Dejemos el temita, por favor —masculló él. Pero lo cierto era que, tras el nuevo encuentro con la señorita Durmaz, estuvo tentado de contactar con ella. Pensó que esa asombrosa coincidencia significaba algo. Finalmente desistió. No tenía que demostrar nada. Era evidente su incompatibilidad. Jamás podría enamorarse de una chica cómo ella. Ni por carácter ni por atracción física.

—Ni la encontrará; porque su dueño adora la libertad de la que goza un soltero —comentó Basir.

—¿Y quién no? —se burló su cuñado.

—Por ejemplo, yo. La mejor etapa de mí vida es la que gozo junto a tú hermana. No puedo ser más dichoso.

—Pues, felicidades. Y que os dure.

—¿Por qué eres tan escéptico? El amor puede ser eterno. Tienes el ejemplo de papá y mamá. Treinta años y siguen tan enamorados cómo de adolescentes —dijo Sema.

—Una excepción entre mil. Bueno.

—La nuestra es una de ellas —afirmó Basir.

Hakan no lo contradijo, pues era cierto. Su hermana tuvo la suerte o por el momento la tenía de compartir la existencia con un hombre que la amaba de verdad.

—¿Pedimos ya? Necesito una copa. Hoy ha sido un día estresante.

—¿La fantástica estrella ha hecho de nuevo de las suyas? Seguro que sí —inquirió Sema con tono mordaz.

—Cada día que pasa se vuelve más insoportable. Está llegando a un punto que es insufrible. Piensa que es la dueña de los estudios y de la producción. Hoy ha hecho repetir una escena sin la menor importancia nueve veces por desagradarle la iluminación. A causa de ello han despedido al operario más profesional del gremio.

—Hace unas semanas despidieron a otra empleada por su culpa. Concretamente a la chef.

—¿Cómo sabes eso?

—Cielo. Sabes que Doruk es mi mejor amigo. Me lo cuenta todo. Dijo que Leyla le tomó ojeriza y que a pesar de ser una excelente cocinera no

podieron conservarla. Los antojos de esa mujer son intolerables. Doruk me ha jurado que no trabajará con ella nunca más.

—Ni él ni muchos otros —puntualizó Hakan.

—No sé cómo se le consiente tanto a esa mujer.

—Porque le han dado alas. Deberíais cortárselas cuanto antes —opinó Basir.

—Imposible. No podemos arriesgarnos. Podríamos perder una fortuna. Menos mal que quedan tres semanas para el fin de la serie —suspiró Hakan.

—Rescíndele el contrato en ese mismo instante —le aconsejó su hermana.

—Me aporta mucho dinero.

—¿Y qué? Llegará un día que nadie querrá contratar a una histérica egoísta y déspota; ni ningún actor famoso trabajar junto a ella. Harás bien en apartarte de esa mujer antes de que te perjudique; porque querido, su mala fama se extenderá hasta su representante. Deberías buscar a otra actriz que sea tan fabulosa como esa bruja.

—No te supondrá un problema ya que tienes buen olfato para descubrir a grandes talentos —aseguró su cuñado.

—Leyla es un activo importante en la agencia. Diría que el principal. Sin embargo, ya estoy cansado de soportar su tiranía. Sería un alivio perderla de vista. Sí. Pero si me decido, debería aguardar a que finalice la promoción y el contrato —musitó él.

—Estoy de acuerdo con mi esposa. Busca por ahí. Esta ciudad está plagada de gente talentosa.

—Y cuando la encuentres la haces pasar por su consulta. Antes de firmar la analizaremos. No puedes arriesgarte a crear un nuevo monstruo —le aconsejó Sema.

—Buena idea, cariño —dijo Basir.

—¿Nunca difieres de tú mujer, cuñado? ¡Admirable tu entrega! —se burló Hakan.

—Eso se llama amor y complicidad, hermano. Algo parecido a lo que tenéis tú y el perro —replicó Sema con el mismo tono sarcástico.

—Cierto. ¿Tú qué opinas Müdür? ¿Debe echar a esa víbora? Tú opinión es muy importante para tu amo; puesto que incluso confía en ti la elección de su futura esposa —dijo Basir.

—Ya vale con la bromita —remugó Hakan.

Müdür ladró.

—¿Lo veis? Hasta él se ha cansado. ¿No es así? —dijo su dueño. Se inclinó para acariciarlo y de repente el perro alzó la cabeza, se levantó y echó a correr.

Los ocupantes de la mesa se alzaron.

—¿Qué hace? ¿Suele hacer esto? —quiso saber Sema.

—Jamás. ¡Müdür! ¡Vuelve! —gritó Hakan.

—¿Qué habrá pasado? —se extrañó Basir.

—No lo veo. Iré a buscarlo —decidió Hakan.

—¡Mira! Ahí esta —le informó Sema.

—¿El que está con esa mujer? No puede ser —dijo su hermano al ver cómo Müdür se dejaba coger.

—¿Es qué no conoces a tú propio perro? Es él —insistió Sema.

—Lo es. Sí. ¡Vaya! Y parece muy complacido con sus caricias. Veo que la inquina hacia las jóvenes extrañas ha desaparecido. Al menos con esa —opinó Basir.

—¡Cielos, Hakan! Tú promesa. Según esto, ella será tú futura esposa. Mira. Tu perro la trae hasta aquí. No la veo muy bien... ¡Espera! Estás de suerte. No es de tu estilo, pero al menos es joven —se emocionó Sema.

—Cierto. Supongo que bajo esa espantosa blusa hay unas buenas curvas o michelines, es difícil de adivinar. No obstante, carne no te faltará —se mofó su marido.

—No digas bobadas. ¿En serio os creísteis que era fiel a esa promesa? ¡Ni qué fuera idiota, por favor! —se sulfuró Hakan, sin poder ver con claridad al darle el sol en los ojos.

—Ahora no trates de escaquearte. Lo dijiste muy en serio. Hicimos una apuesta —dijo Basir.

—Y no merece la pena perder tiempo en ello. La voy a ganar porque no pienso casarme con esa mujer. Ni con ninguna otra que no sea de mi gusto. Así que, zanjemos el tema. ¿Vale?

—¿Quién sabe, hermanito? Ni tan siquiera la has visto. Si le das una oportunidad, puede que si la conoces a fondo te enamores.

Él se limitó a carcajearse.

—Te aseguro que no.

Müdür regresó junto a él y se acomodó bajo sus piernas respirando con excitación y el corazón de Hakan saltó al reconocer a la chica que se

acercaba.

11

—¡Por Dios! ¿Otra vez? Esto parece una broma del Destino. ¿Es qué nunca podré librarme de usted? —dijo Hakan con tono nada amistoso.

Sema miró a uno y después a otro.

—¿Ya se conocían?

—Nos hemos topado en dos ocasiones. Sí —respondió Aylin.

Hakan le lanzó una mirada cargada de hielo.

—Y por cierto, no muy satisfactorias. Podríamos decir que incluso desagradables.

—Que insufrible eres a veces, hermanito. No se lo tenga en cuenta señorita...

—Aylin Durmaz.

Sema la miró estupefacta.

—¡Esto sí que es increíble! ¡Usted fue la chef que preparó el catering para el cumpleaños de mí padre!

—Sí, señora.

—Que por cierto, resultó ser delicioso. ¿Verdad, Hakan? —opinó Basir.

Él creía lo mismo. La cena fue exquisita. En realidad, la consideró un manjar. La fusión con su comida preferida, la española, con la turca fue un acierto magistral. Por eso bajó a la cocina para felicitar al chef. Pero no alabaría a esa chica tan insoportable y menos ante nadie.

—No estuvo mal. Se podía comer.

—¿Qué? ¿Por qué miente? Sé que le gustó —saltó Aylin.

Hakan arrugó la nariz y la miró hosco.

—¿Y qué sabrá usted? No estuvo presente en el comedor para ver mi reacción.

—Por mucho que se empeñe no me convencerá de que usted es el único que no aprecia mi cocina. Lo que ocurre es que no quiere dar su brazo a torcer por tratarse de mí.

—¡Uf! ¿Para qué voy a discutir si siempre sabe cuál es mi opinión? Al parecer me conoce mejor que yo a mi mismo. ¿Verdad?

—No. De todos modos, intuyo su personalidad —replicó ella.

Él acarició la cabeza de Mūdūr y dedicándole una sonrisa socarrona, dijo:

—Pues siga intuyendo porque no me interesa lo más mínimo que desee conocerme a fondo. Y por supuesto, a mí tampoco tratar con usted.

Aylin dejó escapar una risita mordaz.

—¿De verdad piensa que tengo algún interés? Pues sepa que no suelo perder el tiempo en cosas nada atractivas. Y usted, señor Osman no es para mí en absoluto interesante. Todo lo contrario. Me desagrada y mucho.

—Ahora y lo sabe, la que miente es usted.

—Su pedantería no tiene límite.

—Y su inmodestia al promocionarse cómo cocinera tampoco.

—Le recuerdo que soy chef.

—Aún no estoy convencido de que haya alcanzado esa categoría.

—¡Uy! Vuelan cuchillos –bromeó Basir.

—Es lógico. Aunque el señor dude, soy chef –contestó Aylin dedicándole una sonrisa desdeñosa a Hakan, observándolo con atención por primera vez. Era guapo. Guapísimo. Sus facciones eran perfectas. Ni un fallo. Ojos azabaches, cabello del mismo color, barba bien recortada, labios carnosos y un cuerpo atlético, y al mismo tiempo delgado que le aportaba una gran elegancia. No le extrañaba que las mujeres fuesen tras él. Y no tan solo por su atractivo, a ello debía añadirse su riqueza y su parentesco con la más alta nobleza de Turquía. Lástima que esa belleza quedase empañada por su carácter altivo y déspota.

—Y excelente –dijo Sema.

Su hermano, sin abandonar la expresión socarrona, dijo:

—Unas simples tapas no son la ventana a una cocina de alta calidad. Apenas llevan elaboraciones muy complicadas.

—Pues lo invitaré a probar la carta de mí menú.

—No será necesario.

—¿Qué le da miedo? ¿Qué tenga que darme la razón? Imagino que sí.

—Por supuesto, querida. Un hombre como Hakan no podría soportar que su vanidad quedara herida –intervino Sema.

Las mejillas de él se contrajeron en un intento de amarrar la rabia.

—A pesar de la mala opinión que tiene ella de mí, me preocupa desalentar su petulancia. No me gustaría que su ego quedara maltrecho. A pesar de sus opiniones, soy un buen tipo.

—Por mí no se preocupe. Admito del mismo modo las malas críticas que las buenas. Claro que, no tengo la menor duda de que las tuyas serían a mi favor.

Hakan miró Aylin con ojos incendiarios. No le apetecía volver a coincidir con ella. A pesar de eso, su descaro y pedantería lo soliviantó.

—Iré encantado a su restaurante y deliberaré.

—Lamentablemente, será imposible por el momento. Aún no dispongo de uno.

—¿No me diga? Una pena. Pues, como dice, deberemos aplazarlo.

—¿Por qué? Cocinas tenéis los dos en casa, ¿no? Decidid dónde cenar y asunto resuelto –intervino Sema sin ocultar lo mucho que se divertía.

—El señor Osman tiene razón. Cuando esté instalada –refutó Aylin.

Hakan no pudo controlar el impulso de provocarla.

—Montar un restaurante conlleva muchas complicaciones. El suyo puede tardar años.

Aylin cruzó los brazos bajo el pecho y con tono ácido dijo:

—¿Qué le lleva a pensar eso?

—Últimamente he descubierto que, al igual que usted, tengo intuición –ironizó Hakan.

Ella torció levemente la cabeza y soltó aire por la nariz.

—¡En fin! La cuestión es que ahora sí me apetece comer sus recetas más elaboradas y mi hermana tiene razón. El ambiente es lo de menos. ¿Le parece bien en mí casa?

Aylin se aclaró la garganta. No. En su casa no y sin pensarlo, dijo:

—Mejor en la mía.

Él sonrió. Al parecer no era tan segura cómo quería dar a entender.

—No. No. Jugaría con ventaja. Además, quiero ver cómo organiza todo desde el principio, por si realiza alguna artimaña.

—¿Me llama tramposa? –dijo ella indignada.

—En absoluto. Sólo quiero cerciorarme de que no utiliza elementos que la ayuden a elaborar las recetas con más rapidez.

—Pues sepa que siempre cocino con productos naturales.

—Ya. Mire. Haremos lo siguiente. Quedaremos, iremos al mercado y trabajaremos juntos.

Ella, extrañada, elevó la comisura de labio.

—¿Juntos?

—Sepa que mi hermano es un gran...

...Ayudante –la interrumpió Hakan.

Aylin aseveró.

—Está bien. Acepto sus requisitos. En cuanto tenga un hueco me llama. Puede que coincidamos porque yo también estoy muy ocupada últimamente.

—Claro. Claro. Supongo que no lleva ninguna tarjeta encima. Le pediré el teléfono a mi madre.

—Perfecto. Bien. Ahora debo dejarles. Me espera un enorme pedido –dijo Aylin. Y era cierto. Desde que sirvió en casa de los Osman el trabajo fue continuo. Por lo que Livana y ella dejaron el infame trabajo en la hamburguesería. Se inclinó y acarició al perro.—Müdür. Eres un perro precioso. Ha sido un placer volver a verte. Buenos días.

Basir la siguió con la mirada al alejarse y sonrió divertido. Sema miró a su hermano con gesto interrogante.

—¿Ya conoció a Mūdūr? ¿Cuándo? ¿Y por qué no nos lo contaste?

—Porque carece de importancia.

—Tú perro jamás se deja acariciar por una mujer joven que revolotea a tú alrededor y dijiste que te casarías con la primera que lograra esa gesta.

—¿Otra vez con lo mismo, hermana? Cielo. Os tomé el pelo.

—Sin embargo, ocultar el hecho de que ya viste a esa mujer con anterioridad agasajar a Mūdūr, me da a entender que hablabas en serio.

—Sema, por el amor de Dios. Soy un hombre adulto y responsable. El matrimonio es algo muy importante. De verdad. Solo fue una broma. Nada más. Mūdūr es un animal inteligente al que adoro. Con todo, no hasta el extremo de dejar mi futuro en sus manos.

—¿Y por qué ocultaste algo tan excepcional? —insistió ella.

—Ocultar, ocultar. No exageremos.

—¿Puedo dar mi opinión? —intervino su cuñado.

Hakan lo autorizó con un leve movimiento de cabeza.

—Creo que sí confía en su mascota. Por ello ha callado. No le gusta la chica. Y lo entiendo. No es atractiva ni elegante. Le sobran varios kilos. Y es natural. La chica cocina bien y será de buen comer. Por otro lado, es miope y no quedaría bien en las fotos. La prensa se mofaría del mal gusto de Hakan y...

—¡Basta, Basir! ¿Qué haces? Nunca pensé que pudieses ser tan despiadado —se quejó su mujer.

—Solamente doy una opinión veraz. ¿No es así, cuñado?

Él no respondió. Se levantó y dijo:

—Basir. Sobre la señorita Durmaz no se opinará más y menos en este tono. El tema está zanjado. ¿Entendido? —siseó. Él perdió los estribos y aún le era difícil deducir la razón que lo llevó a insultarla de aquella manera tan atroz la primera vez que se vieron. A pesar de eso, no podía consentir que nadie vejara a otro por su físico en su presencia.

—No te enfades. Está bien. El asunto de tú mascota terminó.

—Eso espero. Debo irme. Nos vemos —dijo Hakan cogiendo la correa de Mūdūr.

Sema, en cuanto se alejó, se encaró con su marido.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan inmisericorde? ¿Eh? ¿Desde cuándo te divierte burlarte del aspecto de una persona?

—No se porqué te enojas, amor. No eran insultos. Describí la realidad, con tono jocoso, es cierto. Pero por el asunto de Müdür. Y Hakan no se molestó.

—Siempre ha sido respetuoso con todo el mundo y combativo contra el abuso de poder. No concibo porqué calló.

—Cariño. Es evidente. Por una vez que su adorado perro acepta a una chica, ésta no es muy agraciada ni para nada de su estilo. Está rabioso.

—Puede que tengas razón. A pesar de ello, yo también soy de la opinión de Müdür.

—¿No dirás en serio que ahora confías en un perro?

—No. Lo único que demuestra con esas mujeres es celos. Quiere ser el único amor en la vida de Hakan. Más ahora ha hecho una excepción y es asombroso. Por algo será.

—Pues, la chica no es nada excepcional y no lo digo cómo un insulto.

—Ya has visto que le ha hecho perder la compostura a mi hermano. Y querido, es la primera vez que ocurre. Si ha sido capaz de alterarlo, eso significa que ha sacado a la luz la pasión que creíamos no poseía. Por lo que, estoy de acuerdo con Müdür en una cosa y es que a mí también me gusta esa chef. La señorita Durmaz es ideal para mí hermano.

—Para nada. Ya has visto que esos dos son como el perro y el gato. Nunca habrá atracción y menos al estar al tanto de cómo es mi cuñado. Siempre se ha rodeado de mujeres espectaculares. Le gusta la armonía y esa chica carece de ella. No le veo ninguna gracia. Bueno. Quiero decir que tu hermano no la vería. Yo, por supuesto, admiro cosas mucho más profundas.

—¿Y cuánto le han durado esas bellezas, eh? Amor. Hakan ha buscado en el lugar incorrecto. Ahora se dará cuenta de que la señorita Durmaz es lo que siempre soñó. Una chica sencilla que no busca la fama ni su riqueza.

—Perdona que no esté de acuerdo contigo. Todos los cocineros, hoy en día, buscan la gloria.

—Pero no la fama de los focos.

—Sin duda, esa chica no. No daría la talla para un programa culinario. Perdona que lo diga, pero es así. Reconócelo.

—La señorita Durmaz sólo desea la reafirmación de un trabajo bien hecho. Y en cuánto a su aspecto, los hombres, a veces, tenéis poca visión de la realidad. Te aseguro que si se arreglase su atractivo saldría.

Basir torció la boca en un gesto de incredulidad.

—¿Sabes? Te reto a otra apuesta. Y es que nuestra chef resurgirá cómo un cisne en cuánto sepa cómo acicalarse.

—Perderás, querida. Mi cuñado no se enamorará de esa chica ni tú ni nadie logrará hacer que se transforme en una belleza.

Sema no respondió y se limitó a sonreír.

12

Livana miró boquiabierta a Aylin al contarles que cocinaría en casa de Hakan.

—¿Cómo es que no nos lo has dicho antes?

—No era nada seguro. Lo hemos confirmado hoy. Será el viernes.

—¿¿Qué?! ¡Por Dios! ¿Por qué me avisas con tan poco tiempo? Debo ir a la peluquería, a comprarme ropa nueva y a depilarme.

—¿Depilarte para qué? —inquirió Yildiz.

Livana miró a una y después a la otra con expresión incrédula.

—Hakan Osman es el mejor representante de actores. ¿Es qué no lo sabías, Aylin?

—Creí, al verlo en los estudios, que era el novio de —.

—¡Madre mía! ¿Cómo no lo reconocí? ¡Hija! Ese hombre es famoso. Sale continuamente en los noticieros y magazines. Sus representados han ganado muchos premios importantes. ¡Y es guapísimo! Te dije que estabas destinada a hacer grandes cosas y quien sabe, puede que te ganes a ese guapetón; pues se dice que a los hombres de les conquista por el estómago y tú eres la mejor chef —se emocionó Yildiz.

—¿Otra vez escribes un guión, mamá? —se quejó Aylin.

—Del todo. Ese hombre está acostumbrado a salir con mujeres despampanantes. Nunca lo vi con una mujer de carne y hueso real. ¡Y pensar que le serví en esa cena y no me di cuenta de quien era! Perdí mi oportunidad —dijo Livana.

—¿Dices que mi niña no puede enamorar a un tipo famoso, rico y guapo? —se indignó Yildiz.

—Lo que dice ella es que la vida real no es una novela turca. A ver si lo aceptas de una vez, mamá.

—Lo que no dejaré de hacer es soñar. Y a ser posible, a lo grande.

—Ni yo de perder la otra oportunidad que me ofrece la vida. Aylin. Tienes que conseguirme una entrevista con Hakan Osman. Por favor.

—Lo intentaré. Pero estáis equivocadas. Ese hombre es cualquier cosa menos fabuloso. Lo que menos me motiva en este mundo es cocinar para él. Sin embargo, me provocó su arrogancia y me vi obligada a aceptar el reto. Juro que cuando termine de cenar lo perderé de vista para siempre.

—¡Ah, no amiga! Lo aguantarás hasta que me consigas esa cita. Aunque, estoy segura de que quedará tan satisfecho que esa misma noche lo habrás logrado.

—Confías demasiado. Yo en absoluto —musitó Aylin.

Y seguía sin confiar en Hakan. Y mucho menos al aparecer ante ella el día acordado vestido de modo informal. Camiseta azul oscura, pantalones tejanos, y estampada en su atractivo rostro esa sonrisa seductora. Estaba imponente. Más, no se dejó prender. Sus artimañas no obtendrían ningún resultado favorable. Ella nunca se dejó deslumbrar por la belleza física. Sus valores, a diferencia de los de ese hombre, iban mucho más allá

—No soporto la impuntualidad. Considero una falta de respeto hacia el otro. El tiempo es muy importante para que se lo hagan perder los demás.

Debería saberlo –le espetó de mala gana.

Él, sin dejar de sonreír, dijo:

—No me exagere. ¿Cuánto me he retrasado, dos minutos?

—Exactamente ocho minutos tarde, señor Osman. Ocho.

Él la estudió. En esta ocasión dejó a un lado su ropa demasiado cómoda por un traje pantalón negro y camisa blanca. Una vestimenta muy profesional y tuvo que reconocer que beneficiaba su aspecto.

—El tráfico, señorita Durmaz.

—¿No le parece que es una excusa endeble viniendo de un hombre cómo usted?

—Es la verdad.

—En ese caso, le aconsejo que otro día salga ocho minutos antes –replicó Aylin.

Hakan, en lugar de sulfurarse por su actitud de evidente hostilidad hacia él, le causó diversión.

—¿Es qué tiene intención de tener otra cita conmigo? –bromeó.

—¿Qué? ¿Está usted loco? Lo de hoy es un compromiso y debía cumplirlo a pesar de no ser de mí gusto. Para nada una cita. Y, ¿por qué demonios desearía volver a verle? Señor Osman, dejemos las estupideces y entremos. Cuanto antes comencemos, antes terminaremos es situación tan incómoda –masculló ella.

—No sea tan pesimista. Tal vez descubra que puede pasarlo bien.

Ella le lanzó una mirada de hielo.

—¿Con usted? ¿Es qué se ha vuelto loco? ¡Ni en sueños se obraría ese milagro! –exclamó. Le dio la espalda y entró en el centro comercial.

—La sigo –dijo Hakan divertido.

Aylin miró a su alrededor. El lujo se respiraba en cada esquina, escaparate o decoración.

—¿Sería tan amable de indicarme? Es la primera vez que vengo.

—Por supuesto.

Bajaron a la planta inferior donde se encontraba el supermercado. Aylin quedó impresionada. Era enorme y con infinidad de productos que no podían adquirirse en su barrio.

—Nunca he comprado aquí. Aunque, parece que en esta verdulería se vende calidad –comentó. Y esperó que así fuese, pues los precios eran escandalosos.

—Sin duda, señorita. De lo contrario, el señor Osman no sería mi mejor cliente. Es muy exigente. Sólo quiere lo mejor —dijo el vendedor.

Ella parpadeó al creer no haber escuchado bien.

—¿Hace usted mismo la compra?

Hakan aguantó las ganas de sonreír y con semblante adusto, dijo:

—Me gusta saber lo que como. Sí. Por favor, no pierda su precioso tiempo intentando averiguar cómo es mi vida y compre lo necesario.

—¿Qué yo deseo saber sus cosas privadas? ¿Pero qué se cree? Si he preguntado es por la simple razón de que no le veo en esa tesitura al ser un hombre tan ocupado e importante.

—Suelo sacar tiempo cuándo algo me interesa. Cómo hoy —dijo Hakan.

El modo que la miró no le gusto nada a Aylin.

—No me venga con subterfugios. No soy de ese tipo de mujeres que se dejan encandilar por alguien cómo usted. Mire. Puede que a otras chicas las vuelva locas. Pero a mí no me cae bien. Y nunca cambiaré de opinión.

—Afirmar algo con tanta rotundidad me indica que usted no es prudente.

Ella renunció a seguirle la corriente, le entregó la nota al tendero y continuaron con la compra en silencio.

Ya servidos se acercaron a la carnicería. Al igual que antes, precios desorbitados. Y seguro, se dijo, que el género no era mucho mejor que el que ella comía. Pero se equivocó. El cordero era de la raza *karayaka* procedente del Mar Negro, en Anatolia criado a la vieja usanza. Una exquisitez no apta para todos los bolsillos.

Con los quesos y leche ocurrió lo mismo. Sin duda, el señor Osman la llevó a un supermercado gourmet.

—No olvide nada. No cocinar un solo ingrediente de la receta puede afectar a mi valoración —le aconsejó Hakan, cuando Aylin consideró estar bien provista.

—No se preocupe. A pesar de no adquirir la compra en un lugar tan exclusivo, soy una buena profesional y procuro, dentro de mis posibilidades, usar los mejores productos, señor Osman.

—No lo he dudado ni un instante.

—Pues absténgase de hacer estos comentarios. Por mucho que lo intente no me provocará. ¿Nos vamos ya?

—Iremos a pié. Mi casa está muy cerca.

Aylin apenas conocía el barrio de Fenerbahçe. Su única visita fue al acudir al estadio de su equipo favorito. Quedó fascinada por las residencias que se encontraban junto al canal. Casas y edificios no aptos para cualquier mortal. Allí residían la mayoría de los más acaudalados de la ciudad. Y precisamente el piso de Hakan estaba allí. Un edificio alto y lujoso. En el hall podía caber el apartamento de Livana y en el ascensor su cuarto.

Subieron hasta el ático. En el rellano sólo una puerta; lo que significaba que todo el espacio lo ocupaba el apartamento. Supuso que sería espectacular. Y no erró. Inmenso y decorado con un gusto exquisito. Probablemente por un profesional.

—¿Le gusta? —le preguntó Hakan.

—No está mal —respondió Aylin.

—¿Por qué miente? Se nota que ha quedado impresionada. Y no es para menos. La localización es extraordinaria. Pocos gozan de estas vistas tan deslumbrantes. ¿No cree?

—De acuerdo. Admito que el piso está en un lugar impresionante y que los decoradores hicieron un buen trabajo. Todo esta puesto con muy buen gusto.

—Muchas gracias por el halago; pues lo hice yo mismo.

—¿De veras?

—¿No me cree?

Ella dejó de mirar la enorme cristalera que daba a la terraza y ladeó el rostro.

—Lo cierto es que sentimos tanta antipatía el uno hacia el otro que somos incapaces de dar nuestro brazo a torcer y decirnos lo que realmente pensamos.

—Con un pequeño esfuerzo podemos cambiar la situación —sugirió Hakan.

Ella torció la boca y aseveró levemente.

—¿Por qué no? Al fin y al cabo, tan solo será por unas horas. Podemos hacer un esfuerzo. Después, adiós y hasta nunca, señor Osman.

Aquella puntualización molestó a Hakan. Abrió la boca para replicar, pero la llegada de Mürdür no se lo permitió. Con un gran ladrido corrió hacia ellos. Sin embargo, en lugar de saltar cómo siempre sobre él al entrar en casa, estupefacto presencié cómo su amada mascota se abalanzaba sobre Aylin.

—¡Hola, mi precioso perrito! ¿Es qué me has echado de menos? ¿Sí? Pues hoy te haré feliz. Al igual que a tú dueño, te prepararé una cena muy

deliciosa –dijo acariciándolo.

Müdür la lamió con fervor.

Hakan apretó los dientes. Aquello no podía estar sucediendo. No con esa chica tan insufrible.

—Mi perro ya ha tomado su ración diaria.

—Pero hoy haremos una excepción. ¿No es así, señor Osman?

—No.

—¡Uy! No sé porqué te llamó Müdür, pues aquí solo manda el señor.

Hakan carraspeó sonoramente.

—¿No decía qué su tiempo era oro, señorita Durmaz? Pues, ya ha saludado a Müdür. Vamos a la cocina. Y tú –añadió señal a su mascota – quédate aquí y no molestes.

—¡Pobrecito! No se cómo lo aguantas. Tú amo es un cascarrabias.

—¿Viene? –remugó él.

La cocina no la impresionó. No por su vulgaridad; todo lo contrario era espectacular. Pero desde la fundación de *Simbiyoz* el lujo formaba parte de su vida laboral y ya no existía el efecto sorpresa.

—Cocina de gas. Perfecto —dijo.

Hakan dejó la compra sobre la encimera y abrió un cajón.

—Yo también la prefiero a las placas. Me da la sensación que la comida sabe mejor. Aquí tiene los cuchillos. Creo que no la defraudarán. Son de una calidad excelente.

Aylin los miró perpleja.

—No están mal —dijo con tono neutro.

Él sabía que utilizaba unos idénticos, pues los vio en casa de sus padres. La terquedad de esa muchacha por no darle la razón era prodigiosa. Disimuló una sonrisa y cogió dos mandiles. Le entregó uno con un salero estampado que dejaba caer diminutos corazones sobre una frase muy cursi.

—*Échame una pizca de pasión y mi amor será eterno.* ¿En serio? —se burló Aylin.

Él alzó los hombros en señal de disculpa y le mostró el suyo.

—*No hay mejor receta que tu amor.* Un regalo de mi madre. Me veo en la obligación de utilizarlos. No me gusta ofender a quienes me halagan con sus presentes; a pesar de no ser de mi agrado.

—Ya decía yo. Esas frases no le pegan nada.

—¿Por qué se extraña? ¿Acaso no cree que pueda ser romántico?

Ella contrajo la boca y dijo:

—Es demasiado exigente y esa cualidad es fenomenal. Sin embargo, no es muy adecuada para las cuestiones del corazón y mucho menos para las sensiblerías.

—Señorita Durmaz, uno no puede suavizar sus expectativas o con el tiempo surge la catástrofe.

—Estoy de acuerdo.

Hakan, sorprendido, alzó las cejas.

—Si pensó que soy sentimental, se equivoca. No me entrego a alguien si no estoy segura de que no me defraudará. Más, dejemos estas cuestiones y pongámonos a trabajar o cenaremos a las tantas —dijo Aylin colocándose el mandil.

—¿Qué prepararemos? —preguntó él, atándose el delantal.

—Unos kebabs de verduras aderezadas con especias autóctonas, pero en lugar de estar envueltos por una tortilla de maíz lo haremos con pasta italiana de canelones, cubiertos por bechamel, queso turco por encima y al horno. De segundo unas croquetas de guiso de cordero con **baharat* y de postre **coca de vidre* recubierta con un toque turco: mermelada de higos.

—Un menú contundente, calórico y muy elaborado. Nos llevará horas. Pensé que deseaba que esta apuesta terminara cuanto antes —opinó Hakan.

—Con mi trabajo no juego, señor Osman. Soy una profesional y no tengo en cuenta la dureza o duración de una receta. Usted me pidió algo que no fuese sencillo y es lo que haré. Más, no se preocupe. A pesar de la complicación, todo estará delicioso. Aunque, si le preocupan las calorías podemos anular la cena.

*Mezcla de pimienta negra, ajedrea seca, menta, comino, canela y nuez moscada.

*Coca de cristal

—No me importan. Las perderé con mí ejercicio diario. Y antes de que me suelte alguna indirecta, no lo hago por el físico; me esfuerzo por estar sano.

—Muy loable —dijo ella sin emoción.

Él quiso pagarle con la misma moneda.

—En cuanto a si lo que me ofrezca será exquisito, ya lo veremos, señorita Durmaz.

—Pues, cuánto antes comencemos, antes podrá averiguarlo. Ya que se ofreció como ayudante, ¿me hace el favor de cortar las cebollas?

—¡Vaya! Muy lista. Me adjudica la peor parte. ¿O es qué lo hace para verme llorar? —se quejó él.

Ella le dedicó una sonrisa cargada de ironía.

—¿Pero es qué usted lo ha hecho alguna vez?

—Últimamente, he de confesar que no.

—Pues será un placer ser su espectadora en exclusiva.

—No le concederé el placer de provocarme una lágrima. Tengo el truco perfecto para evitarlo —aseguró él. Abrió un cajón y extrajo unas gafas de buceo.

—¿De verdad? —inquirió Aylin conteniendo la risa.

—¿Qué? ¿No me dirá que una gran chef cómo usted no las utiliza? Pues debería. No fallan —dijo Hakan, colocándoselas. Ella, al final, rompió a reír y él la miró atónito. Su risa era armónica y dulce. Muy agradable. Sacudió la cabeza para salir del encanto y dijo: ¡Bueno! Manos a la obra.

Aylin le entregó las verduras.

—Para el relleno utilice una cebolla, dos pimientos, tres zanahorias, un puerro y dos tomates. Haga trozos pequeños. Muy pequeños, a poder ser.

—¿Se dice en *brunoise*, verdad? —consultó Hakan. Cogió un cuchillo y lo introdujo la cebolla.

—De este modo no. Puede cortarse. Ponga los dedos así —le indicó Aylin.

—Es difícil —se quejó Hakan.

Ella suspiró. Se situó tras él, posó las manos sobre la suya y le colocó los dedos de la manera adecuada.

—Así es más seguro.

Hakanladeó el rostro y sus mejillas se rozaron levemente.

—Gracias, chef.

Aylin, sofocada, se separó de inmediato y se enfrascó en hacer la masa para la *coca*.

Hakan la observó. La expresión adusta que siempre mostraba ahora ya no existía. Ahora revelaba deleite. Era evidente que Aylin disfrutaba con su trabajo.

—¿Dónde aprendió a cocinar? —se interesó él.

Ella abrió el horno e introdujo la masa.

—Mi abuela me inculcó el amor por la cocina —dijo. Cerró la puerta y colocó dos cazos sobre los fogones y añadió: Decidí hacer de ese placer mi profesión. Me inscribí en la universidad Medeniyet y al licenciarme envié mi solicitud a la mejor escuela de Barcelona. Por supuesto, no tenía el dinero suficiente. Aunque eso no me echó para atrás, esperé ser beneficiada con una

beca por mis excelentes calificaciones. Y la conseguí. ¿Ya está? ¡Vaya! Muy buenos cortes.

—Soy un buen alumno —dijo Hakan comenzando a cortar el resto de verduras para el guiso de cordero.

—Pero... ¡Me ha engañado! Usted no es ningún novato —le echó ella en cara al ver su increíble maestría con el cuchillo.

Hakan se rascó la barba y sonrió.

—Soy un gran aficionado a la gastronomía y cocinar forma parte de ello. Por supuesto, no llego a su altura; aunque me defiende. ¿Le supone un contratiempo mi ridícula experiencia, señorita Durmaz?

Ella lo apuntó con el cuchillo.

—Al contrario. Me alegra que la gente desee desenvolverse en la cocina y no tengan que depender de los demás. Sin embargo, sólo le dejo de supervisor del estofado. Los toques los daré yo. Si usted colabora en la elaboración alegraría que no he cocinado sola y la apuesta no habrá servido de nada.

—¿Tan tramposo me ve?

—Más bien creo que le encantaría vencerme al precio que fuese.

Hakan adoptó una expresión de ofensa.

—Puedo ser arrogante y ambicioso, pero siempre juego limpio. Puede estar segura de que sólo ayudaré con el cuchillo y los ojos, chef –dijo él.

Aylin troceó la carne, le dejó la medida justa de agua y pasó a preparar la pasta fresca.

Tras un rato sin mediar palabra, Hakan, removi6 el sofrito y le pregunt6:

—¿Puedo preguntarle la edad?

Ella sin alzar la mirada dijo:

—No sea impertinente.

—No quiero serlo. Pero me parece muy joven para ser ya una graduada y con tanta experiencia. ¿Lo parece o lo es?

—¿Nunca se da por vencido?

—No.

—Pues tengo la suficiente. Pásame el aceite, por favor.

—¿Puedo hacerle otra pregunta?

—Aunque le pida que se calle no lo hará. Adelante.

—¿Por qué se decantó por ir a España y no por aprender cocina francesa o italiana?

—Desde hace unos años ellos son nominados los mejores del mundo. Quise aprender de los más grandes.

—Y usted siempre quiere lo mejor –apuntilló él y echó el agua sobre el guiso.

—¿Usted no? –dijo Aylin.

—Por supuesto. Es bueno tener cierto tipo de ambición.

Aylin sacó la coca del horno.

—Tiene una pinta deliciosa. ¡Um! –exclamó Hakan.

—Así ya lo es. Simplemente con el azúcar caramelizado. Pero más la tendrá con la mermelada de higos. ¿Me ayuda a pelarlos?

—Como no. Soy su subalterno. Aunque pondremos animación. Con algo de música se trabaja mucho mejor. Si no le importa, por supuesto.

Ella asintió y él encendió el transistor. La música comenzó a inundar la cocina y ellos se enfrascaron en las elaboraciones.

Aylin, a pesar de la reticencia inicial, se encontraba muy a gusto guisando. Nunca imaginó que pudiera entenderse con ese hombre tan insufrible, pero lo hacía; incluso disfrutaba. Y para rematar su buen humor, una de sus canciones preferidas, **Bir Tanecik Askim* comenzó a sonar y ella a canturrearla.

*Vamos a no ofendernos el uno al otro
Vamos a no ofendernos el uno al otro para nada
Vamos a no pelearnos
Mi único amor
Vamos a no ofendernos
Vamos a no enfurezcamos en silencio
¿Y si eso sucede, qué voy a hacer yo?
Ven y abrázame
Yo no he tenido nunca el corazón para lastimarte
Mi único amor
Cada vez que no estoy contigo es una pérdida de tiempo
Voy a estar bien cuando te abraza.
* Mi único amor*

Hakan la miró estupefacto. La señorita Durmaz era una continua sorpresa. No tan solo su risa era agradable, también su voz melodiosa y afinada.

Ella, al darse cuenta de que la observaba, dejó de cantar.
—Perdón —susurró.
—¿Por qué? No me molesta. Al contrario, canta muy bien. Siga.
Aylin hizo oscilar la cabeza de un lado a otro con énfasis.
Hakan se unió a la voz de Gülçin Ergül.

*Vamos a no estar tristes
Vamos a no estar tristes, para nada
Vamos a sonreír, siempre
Mí único amor*

—¡Venga! Sígame —insistió él.
Ella volvió a rechazar su sugerencia. Él insistió y finalmente la convenció.
Al terminar la canción rompieron a reír.

—Cómo pareja cocinera no se si tendremos éxito, pero como cantantes, podríamos triunfar –dijo Hakan.

—Puede que en un karaoke. Venga dejemos la diversión y volvamos al trabajo. Esto es más delicado de lo que la gente cree y hay que estar muy atento a cada paso o se puede fracasar. ¿Me pasa el queso?

—A sus órdenes, chef.

Las dos siguientes horas, a pesar de las complicadas elaboraciones, pasaron raudas entre las canciones y conversaciones. La que mantuvieron les hizo comprender que los enfados iniciales se debieron a la falta de conocimiento. Aylin llegó a la conclusión que Hakan era cordial, culto y con un sentido del humor muy sofisticado, pero divertido. Por parte de él descubrió a una chica que utilizaba con sutileza la ironía y que su charla distaba mucho de ser aburrida; por el contrario inteligente. A su lado el tiempo transcurría veloz.

—¡Uy! No veo nada. Se me han empañado las gafas con el vapor. ¿Me ayuda, por favor? –le pidió Aylin indicándole con el dedo grasiento que se las quitara.

Hakan las cogió. Las metió bajo el grifo y las limpió.

—Perfectas –dijo mirándolas a través de la luz. Se acercó a Aylin y con delicadeza le apartó el cabello.

—¿Qué ocurre? –inquirió ella cuándo él quedó paralizado.

—Sus ojos...

—¿Qué le pasan a mis ojos? ¿Están muy rojos? ¿Necesito colirio? –jadeó.

—No. Están perfectos. Es que... son de un color increíble. Son cómo el ámbar.

—Marrones –puntualizó Aylin.

—No. No. Son igual que dos gemas. Preciosos. ¿Por qué los esconde tras estos lentes tan horribles? Debería mostrarlos. ¡Son tan bellos!

Ella, con las mejillas ardiendo, le arrebató los lentes y se los puso.

—La cena está casi lista. Puede ir a poner la mesa mientras termino de prepararla o se enfriará –dijo con tono acerado.

Él, aún impactado por el asombroso descubrimiento, asintió. Dio media vuelta y salió.

Aylin, aún sobrecogida por la reacción de Hakan, remató los detalles. Puso las bandejas en el carrito y fue al comedor.

Hakan se encontraba en el diván acompañado por Müdür. Éste apoyaba la cabeza en los muslos de su dueño y él le acariciaba la cabeza mirándolo con cariño. Ofrecían una estampa del todo hogareña.

—Listo, señor Osman –le comunicó.

Hakan alzó la cabeza y Müdür saltó para saludar a Aylin.

—Hola, precioso. Tú también cenarás. A pesar de la negativa de tu dueño, te he preparado algo delicioso –le dijo acariciándolo.

—Insisto en que no es conveniente romper la dieta –refutó Hakan, levantándose.

—No sea tan estricto. Hoy es una noche especial.

—Yo también lo creo –dijo él con tono sutil.

Ella entrecerró la frente al pensar si esas palabras ocultaban doble intención. Sin embargo, tras el incidente de las gafas, estaba segura de que sí. No era hombre que se fijara en una chica como ella. Con total seguridad se estaba burlando de la pobre muchacha fea. Pero no obtendría la diversión que esperaba. Ella no era de las que caían rendidas ante una belleza tan espectacular. Sus valores eran mucho más íntegros.

—En ese caso, le prepararé su plato –dijo con tono crispado.

Los ojos profundos se concentraron en ella. Pensó que Aylin no era la clase de mujer que proyectaba. Al igual que él, se protegía bajo un muro que muy pocos lograban derribar. Y se propuso demoler el de ella. Quería ver la realidad que ocultaba esa joven que a cada minuto que pasaba le parecía más y más interesante.

Aylin dejó la escudilla con el guiso de carne y Müdür sin olerlo, hecho que sorprendió a su dueño, pues nunca se llevaba nada a la boca sin inspeccionarlo, se afanó en degustar tan deliciosa cena. Por lo visto, tenía plena confianza en la cocinera.

—Yo también estoy ansioso por degustar sus habilidades. Iré a lavarme las manos —dijo Hakan.

Aylin regresó a la cocina y trajo el resto de la cena. Hakan ya aguardaba ante la mesa.

—Por favor —dijo apartando la silla.

Ella se acomodó, él se sentó enfrente, abrió una botella de su vino preferido y lo sirvió.

—Lo encontrará contundente, pero creo que irá bien este vino con su cena tan especial y con toques de alimentos españoles. Siendo inmodesto, digo que soy un buen catador de caldos.

—Lo conozco. No olvide que estudié en España. Es un *Almodí* de la bodega *Altavins* de la Terra Alta, una comarca de Catalunya. Concretamente de la población de Batea. Producen vinos excelentes. Este es un primer premio. Debería ir. Esa zona es preciosa. Mucha naturaleza y agricultura. Le gustaría.

—Compruebo que también sabe de caldos.

—Un buen chef debe estar al corriente. Ha elegido con corrección.

—¿Me está dando la razón, señorita Durmaz? —inquirió Hakan levantando una ceja.

Aylin decidió no mostrar el mal humor que le produjo el descubrimiento de que él se burlaba de ella.

—¿No quedamos en qué por una noche nuestra relación sería cordial? Por ello no tengo más remedio que aceptar la realidad. Aunque, también puedo pensar que la elección ha sido producto de la casualidad.

Él cogió una croqueta y dijo:

—¿Puedo yo pensar lo mismo de esto?

—Son el segundo plato —le recordó ella.

—Lo siento. No puedo resistir la tentación de probarlas.

Los increíbles sabores le llenaron el paladar. La mezcla inaudita que creó Aylin era sublime. Uno podía morir de placer.

—¿Y bien?

Hakan se relamió el labio inferior.

—Bastante buena.

Aylin torció la boca.

—¿Otra vez oculta la verdad? Pensé que esa faceta, al igual que he hecho yo, quedó atrás.

Hakan asintió.

—Lo siento. Ya sabe. Soy orgulloso y arrogante, y me duele dar el brazo a torcer. No obstante, he de rendirme y admitir que es la croqueta más sabrosa que he comido en la vida. La felicito. No obstante, aún quedan dos platos más que juzgar.

—Y de nuevo tendrá que sucumbir ante mí maestría —dijo Aylin.

—Usted también vuelve a las viejas costumbres —apuntilló Hakan y cogió otra croqueta.

—En absoluto. Ya ha visto, mejor dicho, ya ha disfrutado de mi cocina y por ello comprobado que no hay en mí ni un ápice de vanidad. Si digo que soy capaz de crear placeres culinarios, es porque puedo. ¿O no?

Él cogió la copa y tomó un sorbo mirándola con fijeza. Ciertamente lo conseguía. Del mismo modo, se preguntó si también podría ofrecerlos en otras facetas. Y la imaginación se le desató. Perplejo por su reacción desatinada, dio otro sorbo y con tono un pelín brusco, dijo:

—En cuánto pruebe el *kebab*, opinaré.

Aylin, extrañada por su cambio de humor, se lo sirvió. Probablemente, cómo dijo, se debía a tener que darle la razón o al hecho de que no conseguía seducir a la muchachita insulsa y carente de atractivo.

Hakan se llevó un trozo a la boca sin tener la menor duda de que lo haría gozar. No erró. Soberbio.

—¿Qué dice?

—¿Me permite qué de mí opinión cuándo finalicemos?

—Por supuesto.

Tras degustar el segundo plato, Aylin le sirvió la coca de vidre con mermelada de higos.

—Supongo que un hombre cómo usted no suele o más bien nunca come dulces.

—Pocas veces. No es sano el azúcar.

—En su medida justa, no es perjudicial. Le aseguro que yo suelo disfrutar de ellos y estoy muy sana.

Hakan no lo dudó ni un segundo. Ahora ya no la veía como esa chica gorda y vulgar. Por el contrario. Le agradaban sus curvas sinuosas y sus increíbles ojos enmarcados por un rostro armonioso. Podría asegurar que incluso era bonita.

—Ya se ve —musitó sin poder dejar de observarla.

Aylin carraspeó incómoda. Por suerte, en pocos minutos se largaría y nunca más volvería a ver a ese tipo tan arrogante.

—Pese a ello, hoy hará una excepción y tomará todo el menú.
¿Verdad?

—Esta noche ya he hecho muchas.

Ella lo miró con gesto interrogante.

—Por ejemplo, dejar que una chica trastea en mi cocina y me haga la cena. Usted ha sido la primera.

—No espere que se lo agradezca. Lo ha permitido porque deseaba demostrar que no sabía cocinar como los grandes chefs —dijo ella sirviéndole la coca.

—Así es. Sin embargo, me ha derrotado.

—Aún no ha catado mi exquisito postre.

Él no pudo evitar sonreír.

—Cree que así será.

—¿Y lo duda de nuevo? Por favor, coma.

Lo hizo y una vez más, tuvo que rendirse ante su maestría. Suspiró hondo. Nunca disfrutó tanto de la comida, ni de una conversación amena e inteligente en mucho tiempo con una mujer.

—¿Me da ahora su veredicto? —quiso saber Aylin en cuanto terminaron de cenar.

Hakan se levantó. Fue al carrito de las bebidas, sirvió dos vinos dulces y se sentó en el sofá. Le indicó a Aylin que se uniese mostrándole la copa. Ella la cogió y se acomodó a su lado. Müdür lo hizo junto a Aylin y le solicitó caricias.

—Tengo que doblegarme ante usted. Es una cocinera excelsa. Le confieso que jamás he gozado como hoy. No alcanzo a saber la razón de que se conforme con un simple catering y no tenga su propio restaurante.

—No todos procedemos de una familia adinerada y noble como usted, señor Osman. Los simples mortales tenemos que luchar para conseguir nuestros sueños y en la mayoría de ocasiones se quedan en eso, en sueños.

—Usted lo ha dicho. En ocasiones se cumplen.

Ella, rascó la cabeza del perro y suspiró.

—Esta aspiración la veo difícil.

—Me dijo que deseó ir a Barcelona y lo hizo. No pierda la esperanza.

—¿Usted también soñó con ser representante de actores? No se... Me parece raro.

—¿Por qué?

—Bueno. Usted pertenece a una dinastía noble. Lo más lógico sería que disfrutara de la vida y no se buscara complicaciones.

—Lo cuál significa que pensaba que era un hombre superficial que no necesitaba sentirse útil. ¿Qué opina ahora?

Aylin vio la oportunidad de ayudar a Liviana y en aras de conseguir el propósito cambio de actitud y se comportó con más cordialidad.

—Opino que erré y mejoraría aún más mi buen parecer si aceptase representar a mi mejor amiga —dijo dedicándole una tierna sonrisa.

Él juntó las cejas y frunció la boca.

—Vaya, señorita Durmaz. ¿He de pensar que aceptó esta apuesta para aprovecharse de mí posición?

Ella negó con un chasquido.

—Le aseguro que no tenía la menor idea a que se dedicaba al conoceros. Hasta pensé que era el prometido de esa bruja de Leyla.

—¿He de creerla si tengo en cuenta que mis apariciones televisivas son innumerables?

—No suelo ver mucha televisión ni leer revistas de cotilleo. Me he centrado en mis estudios y en practicar. Le aseguro que desconocía quién era usted; al igual que a muchos famosos del país.

—Ya. ¿Y puedo saber la razón por la qué creyó que ella y yo estábamos juntos?

—Bueno. Es famosa y bellísima. Y le llamó cariño. Además, usted es de esos hombres que suele salir con ese tipo de mujeres.

—De nuevo me cree superficial. Me desalienta, señorita Osman.

—Liviana me dijo que jamás se le ha visto con una mujer normal.

—¿Normal? —inquirió él.

—Sí, normal. ¡Ay, Señor! ¿Es qué ha visto alguna vez a un famoso llevar colgada del brazo a alguien cómo yo tan fea, gordita y nada glamorosa? ¡Claro que no! Siempre son modelos o actrices. Así quedan bien en las fotos y son envidiados.

Hakan, muy enfadado, apretó los dientes.

—No quiero que hable así de usted.

Aylin lo miró sin mostrar la menor emoción.

—¿Por qué? Le recuerdo que fue usted quién me tildó de adefesio.

—Me pilló en un mal momento y la pagué con la primera persona con la que me crucé. Le aseguro que jamás me ha ocurrido un hecho del que

me sienta tan avergonzado. No tiene disculpa los insultos que le propicié. Aún así, le ruego me perdone.

—No se preocupe. En parte tenía razón.

Él dejó la copa sobre la mesita con brusquedad.

—No vuelva a despreciarse; porque no tiene razón. Ni yo la tuve entonces. Es usted una mujer increíble. Bonita, inteligente y con un don que hace feliz su prójimo. Aylin. Le aseguro que una de mis características es la sinceridad.

—Ya —dijo ella con una risita escéptica.

—El rifirrafe que hemos tenido, la apuesta y lo demás, ha sido un mero juego. Y no tan solo por mi parte. Reconózcalo. Si le digo que la encuentro atractiva, es porque es cierto. Odio las mentiras.

De nuevo volvía a la carga y de nuevo fracasaría. No era mundana, pero en absoluto tonta. Hakan nunca la vería rendida a sus encantos.

—Por favor, dejemos el tema. Es tarde y mañana me espera un día muy duro, y tengo que recoger la cocina —lo interrumpió ella. Se levantó y dijo: ¿Puedo decir a Liviana que la atenderá? Le aseguro que es una actriz increíble, a la par que muy hermosa. Puede que al ser una simple camarera no se fijara en ella el día de la fiesta de su padre.

—Yo me fijo en toda la gente sin tener en cuenta su estatus social, señorita Durmaz. Puedo describir a su amiga con todo detalle. Rubia natural, ojos color de los prados, esbelta, alta y hermosísima. Por otro lado, mi hermana me contó que fue ella la que logró que nos sirviera en la fiesta. Fue muy avispada al cautivarla con productos fuera de la carta. Demuestra inteligencia y tener el don de aprovechar las oportunidades.

—Así es. Además tiene todos los atributos para llegar a ser una estrella en cuanto a talento o le aseguro que no le pediría ayuda. Por otro lado, nunca pusimos precio a nuestra apuesta. Y cómo he ganado, le pido esta recompensa.

—Es muy generosa. ¿No preferiría una para usted? Si se aprovechara de mis innumerables contactos su negocio prosperaría mucho. Incluso podría financiarla para montar su propio restaurante.

—Lo sé. Pero no quiero depender de nadie para alcanzar mis objetivos. En cambio, sé que en el mundo que se mueve Liviana es difícil conseguir una oportunidad. Y ella lo merece. En cambio, yo ya he iniciado el camino hacia mi meta. Mi amiga es una de las personas que más amo en este mundo y deseo lo mejor para ella. ¿Le parece suficiente esta explicación?

—Totalmente. Tengo una hora libre el viernes. A las nueve las esperaré.

—Lo lamento. Me será imposible asistir. Además, la apuesta ya ha sido realizada. No tenemos porque volvernos a ver —dijo ella cogiendo de nuevo el delantal.

—¿Por qué no? —quiso saber él.

—Cómo dijimos, la cordialidad que ha habido entre nosotros se limitaba a esta noche; al igual que nuestra efímera relación.

—No tiene porque ser así. Y lo he pasado bien y creo que usted también. Ha sido una noche muy agradable. No podrá negármelo —opinó Hakan.

Ella tomó aire. Era cierto. Pero no caería en su trampa.

—Señor Osman, usted y yo pertenecemos a mundos muy distintos. No tenemos nada en común y nuestros caracteres son incompatibles. Nunca podríamos ser amigos. Si estoy aquí fue porque a veces soy impulsiva. Usted me provocó y sin pensarlo acepté el reto. No hay más. Mejor olvidar que nos hemos conocido.

—Usted piensa que soy un tipo sin escrúpulos y con esta actitud se está arriesgando a que rehúse representar a su amiga. ¿No cree?

—En ningún momento he dicho algo semejante —protestó Aylin. Y añadió: A pesar de su actitud altanera, no tengo la menor duda de que es un hombre de honor y aunque dejemos de vernos, si Liviana tiene posibilidades, se que la aceptará. ¿No estoy en lo cierto?

Hakan, rabioso por su constante rechazo, le quitó el mandil de las manos.

—Por supuesto. Le dije que soy sincero. Si no es apta para la profesión no tendré el menor pudor de decírselo con claridad. Por el contrario, si considero que es adecuada para mí agencia la contrataré. ¿De acuerdo? Pues, si eso es todo, no hace falta que recoja. Lo hará el servicio. Ya puede irse —masculló.

—Bien.

—La acompañaré a casa.

—No se moleste. Tomaré un taxi —decidió Aylin.

—Como desee —aceptó él sin disimular su mal humor.

Ella cogió el bolso, la acompañó a la puerta y también Müdür.

Aylin se inclinó y acarició al perro.

—Buenas noches, precioso. Buenas noches, señor Osman.

—Buenas noches, señorita Durmaz —masculló él entre dientes. Abrió la puerta y ella se fue sin mirar atrás.

Tras cerrar inhaló con fuerza y dijo:

—Vamos Müdür. El asunto con Aylin ha terminado. Porque amigo, de nuevo no he podido demostrar que no te conquistase por el estómago. Pero las comprobaciones han terminado. Esa chica tiene razón. Que esta noche haya sido tan agradable no significa nada; porque nada nos une. Nunca podremos entenderos. Nunca.

Mert observó a su amigo con curiosidad. Hacia mucho tiempo que no lo veía tan taciturno.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué te ves abatido? Deberías estar satisfecho con la vida que llevas. Fiestas, viajes, premios y lo mejor de todo es que siempre estás rodeado de mujeres hermosas. Medio mundo te envidia.

—Y medio mundo ignora que todo eso es puro teatro.

—¿Ya te has cansado de jugar con los famosos?

Hakan le lanzó una mirada cargada de hielo.

—Está bien. Admito que el oficio lo has llevado con maestría. Eres un lince para descubrir talentos. Las estanterías de tus representados están llenas de galardones. Pero también sé que te metiste en este mundo sin saber si era lo que en realidad querías hacer y todo por desmarcarte de los negocios familiares. Deseabas tener tú propia personalidad. Y ahora te preguntas si esta es la vida que ansiabas. ¿Me equivoco?

—El artificio que conlleva este trabajo me harta. He llegado a un punto que me es imposible soportar las vanidades y tiranías a las que hay que someterse para lograr un éxito.

—La fama hace perder la cabeza a muchos. Pocos son los que se mantienen cuerdos. ¿Y qué piensas hacer? ¿Lo dejarás?

—No. Disfruto dando una oportunidad a gente que la merece. Si logran demostrar lo que valen me siento satisfecho. Aún así, me he propuesto deshacerme de aquellos que me complican la existencia. A partir de ahora me cubriré las espaldas y haré contratos de corta duración para poder echar a los conflictivos.

—Y entre éstos indeseables esta la famosa señorita Akman. ¿Acierto?

—Por completo. Ha llegado a un punto que es insufrible.

—Te compadezco, amigo. No quiero ni imaginar cómo reaccionará cuándo le digas que ya no serás su representante. Es capaz de llevarte a los tribunales.

—El contrato termina pronto. No podrá reclamar nada. Ni exigir despidos o vejar a la gente que me rodea. Últimamente se ha comportado cómo una serpiente venenosa. Ha destrozado la vida a unos cuantos. Respiraré aliviado apartándola bien lejos.

—Es poco probable que te libres de ella. Os movéis en el mismo mundo. Además, esa mujer está obsesionada contigo. No cejará hasta conseguirte.

—Una meta que sabe que nunca alcanzará. Se lo dejé bien claro desde el principio de nuestro acuerdo.

—Pero ella cree que terminará seduciéndote. Al fin y al cabo, hemos de reconocer que siempre caza al hombre al que le echa el ojo y piensa que contigo ocurrirá lo mismo.

—Esa mujer es un problema continuo –suspiró Hakan.

—Por ello veo difícil que otro agente, conociéndola, quiera aceptarla en plantilla.

—Sé de uno muy ambicioso que la acogerá encantado. Estoy seguro de que se llevarán de maravilla. Y hablando de nuevos contratos, tengo que ver en unos minutos a una nueva aspirante a actriz.

—E imagino que bellísima –apuntilló Mert.

—Lo es, sí. Si quieres te la presento. Me parece que os llevaríais bien.

—¡Uy, no! Prefiero relacionarme con mujeres reales.

—Las actrices también lo son.

Mert dejó escapar una risita despectiva.

—La inmensa mayoría se han sumergido en el papel de divas y han perdido la noción de la realidad.

—Esta parece sensata. Trabaja de camarera y mi hermana quedó encantada con ella. Y ya sabes lo intuitiva que es.

—No lo dudo. Sin embargo, esa sensatez se evaporará con el estrellato. Se le subirán los humos y se convertirá en una bestia vanidosa y cruel; y lo peor de todo, recauchutada. ¿Tan mal me quieres, amigo?

—Creo que en esta ocasión no crearé un monstruo. Y no olvidaré la idea de que la conozcas, que lo sepas –dijo Hakan, efectuando un gesto de repugnancia al probar el mini bocadillo. Era malísimo. No había comparación con los que creaba Aylin.

—Mira que eres especial. No está tan malo, para ser de aeropuerto, claro –opinó Mert.

—Tú es que te conformas con poca cosa. Y será que no has probado las tapas de la chef Aylin Durmaz. Porque en cuanto lo haces, todo lo demás se torna mediocre. Aylin es una artista de los fogones. Hace creaciones sublimes que te elevan al paraíso. Es un placer para todos los sentidos –suspiró.

Su amigo lo observó con curiosidad al ver la expresión bobalicona en su rostro.

—¿Su comida o ella?

—¿Ella? No. No. Es una joven corriente. Bueno. Me refiero a que nunca sería la estrella de una tele novela. A lo máximo que llegaría es a secundaria.

—Y sin embargo, te agrada.

—Su comida y sobre todo la manera en cómo se mueve entre los fogones. Es un placer indescriptible verla cortar, freír, amasar... Es fascinante.

—¿Y sólo por cómo trabaja te gusta? Ya.

—Pero... ¿Qué os pasa a todos con esa chica? En cuánto abro la boca para hablar de ella me avasalláis con tonterías.

Mert sonrió divertido.

—¿Así qué los demás también piensan que te atrae? Que a Hakan Osman le guste una chica vulgar, si que es fascinante.

—Yo no he empleado la palabra vulgar. Por el contrario, Aylin no es una belleza pero es bonita. No todo en esta vida es el aspecto físico. Ella posee virtudes mucho más importantes. ¿De acuerdo? —se enojó él.

—Una defensa encarnizada. Lo que viene a ratificar que, a pesar de no ser despampanante, te ha cautivado. Me encantaría conocerla.

—¡Uf! Dejemos el tema. Ya me aburre tanta opinión desatinada.

—Lo que tú digas.

—Mira. Anuncian tu vuelo.

Se levantaron.

—Es una lástima que no puedas venir —dijo Mert.

Hakan aseveró.

—Lo que más me gustaría en este momento es acompañarte a Guadalupe, calentarme bajo el sol y olvidar todos los problemas. Pero ya me comprometí con la entrega de premios.

—Alega cansancio o enfermedad. ¡Vamos, chico! Haz una locura por una vez en la vida.

—Sabes que soy reacio a mentir y más si ya he dado mi palabra. Venga. Ve a embarcar. Ya me llamarás para darme envidia. Diviértete por mí. ¿De acuerdo? Buen viaje, amigo.

Hakan se fue y mientras conducía pensó en las palabras de Mert. ¿De verdad se sentía atraído por Aylin? No. Al contrario. Ella lo que le provocaba era alteración. Pero, ¿y si ese trastorno era causa de una atracción subyacente? Tal vez se protegía de una mujer que podría trastocar su

existencia. ¡Absurdo! Eran cómo el café y la sal. Incompatibles. No obstante, lo cierto era que, a pesar de eso, desde la cena su percepción cambió. Descubrió en ella a una chica divertida, alegre, inteligente y sincera; cualidad que apenas poseían los que le rodeaban. Y porque negarlo, también un cierto atractivo físico. Sin embargo, para nada atrayente en el sentido sexual y mucho menos sentimental. No obstante, podía considerar la posibilidad de incluirla en su reducido círculo de amigos. Aunque, suponía que Aylin distaba mucho de tener la misma opinión. A pesar de ello, podía persuadirla.

—Pero... ¿Qué demonios dices, idiota? Te dejó bien claro que no deseaba relacionarse contigo. Además. No es necesario buscar excusas para seguir viéndola. Mejor dicho, disfrutando de su comida; que es en realidad lo que te atrae de ella. No busques más motivos. Encargo un catering y listo. Eso haré. Sí.

Livana se miró por enésima vez en el espejo.

—¿Seguro que estoy bien?

Aylin suspiró hondo.

—Estás preciosa y a punto de llegar tarde a la cita, y te recuerdo que el señor Osman es un hombre muy ocupado. Si lo enojas, se acabó la coyuntura tan favorable.

—Ven conmigo.

—No.

—Por favor. Por favor. Te necesito para darme ánimos.

—Ya te busqué la entrevista. Ahora todo depende de ti. Además, puede que en lugar de favorecerte te perjudique.

—¿Por qué? Nos contaste que el cocinado y la cena fueron agradables; incluso ese tipo tan arrogante un encanto. ¡Oh! No. No debo decir eso del señor Osman. Puede que sea el que me haga famosa.

—Si llegas a ser célebre no será precisamente por él. Será por tu talento.

—He hecho muchas pruebas y siempre me han rechazado.

—Porque eran idiotas. El señor Osman es profesional y verá en ti el valor que posees. Así que ve y asómbrale.

—¿Algún consejo tú que lo conoces?

—¿Qué yo le conozco? Me temo que nadie sabe cómo es en verdad. Aunque, de algo sí que estoy segura y es de que no te mentirá. Así me lo dijo y a pesar de que no me cae nada bien, me jugaría el cuello de que es un hombre de palabra.

—Pues, si me rechaza deberé abandonar mi sueño.

—¡No digas estupideces! Será una mera opinión.

—No, cielo. Hakan es el mejor. Si no me contrata ten por seguro que mi talento no es tan fabuloso como creo. ¡Uy! Estoy muy nerviosa. Por favor, ven. No hace falta que entres en su despacho. Con saber que me aguardas afuera me sentiré más tranquila.

Aylin suspiró rindiéndose.

—Está bien. Vamos.

A la hora acordada Livana entró en el despacho. Aylin aguardó en la cafetería recreándose en la inmejorable situación del edificio. Hakan sabía escoger. Fenerbahçe y ahora sus oficinas en un edificio situado frente a unos jardines cercanos a la Mezquita Sultán Ahmed; aunque lo suficientemente apartado para no caer en la vorágine de turistas y fieles que llenaban la plaza.

Suspiró satisfecha al pensar en que vivía en una de las ciudades más mágicas del mundo. Muy pocas poseían dos edificios tan bellos como la mezquita y Santa Sofía, de construcción tan asombrosa, por ello eran patrimonio de la humanidad.

La salida del inmueble de unos ejecutivos la hizo volver a pensar en Liviana. ¿Cómo le estaría yendo? Si lo pensaba bien, era una temeridad calificar a una persona por unas pocas coincidencias. No era tiempo suficiente para conocerla. A pesar de ello, de algo sí estaba segura y era de la sinceridad de Hakan. Aunque, por otro lado, ser sincero no excluía que uno podía caer en las mentiras piadosas y los halagos que de él recibió fueron eso, mentiras piadosas. Pero Liviana podía estar tranquila por esa parte. Ya su mera presencia era un triunfo. Ningún representante inteligente podría rechazar a una mujer tan bella y talentosa. El señor Osman tampoco. Caería rendido ante ella.

El corazón se le paralizó al ver salir a Liviana. Dejó el importe de la minuta y corrió hacia ella. Ante su semblante circunspecto se temió lo peor.

—¿No?

—Le he mostrado las fotografías, el currículum y los videos de mis monólogos.

—¿Y? Venga, suéltalo ya —se impacientó Aylin.

Liviana, lentamente, dibujó una sonrisa.

—¡Soy el nuevo fichaje de Hakan Osman!

Aylin se abrazó a ella y comenzaron a saltar de alegría.

—Señoritas, controlen sus emociones, por favor. Están en medio de la calzada.

Aylin se separó abruptamente.

—Señor Osman —musitó con las mejillas acaloradas al ver cómo sus ojos profundos la miraban con intensidad.

—Un placer verla de nuevo, señorita Durmaz —dijo él. Y era cierto que se alegraba. De vez en cuando, a pesar de que no quería, no podía evitar recordarla y sobre todo, añorar su comida. Hecho del todo absurdo puesto que con marcar un número de teléfono su antojo hubiese estado cumplido. ¿Y por qué tras los días transcurridos aún no lo hizo? ¿Tal vez para no verificar que Aylin le gustaba más de lo aconsejable?

—Si tiene tiempo me gustaría invitarle a un café, señor Osman. Quisiera agradecerle lo que ha hecho por mí —dijo Liviana, sacándolo de esos pensamientos tan absurdos.

No lo tenía. No obstante, la tentación de estar con Aylin fue demasiado intensa y aceptó.

—Dispongo de unos minutos. Sí. ¿Nos acompaña, señorita Durmaz?

—No puedo —dijo Aylin.

—Claro que sí. Hoy no tienes ningún plan urgente que hacer —insistió su amiga.

—Lo tengo, Livana. Lo tengo.

—Que yo sepa no.

—No debo darte explicaciones de todo lo que hago. ¿Cierto? Se trata de un asunto privado —replicó Aylin con tono rudo.

—En ese caso, no la entretenemos más. ¿Vamos, Livana? —dijo Hakan, posando la mano tras la cintura de ella con gesto afectuoso y con una gran sonrisa estampada en su atractivo rostro. Aunque era pura fachada. La confesión de Aylin de que tenía un asunto privado, a pesar de que era ilógico, lo reconcomio.

A Aylin ese detalle y la mirada ladina de Hakan hacia Livana, la molestó. Enfurruñada llamó a un taxi, regresó a casa y aguardó impaciente la llega de su amiga.

—¿Por qué has tardado tanto? ¿No tenía el señor Osman unos asuntos urgentes que atender o los ha cancelado por estar contigo?

El tono que empleó Aylin puso en alerta a Livana. A pesar de denostar constantemente a Hakan, era evidente que le agradaba; por lo que optó por verificarlo relatándole lo sucedido con grandes exageraciones.

—Pues sí. Pero lo retrasó para seguir hablando de mis proyectos futuros. Y son geniales. ¡Quiere proponerme cómo protagonista! ¿Te lo puedes creer? Mi primer papel y a lo grande. ¡Estoy emocionada! ¡Estoy en una nube! No sabes cuánto te agradezco que le hablastes de mí.

—Ten cuidado. Puedes darte de bruces. Lo he que visto hoy no me ha gustado un pelo.

—¿A qué te refieres? Hakan es el hombre más atento y educado que he conocido y respetuoso. Y por supuesto, atractivo. ¡Está cómo un queso!

—Además, tiene encanto y sentido del humor. Y esos aspectos juegan a su favor para engatusar a las mujeres. Lo sé muy bien. Y tú estás en la línea de sus apetencias.

Livana sonrió mordiéndose el labio inferior.

—¡Uy! Veo celos.

Aylin se tensó.

—¡Estás loca! ¿Qué celos? Lo que ocurre es que estoy contenta por ti y al mismo tiempo, enfadada. ¿De dónde sacaré yo a una camarera tan eficiente, eh?

—Yo te la traeré. Por eso no te preocupes. Tienes que inquietarte por tus sentimientos hacia Hakan.

—¡Por Dios! ¿Qué dices? Ese tipo es todo lo contrario a lo que me gusta. Arrogante, impertinente y un Don Juan. No lo querría ni envuelto en oro.

—Pues nos dijiste que la cena no fue tan desastrosa cómo esperabas. Al contrario. Lo pasaste bien con él.

—¿Y qué tiene que ver? Una cosa es tratarse con cordialidad y otra muy distinta pensar que el señor Osman puede llegar a agradarme sentimentalmente. Además, no existe tal posibilidad. Nuestra relación acabó. Quedó patente que somos incompatibles.

—Al parecer, no por su parte.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, ceñuda, Aylin.

—No dejó de hablarme de tus habilidades culinarias y de lo mucho que disfrutó con la cena. Lo dejaste deslumbrado.

—¿Y si es así por qué no ha encargado un catering? ¿Eh? Mira. Esa noche trató de seducirme. Sí. Cómo lo oyes. Es tan perverso que pretendía reírse a costa de la pobre chica fea que cayó rendida a sus encantos.

—¡No puede ser! —se escandalizó Livana.

—¿Lo ves? Tú tampoco crees que sea digna de ser cortejada.

—¡No seas absurda! Lo que digo es que me extraña. Hakan es un hombre muy correcto. En ningún momento trató de hacer algo parecido durante la entrevista, ni en la cafetería. Además, su fama de profesional lo precede. Jamás ha habido una queja de sus representadas. Lo siento, pero no lo veo del mismo modo que tu. Te aseguro que cuando hablaba de tú arte fue sincero. Se lo noté en el brillo de esos ojos tan maravillosos que posee.

—¿Y qué hay de especial en ello? Todos los que se sientan a la mesa me alaban. Deja de hacer suposiciones desatinadas, por favor. Lo que tienes que hacer es no caer en las artimañas de tu representante; que seguro las tendrá más adelante. Ten precaución y no te fíes de sus promesas. Puede que sean mentiras para seducirte y después, si te he visto, no me acuerdo. Hazme caso.

—La que hace suposiciones locas eres tú. Me aseguraste que Hakan no soporta las mentiras. Si dice que quiere lanzarme a lo grande, así será. ¿O

es qué todos estos años me has engañado y no crees en mi talento? –dijo Livana un tanto molesta.

Aylin le acarició el brazo.

—Pienso que eres la mejor actriz.

—No te pases.

—Bueno. Entonces diré que una de las mejores y sé que triunfarás.

—Con la ayuda de ese hombre maravilloso.

—Livana...

—¿Qué? Por mucho que intentes denostarlo, es la realidad. Sin alguien que te lleve al lugar adecuado, es muy difícil lograrlo. Aunque, no temas. No iré a por él. No al ver que te disgustarías.

Aylin chasqueó la lengua para negarlo con rotundidad.

—¿A qué vienen esas estupideces? Te he dicho que no lo soporto. Es todo lo contrario a lo que busco en un hombre.

—¿Es qué buscas uno? Pues querida, ya me dirás cuándo porque llevas siglos sin relacionarte con ninguno. ¿O mantienes contacto con un amante oculto a través de las redes sociales?

—¡No digas burradas! Parece mentira que me conozcas. Sabes que jamás me metería en algo así.

—Lo sé, cielo. Eres demasiado cuadrículada.

—Hay modernidades que no van conmigo. Si quiero relacionarme con alguien será mirándolo cara a cara y no a través de una aplicación que, con toda seguridad, te ofrece falsedades.

—En eso tengo que darte la razón. Aunque, no con lo referente a mi representante. ¡Uy! Que bien suena eso. ¿No? ¡En fin! A lo que iba. Digas lo que digas, Hakan te agrada más de lo supones. Ya te darás cuenta, amiga mía.

—¡Bobadas! Lo aborrezco. Por lo demás, nunca más volveremos a vernos. Así que puedes quedarte con el maravilloso señor Osman si te apetece –replicó Aylin con vehemencia.

—En ese caso, lo haré, querida. No te quepa la menor duda –dijo Livana, pensando que el papel de Celestina le vendría que ni pintado para esos dos. Porque tras hablar con ellos se dio cuenta de que se agradaban mucho más de lo que daban a entender y estaba dispuesta a que su mejor amiga, por una vez, experimentase, si no el amor, la pasión.

Yildiz no podía ocultar la emoción.

—¿Puedes concentrarte en lo principal, mamá?

—¡Imposible! No dejo de pensar en la suerte que tenemos. ¡Conoceremos a lo más granado de la sociedad de Estambul y también actores famosos!

—Lo único que haremos será servirles la cena. Y te recuerdo que ese tipo de personas en lo menos que se fijan es en el servicio. Si te hablarán será para pedirte una tapa. Para ellos somos seres invisibles. ¡Mamá! Con más cuidado, por favor. Esta noche es una gran oportunidad y no quiero perderla por la mala presentación. Pon las tostadas más distanciadas.

—Hablando de la presentación, me alegro que aceptaras la elección de Livana. Este uniforme realza la belleza de una mujer.

Aylin soltó un chasquido de desprecio.

—¿A qué viene eso? Pues, pienses lo que pienses, estás muy bonita y elegante.

—Lo que tú digas. Vamos. Cierra la caja. Tenemos que salir ya.

Cargaron el catering en la furgoneta que alquilaron para servir en la premier de la película *Un viaje hacia el azul* y partieron hacia el Hotel Barceló. La celebración se realizaría en la terraza.

—Esto es impresionante. No me creo la suerte que tenemos, hija – musitó Yildiz.

—La suerte nada tiene que ver. Mi cocina es de calidad y si reparamos que el hotel es español, lo más lógico es que sirvieran comida española o de fusión. Y creo que soy la única que la ofrece con tanta sofisticación y maestría.

—No te hacen falta halagos exteriores, hija. Tú misma te das el mejor de los ánimos.

—Expongo una realidad. ¿O no es así?

—Lo es, cielo. Lo es. En cambio, no eres igual de crítica con tú aspecto.

—Dejemos el tema, mamá. ¡Venga! Hay que darse prisa. En nada llegan los invitados.

Aylin remató las tapas y dio instrucciones a los camareros del hotel.

Una hora después los asistentes comenzaron a llenar la terraza.

—¡Que emoción! No puedo creer que nos estemos codeando con famosos –exclamó Yildiz.

—Te repito que para esta gente somos seres etéreos. Simples camareras –dijo Aylin.

—¡Uf! Me enerva esa faceta tuya de estar en lo más alto del ánimo y al poco tiempo hundirte en la miseria. ¡Ay, hija! Siempre tan agorera. ¿Por qué te empeñas en denostarte? Y no eres una sirvienta. Como has dicho eres chef. Una gran chef.

—Que debe limitarse a servir en cócteles en fiestas.

—Algún día tendrás tu restaurante y podrán degustar tus platos más elaborados. Sin embargo, ahora hay que vivir el momento y éste es magnífico. Mira a tu alrededor. Nadie ha rechazado ni una tapa. ¿Y sabes la razón? Simplemente porque son exquisitas –la sermoneó su madre.

—Tiene usted toda la razón. Son los aperitivos más sabrosos que he probado jamás.

Yildiz al ver al propietario de la voz tuvo que coger al vuelo la copa que se le escapó de la mano. No podía creer que su actor preferido estuviera ante ella.

—Señor Tilbe –musitó con las mejillas arrojadas.

—¿Y usted es? —quiso saber él al tiempo que alzaba la mano para pedirle al camarero que le sirviese una copa de champaña.

—Yo... Yildiz Durmaz.

—Un placer conocerla, Yildiz. Y encantando de verte de nuevo Aylin. Me han dicho que eres la chef. Todo está exquisito. Veo que saliste adelante sin necesitar ayuda. Te felicito.

—Gracias —dijo Aylin sirviéndole un surtido más. Se quitó el mandil y dijo: Si me disculpan. Ahora vuelvo.

—No puedes... dejarme sola. Hay mucho... trabajo —balbució su madre.

—Tengo que irme un momento, mamá —replicó Aylin insinuándole su urgencia.

—Bien. No tardes, por favor.

Cruzó la terraza fijándose en cómo reaccionaban los invitados al probar sus elaboraciones. Debía aceptar que su bajo optimismo no tenía razón de ser. Todos se deleitaban con ellas.

Entró en el lavabo sintiéndose satisfecha. Pero la felicidad se le atragantó al reconocer a la mujer que se hallaba ante el espejo.

—Alcánzame los pañuelos —le ordenó.

Aylin tuvo la tentación de arrojarle la caja, pero se limitó a lanzarle una mirada de hielo.

—No soy tu sirvienta. Cógelos tú. Y las cosas se piden con un por favor —siseó abriendo la puerta del baño.

—¡Maleducada! ¿Pero que te has creído? Me quejaré a la dirección y te despedirán. ¡Hoy mismo te irás a la calle! —gritó Leyla.

Aylin, tras unos minutos escuchando los improperios de esa horrenda mujer, salió sin mostrar ninguna emoción. Se acercó a la pila y abrió el grifo.

—¿Me has oído? ¿Eh? ¿Por qué sigues tan tranquila? Te repito que te quedarás sin trabajo y... —Calló al reconocer a Aylin—. ¿Tú? ¡No me lo puedo creer! ¿Es qué te has propuesto amargarme la existencia?

—La existencia te la amargarás tú solita. Porque, ¿sabes una cosa? Llegará un día que no tendrás a nadie a tu alrededor debido a lo insoportable, orgullosa y mala que eres. Serás una vieja solitaria.

—A mí me adoran. En cambio tú... ¡Quien te va a apreciar con ese aspecto! Chica gorda y fea. Tú...

Aylin la miró con desprecio, dio media vuelta y se largó.

Leyla, sulfurada, regresó a la fiesta y se unió a Hakan.

—¿Qué pasa? ¿A qué viene esa expresión enfadada? La fiesta es muy amena.

—Lo era. Pero. ¿Te lo puedes creer? Esa chica tan insoportable también está aquí. ¡No lo entiendo! Es tan desagradable. ¿Por qué la emplean?

—¿Qué chica? —preguntó Hakan con tono cansino. No veía el momento de librarse de Leyla. Cada día se le hacía más insoportable su presencia y sus interminables quejas.

—La cocinera que eché de la serie. Al parecer trabaja aquí. Y ha vuelto a sacarme de los nervios. Es una maleducada. Ha vuelto a faltarme al respeto. Me ha dejado con la palabra den la boca. Hablaré con Albert y le diré que la despidan. Porque me ha... ¿Adónde vas? ¡Hakan! ¡Hakan!

Él no la escuchó. Se abrió paso entre la muchedumbre hasta llegar al bar. Aylin decoraba unos pastelitos con la manga mientras hablaba con su madre. Aún viéndola de espaldas, notó cómo el pulso se le aceleraba. Y se dijo que era a causa de la emoción de volver a gozar con sus exquisitas recetas y no por ninguna otra razón absurda.

—Hija. Esta noche es maravillosa. El señor Tilbe ha charlado conmigo hasta ahora. ¡Y es simpatiquísimo! ¡Y más guapo que en la tele! ¡Ay Dios! Soñé muchas veces con verlo en persona y pensé que era imposible que se realizara. Pero hoy se ha cumplido. ¡Caray! ¿No es esa Tuba Kaya? Sí, lo es y está muy acaramelada con Altan Mogol. ¿Estarán juntos? Según decían él iba con Havva Sari. ¡Mira! Y ese es Doruk Tabak. ¡Ay! Todos los más famosos se han reunido hoy aquí. ¡Estoy que apenas no me sostengo en pie de tantas emociones!

—Pues regresa a tus sentidos. Aún nos falta servir los postres y ya estoy agotada por la tensión. Y encima me he encontrado con esa bruja de Leyla. ¡La muy zorra! Ha vuelto a humillarme y a amenazarme con el despido. Por suerte, aquí no estoy al servicio de nadie y soy mi propia dueña. ¡De todos modos, me ha sacado de quicio y le he dicho unas cuantas verdades!

Yildiz la miró enojada.

—Te dije que debes controlarte y vas y vuelves a insultar a esa gran estrella. Nos traerá complicaciones. ¡Ay Dios!

—Que haga lo que quiera, mamá. Ya me he cansado de bajar la cabeza ante los que se consideran superiores. Y tú deberías hacer lo mismo.

—Por desgracia, no puedo permitirme el orgullo y dejar el empleo en esa infame fábrica. Lo sabes, hija.

Aylin suspiró hondo.

—Sí, mamá. Lo sé. A pesar de eso, llegará un día que tendré mi propio negocio y nadie nos dirá lo que debemos o no hacer.

—Y le dije que lo logrará.

El pulso de Aylin se convulsionó al escuchar la voz y el escarchado del pastelito se salió del límite. Lentamente se dio la vuelta.

—Señor Osman –susurró sofocada, incapaz de entender la razón de porqué se turbaba. Ya que estuviese más atractivo que nunca enfundado en ese esmoquin no podía ser la causa. En la vida se emocionó hasta tal punto ante la belleza de una persona. Sin duda, el motivo era el miedo a iniciar una discusión más esa noche y fastidiar su futuro.

—No esperaba verla aquí. Ha sido una agradable sorpresa. Ahora sí que cenaré a gusto –dijo él viendo que aquella chica desaliñada y molesta se iba difuminando en cada uno de sus encuentros para dar paso a una imagen muy interesante.

—No lo dude. Aunque, tengo entendido que ya disfrutó con las creaciones de esta gran chef –intervino Yildiz.

—¿No nos presenta, señorita Durmaz?

Aylin frunció la boca en señal de disgusto. Livana no dejaba de hablar de él y contar maravillas. Era evidente que ese picaflor iba tras ella y no tardaría en hacerla caer en sus redes. Debería evitarlo a toda costa si no quería ver sufrir a su mejor amiga.

—Mi madre. Yildiz –dijo con tono poco amistoso.

—Encantado, señora.

—Lo mismo digo –contestó ella mirándolo con admiración. Era guapísimo y lo mejor de su persona eran sus ojos, y no precisamente por maravillosos, que sí lo eran; si no por el modo en que miraban a su hija. En ellos había admiración.

—Perdone que no lo atendamos como es debido, tenemos mucho trabajo. Debería volver a la fiesta y degustar los aperitivos –dijo Aylin.

—Puede tomarlos aquí tranquilamente. ¿Le parece bien, señor Osman? Aylin le preparará un surtido especial para usted. Yo salgo un momento.

—Mamá...

—Una urgencia, cariño. ¿Comprendes? Regreso enseguida.

—Ya —masculó Aylin. Se veía a la legua lo que pretendía y no tenía ganas de iniciar una nueva discusión, y preparó un plato con las tapas.

—¿Sabe? Llevo días pensando en contratar sus servicios, pues me es imposible sacarme de la cabeza sus elaboraciones tan magistrales y el Destino la ha traído aquí.

—No me sea tan metafísico. Lo más natural es que debido a su profesión acudiese a la fiesta.

—¿Y qué sea usted quién ofrezca el catering es lógico?

—Casualidad. Nada más.

Él saboreó una tortilla española rellena de especias turcas y cerró los ojos arrebatado por el sabor.

—Sublime —susurró clavando sus ojos tizones en Aylin. Esa noche le resultaba más atrayente. No sabría precisar el motivo. Si era por su vestimenta laboral, por el corte de su cabello luciendo flequillo o el cambio de gafas. Ahora ya no eran de esa pasta negra tan espantosa. Ahora apenas se notaban y dejaban ver sus increíbles ojos.

—No hace falta que exagere, señor Osman.

—No lo hago. Es lo que me provoca el sabor —contestó tomando otra tapa. Una vez más, gozó cómo nunca—. También perfecta. Usted también lo está esta noche.

De nuevo volvía a las andadas. ¿Es qué no se daba cuenta de qué había descubierto sus intenciones?

—Sé cuál es su opinión. No necesito que me adule.

—No lo hago. Digo que hoy está usted muy bella.

—Le aconsejo que no tome más copas.

—Estoy muy sereno. No me hará cambiar de opinión. Considero que es una chica muy bonita.

—Lo es. ¿Verdad? —dijo Yildiz, al regresar.

—Lo es. Sí —confirmó Hakan escudriñándola sin apenas pestañear.

Aylin lo miró con desdén.

—Y también una chica muy, muy cansada. Mamá. Recoge. Ya nos podremos ir.

—Aún es pronto y la fiesta está en auge. Puede que necesiten más de sus deliciosas tartas —protestó Hakan.

—El señor Osman está en lo cierto, hija.

—Ya no queda nada más que ofrecer. Nuestro servicio terminó. Por otro lado, estos saraos me cargan. Mama. Ya no puedo más. Quiero ir a

dormir. ¿De acuerdo?

—Cómo quieras.

Hakan, desencantado por el encuentro tan breve, se levantó.

—Ha sido un placer volver a verla, señorita Durmaz. Y espero que no sea la última vez. Buenas noches.

Por parte de ella no propiciaría otro encuentro, se dijo Aylin.

—Buenas noches, señor Osman —lo despidió sin el menor signo de cordialidad.

Yildiz, en cuanto él se alejó, obligó a su hija a mirarla.

—¿Cómo se te ocurre largarte ahora? El señor Osman está interesado en ti y vas tú y lo apartas.

—Bobadas. Solo ha sido amable. Nada más. Deja de fantasear, por favor.

—¡Uf! Tengo una hija de lo más ingenua. Pero yo soy una mujer de mundo y puedo ver cuándo un hombre quiere algo más que una relación meramente social.

—¿Tú de mundo, mamá? Solamente has tenido un hombre en tú vida y llevas diez años en el dique seco. El señor Osman se ha limitado a enmendar las palabras ofensivas que me dedicó la primera vez que nos vimos. Eso es todo.

—Di lo que quieras. Más, te aseguro que he visto en sus ojos que le gustas y mucho.

—¿Sabes lo qué en verdad has visto, mamá? Pues la pretensión de un tipo guapísimo y deseado por la mitad de las mujeres del mundo que quiere divertirse haciendo creer a una chica sin atractivo que está loco por ella. Esa es la única verdad. ¿Entendido? Así que, borra esa fantasía disparatada y recoge que quiero meterme en la cama lo antes posible.

—Tengo una hija tonta de remate. Tonta de verdad —rezongó Yildiz.

—Y yo una madre que piensa que la vida real es una novela turca —replicó Aylin.

Yildiz dejó escapar un suspiro de cansancio.

—Esto no puede seguir así, cielo. El trabajo cada día es mayor y no tenemos suficientes manos para poder cumplir cómo se debe. Livana nos consiguió a Seher, pero necesitamos, por lo menos dos camareras más, un ayudante para ti y una cocina adecuada. Deberías pensar en buscar un local.

—¿Con qué capital? —inquirió mordaz Aylin.

—Con un préstamo.

—No tenemos avales.

—*Simbiyoz* ya goza de un gran prestigio. Esa es tú garantía. Tendrías, al menos, que intentarlo. ¿No te parece, hija?

—¿Intentar qué? —preguntó Livana, entrando en casa.

—Ampliar el negocio. Es urgente que lo hagamos.

¿Cómo te ha ido, cielo? —dijo Yildiz.

Livana inspiró por la nariz con fuerza, soltó el aire y dijo:

—¡Estáis ante la protagonista de la mejor novela que se habrá hecho en Turquía! Es una comedia con tintes dramáticos. ¿Y sabéis quién es mi pareja? ¡Doruk Deniz!

Aylin y Yildiz saltaron del diván, se abrazaron a ella y gritaron como locas. Una vez calmadas le pidieron que se explicara más a fondo.

—Al principio les costó que se decantaran por mí; querían a Leyla Akman.

—¡Cómo no! —exclamó Aylin con un gesto de asco.

—Sin embargo, Hakan apostó por mí desde que llegó a sus manos el guión. Les pidió una segunda prueba y ésta les encantó. Los productores y el director me hicieron una pequeña entrevista y me contrataron de inmediato. En una semana comienzo los ensayos y la prueba de vestuario. ¡Estoy cómo loca!

—La que debe estar que echa chispas es la arpía de Leyla. Deberás tener cuidado con ella, puesto que tenéis al mismo representante. Es capaz de jugártela.

—¿Y piensas qué podrá conmigo? ¿Es qué no me conoces?

Aylin sonrió.

—Cierto. No será una rival para ti.

—¡Ay, Señor! Aún me cuesta creer que esto no sea un sueño.

—No me extraña, hija. Has conseguido tú meta —dijo Yildiz.

—Aylin también lo logrará. El negocio va sobre ruedas.

—Sí. Y ese es el gran problema ahora.

—¿Por qué? No entiendo si es tan exitoso.

—No tenemos las herramientas necesarias para llegar a todos los pedidos que recibimos. Eso es un contratiempo muy grande. No podemos permitirnos perder clientes por falta de personal y medios —dijo Aylin con tono apagado.

—Y yo caeré enferma si sigo en la fábrica y ayudando a mi hija. Por ello le he dicho que pida un préstamo bancario para establecerse en un local —apuntilló su madre.

—¿Cuánto necesitarías? —se interesó Livana.

—Para compra, imposible. Cuestan cientos de miles de liras. Si tenemos en cuenta que los más económicos de alquiler cuestan unas dos mil liras al mes, pues...

—¡Nada del más módico! Nos estableceremos en Besiktas.

—¿Estás loca? Por lo menos nos pedirán ocho mil de renta. Imposible.

—¿Sabéis cuánto me pagarán por capítulo? Diez mil liras. ¡Diez mil!

—Pues, para ser protagonista, me parece una miseria —opinó Yildiz.

—Son cincuenta mil a la semana. Y si todo va bien, por lo menos trabajaré doce. ¡Una fortuna para una actriz desconocida! Esto es un gran aval. Podemos pedir un crédito y comprar el local.

—El banco no opinará lo mismo. La continuidad de una serie no está garantizada. Si no hay audiencia, se acabó —contradijo Aylin.

—¿Tan poco confías en mí? —se indignó Livana.

—En ti totalmente. En el gusto de los espectadores, menos. No estoy al tanto de estos asuntos, pero sé que algunas que a mamá le han entusiasmado, al resto no. Diez capítulos y... ¡Caput! No podemos precipitarnos. Si tiene éxito, lo haremos.

—La serie tardará semanas en proyectarse.

—Esperaremos. Mientras, saldremos adelante cómo podamos. Si tenemos más pedidos alegaremos que nuestra agenda está repleta. Eso, incluso, nos dará más caché.

—Pero, yo podría intentarlo y...

Aylin alzó la mano.

—No me gusta correr riesgos. Lo sabes. Así que no hay más que hablar.

—El pájaro que vive en el nido nunca volará si no salta.

—Yo no quiero darme porrazos. Haré las cosas en el momento justo que esté segura de salir adelante.

—¡Por Dios, hija! ¿Por qué eres tan cobarde? —se quejó Yildiz.

—A lo que vosotras llamáis cobardía yo lo llamo prudencia.

—Pero...

—Dejadlo ya, por favor.

Livana no insistió. Sin embargo, no quería resignarse; por lo que lo hizo a escondidas.

Pero Aylin no erró. Ninguna entidad financiera aceptó el fabuloso contrato como garantía.

—¿A qué viene esa cara? No debes preocuparte. Todos confiamos en ti. El guión es el más inteligente que he leído jamás. Lo contiene todo. Emoción, intriga, pasión, venganzas y muchos toques culturales. Es una mezcla de Orgullo y Prejuicio, y la Cenicienta. Una mezcla muy explosiva.

Un cuento que adorarán. Y puedo asegurarte que Doruk y tú hacéis una pareja increíble. Vuestra química hará saltar chispas. Por otro lado, estás en las manos del mejor director y demás profesionales, y han contratado al compositor de bandas sonoras más aclamado. La serie será un bombazo. Ya lo verás.

—No estoy inquieta por eso, Hakan. Bueno. Un pelín, tal vez. Es por mi amiga Aylin.

Él se tensó.

—¿Le ha ocurrido algo? ¿Está enferma?

—No. Es por el negocio.

Hakan suspiró aliviado y ella reprimió una sonrisa. Era evidente que a ese hombre le agradaba Aylin.

—¿Qué sucede? ¿No tiene clientes? Me sería difícil de creer. Es una maestra de los fogones.

—Al contrario. Muchos y no se si lo sabes, usa mi cocina para el catering y te aseguro que no es adecuada. Pensamos alquilar o comprar un local en Besiktas. Con el aval de mi contrato pedí un crédito, pero ningún banco lo ha aceptado. Y lo comprendo. Este mundo es loco. Un día te encuentras en la cima y otro, ruedas pendiente abajo.

—El arte de la señorita Durmaz no puede limitarse a un servicio casero. Merece un local de categoría. Y no un mero catering. Un restaurante exclusivo. Yo podría echaros una mano. ¿Aceptáis socios?

—Por mi sería fantástico. En cambio, Aylin desea ser dueña del suyo propio. Por el momento deberá aparcas sus aspiraciones. Es vergonzoso que alguien con su talento deba someterse a los dictados de la economía —dijo Livana con tristeza.

Hakan, pensativo, se rascó la barba.

—No tiene porqué. Hay solución.

—¿A qué te refieres?

—Mi familia posee múltiples negocios. Entre ellos el inmobiliario. Puedo cederos un local sin que tengáis que pagarme ni una lira.

—¡Uy! ¡Ni hablar! Aylin jamás aceptaría algo así.

—Y menos de mí. ¿Cierto?

—Ni de nadie. Desde que el sinvergüenza de su padre las dejó para irse a Inglaterra con otra mujer las Durmaz se las han arreglado para salir adelante sin ayuda. Porque nunca volvieron a saber de él.

—¿Cómo puede un hombre desentenderse de su familia? —musitó Hakan.

—Es un acto horrible. Por eso a Aylin le cuesta confiar en alguien. Teme que si entrega su corazón acaben rompiéndoselo de nuevo. Ella adoraba a su padre y sufrió muchísimo.

—Y se ha escondido bajo una personalidad que la aleje de ese peligro mostrándose antipática, fría y ocultando el atractivo que posee.

Livana levantó una ceja.

—Veo que con lo poco que las has tratado la conoces bien.

—Inicié la carrera de psicología, pero me di cuenta que no era lo mío. No obstante, ese tiempo me sirvió para poder intuir el carácter una persona.

—Aunque, en algo te equivocas. Ella cree firmemente que es fea. Y perdona que lo diga, tú no contribuiste a sacarla del error. Me lo contó todo y fuiste muy grosero. Un verdadero cabrón.

Él carraspeó.

—Mi ira hubiese herido a cualquiera que se me cruzara. Por desgracia, ésta recayó sobre Aylin. Ya le pedí perdón por ello y por mi opinión del todo desencaminada, pues creo que es una chica muy bonita. No obstante, temo que no me creyó.

—Así es. Y será difícil hacerla cambiar de opinión.

—Es terca. Sí.

—No es terquedad. Lleva ese lastre desde muy niña. Por desgracia, es un tatuaje que por mucho que intente eliminarlo siempre dejará huella. Aunque, nosotros procuraremos que no sea así. ¿Verdad? ¡En fin! Abordaremos ese tema más adelante. Ahora centrémonos en el restaurante.

—Sobre esto, lo que no entiendo es por qué acepta tu ayuda si es tan orgullosa —se extrañó Hakan.

—Nuestra relación de amistad se ha convertido en familiar. Somos hijas únicas y nos consideramos las hermanas que no tuvimos. Conmigo no puede sentirse ofendida.

—Aún así, insisto que puedo ayudarla a salir de este atolladero sin herir su orgullo.

—¿Cómo?

—Poseemos un banco. Te concederemos el crédito a ti. ¿Qué te parece?

—¡Por Dios! ¿Hay algún negocio en el que no metáis mano?
Hakan sonrió.

—Puede que alguno quede. En cuánto al local tenemos varios en la zona que deseáis. Aunque solo uno que podáis utilizar cómo restaurante. No hay que hacer obras ni renovar la cocina. Solamente hay que adecentarlo un poquito y decorarlo. Por lo que, si has sido tú quien ha conseguido el dinero necesario, Aylin examinará tú opinión y no tendrá más remedio que elegirlo.

Livana negó con la cabeza.

—En cuánto vea tú apellido en el contrato se negará.

—El negocio financiero es de mi madre.

—¿Olvidas que ella la contrató?

Hakan, pensativo, apretó los labios.

—Yo nada tengo que ver con el banco y mamá deja los asuntos en manos del director. El firmará el crédito. En cuanto al local se lo regalaron a mi hermana al casarse. Lo puso a nombre de su marido. Nunca podrá relacionarnos. ¿Qué me dices?

—Si es así... No hay problema alguno. ¡Adelante! —exclamó Livana, entusiasmada.

Sema se dejó caer en el diván y Mūdūr se acomodó junto a ella.

—¿Y bien, hermanito? Te recuerdo que llegué anoche del viaje y estoy aún con el jetlag. ¿A qué viene tanta urgencia? ¿Dónde está el fuego?

—En los negocios.

—¡Uf! ¡Qué aburrido! Mejor me cuentas cómo fue la cena con Aylin. Basir y yo estamos muy intrigados.

Hakan le sirvió café y se sentó frente a ella.

—No ocurrió nada sorprendente. Ya estábamos al corriente de que era una excelente cocinera.

—No me refiero a la comida. Ya sabes a qué.

Él sacudió la cabeza.

—Me pones de los nervios al hacerte el tonto —resopló Sema.

—Si te refieres a la relación estuvo exenta de sarcasmos y pullas. Fue cordial. Incluso podríamos decir que fue una velada agradable.

—¿Sólo eso?

—¿Y qué más esperabas, hermanita? ¿Un enamoramiento repentino y salvaje?

—Pues... Tanto no. Pero que me confirmaras que Mūdūr no erraba y que Aylin es una chica encantadora y con posibilidades de robarte el corazón, sí.

—¿Otra vez con esa memez? La única virtud que mi perro encuentra en ella es su cocina. Y yo, en esta ocasión, estoy de acuerdo con él. Aunque, solamente en eso.

—Porque estás ciego —rezongó Sema.

—Y tú eres demasiado soñadora. Esa chica y yo no tenemos nada en común.

—Por el momento, la comida bien hecha. Puede que si la tratases descubrieras algo más.

—Esa es la causa de tú presencia.

—No entiendo...

—Aylin desea poner en marcha un restaurante. Ahora no tiene los medios necesarios y temo que nunca podrá lograrlos o al menos pasado mucho tiempo. Pienso que, si pierde la esperanza, deje que su talento se quede en una empresa de catering y abandone las ganas de superarse.

—Estoy de acuerdo contigo. Deberíamos hacer algo. ¿Por qué no nos asociamos con ella? Nuestra familia tiene innumerables negocios, pero no el de la restauración. Sería bueno iniciarnos con una chef tan talentosa.

Hakan chasqueó la lengua.

—Imposible. No aceptará nuestro dinero. Quiere conseguir sus metas en solitario.

Sema lo miró divertida.

—Ya. Y aún así estás empeñado en ayudarla. Vaya. Vaya. Tanto interés, no se yo...

—No veas historias dónde no las hay. Conoces mi debilidad por la alta cocina y no quiero que una chef tan habilidosa como Aylin se desvanezca debido a los apuros económicos.

—Claro. Claro. ¿Y qué has pensado?

—Livana, mi nuevo fichaje, que cómo sabes es la mejor amiga de Aylin, ha solicitado un crédito y por supuesto se lo hemos concedido.

—¿Por qué? Has dicho que Aylin no acepta nada de nadie.

—De ella sí. Son cómo hermanas. No se sentirá ofendida.

—¿Y dónde entro yo en esta ecuación?

—Quiero que le vendas el restaurante de Besiktas. Al no ir a tu nombre no sospechará que estemos ayudándola.

—E imagino que aun precio más bajo del mercado. De acuerdo. Sin embargo, si se entera, perderás la oportunidad de conquistarla —dijo Sema con semblante ceñudo.

Hakan resopló.

—Pero... ¿Qué manía tenéis con seguir con la bromita? La señorita Durmaz y yo no tenemos ninguna posibilidad de ser ni tan siquiera amigos. Nuestros caracteres son completamente opuestos.

—Y se sabe que lo opuesto se atrae —le recordó Sema.

—La atracción por la luz que sienten las polillas suele ser causa de su muerte.

—Pero mueren felices bajo lo que más aman. Hakan, cariño. Date la oportunidad de conocer el amor.

—¿Y de dónde sacas que no lo he experimentado?

—No trates de evadirte, hermano. Te conozco y sé que jamás has entregado el corazón. Deja de ser tan estricto. Déjate llevar por los acontecimientos y permitir que la prudencia cometa una locura.

—¿Y conseguir con ello estar al lado de la mujer equivocada? No, Sema. Si algún día entrego mi corazón lo haré con la seguridad de que esa mujer es la adecuada y que será para siempre.

—Y cometerás una gran equivocación. El amor no se compone de sensatez, ni de sosiego, ni de seguridad. El amor es irracional y se nutre de pasión, locura y dolor. De este modo uno sabe que está vivo.

—Y también que puede fracasar —apuntilló Hakan.

—Por supuesto. Y aun así, habría merecido la pena gozar de esa pasión arrolladora.

—Hermana. La visión que tenemos sobre los sentimientos es muy distinta. Yo no estoy dispuesto a ser de esos que fracasan en sus matrimonios o relaciones una y otra vez. Deseo algo real, tangible y duradero.

—¿Y piensas qué yo no? Mira. Amo con locura a mi marido y él también me quiere de igual modo. Sin embargo, ello no es una garantía de que nuestra relación sea perpetua. La gente cambia, también los planes e incluso ese sentimiento tan potente puede desintegrarse. A pesar de eso, hay que arriesgar para poder ganar o perder. Papá y mamá, a pesar de sus diferencias, apostaron y obtuvieron la recompensa. Aunque, esa felicidad no te es otorgada por Gracia Divina. Hay que trabajarla y mimarla, ceder cuándo es necesario e imponer tu opinión cuándo también lo es. Lo importante es tratar a tu pareja cómo tu igual y sobre todo, respetarla, ser leal y confiar en ella.

—Un discurso muy conmovedor. Sin embargo, soy realista y los hechos son los únicos indicadores para mí.

—Hakan. Veo que esta chica te gusta de verdad. Y he reconfesar que a mí también me agrada. Es inteligente, educada y su mayor virtud, en nuestra situación, es que no es interesada. Está demostrando que no le importa el dinero ni la fama. Sería la primera vez que una mujer te amaría por lo que eres y no por lo que representas. Es la mujer ideal para ti. ¿No lo ves?

—Lo que no veis que no hay ningún sentimiento amoroso entre nosotros.

—El que está ciego eres tú —insistió su hermana.

—Déjalo, por favor. Tengo muchas cosas que hacer. Volvamos a los negocios. En unos días Livana acudirá con Aylin al restaurante. Por supuesto, deberás escoger a alguien de confianza para que se lo muestre. Nunca debe revelar de quién es el local y mucho menos nuestras intenciones.

—Tengo a la persona idónea. No te preocupes. Tú estimada señorita Durmaz no podrá rechazar la oferta y tendrá su restaurante.

Pero ella, a pesar de las ventajas de la oferta, dudaba.

—¿Por qué titubeas? ¡Es ideal! En la calle Nispetiye, la más elegante, con restaurantes pertenecientes a chefs muy famosos, tiendas de lujo y al lado del centro comercial Armerkez. Nuestros clientes serán de alta gama.

Aylin, por primera vez desde que entraron en el local, rompió a reír.

—Cómo los automóviles.

—Es un símil muy original; ya que yo también lo soy. ¿No te parece? ¡En fin! La cuestión es que apenas hay que hacer obras. Sólo pintar y comprar los enseres. ¡Es un chollo!

—¿Y por qué lo venden a un precio inferior al resto? ¿No te mosquea?

—Te lo he dicho. Se trata de una herencia y quieren sacárselo de encima para repartirse el dinero que necesitan con urgencia. No pueden aguardar. Por eso he regateado mucho, cielo. Deja de dudar, por favor.

—¿Y qué pasará si la serie se cancela y no podemos pagar la hipoteca?

—Pues el banco se queda con el local. Las condiciones son iguales a un alquiler. Si no podemos pagar, cerramos y punto. ¡Aylin, por Dios! No encontrarás una oferta ni lugar igual a este. Es la oportunidad que esperabas. Tendrás tú propio negocio. Y esta vez, con el dinero que apporto, un restaurante. Lo decorarás a tú gusto y será espectacular.

—Si tenemos éxito —dijo. Y puntualizó: Las dos.

—Lo tendremos, cariño. Tú lo has tenido con el catering. Ahora es momento de comenzar una nueva etapa. Y te aseguro que la serie será un bombazo. ¿O alguna vez me has visto fallar al decir si una era buena o no? ¿A qué no? Pues eso. Tenemos que lanzarnos en esta empresa o no podremos hacerlo más adelante.

Aylin, pensativa, apretó los labios. Suspiró y dijo:

—Hagámoslo.

Livana sonrió ampliamente.

—¡Bien! Señorita Beyaz puede preparar el contrato.

Al día siguiente Aylin lo firmó sin tener la convicción de que estaba haciendo lo correcto.

—Me he vuelto loca —se lamentó al llegar a casa.

—Lo que has hecho es un acto de reafirmación. Porque nena, tú cocina es sensacional. Lo mismo que mí serie. Nadie ya nos derrotará. A partir de ahora, se acabó la trastienda. Entraremos siempre por la puerta grande —aseguró Livana.

Hakan abrió la puerta y su semblante adquirió un rictus de enojo.

—¿Son ustedes el personal del catering?

—Sí, señor.

—¿Ya están todos? —preguntó oteando el corredor.

—Sí, señor. ¿Podemos pasar?

Él, con semblante contraído, les cedió el paso.

—¡Uy! No me gusta nada esa expresión —dijo Livana.

—¿Me puedes decir qué demonios pasa? ¿Eh? —remugó Hakan.

—Si me explicas a qué te refieres, lo aclararé encantada.

—La cocina en el pasillo de la izquierda —dijo Hakan indicando a los camareros. Y añadió: Vayan con cuidado.

—Tu esmero por mantener el piso impecable es de admirar. Aylin dijo que lo decoraste tú mismo. ¡Impresionante! Nada desentona. Aunque. ¿No te parece demasiado enorme para un hombre solo? ¿O es qué lo adquiriste al pensar en tú futura familia? —dijo Livana mirándolo con intención.

—En absoluto. Es un piso de soltero. Sólo tiene dos habitaciones.

—Las suficientes para un primer bebé.

—¡Uf! Últimamente todos los que me rodean tienen mucha imaginación. Deberé contratarlos como guionistas. Mira, preciosa. El edificio pertenece a la familia. Sencillamente me gustó el emplazamiento y me quedé con él. Eso es todo.

—Ya. ¡En fin! En cuanto pueda permitirme un apartamento, por favor, ayúdame a crear algo tan fabuloso cómo esto. ¡Vaya! Hola, Mūdūr.

Él se limitó a mirarla de lejos; aunque sin mostrar desagrado.

—¿Qué le pasa a tú perro? Mira que es arisco. ¿Me sirves un jerez?

—Por supuesto.

—¿Y bien, cuéntame el motivo de tu malhumor?

Hakan le dio la copa.

—¿Por qué demonios no ha venido Aylin? Si pedí sus servicios era para que nos atendiera personalmente.

—Está muy ocupada con las obras del restaurante.

—¿Y qué? Ella es la responsable de servir al cliente.

—¿Por qué te enfadas? No es más que una cena de trabajo sin importancia.

—Las cosas no se hacen así. Al cliente se le debe poner al corriente de las modificaciones. Y éste las acepta o no.

—¿Me dices qué cancelarías el pedido si hubieses sabido que ella no venía? ¿Ocurre algo de lo que no estoy enterada?

Hakan la miró ceñudo.

—¿Qué rayos va a ocurrir? Lo que pasa es que quería disfrutar, una vez más, de ver cómo preparaba todo. Ya sabes mi afición por la cocina.

—Pues no ocurrirá más. A partir de mañana se cierra el catering. Aylin ya no puede lidiar con él y el restaurante. Aunque, tal como van las cosas, en unas semanas podrás disfrutar de una carta fabulosa en un establecimiento increíble. Cuando veas la decoración que ha ideado te emocionarás. Tiene un gusto exquisito también para la combinación de elementos. Sin duda, hay en ella una múltiple artista. Vuestro local estará irreconocible —dijo Livana con orgullo.

—Iré a verlo —decidió él.

—Imposible. No permite que nadie ajeno a nosotras lo vea. Además, está sin terminar. Sólo lo hemos adecentado y reparado algún cable eléctrico.

—Si cumple su sueño es gracias a mí. ¿No te parece suficiente motivo para hacer una excepción? Me pasaré mañana —gruñó él.

—Te recuerdo que jamás debe enterarse de tu implicación o tendremos serios problemas. Y te advierto que no estoy dispuesta a perder una amistad inquebrantable de años por tu culpa.

—Y no pasará. Tú harás todo lo posible para que entre en el restaurante con una buena excusa. ¿Cómo lo lograrás? Ni idea. Pero te las apañas. ¿Entendido?

—Hakan...

—Lo harás —silbó él entre dientes.

—Chico. No te me pongas tan agresivo —lo reprendió Livana.

Él se aclaró la garganta.

—Perdona. Me he excedido. De un tiempo a esta parte la gente ha comenzado a llevarme la contraria y me he alterado.

—Me temo que en este mundillo en el que he entrado estáis todos un tanto chiflados. Espero no contagiarme.

—Yo también lo quiero. Así eres perfecta. ¿Y qué me dices de mi petición?

—Ya sabes que la curiosidad mató al gato.

Hakan sacudió levemente la cabeza en señal de incompreensión.

—Me refiero a que Aylin puede enojarse contigo y mucho.

—No sería la primera vez.

Livana asintió especulando que el interés de su querido representante iba mucho más allá del simple placer culinario. Ese hombre estaba coladito por Aylin. Él aún no lo sabía, pero así era.

—Está bien. Ya pensaré en el pretexto.

Tal cómo prometió, Livana fue al día siguiente al restaurante.

—Quedaré precioso —dijo asombrada por el gran cambio tan solo con la capa de pintura en paredes y maderas.

—Sí —susurró Aylin. Su sueño más loco se materializaba. Por el momento, era dueña de un local fabuloso en una de las calles más elegantes de Estambul y debía ponerlo en activo. Por lo que, la empresa de catering quedó cancelada y se enfrascó en el arreglo del restaurante. Escoger el color de las paredes, la vajilla, el mobiliario y la carta. Algo complicado, pues era la primera presentación del menú para el cliente y ésta debía ser sugestiva; a la par que elegante y sencilla.

—Esto marcha —dijo Yildiz emocionada al ver cómo los operarios terminaban de blanquear las paredes.

—Quedaré muy bien el contraste turquesa de los muebles y puertas —opinó Livana.

—Pero deberías haberte decantado por las mesas de cristal y refuerzos dorados; al igual que la cubertería.

—Soñar es fácil. Eso costaba una fortuna —apuntilló Aylin.

—Hija, yo sueño sin presupuestos. Y Livana. No sé porqué no aumentaste el importe de la hipoteca. Con unos miles de liras más hubiésemos podido hacerlo. ¡En fin! Hija. Debo ir al abogado para firmar los documentos del cese en la fábrica. ¿Podrás arreglártelas sola?

—Claro, mamá. Solamente debo colocar la batería.

—Hasta luego.

—¿Eres feliz? —le preguntó Livana a su amiga al quedar a solas.

—Lo estaré cuándo compruebe que esto funciona.

—¡Ay! Siempre tan pesimista. ¿Cuándo te darás cuenta de qué hay que mirar a la vida con entusiasmo?

—En el momento que las cosas sean mucho más fáciles.

—¿Y no lo están siendo? Hace unos meses que vas escalando peldaños para llegar a tu meta. Cierto es que con esfuerzo. Pero ello no significa que no tengas que albergar de una puñetera vez el optimismo en tú ADN.

—¡Madre mía! Tus discursos, últimamente, son muy elaborados. Pienso que... —Aylin calló al sonar el timbre.

—Abro yo —se ofreció Livana.

El estómago de Aylin se contrajo al ver a Hakan.

—Llevo más de una hora llamándote. ¿Por qué no contestas? —dijo éste con tono irritado.

Livana le guiñó un ojo, sacó el móvil del bolso y dijo:

—¡Vaya, por Dios! Lo siento. No he escuchado la llamada porque se me olvidó cargarlo y me he quedado sin batería. Espera un momento... ¿Cómo sabías qué estaba aquí?

—Mi secretaria me informó.

—¡Ah, sí! Le dije que me pasaría por aquí antes de ir a las pruebas de vestuario. ¡Oh! Y... —miró el reloj y dijo: ¡Llego tarde! ¿Me llevas?

—Lo siento. Tengo una cita en el otro extremo de la ciudad. Coge un taxi. ¡Ah! Señorita Durmaz. No esperaba encontrarme con usted. Buenos días —dijo Hakan sin poder evitar que un ramalazo extraño le recorriese el vientre. Aquella mañana lucía muy diferente. La camisa de cuadros y los pantaloncitos cortos aún la hacían más joven. En realidad, lo era. Averiguó que sólo veinte años. Aunque, ahí no recaía todo su encanto. Estaba más bonita que nunca al llevar el pelo despeinado atado con un pañuelo y lucir en una de sus mejillas una mancha de pintura. Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no alargar la mano e intentar limpiársela.

—Buenos días, señor Osman —dijo ella en apenas un susurro. No comprendía que le pasaba últimamente cada vez que lo veía. Su corazón bombeaba con más fuerza y sus mejillas se cubrían de rubor; al igual que si fuese una adolescente. Jamás le ocurrió nada semejante ni tan siquiera cuándo en la universidad creyó enamorarse como una loca del chico más popular. Y ahora, aún sabiendo que Hakan era un truhán, le era imposible controlar sus emociones.

—¡Ay, cielo! Se me olvidó contarte que Aylin ha comprado este local y montará su propio restaurante —dijo Livana.

Él alzó las cejas simulando sorpresa.

—¿De veras? Me alegro mucho por usted.

—Gracias.

—¡Uy! Llegaré tarde. Os dejo –se despidió Livana.

—Ibas a quedarte a comer –le recordó Aylin.

—Me es imposible, cielo.

—Pero... ¡Por Dios! Tengo el fuego encendido. ¡Nos vemos! –jadeó Aylin y corrió hacia la cocina.

—Es el momento que esperabas –le dijo Livana a Hakan en un susurro.

—¿El momento de qué? –inquirió él.

—Pues, para presenciar de nuevo cómo Aylin hace magia con los alimentos. ¿O no es eso a lo qué has venido? Porque, querido, no cuela que solamente deseabas ver el local. Anda. Ve. Y no lo estropees. Se amable y no la sulfures. ¿De acuerdo? ¡Bay!

Hakan cogió el teléfono y simuló una llamada hablando a voces para que Aylin lo escuchara.

21

Hakan, emocionado, fue a la cocina.

—Huele muy bien. ¿Qué es lo que tenemos aquí? –dijo acercándose al horno.

—¿Podría hacer el favor de no tocar nada? –le pidió Aylin.

—Lo siento. Es que usted me tienta. Soy incapaz de resistirme a su magia.

Ella lo apartó y dijo:

—¡Uf! ¿No tenía que ir a una reunión muy importante?

—Creo que ha escuchado que acaban de anularla. Si no le importa, me quedaré para echarle una mano. Sabe que soy un buen ayudante. ¿Necesita que corte cebolla o supervise los fogones?

—No, gracias. A pesar de lo que crea, no me gustaría verlo llorar.

—¿No tiene gafas?

Ella, sin poder evitar sonreír al recordarlo, negó con la cabeza.

—Pero una cocinera tan excelente cómo usted tiene que conocer otros métodos para evitarlo.

—Los hay. Sin embargo, apenas surten efecto.

—Me arriesgaré. ¿Dónde tiene los mandiles?

—Señor Osman. No es necesario que se quede.

—Quiero hacerlo y lo haré.

—Está en mi casa. Puedo echarlo.

—Sin embargo, no lo hará. ¿Cierto? Ande. Déme ese delantal.

Ella suspiró impotente ante su testarudez. El día era perfecto y no quería estropearlo con una discusión. Por lo demás, no fue tan terrible la noche que cocinaron juntos. Más bien agradable. Y si controlaba sus nervios y obviaba el juego de seducción de Hakan, no pasaría nada ingrato. Así que abrió el cajón y se lo entregó.

—¿Negros? ¡Qué sosos!

—Esto es una cocina profesional, señor Osman. No hay lugar para frases sensibleras –dijo ella dándole un par de cebollas, unos pepinos y tomates.

—Le dije que conseguiría su propósito. Y lo ha hecho en un lugar ideal. E imagino que el restaurante será igual de excepcional. Bueno. No tengo la menor duda; puesto que su cocina es exquisita.

—Lo intentaré, señor Osman.

—Por el momento, póngame al día de lo que vamos a comer. Sorpréndame una vez más.

Ella alzó una ceja.

—¿Ah? ¿Pero es qué piensa comer aquí?

—Por supuesto. Cómo recompensa a mi ayuda inestimable –respondió él dedicándole su maravillosa sonrisa.

—Pues sepa que hoy es todo muy simple. Lobina al horno con patatas y cebolla, y una ensalada griega. El pescado al estilo español. Nada de especias. Y de postre, fruta.

—Todo muy saludable. Bien. Comenzaré a cortar los tomates y pepinos. ¿Le añadirá queso? Porque una ensalada tipo griega debe llevarlo. ¿No?

—Por supuesto. Y Feta.

Hakan no pudo reprimir más las ganas y acercó la mano al rostro de Aylin. Ella, instintivamente, se apartó.

—¿Qué hace?

—No se asuste, por favor. Es que tiene una mancha de pintura en la mejilla y he sentido la tentación de limpiársela.

Ella se miró en el espejo. Era cierto. Abrió el grifo y se la quitó.

—Se veía más graciosa antes.

—Si quiere divertirse vaya al circo —replicó Aylin con acidez.

—No pretendía molestarla. Si lo he hecho, discúlpeme.

Ella suspiró.

—Perdóneme usted. Últimamente estoy un poco susceptible. Hay mucho trabajo que hacer y bastante duro. A veces tengo la sensación de que no podré con ello.

—Sé que lo conseguirá. Pero si necesita ayuda para la decoración, ya sabe que soy bueno.

—Agradezco su oferta, pero no. Quiero hacerlo personalmente. A mí gusto.

—Lo comprendo. Bien. ¿Seguimos con la comida? ¿Si? Y para relajarnos pondremos música. ¿Le parece bien?

—Lamento defraudarlo. No tengo transistor.

Él sonrió con autosuficiencia y le mostró el teléfono.

—Hoy en día no es necesario. Tengo una lista con temas maravillosos —buscó la aplicación y escogió uno.

**Ates Bócegi* comenzó a sonar. Una letra triste envuelta por una melodía muy alegre. Un contraste curioso y también la reacción de Hakan, que se puso a canturrear sin el menor pudor.

Quién sabe cuántas veces me han roto el corazón.

No tengo derecho a quejarme ya que sabía que pasaría.

Tal vez el amor se alimenta de dolor.

—Venga, señorita Durmaz. Anímese. Ya demostramos que formamos un buen dúo. ¿No es verdad? Además, no tiene porque ser tan concienzudo cocinar. También puede uno divertirse mientras lo hace —le pidió.

*Luciérnaga

—Señor Osman. Concéntrese en cortar la cebolla. Ya la necesito —se negó Aylin.

Él no le hizo caso y continuó cantando mientras trabajaba.

*Ahora necesito una música muy triste o una tierna mitad.
O nuevamente caeré preso de la depresión.
Es que se han ido las luciérnagas.
Canta tú canción y toca la flauta.*

—Mire como estoy. Llorando por tanto drama —dijo Hakan mostrándole las lágrimas causadas por la cebolla.

Aylin juntó los labios para evitar echarse a reír al ver sus lagrimones.

—No sabía que era tan sensible.

—¿Le divierte tenerme así? Es usted muy cruel —remugó él.

Ella asintió.

—No sabe cuánto puedo serlo.

—¿Por lo menos me podrá dar un pañuelo, verdad?

Aylin cortó un trozo de papel de cocina y en un impulso que no pudo controlar, se alzó de puntillas y comenzó a limpiarlo, sin poder evitar quedar hipnotizada por esos dos carbones que lanzaban chispas.

Hakan contuvo el aliento y la miró impactado. No tan solo tenía unos ojos muy bellos, también una boca muy sugerente. Se relamió el labio inferior al imaginar cómo sería besarla.

Ella, al darse cuenta de lo que hacía, se apartó con rudeza.

—Yo... Perdón —se disculpó dándole el papel. Le dio la espalda, echó la cebolla sobre las patatas, lo aliñó con un buen chorro de aceite y colocó la bandeja en el horno, sin apenas poder controlar el temblor de las manos.

Él continuó petrificado. Aquél simple gesto lo estremeció de un modo brutal. Nunca nadie antes le provocó tal emoción. Podía sentir la sangre bombeándole el corazón y deslizándose por las venas cómo si fuese la lava de un volcán. Apretó los puños e intentó serenarse.

—¿Qué hago ahora? —logró decir.

Aylin, aún avergonzada por su reacción, aliñó la ensalada y dijo sin apenas voz:

—No hay nada más que preparar. Ya le dije que no necesitaba ayuda.

—Entonces, ¿puedo curiosear? —dijo Hakan, aún turbado.

—Adelante.

Abrió una de las cajas. Era la cubertería.

—Dorada. Una elección inteligente. Da la impresión de un lujo extremo.

—No es la intención. Simplemente considero que es adecuada para la decoración que he elegido. Pienso poner precios justos, no abusivos.

—El tipo de cliente de la zona puede permitirse pagarle lo que les pida.

—No es mi estilo aprovecharme de las situaciones.

—No se yo... Me pidió que le diese una oportunidad a Livana aprovechándose de la debilidad que sentí por su comida.

—No es lo mismo. Fue cómo premio a una puesta que gané —replicó ella sulfurándose.

Él hizo morritos.

—Era una broma. No se enfade, por favor.

—Es que usted tiene la virtud de alterarme.

—Usted también provoca ese sentimiento en mí —dijo Hakan y se mordisqueó el labio inferior.

Aylin, al sentir de nuevo cómo el rubor le subía por las mejillas le dio la espalda e introdujo el pescado sobre la cama de verduras. Regresó junto a Hakan y abrió otra caja. Extrajo una sartén e intentó colgarla en la barra junto a los fogones, pero se encontraba demasiado alta.

Hakan se acercó a ella.

—Tendría pedir que se la bajen o deberá coger una escalera cada vez que necesite una —le sugirió colgándola.

—Lo haré. Sí. ¡Uy! El horno.

Corrió y llegó a tiempo de sacar la comida para que estuviese en su punto exacto y puso la bandeja sobre la isla. Hakan cogió los platos y cubiertos, y se sentó.

—Huele que alimenta. Estoy ansioso por probarlo.

—No se emocione. No es nada exclusivo. He seguido la receta tradicional española. Nada de fusión.

—Aún así, sé que estará muy sabroso. Y... —Dejó de hablar al ser interrumpido por el zumbido del teléfono.— ¿Quién rayos será ahora? Da igual. No lo cogeré. Es mi norma para la hora de la comida que es sagrada para mí.

—¿Y si es importante?

—No hay nada más primordial que esto. Por favor, ponga muchas patatas. Me suelen gustar más que el propio pescado. La verdad es que...

De nuevo sonó el teléfono.

—Puede que sea urgente –insistió Aylin.

Hakan, molesto, miró la pantalla. Juntó las cejas al ver de quien se trataba y aceptó la llamada. En un susurro tapando el altavoz, dijo:

—Es mi padre... Dime, papá.

Por la palidez en el rostro Aylin dedujo que la noticia no era nada agradable.

—Voy ahora mismo –dijo Hakan. Se levantó y apartó el taburete sin miramiento.

—Lo siento. Mi madre ha sufrido un accidente. Debo irme.

—¿Es grave? –dijo Aylin en apenas un hilo de voz.

—Ha dicho que no. Sin embargo, no confío. No suelen darte malas noticias por teléfono –respondió él guardándose en el bolsillo con dedos trémulos.

—¿Me llamará para decirme cómo está la señora Lale? Si no le causa mucha molestia.

—La llamaré. Buenos días.

Hakan respiró aliviado al ver a su madre. El accidente fue una caída, pero con tan mala suerte que se fracturó la rodilla y no bastaba con un simple yeso. Tenían que operarla. En vista de lo cuál hizo unas cuantas llamadas para organizar la agenda.

—¿Todo arreglado? —se interesó Sema.

—Casi. He intentado localizar a la asistenta pero ya se ha ido. Mūdūr está solo y se inquietará.

—Pues ve. Si hay novedades te llamo.

Él negó con un sonoro chasquido.

—¿Y qué harás? Puedes tardar horas en volver a casa. ¿No tienes a nadie que pueda cuidar de él esta noche a parte de nosotros?

—Mert se fue de vacaciones, el portero terminó la jornada y el único vecino que puede auxiliarme está en Ankara ante el inminente nacimiento de su nieto.

—Puedo pedirle a una de nuestras empleadas que vaya.

—Imposible. Sabes que Mūdūr no soporta a ninguna extraña. Él sólo...

—¿Qué? —inquirió Sema, al ver su semblante reflexivo.

Una idea loca pasó por la mente de Hakan. Tan loca que seguramente no se realizaría. No obstante, lo intentaría.

—Voy a hacer otra llamada.

Habló con Aylin y le contó la situación; pidiéndole si podía hacerle el favor de cuidar de su perro.

Por supuesto ella se negó. Sin embargo, la voz afligida de Hakan logró ablandarla.

Siguiendo sus instrucciones esperó a que un taxista le entregara las llaves y la llevara al apartamento.

Al entrar, Müdür saltó sobre ella con más efusión que nunca.

—¿Tenías miedo de qué tu amo te dejase? No. Claro que no. Sabes que te quiere mucho. Tal vez pensaste que le ocurrió algo. Está perfectamente. Pues, para quitarte el susto, te daré una recompensa. Venga. Vamos a la cocina a ver que hay en el frigorífico.

Estaba bien provisto.

—¡Vaya! Mucha comida y ninguna preparada. ¿Es qué el servicio no le cocina? ¿No me dirás que se guisa él?

El perro ladró.

—¿Dices qué sí? No se yo... Fue un buen pinche, pero cocinar, cocinar. Bueno. ¿Qué te parece unas rebanas de fiambre de pavo? Sí. No quiero que tu amo me riña por sobrealimentarte. Aunque, yo me haré un buen emparedado. ¡Estoy hambrienta!

Tras tenerlo todo preparado, dio de comer a Müdür y éste, tras devorar las lonchas, salió a toda prisa de la cocina.

—¿Qué pasa?

Aylin comprobó que nada por preocuparse. Müdür se había instalado en el sofá.

—¿Tienes sueño? Yo también estoy cansada. Puede que eche una cabezadita. Aunque, antes comeré —suspiró.

Le apeteció hacerlo en la terraza. La imagen de la ciudad bajo sus pies le quitó el aliento. El estadio de fútbol iluminado porque era noche de partido y suspiró al no poder asistir; consolándose al ver el agua del canal que esa noche destellaba de plata debido a la luna llena.

—Eres afortunado, señor Osman. Tienes la ciudad a tus pies —musitó.

Tras degustar el bocadillo, regresó al salón y se acomodó en el diván, apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos.

El teléfono la sobresaltó. Era de nuevo Hakan. La operación aún continuaba y le suplicó quedarse un rato más. De nuevo, no pudo negarse.

—Me temo que pasaremos un buen rato más juntos. Pero no creas que haga esto por el gruñón de tu amo. Este favor es por la señora Osman. Ella fue la primera que confió en mí y siempre le estaré agradecida. Sí. No me mires con esos ojitos. Tú adorarás a Hakan. En cambio a mí me

desagrada. Bueno. No todo el tiempo, la verdad. A veces lo encuentro incluso encantador. Sin embargo, pronto eclipsa esa sensación cuando se empeña en irritarme. Cómo ahora. Por poco me duermo y ya ves, los ojos abiertos cómo las lechuzas por culpa de él. Ese hombre...

Calló al sentir el estrépito proveniente de alguna habitación del corredor. Müdür también se tensó. Bajó del sofá y corrió hacia allí.

Aylin permaneció quieta con el corazón saltándole del pecho. Respiró aliviada al ver al perro regresar sin el menor síntoma de nerviosismo o temor. En cambio, ella no se relajó. Necesitaba ver que ocurrió. Abrió las luces y se internó por el pasillo. Éste contenía tan solo dos puertas; lo que evidenciaba que las estancias serían enormes.

Abrió la primera. Se trataba del dormitorio de Hakan. Un cuarto muy masculino. Paredes color gris perla, muebles de caoba y color grisáceo para las cortinas y sábanas. Los detalles decorativos se limitaban a pinturas. Por supuesto, dedujo que originales. Hakan era de ese tipo de personas que no se conformaban con una mera copia. Aunque, lo más curioso era que no gozaba del televisor ante la cama.

—¿Y esto? —musitó al ver que la bañera y la ducha estaban incorporadas cerca de la inmensa cama, sin que ninguna puerta le otorgase privacidad. Solamente el inodoro gozaba de ella. Era evidente que se trataba del dormitorio de alguien que no vivía en pareja y que no pretendía estarlo por el momento. Sin poder evitar la curiosidad entró y cruzó la estancia para abrir la puerta que debía conducir al vestidor. No se equivocó.

—¡Dios Santo! —exclamó al ver la gran cantidad de trajes, zapatos, corbatas y relojes.

Impactada, se fijó en la ventana que estaba entreabierta y que era la culpable de que una ráfaga de viento hubiese tirado un portarretratos y provocara el estrépito. Lo recogió. Por suerte el cristal no estaba roto. La imagen era enternecedora. O al menos a ella se lo pareció; por la simple razón de que no poseía nada parecido. Nunca tuvo ni tendría esa familia que irradiaba tanta felicidad. El abandono paterno lo impidió. Suspiró, cerró la ventana, puso el retrato en su lugar, salió de la habitación y decidió curiosear en la otra.

Allí todo era distinto. A un extremo se encontraba un despacho. Mobiliario sencillo; más bien funcional; aunque cómo era de esperar de madera noble. Lo justo para trabajar y archivar los documentos tras el enorme panel. En las estanterías se exponía alguna obra de arte junto a varios

marcos de fotografías de los premios que sus representados consiguieron. Y en los cajones, que por supuesto no abrió, dedujo que documentos importantes.

En el otro lado de la estancia todo cambiaba. Se trataba de un salón más privado. La decoración era mucho más heterogénea. El diván, que por uno de los únicos programas de la televisión que le gustaba, reconoció se trataba de un Howard and Sons tapizado con su característico anagrama, flanqueado por dos butacas de la misma empresa. En el centro una mesa otomana muy antigua con los pies de madera y cubierta de cobre labrado. Las lámparas de pie junto a las butacas eran de cristales coloridos estilo art déco. En una esquina el televisor sobre una mesita de cristal. Pero lo más maravilloso era la pared cubierta por cientos de libros. Y lo más apetecible la chimenea de grandes dimensiones y construcción muy moderna. Una mezcla que Hakan, si era cierto que decoró su propia casa, supo combinar a la perfección. Nada desentonaba. Era una estancia, que a pesar de las dimensiones proporcionaba intimidad. Presumió que ese era su santuario privado. Se acercó a las estanterías y curioseó. Muchos libros de cine, teatro y novelas de autores diferentes; por supuesto, grandes clásicos. Una librería digna de envidiar.

—Vaya —susurró al ver la enorme colección de poesía. No imaginaba a Hakan deleitándose con ella. Cogió un libro y lo abrió al azar. El poema era de Frida Khalo.

*Mereces un amor que te quiera despeinada,
incluso con las razones que te levantan de prisa
y con los demonios que no te dejan dormir.
Mereces un amor que te haga sentir segura,
que pueda comerse al mundo si camina de tu mano,
que sienta que tus abrazos van perfectos a su piel.
Mereces un amor que quiera bailar contigo,
que visite el paraíso cada vez que mira tus ojos
y que no se aburra nunca de leer tus expresiones.
Mereces un amor que te escuche cuando cantas,
que te apoye en tus ridículos,
que respete que eres libre,
que te acompañe en tu vuelo,
que no le asuste caer.*

*Mereces un amor que se lleve las mentiras,
que te traiga ilusión,
el café y la poesía.*

Sí. Merecía algo tan hermoso. Pero la realidad era injusta. Hakan sólo veía en ella a una muchacha insignificante de la que burlarse. Nunca sentiría un amor apasionado hacia ella. Nunca disfrutarían de ese lugar recogido ante el fuego, bajo el calor de una manta, en compañía de un buen libro.

—¡Estás loca! ¿A qué viene esta estupidez? ¿De qué amor hablas? No hay ningún amor—jadeó cuando la imagen cruzó por su mente.

Sofocada salió a toda prisa y desistió de seguir curioseando. Aunque, no tuvo más remedio que entrar en el baño de invitados. Al igual que en el resto de la casa, decorado con gusto exquisito; aunque mucho más simple. Se miró en el espejo. Su faz se veía cansada debido al ajetreo del restaurante. Llevaba muchas noches que apenas dormía cinco horas. Regresó junto a Müdür y con la respiración alterada se sentó.

—¿Pongo la tele? Sí. Será lo mejor. A ver si me distraigo.

La imagen le mostró a la protagonista de una novela. Acaba de levantarse de la cama. El pelo aún sin peinar, sin apenas maquillaje y suponiendo que la chica no andaba en la abundancia, enfundada en un pijama que no era nada glamoroso. Y aún así estaba preciosa.

—Me pregunto cómo lo hacen. Me pongo yo así y me confunden con una adicta. ¡Uf! Cambiaré de canal. No soy amante de los culebrones. Son pura fantasía.

Tras revisar algunos se decantó por un reportaje de la sábana africana. Ideal para adormecerse. No por aburrido. Adoraba a los animales. Pero era la enésima vez que veía al guepardo correr tras la gacela. Y en apenas unos minutos cayó en un sueño profundo.

Hakan la encontró tumbada con Müdür acurrucado a su lado. Era una estampa enternecedora. Una imagen que nunca imaginó en su salón. En un impulso cogió el móvil y la fotografió. Se inclinó para despertar a Aylin, pero se reprimió. Se sentó ante ellos y los observó durante largos minutos. Su querida mascota ofrecía una expresión relajada e incluso feliz. Y ella estaba... Era incapaz de calificarlo. Lo único certero era que su presencia le provocaba una emoción nunca antes concebida. Una mezcla de ternura y desasosiego. Algo tan fuerte que apenas le dejaba respirar. Y aún sintiéndose tan angustiado, no quería dejar de sentirlo.

Aylin abrió los ojos y vio a Hakan observándola con una mirada tan intensa que la estremeció.

—Señor Osman —musitó incorporándose, sin poder evitar que la ensoñación de ella y él ante el fuego la golpeará de nuevo con fuerza.

Él parpadeó para salir del embrujo. Müdür bajó del sofá y corrió a saludarlo. Hakan lo acarició sonriendo a medias. Ella sacudió la cabeza e intentó recuperar la cordura.

—¿Cómo está su madre? ¿Ha ido todo bien?

—La operación ha sido un éxito, sí. Se recuperará sin dificultad. Aunque, será difícil soportarla. Es una mujer muy inquieta. No puede estar sin hacer nada. Y un mes de reposo la volverá loca.

—¿Ella trabaja? —se extrañó Aylin.

—Por supuesto. ¿Por qué se asombra?

—No se... Pertenece a la alta sociedad y es... es...

...¿Rica? —remató Hakan.

Ella, ruborizada, asintió.

—La posición económica no determina el carácter de una persona ni sus actos.

—Eso no es cierto. La falta de dificultades torna a uno ególatra. Olvida pronto que el resto de los mortales no son tan afortunados y disfruta de su dinero de un modo que resulta obsceno —refutó Aylin.

—Siempre hay personas con moral inquebrantable. Y le aseguro que mi familia pertenece a ese rango. El treinta por ciento de nuestros beneficios los destinamos a asociaciones para ayudar a los más desvalidos. Mi madre dirige varias —replicó Hakan, molesto.

—Una manera de limpiarse la conciencia —impugnó Aylin.

—Todos lo hacemos. Usted saldrá de comprarse algo bonito y dará alguna moneda a un mendigo. Y no por ello será una mala persona. ¿No cree?

Ella suspiró profundamente. Estaba visto que no podían pasar más de cinco minutos juntos sin batallar.

—Debería irme.

—Sí. Es muy tarde. La llevaré a casa.

—No se moleste –rechazó ella. Se le veía realmente cansado. Y no le extrañó. Aguardar a que un ser querido deje de estar en peligro agota a uno.

—Usted debe acostarse. Los hospitales terminan por fatigarnos. Me iré por mi cuenta. Pero antes, dígame: ¿Ya ha cenado?

—No.

—En ese caso, le prepararé algo –decidió, apiadándose de él. Se le veía realmente vulnerable.

—Gracias. No tengo hambre. Y usted también estará agotada con lo del restaurante.

—No podría irme tranquila si lo dejo en este estado. Se impresionó mucho con el accidente de su madre y lleva horas con el estómago vacío.

—Estoy mucho mejor. No se moleste, señorita Durmaz. Ya ha hecho suficiente.

Aylin se levantó y se inclinó ante él.

—Insisto. ¿Quiere que le haga un tentempié rico de los míos? ¿O mejor le preparo un chocolate para darle más ánimo? ¿Qué le apetece? Mejor haré las dos cosas. Ya verá. Se chupará los dedos. Ahora relájese. ¿De acuerdo? –dijo con tono afable.

—Está bien. Gracias –cedió él.

Ella fue a la cocina y él la siguió con la mirada, sintiendo que esa opresión en el pecho se agudizaba.

Aylin, tras unos minutos, que le parecieron eternos, regresó.

—Aquí está. Espero que le agrade –dijo con una dulce sonrisa.

Hakan, embobado, fue incapaz de apartar los ojos de ella. Esa diferencia que exhibía con las demás mujeres, a cada segundo que pasaba, le parecía más y más atrayente.

Aylin, por el contrario, lo miró ceñuda.

—Vamos, coma. ¿O no le apetece? No me haga enfadar, señor Durmaz, que me he esforzado mucho. Venga. Déle un buen mordisco. Seguro que le agradará.

Él salió del ensimismamiento y dijo:

—Nada de lo que haga podría desagradarme. ¿Usted no cena?

—Ya lo he hecho –respondió ella con un bostezo.

—Está extenuada. Y yo he contribuido a agudizar su agotamiento.

—¡Oh, no! Müdür y yo nos hemos relajado en este cómodo sofá.

Aunque, el trabajo en el restaurante si ha sido muy duro.

—¿Tiene idea de cuándo podrá inaugurarlo?

—Puede que si no hay retrasos con las entregas, me gustaría el catorce de mayo.

—El día de la madre.

Aylin alzó una ceja.

—Tengo que estar al día de la fecha o la señora Lale Osman podría cortarme la cabeza. Y hablando del restaurante, por lo que vi, quedará muy elegante. ¿Estilo mediterráneo, verdad?

—Sí. Tiene que ir acorde con la temática del menú.

—Espero ser uno de los invitados a la inauguración. A no ser que me odie tanto que no me permita ni la entrada.

—Yo no le odio –negó Aylin.

—Pero le caigo mal. ¿Verdad?

—Yo... Digamos que nuestros caracteres no son compatibles.

—Yo no diría tanto. Sin embargo, en cuánto a nuestros paladares nos complementamos a la perfección. Este emparedado es un manjar de dioses.

Ella dejó escapar una suave risa.

—No me sea exagerado. Lo he tenido que hacer con lo que había en el frigorífico. Es un simple bocadillo de pollo frío, rúcula, tomate y salsa ligeramente picante. Usted lo habría hecho igual. Eso sí, el chocolate lleva un ingrediente secreto; que por supuesto, no revelaré. ¡Bien! Ahora que le veo cenar, me iré. Llamaré a un taxi.

Hakan, que masticaba, negó rotundamente con la cabeza.

—No se moleste en acompañarme. Usted también está molido.

—Y yo no consentiré que salga sola a estas horas. Descanse mientras termino el chocolate y la llevaré. Y no acepto una negativa.

—Está bien –aceptó ella, sabiendo que sería inútil protestar. Se acomodó en el sofá y reclinó la cabeza. Müdür volvió a colocarse junto a ella. Le acarició la cabeza mientras notaba como los ojos se le iban cerrando. Se esforzó para resistir. El cansancio ganó la batalla.

Hakan la contempló sin apenas pestañear. El sueño borraba la tensión que a menudo soportaba llenándola de placidez. Aquella jovencita menuda y alejada de los cánones de belleza le parecía ahora muy seductora.

El reloj de pared anunció que eran las tres de la madrugada. Hakan pensó que no era hora para llevar a Aylin a su casa ni tampoco permitir que durmiese tan incómodamente en el sofá. Con cuidado la tomó en brazos y ella sin despertarse, levantó las manos y las entrelazó en su nuca. Apoyó la cabeza sobre su pecho y suspiró.

Hakan la miró con ternura. Entre sus brazos se la veía menuda y frágil. Más, era un espejismo. Aylin era todo un carácter y sonrió al recordar sus batallas. La llevó a la habitación de invitados y la acostó. Con cuidado para no despertarla, le quitó los zapatos y la arropó. Pensó que sería maravilloso dormir junto a ella, oyéndola respirar y sentir su perfume que olía a flores frescas.

—¿Pero qué te pasa, chico? El agotamiento no te sienta nada bien. Te causa pensamientos irracionales. Será mejor que te acuestes. Mañana todo volverá a la normalidad —remugó.

Apagó la luz y salió.

Aylin dio un brinco y se reincorporó. ¿Dónde demonios se encontraba? No conocía aquella habitación y lo peor de todo era que no sabía cómo llegó allí.

—¿Señorita Durmaz, está despierta?

—Sí —dijo con un gemido ahogado al reconocer la voz de Hakan detrás de la puerta. Instintivamente se examinó y dio un largo suspiro al ver que llevaba la ropa puesta; y también al recordar que se quedó dormida en el salón. Lo más probable fuese que Hakan la acostara.

—He preparado el desayuno en la cocina. ¿Quiere darse una ducha antes?

—¡No! —gritó ella.

—Pues no tarde. Los huevos se enfrían.

Aylin se levantó y fue al baño para echar una ojeada. El cuarto era muy distinto a la habitación de Hakan. Allí sí había televisor. Las paredes eran de un color crema muy suave, cama blanca cómo la nieve y la decoración en colores tierra. Todo muy elegante pero sofisticado.

—He de reconocer que el gruñón tiene un gusto exquisito. Es preciosa —suspiró.

Entró en el lavabo. De un blanco impoluto. Se miró en el espejo. Desde luego, no ofrecía el aspecto maravilloso de la actriz recién levantada de la cama. Se lavó, se peinó y tras arreglarse la ropa acudió a la cocina.

—Buenos días —la saludó Hakan, asombrado. Sus conquistas siempre le defraudaron al llegar la mañana. La belleza espectacular de la noche se tornaba mentira sin el maquillaje. En cambio, Aylin lucía igual de bonita recién levantada.

—Buenos días —susurró ella sorprendiéndose, una vez más, de que ese hombre lograra borrar sus convicciones de creer que la belleza exterior no era importante. Él conseguía que su estómago se revolucionara con tan solo mirarlo. Y eso no le ocurría desde su primer gran fracaso sentimental. Desde entonces, se juró que ningún otro adonis lograría subyugarla con su atractivo. Y ahora se rendía ante un hombre con el que no tenía nada en común y que siempre la sacaba de quicio; y lo más denigrante era que su meta consistía en conquistarla para reírse de ella. Se juró que resistiría esa tentación.

—Anoche estaba usted agotada. No quise despertarla y pensé que era mejor que se quedara, pues era muy tarde. ¿Ha dormido bien?

—Sí —dijo ella, con la mirada fijada en la mesa. Hakan preparó un desayuno contundente y variado. Revuelto de huevo, variedad de quesos, aceitunas, frutos secos, yogurt, fruta y por supuesto, té y café.

—Por favor. Siéntese y coma. No será un manjar cómo los que hace usted. De todos modos, estará comestible —dijo Hakan apartando la silla.

Ella se acomodó.

—Recuerdo que me dijo que en la mañana toma café.

—Sí. Gracias. Siento causarle tantas molestias.

—No lo son en absoluto. Anoche me hizo un enorme favor al cuidar de Mūdūr.

—No fue ningún sacrificio. Al contrario. Fue un placer. Su perro es encantador.

—Pues dicen que las mascotas se parecen a sus dueños. Aunque, usted opina lo contrario. ¿No es así? ¿O ya ha comenzado a cambiar de opinión?

—Dejémoslo en que no me parece tan desagradable.

—Con el tiempo admitirá que le parezco muy interesante. Yo ya puedo decir que usted ahora me lo parece —aseguró él, untándose mantequilla en la tostada sin apartar los ojos de ella.

Aylin, con un gesto cargado de timidez, se colocó el cabello tras la oreja y se concentró en revolver el azúcar del café. A pesar de su propósito, le era imposible resistirse al magnetismo de esos ojos de ébano. Tal vez, se dijo, por la simple razón de que ningún hombre la miró de esa manera tan penetrante. Sentía cómo si pudiese leer sus deseos más íntimos. Hakan era un verdadero peligro.

—¿Cómo sigue su madre? —logró decir.

—Ha pasado muy buena noche. Ahora iré el hospital. Pero... No me come nada. ¿Tan malo está?

—Siento haberlo hecho trabajar tan duro, pero es que no tengo mucho apetito recién levantada. He de aguardar un par de horas y me conformo con un emparedado.

Él, con unos chasquidos, le indicó que no estaba de acuerdo.

—Una chef como usted... Me decepciona.

—Nada se puede contra la naturaleza.

—Estoy de acuerdo —afirmó Hakan. Hundió el tenedor en el revoltijo, cogió un puñadito y lo puso ante la boca de Aylin, sin apartar la mirada de la suya.—Al menos debería probarlo. Necesito conocer la opinión de toda una profesional. Por favor. Coma un poco. ¿De acuerdo?

Ella notó cómo el calor comenzaba a invadirle la cara ante ese gesto que solía ser muy íntimo entre las parejas y negó con la cabeza.

—Insisto. Por favor.

Evitó que se lo metiera en la boca y cogió el tenedor.

—¿Y bien?

Ella aseveró con aire sorprendido.

—¿Por qué ha reaccionado así?

—No se... Pensé que sería de esas personas que cocinan para no morir de hambre. Lo que se dice cocina de supervivencia.

—Me temo que su intuición, al menos sobre mí, no le está dando muy buen resultado. Ha comprobado que soy menos desagradable y que guiso bastante bien. En los próximos días descubrirá muchas más virtudes.

No, se dijo ella. No habría otra oportunidad. Porque Hakan era ahora una enorme tentación. Perturbaba la paz que tanto tiempo protegió y no estaba dispuesta a caer en una atracción que sería nefasta. Se levantó y dijo:

—Tendría que irme. Tengo una jornada muy complicada.

Entraron en el salón. Müdür corrió a saludarlos.

—Hola, amiguito. Lo siento, pero hoy no te he preparado nada. ¿Me perdonas?

Él posó la pata en el muslo de Aylin y ella le rascó la cabeza.

—La acompañaré al restaurante.

—Usted debe ir al hospital y yo voy a casa, y queda al otro extremo de su destino. No se moleste. Tomaré un taxi —decidió ella entrando en el salón.

—No es molestia.

—Gracias por su hospitalidad, señor Osman. Pero mejor tomo un taxi —reiteró ella, dándole la espalda.

Él alargó la mano y la agarró de la muñeca.

—No sea absurda.

—Ni usted tan dictador.

—¿A ser educado le llama tiranía? —inquirió Hakan sin poder dar crédito.

Aylin necesitaba romper el encanto que se había creado entre ellos. Lapidarlo del modo que fuese y no se le ocurrió otra manera que ser grosera para que aceptara de una vez por todas de que no podían volver a verse y dijo:

—Esto no es cuestión de educación. Lo que hace no es más que un acto machista. Piensa que cómo soy mujer necesito que me protejan. Señor

Osman, me temo que se ha quedado anclado en el pasado. Evolucione, por favor. Entre en la modernidad.

Él parpadeó perplejo.

—¿Cree que soy machista? ¿Lo dice en serio?

—Completamente.

—Pero... ¿Se escucha? No suelta más que estupideces. ¡Dios! ¿Por qué hace esto? ¿Por qué siempre que estamos tan bien se empeña en estropearlo?

—¿Qué hago qué?! Es usted el que me obliga a sacar mí mal humor. Pero claro, su orgullo no se lo permite reconocer y culpa a los demás.

—¿Mi orgullo?

—Exacto. Su orgullo.

Hakan bufó.

—¿Sabe? Creí por un momento que esa chica desagradable y grosera fue tan solo una percepción falsa. Sin embargo, me demuestra que nunca erré. Es más, ahora también pienso que está usted desequilibrada.

Aylin tomó aire por la nariz y apretó los puños.

—¿Cómo ha dicho? ¿Me ha llamado loca? —siseó.

Él la miró con aire socarrón.

—No, señorita Durmaz. Jamás afirmaré un diagnóstico tan contundente. Aunque, no tengo la menor duda que su cabeza no funciona del todo bien. Diría que incluso puede padecer bipolaridad. A ratos es dulce cómo la miel y otros, ácida cómo un limón amargo. No hay quien la entienda.

Aylin torció la boca en una leve insinuación de sonrisa.

—¿Así qué bipolar, eh? ¿Y usted? ¿Usted qué dolencia padece? Porque sepa que tampoco lo veo muy centrado. ¿Puede que padezca de narcisismo? Sí. No hay duda. Tiene el sentido desmesurado de creerse el ser más importante, además de la constante necesidad de atención o de admiración, o la falta de empatía con los demás. Por ello sus relaciones son tan conflictivas.

Hakan dejó escapar unas carcajadas profundas.

—No entiendo a qué viene esa risita —masculló Aylin.

—La situación es tan delirante que hasta me resulta graciosa. ¿A usted no?

Ella, arrugó la nariz, le lanzó una mirada cargada de fuego y cogió el bolso.

—En absoluto. Buenos días, señor Osman —le espetó. Dio media vuelta, fue hacia la puerta escuchando la risa de Hakan, la abrió y la cerró con un sonoro portazo.

Aylin entró en el estudio y los recuerdos regresaron. Su primer día de trabajo, su ilusión, el vergonzoso despido y sus peleas. Pero el recuerdo más nítido fue su discusión acalorada con Hakan.

—¡Maldita sea! Deja de pensar en él —remugó.

Sin embargo, para su desgracia, ese hombre tan insufrible se había arraigado en su mente y era incapaz de cortar las raíces.

—¿Aylin?

Ella se dio la vuelta.

—Yussuf. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú? Te veo fantástica. ¿Has cambiado de peinado, verdad? Te sienta muy bien. Y dime. ¿Es qué vuelves?

—No. No. Jamás lo haría. Me humillaron demasiado. Me he visto obligada a venir para ver a Liviana, una amiga en su primer día de rodaje. ¿Cómo va todo?

Él alzó los hombros con apatía.

—¿Tú qué crees? Seguimos los mismos rodeados de lechuga y parrillas. La rica comida se fue contigo. Aunque, algo bueno hubo y es que con tu despido me elevaron a la categoría a chef. Aún así, el menú no cambia. Y supongo que con la nueva protagonista tampoco. Es de esas que no abre la boca para no engordar.

—Ahí te equivocas. Liviana come como una lima y de todo. Tiene un metabolismo que es un milagro. Así que podrás lucirte un poco más. Incluso algún día le harás uno de tus deliciosos postres. Y en cuanto a su carácter, es un amor. Nada que ver con la maniática de —. Este rodaje será tranquilo. Ya lo verás.

—Me has alegrado el día, chef. Y dime. ¿Tú qué haces ahora?

—Monté un catering. Tuvo mucho éxito y ahora, en unos días, inauguro mí propio restaurante en Besiktas. Se llama *Simbiyoz*.

—¿De veras? Felicidades —dijo él sin emoción.

—No me las des aún. A lo mejor tengo que cerrarlo.

—No creo. Eres una cocinera prodigiosa. Seguro que en nada te otorgan una estrella Michelin; oportunidad que no tendremos nunca nosotros en esta cocina.

Aylin entendió su frustración.

—Me demostraste ser un pastelero increíble y me duele que pases los días cocinando pescado y carne a la plancha. Si pudiese, te emplearía cómo repostero. Pero no podría pagarte lo que mereces ni el salario que aquí ganas. En realidad, os contrataría a todos. Hacéis un trabajo que os desmerece.

—¿De verdad querrías que estuviese en tú restaurante?

—Por supuesto. Y te daría completa libertad para aconsejarme que postres incluir en la carta.

Él se mordió el labio.

—¿Puedo pensármelo?

—Yo de ti sí lo haría. La señorita Durmaz suele cambiar mucho de parecer. Un día dice si el otro no... No tomes su oferta a la ligera.

El corazón y la respiración de Aylin se alteraron. Se dio media vuelta e intentó serenarse.

Él también lo procuró, pues verla después de tantos días lo afectó mucho más de lo esperado. Aquella chica consiguió inyectar en su vida perfecta el veneno de la zozobra, pues era incapaz de concentrarse varios minutos sin dejar de pensar en ella y no precisamente con ensoñaciones inocentes. Y no lo comprendía. Aylin era lo más alejado a una mujer que despertara el apetito sexual y ahora, en ese momento, se moría por devorar esa boca que saboreó en sus sueños.

—Señor Osman. Le rogaría que se metiera en sus propios asuntos –le dijo muy enfadada.

Él se aclaró la garganta e intentó apartar la imagen de sus labios unidos.

—Es que aprecio mucho a Yussuf y me dolería que acabara perjudicado.

—De nuevo hace conjeturas con desconocimiento.

—No. No. Hablo con conocimiento de causa. Me demostró que es usted muy voluble.

Yussuf vio venir una discusión y decidió largarse.

—Tengo trabajo. Un placer verte, Aylin. Señor Osman.

—Ya hablaremos –se despidió ella. Cruzó los brazos bajo el pecho, miró a Hakan y con tono mordaz, dijo: La otra noche aseguré que soy bipolar. ¿No se ha planteado qué, tal vez, es usted el causante de mis cambios de humor?

Él inclinó levemente la cabeza y la miró con intensidad.

—¿Es qué la pongo nerviosa, señorita Durmaz?

Aylin tragó saliva. Sí que lo hacía. Y mucho.

—Usted...

—¡Al final has venido! Gracias.

Aylin, aliviada por ser rescatada por Livana, se abrazó a ella.

—¿Pero qué dices? ¿Cómo no iba a venir al debut de mi mejor amiga?

El grito del director les indicó que comenzaba el rodaje. Livana saltó con expresión de pánico. Miró a su representante y gimoteó.

—Hakan. Estoy temblando de miedo. No se si podré hacerlo. Me gustaría estar a miles de kilómetros.

Él le posó las manos sobre los hombros y la miró fijamente para infundarle seguridad.

—Podrás y los dejarás pasmados; porque eres una gran actriz. No lo olvides. ¿De acuerdo? Anda. Vamos.

Ella aseveró pálida y juntos caminaron hacia el plató. Aylin fue tras ellos.

—Señorita Ojalvo. Empezamos –le indicó el regidor.

—Respira hondo, preciosa –le aconsejó Hakan.

Livana lo hizo. Alzó el mentón y se unió al director escuchando sus indicaciones. Tras ello, se colocó ante las cámaras, cerró los ojos e inspiró.

Aylin, angustiada, se mordió una uña.

—¿Cómo pueden comenzar con esta escena? Pero... Si tengo entendido que se han visto solamente una vez. Livana no podrá. No –dijo perturbada, al ver que se trataba de una acción romántica.

—Mi sistema de trabajo es procurar que los actores se relacionen un tiempo antes de comenzar el rodaje. En esta ocasión Doruk no ha podido por la promoción de la anterior serie. Y en cuanto a la primera toma, es para comprobar que realmente haya química entre los protagonistas. Ya sabe. El público es muy especial en estas cuestiones. Pero no tema. Livana fingirá el beso apasionado sin la menor dificultad. Es una gran actriz.

Aylin, al comprobar que Hakan estaba en lo cierto, frunció la frente.

—Yo no podría. No. Es algo tan íntimo...

—No me dirá que nunca ha besado a un chico sin estar enamorada. Solo por mero placer.

—¿No esperará qué le conteste?

—Responder con otra pregunta es para evitar una contestación. Por lo tanto, deduzco que sí.

—De nuevo saca conclusiones sin fundamento. Mi negativa a responder es por la simple razón de que no cuento mi vida sexual y mucho menos a extraños.

—¡Uy! Considerar un beso cómo algo sexual... ¿No exagera, señorita Durmaz? Y en cuánto a ser un extraño, eso podría arreglarse. ¿No cree?

Aylin bufó.

—Si espera que me tome la molestia de verlo de nuevo para modificar lo que pienso sobre usted, pierde el tiempo. Le dije y le repito que no me interesa ninguna relación del tipo que sea con usted.

—¿Por qué no le gusto?

—Exacto.

—Miente. Sé cuándo una mujer desea a un hombre por la mirada. Y usted se siente atraída por mí.

—¿Qué demonios sabrá usted de mis emociones o de mis anhelos?!
—gritó Aylin.

—No es mujer que sepa, por el momento, ocultar los sentimientos. Es usted demasiado ingenua.

—Claro. Y usted es muy sagaz. Pues yo también sé apreciar cuándo alguien va con la cara por delante o por el contrario, que tiene intenciones ocultas.

Él se señaló en el pecho con la mano y ladeó la cabeza para mirar hacia atrás.

—¡Ah! Se refiere a mí.

—Por supuesto.

—¿Y cuáles son esos propósitos?

—Seducirme para reírse de mí.

—¿Cómo dice? —inquirió él.

—Lo que ha oído. Y sepa que no lo logrará; porque usted me desagrada hasta el extremo de repugnarle —siseó Aylin mirándolo con ojos encendidos de ira.

Él rostro de Hakan se tensó.

—¿Qué le repugno?

—¡Si, maldita sea! ¡Le odio! —gritó Aylin.

—¡Corten! ¡¿Qué demonios pasa ahí?! Estamos trabajando. Si no pueden permanecer calladitos, lárguense a otro lado —bramó el director.

Hakan tomó aire por la nariz y sin previo aviso, cogió a Aylin del brazo y la obligó a caminar.

—Pero... ¡¿Qué demonios hace?! —exclamó.

—Aquí no podemos hablar. Lo haremos en un lugar más tranquilo.

Ella se revolvió.

—¡No tengo nada que hablar con usted!

—Claro que sí. Vamos.

—No...

Hakan la miró con determinación.

—Señorita Durmaz. Juro por Dios que si no viene cargaré con usted.

—No se atreverá –gimió ella.

Él aseveró con seguridad y Aylin, temblorosa, lo siguió por el corredor. A cada lado había un set de rodaje. Una habitación, un jardín, una cocina. Se detuvieron en el que simulaba ser una cafetería.

Hakan se plantó ante ella, inspiró aire por la nariz en un intento de amarrar el enfado y mirándola con expresión hosca, dijo:

—Quiero saber de dónde ha sacado la idea infame de que intento burlarme de usted.

Aylin también inspiró hondo para serenarse.

—Yo no me he sacado nada de la manga, señor Osman. Me baso en evidencias.

—Puede que la confusión se deba a que usted y yo no vemos las cosas desde el mismo prisma. Por lo que, le pido que me diga cuál es su visión.

—La mía y la de cualquiera sería la misma. Se ve con claridad su actitud. Hombre famoso, rico y atractivo conoce a chica poco agraciada que no ha caído rendida a sus encantos. Por supuesto, su orgullo herido no puede permitir tal atrocidad y se propone seducirla. Usa sus artimañas infalibles hasta conseguir enamorarla y después, una vez victorioso, se ríe de ella y la tira a la basura cómo un trapo viejo.

—¿Así qué piensa que soy un hombre sin escrúpulos al que no le importa herir a alguien con tal de obtener lo que desea?

—Exacto.

Hakan movió ligeramente la cabeza con los labios apretados. Inspiró con fuerza y dijo:

—¿Y usted cómo es, señorita Durmaz? Yo se lo diré. Es una mujer inteligente y talentosa; y también bonita. Tiene todos los atributos para conquistar cualquier meta que se proponga. Sin embargo, tiene un gran defecto que le impide avanzar con seguridad y es la baja autoestima. ¡Ah! Y añadiré otro y es la falta de sinceridad. Usted no siente repugnancia por mí, ni me odia, ni me encuentra insoportable. La verdad es que le gusto más de lo que desea. Por ello se empeña en provocar estas discusiones, para evitar reconocerlo. Porque tiene miedo. Miedo a confesar que se ha enamorado de mí.

—¿Yo enamorada? ¡Por Dios! No hace más que decir majaderías – exclamó Aylin.

Hakan se acercó más a ella.

—¿Quiere qué le demuestre que tengo razón, señorita Durmaz?

—No es... necesario. No la... tiene. Y esta conversación ha... terminado –farfulló ella, retrocediendo.

—No tiene porqué temerme. Mi única intención es darle lo que desea –dijo él con voz melosa.

—No se atreverá –jadeó Aylin.

—¿Así qué sabe que voy a besarla? Ve cómo conozco sus apetitos. Pues voy a contentarla, señorita Durmaz –aseguró Hakan y alargó la mano para asirla por la cintura.

Ella alzó las manos y las posó sobre el pecho de él.

—Déjeme.

—Eso no es lo que quieres, cielo.

—Si no me suelta, gritaré.

—Hazlo.

—Señor Osman. Se lo advierto una vez más.

Hakan ignoró su ruego y acercó los labios a los suyos. Aylin fue incapaz de escapar del magnetismo de él. Contuvo el aliento y cerró los ojos.

De repente, las luces se encendieron. Hakan soltó a Aylin.

—¡Maldita sea! –masculló.

Ella, aliviada, salió a toda prisa cruzándose con el equipo de rodaje. Hakan no quiso que los chismes comenzaran a girar sobre ellos y la dejó ir.

—Huye. Pero tarde o temprano te atraparé, señorita Durmaz y te demostraré que estás loquita por mí. Lo haré. Lo juro –musitó.

El restaurante estaba listo para su apertura. Sin embargo, Aylin no daba con el personal adecuado para sus exigencias.

—Cariño. ¿No podrías ser más flexible? A este paso no abriremos nunca —se exasperó su madre.

—Pretendo ofrecer lo mejor y para ello es necesario contar con el personal idóneo. Pero no dispongo de los medios necesarios para ofrecer sueldos a su altura.

—Si un problema puede ser resuelto con dinero, no es un problema, es un gasto. Buenos días, chicas —dijo Livana entrando en la cocina.

—Sabes que el dinero ha menguado al ceder ante las aspiraciones de mi madre. No podemos gastar más —dijo Aylin mirándola con gesto reprobatorio.

—Hija. Con este resultado, tenía razón en aconsejarte que te excedieras. ¿O no?

Era cierto. La decoración mejoró mucho al comprar las mesas de cristal con pie de metal dorado. Daban al local una visión mucho menos abigarrada que con mesas de madera.

—Aylin. Tú gusto decorativo puede compararse al culinario. Tienes un gran talento. ¡Está todo precioso! La blancura de las paredes contrasta con el azul bebé de los aparadores, puertas y ventanas. Los tiradores dorados a juego con las mesas. Y el suelo... ¡Señor! Es maravilloso. Losas de porcelana que imitan al mármol con ligeras vetas azuladas. Los clientes se van a caer de culo en cuanto entren.

—Livana, hija. No me seas tan vulgar que ahora eres una gran estrella —la riñó Yildiz.

—¿Lo soy, verdad? No me puedo creer que el primer capítulo tuviese un doce por ciento de audiencia. Y el segundo dieciséis. Por regla general no suelen subir tanto. ¡Es todo un record para una novela! Y no te digo en las redes. ¡Un veinte por ciento! ¿Os podéis creer que miran la serie sin entender ni papa?

—La gente es rara —opinó Yildiz.

—Y aún hay más. ¿Preparadas para la noticia bomba?

Aylin y su madre la miraron expectantes.

—¡Voy a ser el rostro de una marca muy famosa de cosméticos! No puedo decir cuál, pues es *top secret*. Pero eso no es lo mejor. Me pagarán una burrada. ¿Y eso significa...? Vamos, chicas. ¿Qué? ¡Uf! Estáis un poco espesas hoy. Pues, lo digo yo. Aylin podrá, con esa pasta, contratar a los cocineros que desee.

Ella negó con la cabeza.

—No puedo aceptar que de nuevo te arriesgues por mí. No.

—¿Qué riesgo? Somos socias. Pues eso. Hago con mi aportación lo que me de la gana.

—Pero yo no apporto ningún capital. No es justo.

—¿Qué capital? ¡Demonios, chica! Contribuyes con lo mejor y es tú talento. Sin él esto no sería posible. Y ahora que Hakan me consigue grandes trabajos, pues podemos permitirnos invertir sin arriesgarnos. Pues, sé que esto será exitoso. Por eso, si quieres, puedes hablar con tú pastelero. ¿Qué dices?

El corazón de Aylin se aceleró al escuchar su nombre. Desde que ocurrió el incidente en el plató no volvió a verlo, pero no pudo dejar de pensar en él. Porque, a pesar de su férrea voluntad, logró taladrarla hasta el punto de hacerla caer en la ambición de saborear su boca.

—¿Hija? Contesta —le pidió su madre.

—No se...

—¡Madre mía! ¿Otra vez con tú faceta más gallina? —se sulfuró su amiga.

Aylin recordó que Hakan también dijo que era cobarde. Y sí. Lo admitía. Lo era. Pero no podía seguir así. Tenía que matar sus temores y aventurarse en un futuro incierto. Y ahora era el momento oportuno.

—De acuerdo, Livana. Hazlo.

Yussuf y sus subordinados no dudaron en aceptar su oferta. Condiciones monetarias mejoradas, horarios mucho más equilibrados, la promesa de poder aportar sus conocimientos culinarios y lo más atrayente, colaborar con una chef que, sin la menor duda, sería muy reconocida. Por lo que, dos meses después de adquirir el restaurante, la apertura ya era inminente.

—¿Puedo invitar a mis amigos? —quiso saber Livana.

—¿Por qué lo preguntas? Eres mí socia. Además, yo apenas tengo a quien convidar. Encárgate tú de esa parte.

—¡Perfecto! Hablarán de ello durante días en todos los magazines.

—Livana, no te pases.

—Tú déjame que se lo que hago. Esto será conocido en todo el mundo.

El día que pensó Aylin se abrió el restaurante.

—Estoy de los nervios —dijo Yildiz frotándose las manos.

—Yo también preciosa. Te dije que este vestido era ideal para ti —opinó Livana.

—¿Tú crees? Me parece atrevido.

—¡Pues claro que lo es! Pero también elegante. En este lugar no hay nada vulgar. Hasta el uniforme de los cocineros es magnífico. Acorde con la decoración. Blanco impoluto con cierres dorados. Mira a Aylin. A pesar de estar histérica, hoy se ve muy bonita. ¿No te parece?

—Es que lo es. Y ya es hora de que deje de esconder ese encanto. ¡Ay Livana! Espero que esto le salga bien y de ahora en adelante mire a la vida con más optimismo y deje de lastimarse con su baja estima.

—Ya verás que sí. ¡Uy! Ya es la hora y veo movimiento afuera. ¡Aylin! ¿Lista?

Ella sacudió la cabeza mirándola con pavor. La hora del examen más importante de su vida estaba a punto de comenzar y dudaba de superarlo. Sin querer mirar que sucedía fuera, entró en la cocina.

Su amiga abrió las puertas. Coches, personalidades famosas, fotógrafos y curiosos llenaban la calle. Logró que la inauguración fuese pasto de la prensa hablando de *Simbiyoz* en cada una de las entrevistas que hizo.

—¡Señor! ¿No es ese Engin Kara? ¿Y esa Dilay Polat? ¡Uy! Mira. El presentador del magazín más famoso. ¡Esto está plagado de celebridades! ¿Cómo lo has conseguido? —jadeó Yildiz sin poder dar crédito.

—Ya estoy metida en su mundo y a lo grande. Así que, vete acostumbrando a ellas. Serán clientes asiduos. Ya lo verás —dijo Livana saludando a los que llegaban.

Aylin escudriñaba amparada tras la cortina. Un famoso tras otro llegaba junto a algún amigo de su madre o antiguo vecino; que pasmados miraban todo estupefactos. Pero la persona que no aparecía era Hakan.

—¿Qué más me da! —murmuró.

—¿Dices algo, chef? —inquirió Yussuf.

—Sí. Poneos a trabajar. Preparad los aperitivos. No debemos hacer esperar a los invitados y procura que el vino esté a la temperatura adecuada —dijo ella sin dejar de observar a los asistentes.

—A la orden, chef —dijo Yussuf muy emocionado.

Aylin contuvo el aliento al ver llegar a Hakan. Estaba imponente ataviado con un esmoquin. Su atractivo quitaba el aliento. En realidad, no le extrañaba su beldad. Su familia al completo la emanaba. Eran todos guapísimos, ricos y dichosos; al menos en apariencia. La felicidad era algo que podía fingirse. Suspiró e intentó salir del encanto.

—Podéis servir las tapas —dijo, cuando las mesas fueron ocupadas. Cerró la cortina y se unió a su equipo. Sin embargo, no salió a recibir a sus huéspedes. Aún no era el momento. Así que permaneció en la cocina.

—La hora de la verdad —susurró Yildiz, cuando los camareros sirvieron los entrantes.

—La hora del éxito. Vamos. Sentémonos —dijo Livana.

—¿Y estas dos sillas?

—Para dos invitados muy especiales. Mira. Ya llegan.

Yildiz casi se desmaya al ver quienes eran.

—Yildiz, te presento a Doruk Deniz, mi pareja en la serie. A Serdar Tilbe, creo que ya lo conociste o así me lo dijo él. ¿No es así?

Ella solamente pudo asentir.

—Cierto. Nos vimos en la fiesta del hotel Barceló. Es un placer verla de nuevo, señora Durmaz —dijo él besándole la mano.

—Por favor, tomad asiento y disponeros a disfrutar —dijo Livana.

OceanofPDF.com

La que no disfrutaba lo más minino era Aylin. Su futuro estaba en juego y los nervios la consumían.

—Cálmese, chef. Todos están disfrutando del exquisito menú —le pidió Cemil.

—No se... Puede que me haya pasado con la fusión de las dos cocinas.

—En absoluto. El gazpacho de granada delicioso. La fideuá de carne de cordero con alioli, estaba increíble. Y el postre típico de Catalunya, *El *braç de gitano* que sugirió, con los toques turcos que juntos buscamos, buenísimo. No quiero despreciar al original, me refiero a que el nuestro también estaba exquisito al añadir al chocolate una pincelada de mermelada de rosas y cubierto por polvo de pistacho. Deja de preocuparte y disfruta del éxito. Mira —dijo Yussuf acercándose a la puerta. Levantó un poco la cortina y la invitó a mirar.— ¿Ves? Todos brindan alegres. ¿O es que hay alguien con la cara larga? ¿No, verdad? Pues eso. Relájate ya.

—Sí, claro. Para ti es fácil no preocuparse. Me juego el prestigio y encima, ahora tendré que salir a dar la cara.

—Saldrás para recibir felicitaciones —aseguró Ruzgar.

—Claro, chef —remató Oka, uniéndose a ellos.

El resto también atisbó.

—¡Qué emoción! Se les ve tan satisfechos —comentó Nesrin.

—Lástima, hoy no ha habido pescado —se quejó Asaf.

Aylin posó la mano en su hombro.

—Mañana y todos los días estará en la carta. Al igual que el resto de vuestras especialidades. Y las degustarán del mismo modo.

—¿Así qué admites el éxito? —sonrió Evren.

No pudo responder al abrirse la puerta.

—Cielo. Es hora de salir —dijo Livana.

—¿Es necesario?

—Aylin, sabes que sí. Y quítate la bata.

—¡Ni hablar! Es la seña de identidad de todo chef— intervino Yussuf.

—Cierto —confirmó ella.

—Pues, ponte otra que en esta hay lamparones.

Aylin obedeció y con el corazón desbocado cruzó la puerta. Casi se le sale del pecho al escuchar los aplausos y los bravos de los asistentes.

Livana alzó las manos y callaron.

—Aylin Durmaz ha fusionado dos cocinas fabulosas. La turca y española. Y cómo han comprobado esta noche, su simbiosis ha dado un resultado succulento. Es una candidata a estrellas Michelin. Y no tengo la menor duda de que las logrará. De la misma manera que sé que ustedes serán adictos al *Simbiyoz*. ¿No es así?

Los aplausos volvieron a sonar en el comedor y de nuevo Livana los aplacó.

—Ahora escuchemos a la prodigiosa chef.

Aylin notó el temblor en las manos y cómo la boca se le secaba. Paseó la mirada por el comedor y la detuvo en Hakan. Sus ojos la observaban con evidente preocupación.

Y no erraba. Hakan sabía que aquella era una prueba demasiado embarazosa para Aylin. No era mujer de hacer frente a sus semejantes en público y menos respondiendo a los halagos.

Ella carraspeó varias veces y tras pedir perdón, comenzó a hablar.

—Yo... Les agradezco su... asistencia —balbuceó con las mejillas plagadas de rubor. Nerviosa rompió a toser. Hakan, tenso, le indicó con leves parpadeos que se tranquilizara. Ella tomó aire y se forzó a continuar. Era absurdo tener miedo. No eran más que gente corriente con un trabajo especial.— Perdón. Es la... emoción. Verán. Este restaurante ha sido mi sueño desde niña. Hoy, por fin, se ha realizado. Pero no lo he hecho sola. Mi madre siempre ha sido un gran apoyo y nunca podré agradecerse cómo merece. Por ello esta inauguración se ha hecho en el día dedicado a todas las madres. Y también quiero felicitar al gran equipo que ha contribuido a que esta sea una gran noche. Por favor, salid.

Los cocineros entraron en la sala y fueron aplaudidos con el mismo furor. Sus rostros reflejaron una inmensa felicidad. Nunca antes les fue reconocido su trabajo.

—De nuevo les doy las gracias y espero, como ha dicho mi gran amiga Livana, sigan siendo nuestros clientes. Ahora levanten las copas y brindemos.

Tras el brindis, agotada por la tensión, entró en la cocina. Su madre fue tras ella.

—Cariño. Has estado estupenda. ¡Por Dios! Tus palabras han emocionado a todos, en especial a mí. Te quiero —dijo abrazándola.

—Yo también, mamá —suspiró Aylin. Se separó de ella, se acomodó ante la mesa y se sirvió una taza de té.

—¿Qué haces? Debes hablar con los invitados y con la prensa.

—Déjame un momento, mamá.

—¿Por qué no quieres disfrutar de tú mayor éxito? Hija. Lo estás saboreando y debes devorarlo en su totalidad. Sé que todo esto te agobia, pero haz un esfuerzo, por favor. Venga. Salgamos.

Se dejó llevar, forzó en su rostro cansado una sonrisa, deambuló por las mesas recibiendo adulaciones y contestando a las preguntas. Aunque, no aceptó posar para las cámaras. No quería que aún se reflejase más su escaso atractivo por el agotamiento. Aunque, prometió a cada uno de los medios concederles un pequeño reportaje más adelante.

Finalmente llegó junto a la familia Osman cuando la mayoría de comensales ya salían del restaurante. La cercanía de Hakan le provocó una contracción en el estómago y un poder de atracción imposible de resistir. Era incapaz de dejar de echar ojeadas hacia él.

—La felicito, señorita Durmaz. Su comida es muy apetitosa; a la par que original —dijo el señor Metin.

—Y se lo dice un hombre que es muy, muy exigente —aseguró su esposa.

—Lo cierto es que los hombres de esta familia lo son en todos los aspectos —comentó Sema.

—Reciba mis felicitaciones también —dijo Basir.

Ella esperó la enhorabuena de Hakan, pero no llegó. Por el contrario, se levantó.

—Si me disculpan. Tengo otro evento al que acudir. Buenas noches, señorita Durmaz —dijo con tono gélido.

Aylin notó cómo la indignación comenzaba a subirle por las venas. Aún así, se abstuvo de mostrarlo y dijo:

—También se las deseo a usted.

Aylin cerró la puerta, se encaminó hacia la cocina y al entrar dejó escapar un enorme suspiro. La noche fue un éxito, pero aún lo sentía cómo si fuese una ensoñación. Sin embargo, era una realidad. Un momento único e irrepetible. Hasta el fin de sus días lo recordaría con nitidez. Al igual que la actitud de Hakan. Fue el único que no le dio la enhorabuena. Y conocía la razón. Quiso castigarla por su última discusión. Pero si creía que le afectó su desprecio, se equivocaba. Se dijo que le era indiferente, que no era nadie importante en su vida ni lo sería nunca.

Los que sí eran trascendentales eran sus compañeros. No se equivocó al elegirlos. Fueron una pieza fundamental en su triunfo. Al igual que confiar a ciegas en la ayuda de su amiga. Si aquella noche había iniciado el disparo de salida hacia la realización de sus aspiraciones fue gracias a Livana. Ahora debía ser ella, con su esfuerzo, la que trabajara para recorrer el camino. Desde ese instante no podía bajar la guardia. Los comensales le exigirían más y más.

—Bueno, Aylin. Sé que no podrás dormir; aun así tienes que descansar —musitó. Se desprendió de la bata y cerró la cocina.

Ya en el salón echó una última ojeada. En verdad, se dijo, era precioso. Un local luminoso y alegre cómo el mismísimo Mediterráneo. Abrió el bolso y sacó las llaves. Se detuvo al ver el teléfono sobre la mesa.

Algún cliente se lo olvidó. Abrió el cajón de la cómoda y lo guardó. El timbre la sobresaltó.

—¿Quién será? —susurró.

Dudo si abrir. Ya era muy entrada la noche y podía tratarse de un ladrón. Aunque, un ladrón no llamaría a la puerta, se dijo. Con toda probabilidad era el propietario del teléfono. Fue a abrir. Atisbó por la rendija de la cortina y su corazón sufrió una gran sacudida. Era Hakan.

—¿Aylin? —inquirió él, volviendo a llamar.

Ella se preguntó que querría. Seguramente nada bueno. Aún así, no podía esconderse cómo una rata asustada. Aspiró aire por la nariz y giró la llave.

—¿Qué quiere? —le preguntó ceñuda.

—¿Puedo pasar? —dijo Hakan sin poder evitar mirarla con admiración. Aylin llevaba un vestido negro sin apenas escote, discreto y con el ajuste perfecto para que sus curvas se insinuasen con suavidad. El único adorno era un diminuto collar de perlas de río conjuntado con los pendientes y la pulsera. Estaba muy elegante. Y aún así, ella lograba tornarlo muy, muy provocativo. Por lo menos para él.

—¿No tenía una cita urgente? ¿O es qué también se la han anulado? —inquirió ella, incómoda.

—No lo sé, puesto que he olvidado el móvil aquí. ¿Puedo? —insistió él.

Ella reprimió un suspiro de alivio al conocer el motivo de su regreso y le cedió el paso. Él cerró. Ella fue hasta el mueble, abrió el cajón y se lo entregó.

—Tome.

—Gracias.

—¿Y bien? —dijo Aylin al ver que no se movía.

—Me marché sin felicitarla.

—No me importó.

—A mí sí.

Aylin abrió de nuevo.

—Pues a mí me da igual. Ya recibí muchos elogios. Mire. Ha sido una noche agotadora y quisiera irme a casa. Y usted, supongo, a su cita; que imagino será con una rubia despampanante.

Hakan empujó la puerta y la cerró con un sonoro portazo.

—¿Qué hace?! —se quejó ella.

—Vamos a hablar con sinceridad de una maldita vez.

Aylin se colocó el bolso en el hombro, cruzó los brazos bajo el pecho y en un acto de valentía, lo miró directamente a los ojos.

—Le dije que usted y yo no tenemos nada más que decirnos. Esta efímera relación... Bueno. Ni tan siquiera podemos considerarlo así, le aseguré que no seguiría. No hay más que discutir. ¿Lo entiende?

Hakan frunció los labios e hizo oscilar la cabeza.

—No tan deprisa, señorita Durmaz. Nos queda aclarar algo trascendental y es sobre lo que ocurrió el otro día en el plató.

Ella gruñó.

—¿Es qué no se cansa nunca? No pasó nada y le repito que, haga lo que haga, no caeré en su trampa.

—No me dio esa sensación —dijo él. Guiñó un ojo y le dedicó una sonrisa pícaro.

A Aylin se le cortó el aliento. Ese hombre era un seductor de verdad. Una amenaza para su tenacidad. Tenía que escapar cuanto antes o su voluntad danzaría al ritmo de su melodía hipnotizante.

—Oiga. Es tarde y estoy de verdad agotada. Le ruego que se vaya.

Hakan apoyó la espalda en la puerta.

—¿Se ha vuelto loco? ¡Apártese! —le exigió Aylin.

Él se negó con varios chasquidos de lengua.

—No se atreverá a... a....

—¿Forzarla? Por favor, señorita Durmaz. No tendré necesidad de obligarla a nada; porque usted aceptará con gusto mi propuesta.

Ella, respiró agitada y aferró el bolso con las dos manos.

—No... quiero nada de usted... ¡Nada! Bueno, sí. Que me... deje en paz.

Él abandonó la expresión socarrona. Sus ojos adquirieron un brillo de fuego, un ardor que a Aylin le provocó pánico. Siempre deseó ser devorada por una mirada así. Nunca nadie lo hizo. Nadie buscaba el placer con una chica tan alejada del canon de belleza que imperaba. Ahora su secreto más oculto se materializaba y de parte del hombre menos adecuado. De un hombre que tan sólo pretendía mofarse. Era necesario que se resistiese al incentivo de esa boca. Huir de ese truhán. Sin embargo, al igual que un psíquico le robó la voluntad y permitió que la asiera por la nuca, y que sus labios fuesen acercándose a los suyos.

—Voy a besarte, Aylin —dijo ronco.

—No. No —protestó ella.

—Llevo tiempo imaginando cuál debe ser tú sabor. Me muero por descubrirlo. Y ya no puedo detenerme, ni tú lo quieres. Sé que ansías que te devore —sentenció Hakan. Se apoderó de su boca y la besó hambriento, con ansia. Nunca le pasó nada parecido. Nunca perdió el control tras dejar la adolescencia. Ni jamás se sintió tan dichoso cuando ella le correspondió. Exaltado la aferró por la cintura y la pegó a su cuerpo.

—Aylin —gimió.

Ella, ya rendida por completo a su asalto, alzó los brazos y le rodeó el cuello. ¡Se estaba tan bien! Ahora no era esa chica afeada y con kilos de más. Ahora era una chica deseada por uno de los hombres más atractivos del mundo. Porque, era evidente que Hakan estaba excitado. Y mucho.

De repente, la lucidez retornó al recordarle qué tipo de hombre era realmente. Un tipo que lo único que buscaba era diversión. Tenía que aniquilar de raíz esa fascinación que la destrozaría. Se revolvió desesperada y él la soltó.

—Basta. Pare —dijo sin apenas voz, a punto de llorar.

Él, al verla tan trastornada, se apartó.

—Aylin... Yo... Lo siento. No quería... Pensé que...

—No diga nada y por favor, márchese. Desaparezca de mí vida. Deje de acosarme, por favor. Me confunde. Me hace daño —le suplicó ella.

Hakan aseveró con semblante abatido.

—Si es lo que quiere...

Aylin asintió con énfasis.

Él, cabizbajo, abrió la puerta.

—Buenas noches, señorita Durmaz.

Ella, en cuanto se fue, cerró y permaneció sin reaccionar durante varios minutos. No podía creer lo que pasó. Desde el primer instante supo que Hakan era de esos tipos de los que una no podía fiarse. A pesar de ello, no se protegió. ¿Para qué, se dijo? Nunca pondría sus garras sobre la chica fea y gordita. Sorprendentemente lo hizo y en cuánto inició la caza no sorteó sus trampas. Ahora se sentía atrapada por un cepo del que era incapaz de escapar.

—No, Aylin. Ese hombre no te gusta. Son sus artimañas y el agotamiento de la inauguración lo que han desarmado tus defensas. Olvida lo que ha pasado. Olvídalo y vete a casa a dormir.

No pudo pegar ojo.

Agotada entró en la cocina. Su madre y Livana ojeaban un montón de periódicos.

—¡Buenos días, cielo! ¿Has dormido bien? ¡Uy! Por las ojeras veo que no. No me extraña. Imagino que por la emoción del éxito de anoche.

Aylin no contestó. ¿Qué podía decir? ¿Qué estuvo a punto de caer en la telaraña de Hakan? ¿Qué el recuerdo de su beso la atormentaba? ¿Qué a pesar de saber que ese ardor que le demostró era falso anhelaba disfrutar de esa mentira?

—Pues, no temas, cielo. Las críticas son estupendas y el teléfono del restaurante no ha dejado de sonar desde hace una hora. Si aceptamos las reservas las mesas estarán llenas hasta Año Nuevo —dijo Livana sirviéndole café.

—Si estamos en Mayo —musitó Aylin.

—Ya ves, hija. Has triunfado y a lo grande.

—Pues tú también lo has hecho. Has conseguido conquistar al gran Serdar Tilbe —dijo Livana guiñando un ojo.

Aylin se sentó y le dedicó una sonrisa pícara a su madre.

—Vaya. Has tardado en lanzarte, pero ha merecido la pena. Has conquistado al galán más deseado de medio mundo.

—¡Oh! ¿Qué dices, hija? No. No es eso. Me ha invitado a asistir al rodaje. Nada especial.

—Pues tú indúcelo a convertirlo en algo único. No te faltan atributos para lograrlo. Eres hermosa, lista y divertida. Puedes enamorarlo con un simple chasquido de dedos —le sugirió Livana.

—¿Sueñas? Ese hombre está acostumbrado a mujeres espectaculares y jóvenes. Y no me interesa enredarme en amoríos que no llevan a ninguna parte. Además, ya estoy mayor para coquetear.

—Mamá, por favor. ¡Si tienes cuarenta años! La mejor época para una mujer. Experiencia y seguridad para saber lo que se quiere. No te lo pienses más y lázate. Tienes que volver a vivir una pasión.

—Chicas. Dejemos esto y centrémonos en lo principal.

—¿Qué ocurre, mamá? ¿Ya no crees que la vida real pueda ser una novela? —bromeó Aylin.

Ella hizo revolotear la mano para que olvidaran el tema.

—¿Tienes la lista de solicitudes, Livana? Mira, hija. Está todo anotado por orden de llamada. Aunque, puede que nos interese atender con

antelación a los más famosos o influyentes de la ciudad. Ya sabes, por la publicidad.

—Por supuesto que no. Mis comensales son todos iguales para mí. Nada de privilegios. Por favor, encárgate de confirmar las reservas.

—¿Yo?

—Sí, mamá. Además de ello, a partir de ahora tú trabajo será atender la recepción del restaurante y acomodar a los clientes. Siempre y cuando desees trabajar a mí lado o por el contrario buscar un trabajo aburrido bajo el mandato de un encargado déspota —le propuso Aylin.

—¡Pues claro, hija! ¿Cómo no iba a ayudarte a llegar a la cima de la victoria?

—El buen inicio de un libro no convierte al resto de la historia en una obra de calidad.

—¡Uf! Siempre tan fatalista. Cariño. Lograste adecentar la comida de esa cafetería infame, en el estudio recibieron con alegría tus nuevos menús; bueno, excepto esa zorra de —. Pero si lo miras con positivismo, ella fue el acicate que te llevó a crear el catering que fue muy bien valorado y a consecuencia de ello ahora tienes tú propio negocio. Así que, no quiero oír una queja más. ¿Entendido? Ahora, si me disculpáis, tengo una entrevista muy importante. Y tú, Aylin, recuerda que prometiste atender a los medios. ¡Ah! Y en cuánto lo hagas, dejarás que te asesore en tú imagen. ¿De acuerdo? —dijo Livana.

—Dudo que deseen contactar conmigo. Anoche ya obtuvieron todo lo que puedo darles. Aún soy una recién llegada al mundo de la gastronomía.

—Puede que así sea. Sin embargo, el ruido que armamos anoche es un acicate para la prensa del cotilleo. Te llamarán. Y lo harán cómo locos cuándo te otorguen la primera estrella —dijo Yildiz.

Aylin resopló.

—¡Ay, Dios! ¿Por qué os empeñáis en creer que la vida es el guión de una novela fantástica?

—Simplemente a causa de que por ahora, nuestros sueños se realizan. Por otro lado, siempre has creído que tú cocina es merecedora de ser premiada. ¿O no es así, hija? —replicó Yildiz.

Ella se levantó.

—Lo admito, sí. Aunque, eso no significa que mi percepción no esté errada.

—Cariño. Te aseguro que lo que creas es sublime. Lo lograrás y muy pronto. Ya lo verás —aseguró Livana.

—No obstante, no olvidéis que también hay guiones muy dramáticos que nos hacen suspirar y terminan con un final nada feliz. Ahora, si me disculpáis, iré al restaurante a rematar la carta de la temporada. Nos vemos en la noche.

Aylin, rabiosa, apagó el televisor.

—Eres idiota, Aylin. Acabas de ver, una vez más, a ese hombre al lado de una mujer fabulosa. Llevas semanas comprobando lo sinvergüenza que es. Entonces, ¿por qué no dejas de pensar en él?

—¿Dices algo, cielo?

—Que dejes de mirarte en el espejo o llegaremos tarde.

Yildiz colocó el último mechón en el lugar correcto y acudió junto a su hija.

—Mamá. Creo que voy a cambiarme de zapatos. No estoy nada cómoda y me siento muy rara.

—Si te calzas un zapato de tacón te ves distinta, pero una sigue siendo la misma; aunque mucho más estilizada y femenina. Ni se te ocurra quitártelos. ¿De acuerdo? Y ¿Cómo estoy yo?

—Hermosa, al igual que siempre.

—Tú también estás preciosa.

—Creo que voy demasiado insinuante. Este escote... Me cambiaré.

—El escote es el adecuado; aunque no lo creas. Sugerente, pero nada vulgar.

—Si tú lo dices —dijo Aylin intentando que la tela la cubriese un poco más.

—¡Por Dios! ¿Quieres hacer el favor de mirarte bien? Solamente ha hecho falta un buen corte de cabello y una vestimenta adecuada para hacer surgir a la chica bonita que te has empeñado en ocultar. ¿Qué no eres delgada cómo un junco? Pues sí. ¿Y qué pasa? Tus curvas son mucho más sexis que esos palos que parecen campeonas de natación. Nada por delante y nada por detrás.

Aylin no pudo evitar reír; ni tampoco quitarle razón. El vestido verde botella realzaba su tez dándole luminosidad y por primera vez en la vida se encontró atractiva.

Su madre miró el teléfono y dijo:

—Eso es. Un semblante bien alegre. Y no se te ocurra borrarlo. Esta noche será tú gran noche. La talentosa Aylin Durmaz conseguirá su primera estrella. Y no te atrevas a dudar. La obtendrás. ¿De acuerdo? El taxi ya está abajo. Vamos.

—¡Dios mío! ¿Has visto eso? —jadeó Yildiz, al ver a decenas de periodistas y cadenas de televisión ante la entrada del hotel Kayi.

—Mamá, por favor. Cruza rápido. ¿De acuerdo? —le pidió Aylin.

Se unieron a los asistentes, entregaron sus pases deslumbrados por los focos y flashes, y se adentraron por el hall espectacular. Paredes y suelo eran de mármol níveo, con una simple decoración muy moderna. Elegancia en estado puro. El salón de actos de dimensiones considerables podía albergar doscientas personas y en esta ocasión, la gran mayoría se trataba de gente notable del país. Pero lo más impactante era la visión a través del ventanal.

La imagen del puente del Bósforo iluminado al caer la noche. Por supuesto, no era la primera vez que lo veían. Pero jamás se cansaban de esa belleza. Ni de su ciudad tan especial. Oriente y Occidente. Tradición y modernidad. Una mezcla que fascinaba a medio mundo.

—Siempre fantaseé con pisar un lugar así y ahora que estamos aquí no me lo puedo creer. ¡Esto es prodigioso! —susurró Yildiz, mientras se acomodaba en la butaca asignada.

—No exageres, mamá. No se le impide la entrada a nadie en un hotel —le recordó Aylin.

—¿Crees que soy tonta? Lo sé. Pero hoy no somos unas meras curiosas ni unas trabajadoras. Estamos convidadas a uno de los premios más importantes del mundo y en apenas minutos tú serás una estrella de la gastronomía.

—Espero que no te lleves una gran decepción.

—Cielo. ¿Por qué si no te invitaron? ¿Eh? Pues está clarísimo, para premiarte.

—O sencillamente por ser una nueva llegada al mundo gastronómico a la que se le hizo una gran publicidad y que no defraudó; por el momento. Mira. El resto de cocineros llevan la chaquetilla. A mi me indicaron en la invitación que debía venir vestida de cóctel. Lo que significa que no recibiré ningún galardón. Y hablando del sarao que organizó Livana, no la veo.

—Ya sabes que no es precisamente la mujer más puntual del mundo. Y... ¡Uy! Ya comienza. ¡Qué nervios!

—Mamá, tranquilízate.

—Hija. De verdad que no te entiendo. Estoy en un sin vivir y tú tan sosegada.

—Porque sé que no me darán nada de nada. Más, no me importa. Tú eres feliz cuándo estás rodeada de grandes estrellas de la televisión y yo por estos grandes cocineros. Debería bastarnos.

Y Aylin parecía estar en lo cierto. Los galardones se sucedían llenando de felicidad a los premiados; en especial a aquellos que obtenían su primera estrella.

—¿Ya no dan más? Esta gente no tiene ningún criterio. ¡Eres la mejor chef! —refunfuñó Yildiz muy enfadada.

—Mamá, por favor. Baja la voz —le pidió Aylin.

—Es que no es justo. Te mereces no una, si no tres estrellas —insistió su madre a punto de echarse a llorar.

—Y el Premio Joven Chef Michelin 2022 de Turquía se concede a alguien que ha fusionado dos de las cocinas más tradicionales llenándolas de innovación con gran maestría a pesar de contar tan sólo con veinte años. Y ese chef es... Aylin Durmaz.

Ella miró incrédula al presentador. En cambio, Yildiz estalló en sonoros aplausos.

—¡Sí! ¡Sí! Hija, vamos. ¡Ve a recogerlo! —exclamó alborozada.

Aylin, temblorosa, se encaminó hacia la tarima.

—Felicidades, señorita Durmaz.

Los aplausos aún la hicieron temblar más.

—Gracias. Yo... Nunca esperé esta gran... recompensa. Mí único fin era ser una... buena cocinera. Y gracias a mí madre pude cumplir mí sueño. Este premio va por ti, mamá y también para Livana, la amiga que jamás dudó. Y por supuesto a Michelin. Gracias —dijo ella sin apenas voz.

Los aplausos y los flashes estallaron, y regresó a la butaca con el corazón saltándole del pecho.

—¡Lo sabía! Siempre confié en tu don. ¡Cuánto me alegro, hija! —exclamó Yildiz abrazándola con efusión.

—No es una estrella, mamá. Ni tampoco me han nombrado la mejor nueva chef del mundo —le aclaró Aylin.

—¿Y qué? Aún me parece un premio mucho más importante para alguien que hace apenas dos meses que ha abierto su restaurante. ¡Señor! La mejor nueva chef de Turquía. Mañana saldrás en todos los periódicos y cadenas de televisión.

—Sí. Es increíble. Y no hables más. Esto sigue —susurró Aylin.

Una vez entregados los premios, los laureados subieron para hacerse la fotografía oficial y después se trasladaron al salón donde se celebraría la fiesta.

—¡Mira! Ahí está Livana.

Se acercó a ellas y abrazó a Aylin.

—¡Felicidades! No sabes lo contenta que estoy. ¿Lo ves, cariño? Te dije que no debías ser tan pesimista. Muchos sueños se cumplen. Ahora debes ir a por el siguiente. La primera estrella. Pero por el momento, iremos a la fiesta. ¡A celebrar este éxito! ¡Venga!

En el otro salón sirvieron varios aperitivos creados por alguno de los chefs más prestigiosos del país; al igual que los cócteles por los mejores bármanes.

Aylin, ya más relajada, disfrutó del momento y charló con todo aquel que se acercó a felicitarla y en especial con los medio de comunicación.

—Creo que es un sueño —musitó cuando el gran Rusman, uno de los cocineros que más admiraba, se alejó tras darle la enhorabuena.

—No, querida —dijo Livana pellizcándola.

—¡Uy! No hacía falta ser tan bruta —se quejó Aylin.

—Ni tan sosa. Aunque, hoy estás espléndida. ¡Caray! Más bien diría que muy sexi. Muchas de las que están aquí te enviarán.

—Lo que ocurre es que desentono. Míralas. Llevan el uniforme y yo vestida de fiesta. Siempre tengo que dar la nota —se lamentó Aylin.

—Todo lo contrario. La organización ha querido un efecto sorpresa. De ahí tu indumentaria. Alégrate. Hoy has triunfado. Anda. Toma este Dry Martini. A ver si te anima. ¡Que eres una sosa!

—Ya he comenzado con el champaña. No debo mezclar. Y por cierto. ¿Dónde te has metido? ¿Has visto la gala?

—Por supuesto. Pero no quería llamar la atención y he permanecido en la parte de atrás. ¡Caray! Este cóctel está increíble. Te lo dejo en la mesa. Me voy.

—¿Por qué? La fiesta acaba de comenzar —dijo Yildiz acercándose a ellas.

—Lo lamento. No puedo quedarme más. Tengo una grabación.

—¿De noche? —se extrañó Yildiz.

—Un spot que incluye una luna llena sobre el mar. Aylin, cielo. Disfruta de este momento. Es algo que recordarás toda la vida. ¿De acuerdo? Os dejo.

—Hay que ver cómo le ha cambiado la vida. ¿Verdad, hija? Por suerte, sigue siendo la misma chica dulce y sencilla. Y... —Yildiz calló al oír el aviso en el móvil. Leyó el mensaje y su rostro dibujó una enorme sonrisa.

—¿Qué es?

—Nada. No importa.

—Mamá...

—Es Serdar. Me invita a una cena.

—Acepta.

—No. Tendría que irme ya. Y tengo que apoyarte en esta noche tan importante. No puedo dejarte sola ahora que Livana se ha ido.

—Yo también me marcharé. Ya he estado presente en lo esencial y sabes que las fiestas no suelen gustarme —decidió Aylin.

—¡Ni hablar! Esto es muy distinto. Esta velada está dedicada a todos vosotros. Sois lo protagonistas. Tienes la obligación de quedarte; al igual que yo para ayudarte.

—¿A no meter la pata? —inquirió Aylin, bastante molesta.

—Tendrás que admitir que no sueles desenvolverte muy bien en estos saraos. Y con tu carácter puede que la lées. ¡Ay, hija! No digo nada que no sea verdad.

Aylin inspiró hondo.

—Te aseguro que seré una buena niña. Aunque me provoquen, me morderé la lengua. Mamá. Siempre has estado cuidándome. Es hora de que comiences a vivir tú vida en libertad. En realidad, las dos debemos hacerlo. Así que, haz el favor de aceptar la invitación de tú enamorado.

—¿Qué enamorado? Somos amigos. Nada más —protestó su madre.

—Ya. Mamá, por favor. Deja de preocuparte por mí. Quiero que disfrutes. Si tienes que lanzarte a la piscina, pues tírate. ¿De acuerdo?

—¡Estás loca! ¿De qué hablas? Soy una señora respetable —se escandalizó Yildiz.

—Si, claro. Tanto que te marchitas sin sacarle jugo a la vida. Y no me digas que yo hago lo mismo. Ya lo sé. Pero la gran diferencia es que yo soy muy joven. Aún puedo darme el lujo de emplear la palabra después. Tú no. Porque ese después puede no llegar nunca. ¿Entendido? Así que responde a ese mensaje y ve con él.

Ella, con una sonrisa, lo hizo.

—Eres la mejor hija que una madre puede tener. Pásatelo bien —le dio un beso y se fue.

Aylin, a pesar de su consejo optó por zanjar la velada. Los acontecimientos la dejaron agotada. Caminó hacia la salida, pero se detuvo abruptamente al ver a la persona que menos quería ver. Y temerosa de enfrentarse a él retrocedió y se refugió en el rincón más alejado.

A pesar de su férrea intención, no podía parar de mirar a Hakan y a su nueva acompañante.

—¡Maldito importuno! ¿Por qué demonios ha tenido que venir? Con la noche tan maravillosa que tenía y me la ha estropeado.

Rabiosa cogió el cóctel y dio un sorbo. Livana tenía razón, estaba delicioso. Lo apuro con la mirada clavada en la pareja, cogió otro de la bandeja del camarero y lo bebió de un solo trago.

—Míralo. Hinchado cómo un gallo de corral. Y ella sin borrar esa sonrisa bobalicona. Piensa que ha cazado al soltero más codiciado de la ciudad. No sabe que ese hombre es un zángano que va de flor en flor. En cuanto consiga lo que quiere la eliminará de su vida y a por otro pimpollo. ¡Pobre ilusa! —refunfuñó, indicándole a la camarera que le diese otro Martini. Bebió sin respirar y con la mirada hosca puesta sobre Hakan, gruñó: Aunque, también te apartará si no lo logra. Al igual que a mi. Mucho adoro tú cocina, tu peculiar encanto y después, si te he visto no me acuerdo. ¡Maldito cínico! Ojala algún día te encuentres con la mujer que te haga sufrir.

—¿Me puede dedicar unos minutos?

Aylin, tras escoger de la bandeja un güisqui, miró al reportero y con evidentes síntomas de una incipiente embriaguez, chasqueó la lengua al mismo tiempo que negaba con un movimiento del dedo.

—Ahora estoy... muy ocupada. Observo a un depredador. A un hombre si corazón. ¿Es qué no lo ve? ¡Déjeme en paz! —dijo alejándose con pasos inseguros.

Varios de los asistentes volvieron la mirada hacia ella. Hakan también. Al ver a un paparazzi que iniciaba el gesto de sacarle una foto, lo impidió tropezando con él. Se disculpó y a pasos acelerados se acercó a Aylin.

—Vamos —dijo tomándola del brazo.

Ella intentó zafarse y él se lo impidió.

—Llamas demasiado la atención —susurró Hakan.

—¿Y tú no con esa... deslumbrante modelo... colgada del brazo? —farfulló Aylin intentando alcanzar una copa de la bandeja del camarero.

Hakan tiró de ella y cruzaron la puerta.

—¡Quería un cóctel! —exclamó ella.

—Ya has bebido suficiente. ¿No te parece? —siseó él.

—Tú no... eres nadie para decirme... lo que debo hacer.

—Por supuesto. Sin embargo, no puedo permitir que seas pasto de las burlas —dijo Hakan introduciéndola en el ascensor.

—No quiero ir a casa —protestó Aylin.

Él no le hizo caso y pulsó el botón. Ella se apoyó en la pared y cerró los ojos. Apenas dos minutos después se detenían en la última planta del hotel, justo en el interior de una habitación enorme y preciosa.

—Pasa.

Aylin abrió los ojos, dibujó una sonrisa boba y entró tambaleándose. Hakan la tomó en brazos y la recostó en la cama.

—¡Ah! ¿Quieres aprovecharte de mí? Eres un chico muy malo.

—No digas tonterías. Lo que quiero es evitar que mañana salgas en este estado en la prensa de todo el país.

Ella alzó los brazos y le rodeó el cuello. Él la apartó.

—Duerme un rato. Así se te pasará la embriaguez.

Aylin lo aferró por las solapas.

—¿Qué pasa? ¿No te atraigo? No soy una modelo, pero... tengo mi encanto. Me lo dijiste. Y sé que te gustó besarme. No... lo niegues. Bésame, Hakan. Quiero que me beses.

—Aylin, para.

Ella chistó con la lengua, alzó la cabeza y lo besó.

Hakan, atónito, apenas reaccionó; hasta que esa boca voraz dinamitó su juicio. Se unió a ese beso con la misma ansia. Deseaba a esa chica con una fuerza nunca desatada. Moría por sentirla bajo su peso, acariciarla, saborear su piel, adentrarse en ella y gozar del sexo más increíble de su vida.

Aylin dejó de besarlo y murmuró sobre sus labios:

—Hazme el amor, Hakan. Sí. Ámame. Quiero que... seas el primero... El primero... en poseerme... El primero... Sí...

Dejó de hablar al caer en un profundo sueño.

Hakan, horripilado, se apartó. ¿Es qué se había vuelto loco? ¿Cómo pudo ofuscarse hasta el punto de olvidar que estaba junto a una mujer con la conciencia nublada por el alcohol? ¿Tanto anhelaba qué ella aplacase la sed que padecía su obsesión? Porque, debía reconocer que estaba obcecado con esa chica. Sí. Desde que entró en su vida ya no pudo pensar en ninguna otra mujer. Ella era la protagonista principal de sus sueños, de sus pensamientos, de su objetivo más fogoso.

—Tienes que calmarte. Cálmate. Una ducha. Sí. Eso te relajará — musitó.

Durante un buen rato permaneció bajo el agua y más sereno, regresó junto a Aylin.

Seguía dormida y parecía serena. Más, no confiaba. No podía dejarla sola. Abrió el armario, cogió un pijama y se acostó junto a ella. Y sin dejar de observarla, se durmió.

Aylin abrió los ojos. Se hallaba en una habitación extraña. Y no era ninguna que perteneciera a la casa de Hakan.

Al recordar lo acontecido durante la noche jadeó. Él la había llevado en brazos hasta allí y después... Después todo estaba cubierto por una neblina.

El ronquido la hizo brincar. Apartó la sábana. Se trataba de Hakan. Inmediatamente comprobó si estaba desnuda. Respiró aliviada. Todo en su lugar. Comenzó a incorporarse, pero se detuvo para observarlo. Su descanso era tan plácido que le otorgaba una belleza aún más espectacular. Porque, no podía engañarse. Era un hombre guapísimo.

Suspiró hondo y se levantó, pero el brazo de Hakan se lo impidió. Intentó apartarlo. No pudo.

—Hakan. Despierta —dijo golpeándolo con suavidad.

Él refunfuñó y se acomodó aún más junto a ella. El calor y proximidad de su cuerpo le perturbó la imaginación llevándola a una situación tan escandalosa que la sofocó.

—Por favor, levántate —le pidió.

Finalmente se despertó. Miró a Aylin y le dedicó una sonrisa maravillosa.

—Buenos días, señorita Durmaz. ¿Ha descansado bien? Yo he dormido cómo un angelito. A pesar de sus ronquidos.

—Yo no ronco —negó ella.

—No se avergüence. Sus ronquidos son suaves cómo los de una gatita.

Aylin se levantó y le lanzó una mirada cargada de fiera.

—Me gustaría que me dijese la razón por la que estoy en una habitación que no conozco y que usted haya dormido a mi lado.

—No estabas en condiciones para ir a ninguna parte. Creí que era mejor no salir del hotel hasta que mejoraras. Pero te quedaste dormida. No quise perturbarte. Y en cuanto a compartir cama, cómo es natural, no quise la incomodidad del sofá. Por cierto, estás muy bonita recién levantada. Realmente preciosa.

—No se canse. Sus adulaciones no me causarán el efecto que espera —replicó Aylin. Se inclinó y se apoyó en la cama. La cabeza le estallaba.

—Resaca. Sé el remedio ideal —dijo Hakan.

—Estoy perfectamente, gracias. He de irme.

—¿Por qué tanta prisa? Pediré el desayuno y después podemos hacer realidad lo que me pediste anoche —dijo Hakan con un guiño.

Aylin lo miró indecisa.

—¿A qué se refiere?

—Tras besarme apasionadamente, me pediste que te hiciera el amor. Más bien, me lo suplicaste. Y si piensas que me aproveché de las circunstancias, te aseguro que no. Aunque, por un instante estuve tentado. Fuiste muy persuasiva, cielo. Si bien, tengo una línea moral que nunca cruzo y es que no hago el amor con una mujer que no está en condiciones. Así que, tranquilízate. No ocurrió nada de lo debamos arrepentirnos.

Las mejillas de Aylin se tornaron granas al recordar parcialmente lo sucedido. Era cierto que se lanzó sobre él y lo besó como una loca y después le rogó que la amase. Aunque, no lo admitiría. Se inclinó de nuevo y se puso los zapatos.

—Y usted recuerde que bebí más de la cuenta y debí decir y hacer muchas tonterías. No era yo. Disculpe. Tengo que ir al baño.

Hakan no dejó de sonreír mientras ella se alejaba. Hacia mucho tiempo que no estaba con una chica tan ingenua y pudorosa. Y esa sensación le causaba un gran gozo. Sobre todo, si no entendió mal lo que ella dijo sobre su falta de experiencia.

Aylin, ya aseada, salió.

—Debo irme. Mamá estará muy preocupada.

—Ya se habrá acostumbrado. Es la segunda noche que pasas fuera de casa —comentó Hakan.

Ella no contestó y comenzó a buscar por la habitación.

—¿Dónde están mis cosas? ¡Ay, Señor! Estarán en recepción. Se enterarán que he pasado la noche aquí.

Él se levantó.

—Tranquila. Las hice subir. No quise que circularsen especulaciones. Al fin y al cabo, estás en un hotel.

—Ya. Pensó en todo. Muchas gracias. No era necesario. Nunca he necesitado a nadie que me defienda. Y por favor, deje de tutearme —dijo ella con retintín.

—Lo encuentro absurdo, si tenemos en cuenta que hemos pasado la noche juntos en la misma cama.

—Pero no revueltos y por circunstancias ajenas a mí. Por lo que, insisto. Nada de familiaridades.

—Cómo quiera, señorita Durmaz. Sin embargo, nada fue ajeno a usted. Si no hubiese intervenido habría organizado un escándalo mayúsculo. Y no tan solo por su estado achispado; también por encontrarse en mí hotel.

Ella dejó escapar una suave carcajada.

—¿Así qué es suyo? Sí. Claro. Kayi era una tribu de la dinastía Osmalí. ¡Vaya, por Dios! ¿Hay algo en esta ciudad que no pertenezca a la familia Osman? Bueno. Sí. Todo aquello que no conlleve una carga de lujo o riqueza. Dudo que sus garras lleguen a los barrios más desfavorecidos. ¿No es así?

—Aylin, deje de decir estupideces.

—Y usted de entrometerse en mi vida. Le dije que no deseaba volver a verle y ha acudido a un acto en el que sabía que estaría presente.

—Para su información, no asistía.

Ella levantó las cejas y lo miró con aire de comprensión.

—Ya veo. Pensaba tener una noche de pasión con esa pelirroja espectacular. ¡Cómo no!

—Así es. Una noche desenfrenada. Y ya ve dónde he terminado, junto a una mojigata.

—¿Mojigata? Más bien diga con una chica que se respeta tanto que no se abre de piernas ante cualquiera.

—¿Usted abrirse de piernas cuándo le apetece? Lo dudo. Me dijo que era virgen.

El semblante de Aylin pasó del cinismo a la palidez. Y él, que creyó haber equivocado su confesión, comprendió que era verdad. Y esa afirmación, sin saber el porqué, le llenó el alma de regocijo.

—¿Yo? No... no dije nada parecido —logró decir ella.

—Lo insinuó.

—Pues, mentí. ¡Estaba borracha, por Dios! Y esta discusión se ha terminado. ¿Dónde están mis cosas? —decidió Aylin.

—Colgadas junto a la puerta. Pero... ¿No prefiere desayunar antes de irse?

Ella caminó hacia la salida.

—Lo único que quiero es largarme cuanto antes.

—Es una pena. Le aseguro que los desayunos en este hotel son dignos del mejor de los chefs. Ya sabe lo exigente que soy en la cuestión gastronómica. Por cierto. ¿Obtuvo alguna estrella?

Aylin lo fulminó con la mirada.

—¿Me toma el pelo? No me creo que no se enterara de lo ocurrido.

—He dicho que no venía a la entrega de galardones. Y no tuve tiempo material para ponerme al día, ni tampoco de gozar de una noche inolvidable debido a su actitud tan inapropiada.

—No me culpe a mí de desaprovechar su gran velada. Fue usted el que se empeñó en ayudarme. Por otro lado, no debía desearlo cuándo en lugar de largarse con ese bombón se quedó a dormir aquí.

—¿Y no se pregunta la razón? —inquirió él mirándola con intensidad.

—Tratándose de usted no me pregunto nada. Es un hombre muy paradójico —contestó ella sonrojándose.

Él rió suavemente.

—Me han llamado de todo, pero jamás que soy raro.

—Pues lo es. Y volviendo a la gala, no me han concedido la estrella.

Hakan abandonó la expresión socarrona.

—Lo siento. Creo, sinceramente, que la merecía.

Aylinladeó la cabeza y le dedicó una media sonrisa.

—¡Oh, no se apene! No me han dado la estrella, pero... Soy el mejor chef novel del año. Ya ve. La insulsa y gordita chef ha sido recompensada. Inconcebible. ¿No?

Él frunció el ceño.

—¿En serio piensa qué me hubiese agradado que no la premiaran?

—Pues, la verdad, no lo se.

—Su respuesta me decepciona. Pensé que, a pesar de todo, tenía un mejor concepto de mí. Veo que no. ¡En fin! Será mejor que se vaya antes de que su madre acuda a comisaría para denunciar la desaparición de su virtuosa hija.

—Si piensa que me ofende, pues no lo ha logrado. Considero que la virtud es imprescindible en un ser humano. Honestidad, prudencia, respeto...

—Y cree que yo carezco de ella. Ya veo. ¿Pues sabe? En este momento es usted quién ha carecido de esa tan cacareada prudencia al lograr que yo si me sienta ofendido. Así que, no alardee de lo que carece, señorita Durmaz.

Aylin cogió el bolso y el chal con evidente indignación. Pulsó repetidamente el botón del ascensor. En cuanto se abrieron las puertas entró, apoyó la espalda en el panel y le lanzó una mirada cargada de fuego. Pero de pronto, su semblante adquirió una gran preocupación.

—¡El premio! Lo he perdido —jadeó.

—En este hotel se respetan los objetos ajenos. No se preocupe. Se lo haré enviar. Buenos días, señorita Durmaz —dijo Hakan con tono irritado.

—Se lo agradeceré. Buenos días, señor Osman —se despidió Aylin, en el mismo tono. Entró en el ascensor y se marchó.

Aylin llevaba días mostrándose muy cansada. Livana dedujo que debía tomar cartas sobre el asunto o su amiga terminaría en el hospital.

—Este ritmo acabará con tú salud. Te levantas de madrugada y cruzas media ciudad para llegar al restaurante. Tienes que buscar una casa cerca del trabajo.

—Este barrio me gusta. Es alegre, repleto de tiendas y locales de diversión.

—Y a mí. Pero Moda queda muy lejos y si a eso añadimos el tráfico, pues eso. Horas perdidas y cansancio. No puede ser.

Livana tenía razón. Aunque, no por completo. La fatiga de Aylin no tan solo se debía a las obligaciones, también contribuyó Hakan. Desde la noche de los premios su equilibrio se quebró. Descubrió que Hakan le gustaba. No. No solamente eso. Era inútil negarse que se hubiera enamorado como una idiota de ese sinvergüenza. Por ello se enfrascó aún más en el trabajo. Pasaba horas probando nuevas recetas hasta caer en el agotamiento. Y a pesar de ello, le era imposible dejar de pensar en él. En recrear en su cabeza los momentos que guisaron juntos, cantando, riendo, peleando, sus besos.

—¿Me escuchas?

—Sí, cielo. Sí. Pero no es necesario.

—Por supuesto que lo es. No quiero tener que llevarte al hospital. Ya tengo suficientes complicaciones. Llamaré a Sema.

—¿Es qué quieres deshacerte de nosotras?

—¡No digas burradas! Estoy encantada de compartir piso. Pero ha llegado la hora de caminar hacia delante. Para todas. Nos merecemos una

mejor vida y ello conlleva una casa en condiciones. Y debido a nuestras obligaciones, lamentablemente debemos separarnos. Nuestros horarios son incompatibles. ¿Lo entiendes, verdad?

Aylin sonrió con tristeza.

—Por supuesto. Pero eso me entristece.

—Pues, te alegrarás cuándo veas tú nueva vivienda. Te aseguro que la inmobiliaria Osman posee maravillas en localizaciones perfectas.

Aylin, al escuchar el nombre, negó con rotundidad.

—¿Por qué tenemos que ir precisamente a esa empresa? Hay muchas otras. Ni hablar. No.

—Cielo. Comprendo que sientas aversión por Hakan. Aunque, no lo entiendo. Es un hombre encantador e íntegro. No obstante, sobre gustos no se puede rebatir nada. Pero la inmobiliaria es de Sema y él no tiene nada que ver. Por lo que ese asunto queda zanjado. Trabajaremos con ella. Y no me contradigas. Te aseguro que me ha enseñado maravillas y con unas condiciones estupendas; puesto que nos hemos hecho muy buenas amigas. El alquiler será muy razonable. No encontraremos nada mejor. Así que, haz el favor de hacerme caso en esta ocasión. Al igual que hiciste con el restaurante. ¿De acuerdo?

Aylin no estaba muy convencida. A pesar de ello, aceptó.

Al llegar junto a Sema reconoció que el lugar era ideal para instalarse. En realidad, inmejorable, pues el edificio estaba situado frente la plaza Taksim.

—Como ves, buen barrio. Cerca del restaurante. No perderás horas en los atascos. Edificio clásico, barrio excelente y bien comunicado. Estoy convencida de que en cuanto lo veas te enamorarás de él —aseguró Sema.

—Siendo tú la dueña, no tengo la menor duda.

—¿Subimos?

La vivienda se encontraba en el ático.

—Solamente hay dos pisos por rellano; lo cuál nos indica que son bastante grandes —dijo Sema.

La primera impresión fue grata. El recibidor era amplio, pero sin exageración. Decorado con muy buen gusto. El color no existía. Todo era de un blanco impoluto. Un espejo tallado imponente que sostenía una estantería de cristal, junto a él un ropero, un ficus espectacular y en el techo que aún conservaba las vigas que se pintaron del mismo color que el mobiliario, colgaba una lámpara fastuosa de lágrimas que centelleaban.

—¿Te gusta? Pues ya verás el resto.

Cruzaron la separación en forma de arco que llevaba al salón. A Aylin casi se le cortó el aliento ante su belleza. Los grandes ventanales, también de forma ovalada, dejaban entrar mucha luz. Ahora comenzaba a decaer para dar paso a los tonos rosáceos del atardecer.

—Impresionante, ¿no? —dijo Sema con orgullo.

Lo era. Los muebles se eligieron por su comodidad. No obstante, ello no les quitaba ni un ápice de elegancia. Madera de pino sin tinar y tapizados en blanco con bordados de hojas verdes que conjuntaban con las plantas que se vislumbraban a través de las puertas acristaladas que daban a la terraza. Y la decoración la justa para no empañar la sensación de encontrarse en un salón amplio y relajante. Sin embargo, la lámpara era soberbia. Mucho. Podía compararse, en un menor tamaño, por supuesto, a las que colgaban sobre las escalinatas de un palacio. Y a pesar de ello, uno tenía la sensación de que se encontraba en el lugar perfecto.

—Veo que te has quedado boquiabierta.

—Esto debe ser carísimo —susurró Aylin, realmente impactada.

—Para nada. Sema se ha convertido en una gran amiga y te lo alquilará por una cantidad muy razonable. ¿Verdad, querida? Anda. Muéstrale la cocina y ya no podrá resistirse a mudarse. Bueno, chicas. Me voy. Tengo miles de cosas que hacer. ¡No vemos! —dijo Livana.

Allí el blanco también era el rey. Solamente roto por los tiradores en dorado y los enseres de distintas tonalidades.

—No es enorme, pero creo que te servirá. Dudo que hagas grandes comidas tras estar tantas horas en el restaurante —dijo Sema.

—Se ve muy acogedora y al mismo tiempo eficiente. Me bastaría.

—Te mostraré las dos habitaciones. Tienen la ventaja de que poseen baño propio.

—A mi madre le encantará esa opción.

—¿Eso significa que piensas quedártelo?

—Ya veremos.

—¿Qué te parece? —se interesó Sema abriendo la puerta del primer cuarto.

Aylin no pudo decir nada. Era imposible no ser absorbida por ese prodigio. Porque el decorador hizo magia al llenar un lienzo en blanco.

—Se pensó para ser ocupado por una mujer.

No se podía negar. Era muy femenino. El impoluto de las paredes se rompía con la ropa de cama y tapizado de los asientos de motivos florales en tonos azulados; al igual que las cortinas. El tocador realizado completamente en cristal lo dejaba a uno pasmado; al igual que el espejo veneciano y las lámparas; motivo que continuaba en el baño. Sin embargo, allí sí se aplicó más color con el mármol rosado.

—Seguro que dormirás aquí de maravilla.

—Más bien podría ser para mi madre. Sé que le encantaría y en especial el baño. ¿Vemos la otra? —dijo Aylin.

Al abrir la puerta, la respiración se le cortó. Hakan desembalaba unas lamparitas de noche sumergido en la melodía que surgía de los auriculares y por supuesto, había sido incapaz de evitar no echarse a cantar. Y al igual que siempre, daba la casualidad que con una de sus canciones preferidas. Olmazsan Olmaz de Gülis Ayla.

*Estoy colgado por ti.
Pero no puedo renunciar.
Te estoy llamando.
Te estoy llamando,
es que no puedo dejarme caer sin ti.
Si tú no estás aquí
No me podrás ayudar.
Mis flores ya no florecen sin ti.
Mi tierra no tendrá aire
Y mis jardines se secarán si tú no estás aquí.*

—Con lo adusto y estirado que se ve, pierde la compostura con la música. Hakan, cariño. Hakan —susurró Sema dándole unos golpecitos en la espalda.

Él se volvió. Las palpitaciones se desbocaron y no por el sobresalto. Fue a causa de Aylin.

—¿Qué hacéis aquí? —dijo realmente sorprendido.

—Ver el apartamento. Pero no esperaba encontrarte —aclaró Sema.

—Remato la decoración. Señorita Durmaz, buenas tardes.

Ella asintió con un leve movimiento de cabeza incapaz de pronunciar palabra.

—Aylin quiere mudarse.

—Me alegro. Es un piso excepcional.

—No está nada decidido —dijo Aylin.

—Si uno duda en comerse un helado, puede que cuando le apetezca ya sea demasiado tarde —dijo Hakan sin poder dejar de mirarla fascinado. Su belleza aumentaba segundo a segundo.

—En eso debo darle la razón. Estos pisos rehabilitados están muy solicitados en esta zona. ¡Ah! Olvidé decirte que mi hermano es el encargado de la decoración.

—¿Y qué le ha parecido? —preguntó él comiéndosela con la vista e hizo un esfuerzo enorme para apartar el recuerdo de su boca en la suya.

Aquel otro cuarto también era maravilloso. Las tonalidades en tonos ocres muy suaves mezclados con el blanco general de la casa y los muebles de pino tintados en un matiz más oscuro, ejercían un efecto neutral idóneo para ser la habitación matrimonial.

—Es... Está todo impecable y es muy acogedora.

—Pues, está todo dicho. En cuanto remate esta decoración, puede mudarse ahora mismo —dijo Hakan.

—Aylin esperaba decidirse tras ver el resto de la casa. Pasemos al baño.

Al igual que todo lo demás, sorprendente. El alicatado de la ducha, por cierto inmensa, era un degradado en color tierra que terminaba en dorado. Nunca vio nada igual. Era extravagante, pero precioso.

El teléfono de Sema sonó.

—¿Si?... ¿Qué? ¿Ahora?... Está bien. Voy. Lo siento. Tengo que irme.

—¿Qué ocurre? —se preocupó Hakan.

—Trabajo. Tranquilo. ¿Puedes terminar de mostrar el piso a Aylin?

—No... No es necesario. Estará muy ocupado. Puedo venir otro... día —objetó ella.

—Cielo. Hakan lo hará encantado. ¿No es así, hermanito?

Él se relamió el labio inferior y mirándola con intensidad, aseveró.

—No temas. Te aseguro que saldrá de aquí convencida de firmar el contrato mañana mismo. Porque, señorita Durmaz, no encontrará nada mejor en ninguna inmobiliaria de lo que nosotros ofertamos. ¿Y sabe la razón? Porque siempre nos preocupamos del bienestar de nuestros clientes. ¿No es así, Sema?

—Es nuestro principal lema. Y como ves, Aylin, no mentimos. Te estamos ofreciendo una situación inmejorable, decoración exquisita y

calidad garantizada. ¡En fin! Ya te darás cuenta cuando lo compruebes. Os dejo. No seáis traviesos. ¿Eh? –dijo Sema dedicándoles una sonrisa pícara.

Aylin lo último que deseaba era quedarse a solas con Hakan. No por sentirse amenazada. Él jamás realizaría nada que la hiriese. Era ella la que temía no poder controlarse si intentaba seducirla. Su voluntad ya estaba encadenada, y no por una mera atracción física; desgraciadamente se había

enamorado de ese tunante y ese sentimiento irrefrenable ya no concebía que fuese otro el que la introdujera por los senderos del sexo y el placer.

—Yo... Ya he visto todo y... No le entretendré más. Tendrá otros compromisos —balbuceó.

—No los tengo. Hoy tengo el día dedicado a este apartamento. Así que, no hay ningún problema. Podemos seguir. Mi hermana suele terminar el recorrido en la terraza. No puede perdersela y menos ahora que está anocheciendo. Resulta mágica. Vamos —insistió Hakan indicándole que lo siguiera.

—No será necesario. Le creo.

—Por favor, señorita Durmaz. Insisto.

Aylin decidió no oponerse. No estaba en condiciones de iniciar una nueva pelea entre ellos. Vería la fabulosa terraza y se largaría de inmediato.

Cruzó la puerta acristalada. Hakan no mintió. Era un espacio hermoso. Enorme, decorado con decenas de flores y pequeños árboles frutales. Muebles típicos de exterior, pero exquisitos. Y el mejor de ellos el sofá—columpio. Siempre deseó una casa con porche y ese sofá para leer o mirar relajada las estrellas. Unas estrellas que, por desgracia, en Estambul eran difíciles de observar. Aun así, las vistas de la plaza iluminada de noche eran espectaculares.

—Este piso está lleno de magia —musitó.

—Intenté crearla para ti. Y por tus emociones veo que lo he logrado. Eso me hace muy feliz —susurró él sobre su nuca.

Ella no pudo evitar estremecerse ante su aliento de fuego. Pero tras unos instantes, la comprensión llegó y con lentitud aparcó el nerviosismo, se dio la vuelta y se enfrentó a él.

—¿Cómo que creaste...? ¿Dices qué todo esto lo planeaste para acercarte a mí? ¡Dios mío! ¿Es qué no tienes decencia? Eres capaz de cualquier argucia para conseguir lo que deseas. Y tú hermana tampoco la tiene, pues no ha dudado en ser tú cómplice. Y Livana... ¡No me puedo creer que ella haya participado! —jadeó.

—Sema no ha hecho nada deshonesto. Ni Livana, ni yo —se defendió Hakan.

—¡Ah! No me tomes por tonta.

—Aylin confundes la realidad. Si me escuchas...

—Lo único que quiero es alejarme de alguien como tú. Buenas noches —decidió ella.

Él la retuvo asiéndola del brazo.

—¡Suéltame!

—No saldrás de aquí hasta escucharme.

—He dicho que no quiero. No dirás más que mentiras.

Hakan la miró hosco.

—Pues me oirás. No voy a permitir que huyas de nuevo. ¿Entendido? Lo único que ha hecho Livana es pedir ayuda a mi hermana. Porque, por si no lo recuerdas, tiene una inmobiliaria. Por eso estás aquí.

—¿Y tú presencia? ¿Eh? ¿Qué excusa tienes para ello?

—Soy el diseñador de interiores de la empresa. Sema me pidió que decorase el piso teniendo en cuenta que podría interesarte vivir en él. Pensó que podría intuir lo que te gustaba. Y en cuanto a Livana, ignoraba que me dedicara profesionalmente a esto. ¿Te basta esa explicación? —contestó él y la soltó.

—¿Has creado esto para mí? —dijo ella, conmovida.

—He procurado imaginar lo que te haría feliz. Siempre intento satisfacer a nuestros clientes. Me agrada pensar que a parte de rodearlo de belleza, he contribuido a su bienestar. Y en cuanto a coincidir, no tenía la menor idea de que vendrías hoy. Mi hermana dijo que la cita era para el jueves. Os habéis adelantado —respondió él con voz acerada.

Aylin, un poco avergonzada, asintió. Era cierto. Por cuestiones del restaurante se vio obligada a modificar la fecha. ¿Cómo pudo pensar que un hombre así se esforzó en crear un espacio personalizado con el cuál podía sentirse dichosa? Lo dijo bien claro. No era más que un cliente.

—Perdona. Últimamente estoy muy estresada. Lo siento. No debí juzgarte sin pensar.

Hakan sonrió con un rictus de amargura.

—Si no recuerdo mal, sueles hacerlo.

—Los dos lo hacemos —puntualizó Aylin.

—Sí. Y también no poder controlarnos para no discutir.

—Cierto. Bueno... Tengo que irme. Es tarde. Buenas noches —suspiró ella. Dio media vuelta y comenzó a caminar.

—¿No tienes nada más qué decir?

—No.

—Me gustaría saber tu opinión sobre el piso. Bueno, todo en general. Aylin se detuvo.

—Eres un buen interiorista. Has logrado tú propósito. El cliente está satisfecho —dijo ella con tono apagado.

—Aylin. Si dije eso es porque me sentí herido. Nunca fuiste un cliente más.

—Gracias por el esfuerzo. Pero no lo arrendaré. Adiós, Hakan.

Él se plantó ante ella.

—No puedes rechazarlo. Las texturas, los colores, cada detalle, los concebí para ti. Es tu esencia, Aylin. Es así cómo te veo. Delicada, luminosa, bella, exquisita... Y no me equivoco. Eres una mujer muy especial.

Ella intentó no caer en su trampa. Porque Hakan no sentía nada de eso. Era una nueva estrategia para conseguir a esa muchacha de la que quería reírse.

—Este piso no es para mí.

—Lo es. Este es tu hogar. Lo sabes. Pero no quieres admitirlo porque ves en él mí mano.

—No seas tan arrogante. No es por eso.

—Si es por el alquiler no debes preocuparte. La empresa se adaptará a tus necesidades.

—Siempre he resuelto los problemas por mí misma y así seguiré.

—¿Por qué eres tan orgullosa? No hay nada malo en pedir ayuda cuando es necesario —se sulfuró él.

—No se trata de orgullo, Hakan. No quiero que me des alas. Podría acostumbrarme a volar.

—¿Por qué no dices lo que en realidad te aterroriza, eh? Vamos, Aylin. Admite que es a mí a lo que temes acostumbrarte.

Ella dejó escapar una risa nerviosa.

—No digas sandeces. Te he dicho miles de veces que no te quiero en mi vida.

—El miedo es la mayor atadura.

—Mira que eres soberbio. ¿De qué miedo hablas? Lo que ocurre es que no te soporto. No me caes bien. No me gustas ni nunca me gustarás. ¿Te queda claro de una maldita vez?

—La otra noche no opinaste lo mismo.

—Estaba bebida.

—¿Olvidas que los niños y los borrachos son los que dicen la verdad?

—Y también que son muy fantasiosos. Deja de creer que eres el hombre de mis sueños. ¿De acuerdo? Y...Y esta conversación ha terminado. Buenas noches.

Hakan, en un arranque incontrolado, tiró de ella y la estrechó contra su cuerpo. Ella se retorció.

—Lo siento, cielo. Todo este tiempo he comprobado que tus palabras no siempre dicen la verdad. Necesito confirmarlo a mi modo.

—No te atrevas.

—Esta vez no seré correcto; por la sencilla razón de que, a pesar de tus rechazos, también ambicionas lo mismo que yo —sentenció Hakan apoderándose de su boca.

Fue inútil resistir la tentación de esa boca voraz e inquisitiva. Pulverizó cualquier intento de la razón para alejarla de esa pasión que sabía destructiva; porque se dijo que no era justo negarse a vivir plenamente cuando otros ya no podían hacerlo. Y ella ansiaba ser deseada por el hombre que, para su desgracia, se apoderó de su corazón.

—Cariño. Me has vuelto loco durante mucho tiempo deseando tenerte así. Te has apoderado de mí voluntad —susurró él.

Esa confesión, a pesar de ser consciente de que era una maniobra para doblegarla, demolió cualquier pilar que aún mantuviese en pie su juicio y devolvió cada beso con la misma exaltación.

Hakan se separó de ella y la miró con un brillo feroz de animal hambriento.

—Imaginé que eras apasionada, pero eres puro fuego. Me estás consumiendo. ¿Lo notas?

Aylin jamás creyó que un hombre estaría tan excitado por su causa. Y estaba ocurriendo. Sumida en una borrachera sensual, musitó:

—Hazme el amor.

—¿Estás segura? —preguntó él, aún inseguro de la entrega de Aylin.

El presente era la realidad y esa realidad era Hakan. Un hombre que, por las razones que fueran, la deseaba. Y no huiría de esa situación que jamás volvería a experimentar. Nunca se arrepentiría de no haber cumplido su más ardiente afán.

—Sí. En este momento no anhele nada más.

Él gimió y la alzó en brazos.

El corazón de Aylin estaba a punto de estallar de emoción y miedo. Aún así, dejó que Hakan la llevara hasta la habitación.

—¿Estás segura? Dijiste que nunca has estado con un hombre. ¿Era cierto? —le preguntó de nuevo él, sin comprender la razón; pues su máxima ambición era perderse dentro de ella.

—Deja de dudar. Lo único que debes hacer es colmar esta ansia que siento por ti —dijo ella en apenas un susurro.

Hakan exhaló un gemido y la besó con glotonería. Nunca pensó que experimentaría esa desazón por una mujer. Nunca. Y mucho menos por una chica nada explosiva. Pero Aylin poseía algo mucho más especial y era el

poder de extirpar de su carácter el dominio que lo definía al liberar la emoción contenida convirtiéndolo en un ser vehemente, exaltado e intenso.

—No te arrepentirás, cariño —susurró posándola en el suelo. Hundió el rostro en la curva de su cuello y besó el río latente de la arteria.

Aylin se estremeció ante la humedad ardiente de su boca. Cerró los ojos y se dejó arrastrar por el placer incipiente. Alzó las manos y las hundió en la mata azabache de Hakan instándolo a seguir prodigándole esas sensaciones arrebatadoras. Él, incitado, le bajó los tirantes del vestido.

—Para —protestó ella.

Hakan la miró confuso.

—¿Has cambiado de opinión?

—Quiero ser tuya, pero no quiero que me mires. No soy hermosa —dijo avergonzada.

Él le acarició la mejilla con el dedo y sonrió con dulzura.

—Para mí lo eres para mí y mucho. Eres la chica más bella que he conocido y has provocado en mí un fuego que ya no puedo apagar si no es en tú cuerpo.

—Hakan...

Él puso el dedo sobre su boca.

—Deja de pensar y siente. Sólo siente. Confía en mi, cielo.

Aylin cerró los ojos y se dejó cautivar por esa voz profunda y sensual, por esa boca, por esas manos inquietas que la liberaron del sujetador.

—Hakan...

Él bajó el rostro y le besó los senos.

—Cariño. Son preciosos. Toda tú lo eres —musitó.

No quiso protestar ni pensar en nada ajeno a lo que pasaba. Lo único que importaba ahora era gozar del placer de sus caricias, de una experiencia deliciosa. Pero para lo que no estaba preparada era para sentir el fuego húmedo en el seno. Impactada, abrió los párpados. La visión de esa boca succionando avivó aún más el tormento. Instintivamente se aferró a los rizos azabaches invitándolo a seguir. Hakan gruñó complacido, recreándose sin prisa, a pesar de sentir el afán por culminar la meta que lo elevaría al éxtasis más glorioso.

Aylin comenzó a emitir grititos de gozo. Él alzó la cabeza y la miró con tanta intensidad que a ella se le cortó la respiración. En esos ojos no había ficción. Su pasión era real y esa evidencia la tornó osada. Dejó que la chica inocente e inexperta diese rienda suelta a las apetencias que hasta el

momento fueron tan solo fantasías. Introdujo las manos bajo la camiseta y acarició su piel húmeda de su amante.

Hakan, frenético, se desprendió de ella.

Aylin clavó sus ojos en su negrura y le palpó sutilmente el pecho. Apreció los músculos y el latido del corazón. Inclino la cabeza y lo besó en ese preciso lugar. Sin prisa fue acercándose a su seno. Él contuvo el aliento cuando la lengua jugueteó con el pezón.

—¡Dios Aylin! ¿Quieres matarme? —jadeó.

Aylin emitió una risa triunfante. Jamás creyó que tendría a un hombre tan atormentado a causa de sus caricias.

—Sí. Quiero ver cómo te enciendes por mí —dijo en apenas un murmullo alentada por un frenesí desbocado y le desabrochó el cinturón. Él la detuvo.

—Tú falta de experiencia no sabe que esto es muy, muy peligroso. Podrías pulverizar mi contención y no quiero ser brusco. Pretendo que disfrutemos de este momento los dos y lo estás haciendo muy difícil —dijo él con la respiración alterada.

Aylin alzó la mirada.

—No quiero que te reprimas.

—Esta experiencia debe ser maravillosa, en especial para ti. No quiero que jamás la olvides —susurró aferrándola de las nalgas. La alzó y la tumbó sobre la cama. Sin dejar de observarla se arrodilló y la liberó de la sencilla ropa interior.

—No me mires por favor —le pidió Aylin, aterrada por la posibilidad de que sus michelines apagaran la fogosidad de Hakan.

—Imposible no hacerlo. ¡Eres tan hermosa! —dijo él, ronco. Sutilmente le acarició el vientre, provocando que ella exhalase un suave gemido. Dibujando un leve sonrisa triunfal se concentró en el interior de los muslos y ella respingó al sentir el escalofrío recorriéndole la espina dorsal. No fue la única emoción impactante. Su siguiente caricia fue mucho más desvergonzada. Aún así, no protestó. ¿Cómo hacerlo tras comprobar que su ardor se convirtió en fuego imparable a pesar de su cuerpo imperfecto? Tampoco lo hizo cuándo sus manos obraron magia. Dejó caer la cabeza sobre la cama y se concentró en el torrente que amenazaba con arrastrarla hacia el máximo placer.

Hakan profundizó sus caricias.

—¿Bien?

Ella aseveró mordiéndose el labio.

Hakan observó el rostro de Aylin abandonándose al placer. Él también anhelaba hacerlo. Pero se contuvo. Aún no era el momento. Dejó de besarla y su boca recorrió el camino hacia la dulzura de su intimidad.

Ella intentó frenarlo.

—Eso... no...

—Lo quiero todo de ti. Todo —murmuró con voz profunda y se hundió en su calidez, rozándola con la punta de la lengua.

Aylin respingó. Hakan separó aún más sus muslos y borracho de deseo la devoró con voracidad.

—Eres dulce. Muy dulce. Deliciosa —dijo ronco.

Aylin se aferró a la colcha sin poder evitar los estremecimientos y gemidos que su incursión lujuriosa le provocaba.

Él, borracho de su sabor, dejó escapar una risa gutural de victoria y siguió con su dulce tortura.

—Hakan sollozó ella —sumida en el delirio.

Él, exaltado, ya no pudo resistir más el anhelo de sentirse en su interior. Impaciente buscó la americana, extrajo la cartera y sacó un preservativo.

Aylin comprendió que estaba a punto de realizar un acto sumamente importante en la vida de una mujer. Compartir el amor que sentían dos seres el uno por el otro. Aunque Hakan el único sentimiento que experimentaba era el de la lujuria. Y a pesar de esa certeza, no le importó. Lo que buscaba era sentirse deseada; aunque fuese por una vez por el hombre que amaba.

Hakan terminó de desvestirse, regresó junto a ella y se tumbó a su lado. Y a pesar de lo que más deseaba en este mundo era hacerla suya, una vez más, le preguntó:

—¿Estás segura?

Ella, cómo única respuesta, lo besó. Él la atrajo bajo su cuerpo y la miró con un brillo de deseo animal. Nunca sintió una necesidad tan brutal de fundirse con una mujer. Jamás experimentó esas palpitaciones en el corazón que amenazaban con matarlo si ella no le inyectaba la cura para a su agonía.

—Vas a ser mía —resopló.

Aylin, estremecida, le rodeó la cadera con las piernas y se aferró a sus hombros. Hakan clavó sus ojos en los de ella y comenzó a penetrarla. Ella contuvo el aliento y cerró los ojos.

—Quiero que me mires. Mírame, cariño.

Aylin obedeció. Él se movió suavemente mientras le susurraba lo hermosa que era y cuánto la deseaba; avivando el ansia de ella.

Aylin clavó sus uñas en la espalda de su amante y emitió un leve quejido.

Hakan se detuvo.

—¿Estás bien?

Aylin se retorció instándolo a seguir. Él exhaló un gruñido de puro placer y controló la tormenta que amenazaba con estallar, y se meció con cadencia.

Ella se unió a sus suaves embestidas sintiendo cómo su tortura provocaba un doloroso placer recorriéndole cada poro de la piel.

—Hakan. Hakan —jadeó aferrándose a él con más fuerza y cuando el clímax la alcanzó con una fiereza gloriosa se convulsionó respirando sin control.

El rostro de Aylin reflejó tan inmenso goce que Hakan, avivado por su voluptuosidad y ya cumplida su codicia de hacerla completamente suya, cayó en el orgasmo más potente de su vida.

Unos minutos después, ya relajados, permanecieron en silencio intentando asimilar lo que había ocurrido.

—¿Arrepentida? —le preguntó Hakan.

—No. ¿Y tú?

—¿De hacer el amor con la chica más preciosa que existe? Nunca —respondió él deslizándose la sábana. Con un brillo malévolo en la mirada le acarició un seno.

—No es necesario que me adules. Soy consciente de mi condición —dijo Aylin, estremecida, volviéndose a cubrir.

—Tú autoestima ha estado prisionera mucho tiempo y es incapaz de creer al juez que la quiere liberar. Aylin, cielo. ¿Cómo puedes dudar después de lo que ha sucedido? ¿Crees que si no te encontrase atractiva hubiese reaccionado de esta manera tan ardiente?

—El deseo sexual puede ser provocado por distintas circunstancias —opinó Aylin, aún dudosa.

—Así es. Y tú me provocas porque me gustas mucho. Adoro tus ojos que son dos gemas tan nítidas que son incapaces de ocultar su naturaleza —dijo Hakan. Con delicadeza posó su boca sobre la de ella y susurró: Me

enloquecen tus labios suaves pero que son capaces de convertirse en una tortura cuando se unen a los míos.

Ella esperó su beso, pero él se apartó y volvió a destaparla.

—También tus curvas me incitan a recorrerlas sin temor a perder el control, aunque caiga en el precipicio de tu esencia —dijo recorriendo su cuerpo con la yema del dedo.

Aylin no pudo evitar que se le erizara la piel.

—Pero sabes realmente lo que me lleva a desearte con fiereza. Tú. Toda tú. Me gustas muchísimo, Aylin. Mucho más de lo que querría —confesó Hakan.

A ella se le cortó el aliento al comprobar en su mirada que en verdad se consumía por poseerla. Y arrebatada buscó su boca y lo besó con fiereza.

Él la apretó contra su pecho y ella, enardecida al comprobar que de nuevo su deseo estaba vivo, sin el menor pudor, lo agasajó con suaves caricias.

—Si sigues así, no tendré la menor consideración —gimió él, complaciéndola también.

—¿Y quién la quiere? —susurró Aylin.

—Quiero amarte sin medida, sin tabú. Quiero mostrarte todos los caminos del placer —jadeó él.

Aylin acunó su rostro con las manos, lo besó suavemente en los labios y dijo:

—Y yo quiero que seas mi maestro. Quiero aprender todo de ti. Quiero darte todo de mí.

—Aylin —gimió Hakan buscando su boca.

El teléfono de ella sonó.

—No contestes —le pidió él buscando su boca.

Ella cerró los ojos para sentir con más intensidad su beso.

De nuevo el móvil sonó.

—Puede que sea urgente. Lo siento —dijo. Alargó el brazo y miró la pantalla. —Es mamá. Tengo que contestar. Dime...

Hakan continuó acariciándola y Aylin quiso detenerlo para evitar gemir.

—¡Madre mía! Voy enseguida —exclamó.

Hakan la interrogó con un leve movimiento de cejas.

—Tenemos entradas para el teatro y lo olvidé —le aclaró. Con precipitación se puso el sujetador. Hakan tiró de su brazo.—Para. Tengo que marcharme ya. La obra comienza en dos horas.

—Solo nos bastan unos minutos para volver a gozar.

Ella se soltó y buscó las braguitas.

—¡Aquí están!

—No son lo que se dice sexis. En cambio, a mi me lo parecen. En realidad, toda tú eres una pura tentación. Me haces perder la razón —dijo Hakan, abrazándola.

—Deja de burlarte. Son espantosas. Pero cómodas. ¡Y por Dios, vístete! Tienes que llevarme a casa o no llego. ¡Venga!

Él, a regañadientes, obedeció.

—No te enfades. Te prometo que te compensaré.

—Y lo harás y con creces —aseguró él.

Aylin fue incapaz de prestar atención a la obra.

—¿No te ha gustado? —le preguntó su madre sirviéndole una taza de té.

—Sí. Mucho —respondió ella perdida en el recuerdo de su tarde de pasión.

—¿Estás bien? Cariño. Te veo rara. Bueno. Me refiero a que no te veo como siempre. ¿Ha ocurrido algo que debas contarme?

Aylin respingó y dio un sorbo a la taza. ¿Es qué se notaba cuando una dejaba de perder la inocencia para convertirse en una mujer?

—¿A qué te refieres? —logró decir.

—Pues, al restaurante. Dijiste que te reunías con varios proveedores y viéndote tan abstraída, pues me ha llevado a pensar que has tenido un contratiempo con alguno de ellos.

—No, mamá. Todo lo contrario. Pero, si no te importa, iré a acostarme. Es tarde y mañana madrugo —dijo.

—Buenas noches, hija. Que duermas bien.

Pero no lo hizo ni un segundo debido a la emoción tras recibir el mensaje de Hakan diciéndole una vez más que la adoraba y que estaba ansioso por volver a estar juntos.

Sin embargo, no había vuelto a tener noticias de él en todo el día. Sintiendo un dolor profundo se dijo que lo acontecido fue algo efímero para Hakan. Porque, a pesar de experimentar su fogosidad y de sus palabras tan hermosas, aún pensaba que se apartaría de ella para buscar una nueva diversión. Y esa certeza le destrozaba el corazón. Por fortuna, tenía su otra gran pasión que le permitía aislarse de pensamientos desoladores. Pero en aquella ocasión, cocinar ni verse junto a cocineros prestigiosos en la prensa fue un bálsamo. Su miedo no dejaba de repetirle que ya no tenía ningún valor para el hombre del que estaba enamorada.

Agotada por la incertidumbre y el miedo se quitó la bata. Al escuchar la puerta dedujo que como la mayoría de los días, Yussuf había olvidado algo y dijo:

—Algún día perderás la cabeza.

—Ayer alguien ya me la robó.

El bálsamo de su presencia alivió a su corazón atormentado.

—¿Y piensas qué está aquí? —dijo sin volverse.

Hakan se acercó, inclinó la cabeza y junto a su oído, susurró:

—Está rehén de la mujer que la ha hecho enloquecer y esa eres tú.

—Eso es una acusación muy grave, señor. Debería darme pruebas.

Hakan le apartó el cabello y la besó ligeramente en la nuca.

—Esta es la primera.

Ella no pudo evitar la sacudida brutal en su vientre, ni amarrar a esa chica puritana para convertirla en esa mujer desvergonzada de la otra noche.

—No me basta. Quiero más —le pidió con voz sensual.

—¿Y ésta? —inquirió él acariciándole los senos.

Aylin se contorsionó levemente sobre su ingle y él emitió un suave gemido.

—Compruebo que la señorita Durmaz comienza a estar más convencida.

—Lo voy haciendo, sí.

Hakan deslizó la mano hacia su entrepierna. Ella contuvo el aliento y suspiró al sentir a través de la tela el suave masaje. Sus caricias que, poco a poco, se tornaron más intensas, aguijonearon su fogosidad. Jadeante, se contorsionó con más ímpetu. Él, sumido en el frenesí, sin la menor delicadeza la volteó y la sentó sobre la mesa. Ella se deshizo de los zapatos tirándolos sin miramiento.

—Me gustaría ser más delicado y paciente. No puedo. Necesito poseerte ahora —confesó él, quitándole la ropa interior.

Ella le rodeó la nuca con las manos y lo atrajo.

—Y yo besarte —dijo apoderándose de su boca.

Se besaron con ansia, mientras Hakan la desprendía de las braguitas. Ella le desabrochó el cinturón, bajó la cremallera de los pantalones e introdujo la mano en los eslips.

—Para o no aguantaré —resopló él. Buscó un preservativo, rompió el lacre y trémulo se protegió.

La excitación de Aylin se tornó fuego al ver la erección de Hakan. No podía engañarse más. La codiciaba y mucho. Lo asió de la camisa y lo besó con hambruna. Él elevó sus piernas apoyándolas en la mesa y la penetró de un solo golpe. Ella ahogó un gemido ante el vaivén de Hakan.

—Lo siento. Pero es que me muero por hacerte el amor. ¿Tú también me deseas tanto? —musitó él.

Ella se limitó a cerrar los ojos. Quería sentir con intensidad ese exquisito placer.

—Quiero que me mires, quiero ver el goce en tus increíbles ojos —le pidió él.

Aylin obedeció. Lo que vio en la negrura de su mirada la hizo estremecerse hasta el último poro de la piel. Le rodeó la nuca con las manos y despojada de cualquier tabú, mirándolo con fijeza, se unió a sus movimientos con el mismo ardor.

—Aylin. Me estás volviendo loco. No puedo resistir... más... Aylin... Aylin...

El orgasmo de Hakan le inyectó una lujuria insaciable y agitándose sin control, cayó en esa dulce y al mismo tiempo dolorosa liberación, obligándola a unirse a los gemidos entrecortados de su amante.

Él, con el corazón sobrecogido por la experiencia de nuevo tan brutal, respirando con dificultad, apoyó la frente sobre la de ella. No creyó que tras conseguir a Aylin sintiese tal intensidad.

Una vez sosegados, se miraron. En los ojos de Aylin, una vez más, apareció ese reflejo de vergüenza.

—Me encanta que esa mujer salvaje que me hace gozar se transforme en esa chica tímida tras darse cuenta de todas las cosas que ha hecho.

—Es que me obligas a ser muy desvergonzada.

Él le apartó el mechón que se había pegado al sudor que le cubría la frente y sonrió.

—Cariño. Me encanta cómo eres. Me fascina esa inocencia que se transforma en lujuria cuando te toco. No quiero que cambies nunca. ¿De acuerdo? Aunque, por otro lado, te enseñaré a ser una mujer salvaje y traviesa cuando hagas el amor.

—Y yo seré una buena alumna. Y tú lo serás en mí cocina —dijo Aylin.

—Ese será otro placer que disfrutaré contigo.

—Espero que no sean los únicos.

—No, cielo. Gozaremos de los regalos que nos brindará la Vida. Y hablando de placeres. ¿Continuamos gozando de ellos en la comodidad de mi casa?

—Mejor no. A mi madre le daría un ataque si no apareciese en toda la noche.

—En ese caso, no me importa quedarme un rato más aquí disfrutando de la chica más preciosa del mundo —dijo él con intención de besarla.

—¿Es qué no ha quedado saciado el señor? —inquirió Aylin con tono sensual.

—¿De ti? Nunca. Me has inyectado un virus difícil de curar y solamente encuentro alivio si me besas, me acaricias o me haces explotar de placer. Aunque, mi mayor gozo es ver tú placer reflejado en tú hermoso rostro —dijo Hakan hundiéndole la cara en el cuello.

Aylin lo apartó y bajó de la mesa.

—Es tarde. Además, no quiero que nos vean juntos.

Él la miró ceñudo.

—¿Por qué?

—No quiero ser pasto de la prensa y de sus burlas.

—¿Qué burlas?

Ella resopló.

—Hakan, a veces pareces un pelín obtuso. No soy la compañera ideal para la foto y la prensa se mofaría de nosotros.

—¿Otra vez con lo mismo? —se enojó él.

—Describo una posibilidad muy factible y sabes que es así.

—La opinión de los demás nunca me ha importado. A ti tampoco debería.

—Es fácil decirlo cuándo las opiniones siempre son favorables. Pero yo he vivido siempre con la sombra de la burla a mis espaldas. Y no quiero que ahora se extiendan a un nivel público. ¿Puedes comprenderlo?

—No. No puedo. Porque me parece que sacas las cosas de quicio. Eres bonita, Aylin. Y tus curvas me enloquecen. No tengo ningún reparo en que nos vean juntos.

—Pues yo sí. No quiero que especulen.

—¿Por qué lo harían? Es evidente que tenemos una relación. No la ocultaré.

A Aylin le habría encantado que eso fuese verdad. Sin embargo, lo cierto era que esa relación de la que él alardeaba terminaría. No dudaba ni un segundo de que muy pronto se cansaría de ella. No quería ser, de nuevo, la chica de la que todos se mofaban y dijo:

—No insistas, Hakan. Si quieres verme, tenemos que ser cuidadosos. Nadie debe saber que estamos relacionados de una manera tan íntima. Estas son mis condiciones.

—Aylin...

—O las aceptas o esto se ha terminado.

Él inspiró hondo y asintió.

—Está bien. Cómo quieras. ¿Puedo llevarte a casa o prefieres un taxi?

—Hakan, no te enfades, por favor. Tienes que comprenderme. En otra situación te pediría lo mismo. La prensa, la fama y todo eso no va conmigo. Soy una chica normal y anónima. Estar en el ojo de huracán terminaría por trastornar mi vida.

—¿Olvidas que tu profesión te ha llevado a esa popularidad?

—Una exposición que puedo evitar si no acepto las propuestas de la prensa. Puedo ejercerla en el anonimato más absoluto. No tengo la menor gana de ser un cotilleo mediático.

Él, a pesar del enfado, suavizó la expresión. Entendía su miedo.

—Está bien. No te preocupes. Te aseguro que no te pondré en ningún aprieto. Pero ahora, quedémonos un poco más. Quiero amarte de nuevo.

Aylin también lo deseaba. Sin embargo, no quiso aplacar su deseo. Debía que mantener su antojo o lo que ahora tenían terminaría mucho antes. Hacer que su deseo se tornase tortura.

—Prometo que mañana te amaré y mucho.

Hakan gruñó.

—Ayer dijiste lo mismo.

—Y lo he cumplido. ¿No es así?

—Sin poder recrearnos.

—¿Y de quién ha sido la culpa?

—Tuya.

—¡Eso no es verdad!

—Lo es, señorita Durmaz. Se empeña en provocarme tanto que me es imposible contener la lascivia —dijo Hakan mordisqueándole el lóbulo.

Ella lo apartó.

—Pues, debe contenerse, señor Osman y guardarla para mañana. Ahora tenemos que irnos.

Hakan suspiró decepcionado. Le dio las braguitas y se arregló los pantalones.

—No es lo que me apetece, pero obedeceré.
—Así me gusta —dijo ella dedicándole una enorme sonrisa.
Y a él casi se le paraliza el corazón.

Yildiz, a pesar de llevar varias semanas en su nuevo piso, no podía dejar de suspirar. ¡Era todo tan precioso!

—Hija. Mira a tu alrededor. ¿Aún dudas de qué la vida puede parecerse a una novela turca?

No tendría que vacilar, pues la suya ya no se parecía en nada a la anterior. Trabajaba en el oficio que más adoraba del mundo y con éxito. Las dificultades que pasaron desde el abandono de su padre ahora quedaban lejos. Su economía era holgada, vivían en un apartamento maravilloso y mantenía una relación con el hombre que amaba. Podía decir que era

completamente feliz. Sin embargo, no lo era. Temía que esa suerte, que en todos los años de su existencia apenas rozó, terminase de un momento a otro.

—Falta comprobar si termina bien.

—¡Por Dios! ¿Por qué eres tan agorera? Con esa actitud sí que atraerás a la mala suerte. Y... Llaman. Debe ser Livana.

—¡No podéis imaginar que ha ocurrido! ¡Ay, Dios! ¡Aún tiemblo! ¡Cuándo me lo dijeron, por poco me desmayo! ¡Es tan fuerte! ¡Tanto! —exclamó al entrar.

—Livana, hija. Di qué ha pasado de una vez que me tienes el corazón en un vilo —le pidió Yildiz con preocupación.

—¡Oh! Nada malo. Todo lo contrario. ¡Es maravilloso! ¡Increíble!

—Cielo. ¿Nos vas ha contar que sucede? —se exasperó Aylin.

Livana se dejó caer en el diván y con una enorme sonrisa dijo:

—Me han nominado a los premios Mariposa cómo mejor actriz. Bueno. Lo cierto es que a la serie la han elegido en ocho apartados.

Yildiz la miró boquiabierta.

—¿Qué? ¿De verdad? —dijo Aylin.

—¿Es qué lo dudáis?

—No, hija. Por el contrario. Siempre confié en ti. Sé que ganarás.

—No soy tan confiada. Pero he de decir que si no me llevo el premio, me siento ya satisfecha por la nominación. ¡Es que es mí primer papel!

—Un gran logro. Sí —corroboró Aylin.

—¡Madre mía! ¿Lo ves, hija? La Vida cada vez nos escribe un guión más optimista.

—Aunque, para ser justa, no puedo adjudicarme todo el mérito. Tú me ayudaste a contactar con Hakan y él me ha respaldado en todo momento.

—Tengo que reconocer que ese hombre tiene buen ojo para escoger a sus representados. Es un lince. ¡Y guapísimo! Niña. No entiendo porqué aún no le has echado el ojo. Cuando estáis juntos hacéis muy buena pareja. ¿No es así, Aylin? —dijo Yildiz.

Ella miró a Aylin y carraspeó nerviosa.

—Me alegro de la noticia y me gustaría celebrarlo, pero tengo una cita importante. Y antes de que digas nada, mamá, es por trabajo.

—Si es el día festivo para el restaurante.

—Por eso mismo puedo dedicarme a los asuntos financieros y de proveedores. ¡Ah! Y mamá. No te preocupes si llego tarde.

—Bueno. Lo cierto es que esta noche salgo con Serdar. Cena, opera y copas. Llegaré tarde. Tal vez de madrugada.

Aylin le dedicó una sonrisa cargada de picardía.

—¿Y nada más?

—Pues, claro que no. Sólo somos amigos.

—¡Venga ya, Yildiz! Eso nadie se lo cree. Se ve claramente que os gustáis y mucho —dijo Livana.

—Mamá. Eso es así. Por lo que, ya es hora de que eso cambie. ¿No te parece? Aclara la situación de una vez.

Ella negó con la cabeza.

—Soy una mujer chapada a la antigua. No puedo ser yo la que haga el primer paso.

—Nadie te pide eso. Lo que debes hacer es insinuarle. Usa tus armas de mujer, mamá. Las tienes. Bueno. Me voy.

La mañana la dedicó al trabajo y al terminar, se reunió con Hakan con el miedo de que aquella vez fuese la última. Porque, a pesar de su actitud, pensaba que terminaría por cansarse de la jovencita con unos kilos de más. En ese momento moriría de dolor, pero hasta entonces, no renunciaría a gozar de aquella efímera felicidad que le llenaba el alma.

En cuanto cruzó la puerta, antes de que él pudiese saludarla, Mūdūr se abalanzó sobre ella.

—Hola, hermoso. ¿Me has echado de menos?

—Los dos lo hemos hecho. ¿Y tú nos has extrañado? —dijo Hakan.

Ella, aliviada al ver la avidez aún reflejada en sus ojos después de tantas semanas, lo asió de la nuca y lo besó con apetito.

—¿Te basta esta respuesta?

Hakan la abrazó con fuerza.

—No me ha quedado muy claro. Necesito más explicaciones —dijo mirándola arrebolado. Jamás pensó que en lugar de perder el interés hacia su actual amante, el ardor aumentara día a día; hasta el extremo de sufrir con sus ausencias. Su presencia era el bálsamo que le inyectaba un bienestar gozoso.

—Y las tendrás. Sin embargo, lo más primordial es preparar la comida. Estoy hambrienta.

—Podemos saciarnos mutuamente ahora mismo. ¿Qué te parece? —musitó él sobre su boca.

—Mejor en el postre. Venga. A cocinar —dijo ella liberándose.

Él, frustrado, junto a Mūdūr, entró en la cocina.

—Pues haremos algo rápido —dijo entregándole el delantal.

—¿Por qué, si tienes al mejor cocinero novel del año en tú cocina? Debes aprovecharte y aprender.

—¿Has pensado en la propuesta? Me refiero a la de aquí.

—¿Y por qué no puedo decantarme por la otra?

Él la apuntó con el cuchillo.

—De ninguna manera permitiré que te alejes de mí. Estás advertida, señorita Durmaz.

Ella posó la mano sobre su pecho.

—Tiene suerte, señor Osman. No aceptaré ninguna. Y no crea que es por usted. No me sea tan arrogante —dijo. Lo besó ligeramente en los labios y regresó a la tarea de llenar la olla para hervir la pasta.

—En serio, Aylin. ¿Por qué no? Es una oportunidad de oro. La oferta es muy succulenta y no deberías salir de la ciudad.

—Es mucho dinero, cierto. Aún así, no me interesa.

Hakan volvió a abrazarla.

—¿Es por lo qué imagino? Cielo. ¿Cuándo dejarás de sentirte un patito feo? ¿Eh? Eres una mujer preciosa. La cámara te adoraría. Todos los televidentes lo harían. Y no solo por tu encanto. Eres inteligente, divertida y cocinas cómo los ángeles. No encontrarán a nadie más idóneo para el programa de cocina más seguido del país.

—Agradezco tu confianza. Pero no.

—Aylin...

—Si sigues interrumpiendo el proceso comeremos a las tantas y tendremos menos tiempo para lo que ya sabes.

—Puedes quedarte hoy a dormir. ¿Qué dices? Me muero de ganas de tenerte toda la noche, oliendo tu perfume, acariciando tu piel suave, amarte en la oscuridad y despertar junto a ti.

—Hoy haré una excepción y me quedaré hasta bien entrada la noche. Pero sabes que mi madre alertaría a todas las autoridades si no me viese en la cama.

—Si le dijese que estamos juntos, el problema ya no existiría. Se que le gusto.

—Si le cuento, toda Estambul estará al corriente. Imposible. Anda. Ponte a trabajar o no tomaremos postre.

Él intentó besarla, pero ella lo esquivó.

—Corta la cebolla.

—Tú obsesión por adjudicarme esta tarea me causa ya mucha curiosidad. Por eso he hecho diseñar esto —dijo él metiéndose la mano en el bolsillo. Sacó una cajita de terciopelo y se la entregó.

—¿Qué es? —preguntó ella.

—Ábrelo.

Lo que vio en el interior la hizo parpadear.

—¡Es una cebolla! —exclamó.

—¿Te gusta?

—Mucho.

Él se la colocó alrededor del cuello.

—Perfecta.

—Gracias —dijo Aylin dándole un beso. Él la estrechó con fuerza, pero ella se liberó. Abrió el cajón y le entregó las gafas de buceo.

—Toma. Colócatelas. Es que te encuentro irresistible con ellas.

—¿Quién puede negarse ante una opinión tan irrefutable? —aceptó él.

—¿Pones música? —sugirió ella encendiendo el fuego.

—¿Alguna petición especial?

—Confío en tu buen gusto. Aunque, quiero algo muy alegre.

—Como ordene el chef.

Los primeros compases la hicieron sonreír. Hakan, no sabía cómo, siempre escogía canciones que formaban parte de su vida. Y *Mey de Model* era una de ellas.

—¡Ahora! —le indicó invitándola a cantar.

Qué difícil es mirar tu hermosa cara.

Tiene todo el sol encima de él otra vez.

Mis ojos están deslumbrando a mi niña.

¿Te gustaría reírte así?

El cielo es tus labios.

Déjame morir.

¿Cómo se qué su nombre es amor?

Déjame amar tus ojos si esto es crueldad.

No puedo decirte mi nombre, lo juro.

—¿Tienes la cebolla cortada?

—¡Aylin! No rompas el encanto —protestó Hakan.

—Ni tú el ritmo del cocinado. Anda, date prisa o tardaremos mucho en tomar el postre —dijo ella guiñándole un ojo.

—¿No me das un anticipo?

—Corta el tomate —le ordenó ella.

—No —se negó él. Se quitó las gafas, avanzó hacia ella y también se las quitó.

—Hakan... La comida.

—Yo ya tengo el alimento que necesito.

Apagó los fogones, la alzó y la llevó hasta la encimera.

—Creo que a partir de ahora, cuando quedemos para comer, te citaré fuera de esta casa. Porque aquí nunca lo hacemos. Terminamos merendando —se quejó Aylin.

Él se apartó.

—¿En verdad quieres comer ahora?

Ella tiró de él.

—Por supuesto, que sí. A ti quiero comerte.

Aylin admiró el paisaje tan espectacular. La casa embutida entre pinos y a sus pies una playa privada frente a unas aguas turquesas.

—Doruk es afortunado —suspiró.

—Sí. Es un lugar exclusivo —aseveró Livana.

—¿Y también lo es él para ti?

—Nadie es propiedad de nadie.

—El amor es egoísta. No admite la libertad —opinó Aylin.

—¿Y quién habla de amor? Doruk y yo solamente nos lo pasamos bien. Ya sabes. Los rumores sobre el romance entre los protagonistas de una novela son ciertos en muchos casos. El roce, la complicidad... Esas cosas.

Aylin sacudió la cabeza.

—Te creí menos frívola.

—Esto nada tiene que ver con la frivolidad, cielo. Sabes de sobra que soy una chica responsable y formal. Sin embargo, también me gusta disfrutar de la vida. Cosa que tú también haces.

—Es distinto. Yo amo a Hakan.

—¿Y por qué demonios te empeñas en ocultar vuestra relación?

—Te lo he explicado miles de veces.

—Y yo te he dicho las mismas que es una idiotez. Hakan no se avergonzaría jamás de ti. Y dime. ¿Piensas mantener esta relación oculta el resto de vuestros días? Eso es imposible. ¡Por el amor de Dios, compréndelo!

—Hakan y yo no estaremos juntos toda la vida. Pronto se cansará de mí.

Livana parpadeó perpleja.

—¿Hablas en serio?

—Totalmente. ¿Sabes? Lo que debería hacer es practicar el menú en el restaurante en lugar de perder el tiempo aquí.

—¿Para qué? ¡Está perfecto! ¡Ay, Aylin! ¿Cómo que perder el tiempo? Estos meses has trabajado hasta la extenuación. Merecías, por lo menos, un día de diversión. Así que, olvídate del negocio, de los problemas y relájate. ¿De acuerdo? Venga. Probablemente es el último día de verano del que podamos disfrutar. El otoño está al caer. Pongámonos el traje de baño. Salimos a navegar enseguida.

Al bajar al salón la respiración de Aylin se paralizó. Hakan había estado varios días en Alemania por trabajo y verlo de nuevo le causó una emoción difícil de controlar. Y encima Hakan estaba guapísimo vestido completamente de blanco.

—Buenos días, señorita Durmaz —la saludó él con frialdad.

—Buenos días, señor Osman —dijo ella intentando que los latidos del corazón se calmasen. Pero le fue difícil. Los días en que estuvieron separados, no dejó de sufrir pensando que Hakan ya la habría sustituido por una de esas actrices que deseaban entrar en la industria cinematográfica de Turquía. Y ese recibimiento tan frío, aún acrecentó su miedo.

—¿Estamos ya todos? —dijo Livana.

—Ahora sí.

Aylin miró a la mujer. Reconoció a Irem Barak una de las cantantes más famosas del país y la más bella. Alta, delgadísima y con un rostro digno de una diosa escandinava.

—¡Vaya sorpresa! No sabía que venías —dijo Hakan. Se acercó a ella y la besó.— Estás preciosa, cariño. Los años te favorecen, incluso diría que te ves más joven.

—Gracias, querido. Tú también estás imponente. El hombre más carismático del mundo. Un verdadero adonis —dijo ella comiéndoselo con la vista.

—Procuro cuidarme.

—¿Para qué a las mujeres nos de un infarto? ¡Eres malvado!

—Es a nosotros a los que se nos para el corazón cuando te vemos sobre el escenario y nos embelesas con tú increíble voz y tu hermosura.

El coqueteo descarado de Hakan acrecentó la sospecha de Aylin. Al principio toleraba las apariciones públicas de Hakan con esas mujeres impresionantes, pero ya no era así. No le cabía la menor duda de que muy

pronto una de ellas la apartaría de él. Y esa probabilidad se hacía más evidente cada día.

Sin poder controlar la irritación, siseó:

—Sí. Sí. Los dos están estupendos. Ha quedado muy claro. Pero a los demás lo que realmente nos importa es salir a navegar ya. ¿Verdad?

Livana le lanzó una mirada de advertencia.

—¡Vaya! No te he reconocido, querida. En persona estás un poco diferente, no te ves tan... ¿Cómo sería la palabra? ¿Rellenita? Porque eres Aylin Durmaz, la chef de moda, ¿verdad? —dijo Irem.

—Mert estará preguntándose la razón de nuestro retraso. ¿No vamos? —dijo Hakan, presintiendo el estallido de Aylin ante esas ofensas.

Descendieron hasta el embarcadero. Un hombre de unos treinta años, alto, delgado, de cabellos rojizos y bastante atractivo los saludó.

—Bienvenidos a bordo. En especial a nuestras invitadas desconocidas —dijo.

—¿No me dirás que no conoces a la estrella del momento? —dijo Irem.

—Cielo. Ya sabes cómo es Mert y cuáles son sus aficiones. Virus, probetas y libros de medicina. No tiene tiempo para nada más. Ignora cualquier detalle del mundo de la farándula —dijo Doruk.

—Unos hobbies muy peculiares —dijo Livana.

—¡Oh! Es trabajo. Mert es una rata de laboratorio. Es investigador. Pero en lugar de dejar de lado sus experimentos y gozar de la vida, continúa al terminar la jornada laboral. Por eso amigo, no conoces a Livana el nuevo fichaje de Hakan que está consiguiendo una parrilla espectacular con su novela.

—¡Ah, sí! Ahora recuerdo que Hakan me habló de ti. Un placer conocerte —dijo Mert confirmando la descripción de ella que su amigo le dio. Era en verdad muy hermosa.

—Lo mismo digo.

—Y ella es Aylin Durmaz. Se ha convertido en...

... El mejor chef del año— lo cortó Mert.— Como ves, no estoy del todo apartado de la actualidad. Sigo lo que realmente me interesa. No te ofendas, Livana. No es nada personal.

—Nadie puede imponer lo que le apasiona a otro. Y en la diversidad está lo mejor de la vida. ¿No te parece? —dijo ella sonriéndole.

—Así es. Y la cocina es un apartado que me apasiona. En la cuestión de las nuevas tecnologías que se aplican en ella, se entiende. Ya sabéis. La cocina molecular y de laboratorio. Entra en mi campo. Espero que durante el día podamos hablar de ello, Aylin.

—Será un placer.

—¡Pues ya situados, pongámonos en marcha!

Tras ordenar al capitán que podía navegar, se acomodaron en popa alrededor de una mesa ya cubierta de refrescos y aperitivos.

—Deseaba tomar el sol —dijo Iram quitándose el vestido.

Livana la imitó.

Aylin permaneció vestida. Por nada del mundo se exhibiría al lado de esas dos mujeres tan perfectas. Ni una estría ni michelín. No es que ella las tuviese. Su piel era perfecta y prieta; no así el volumen de su carne.

—¿No te gusta el sol? —inquirió Iram con tono mordaz.

—Me he sentado a la sombra. ¿No te parece una evidencia? —respondió Aylin lanzándole una mirada asesina.

—Y vosotras no deberíais exponernos tanto tiempo. En exceso es perjudicial. ¿No es así, Mert? —intervino Hakan.

—Cierto. Podríais terminar con cáncer de piel.

—¡Por Dios, amigo! No seas tan bruto —le reprendió Durak.

—Hay verdades que no deben enmascarse o traen consecuencias irreparables —opinó Aylin.

—Así es. En especial cuando se trata de sentimientos. ¿No le parece, señorita Durmaz? —añadió Hakan.

Iram los miró divertida.

—¡Uy, que formales! Chicos. Eso se acabó. Ahora formamos una pandilla que ha venido a divertirse. ¿Vamos al agua? Se ve deliciosa.

Todos aceptaron la propuesta menos Aylin y Hakan. Él comprendió el motivo. Creía que era una mujer imperfecta. Pudo sacarla del error, más no quiso iniciar una nueva discusión e incomodarla.

Livana alzó la mano invitándolos a que se lanzaran.

—¿No te apetece?

—No confío en los fondos marinos de alta mar —respondió Aylin de mala gana.

—¿Por si contienen variedades amenazadoras de peces? Cierto. Se desconoce en profundidad el mar. Pero no es el único lugar que puede

llevarnos al peligro. En realidad, la vida está llena de él y no dejamos de transitar por ella.

—Pero eligiendo el camino para esquivarlo.

—A veces, por mucho que escojamos, nos caza. Aylin. ¿Por qué estás tan enfadada?

—No lo estoy –negó ella.

—Aylin...

—Vale. Lo estoy. Hace cinco días que no nos hemos visto y me has saludado con indiferencia –admitió ella.

—¿No me pediste que nadie nos relacionara? Es lo que he hecho siguiendo tus órdenes. No deberías enojarte. ¿No te parece?

—Tú razonamiento es lógico. Pero has coqueteado descaradamente con esa cantante en mi presencia y eso sí me ha molestado. Aunque, mi mal humor está causado por la incertidumbre.

—¿A qué te refieres? –inquirió Hakan sin comprender.

—A no estar segura de tu fidelidad.

Él la miró perplejo.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente. He visto los reportajes y se te veía muy radiante con tus posibles clientas. O puede que ya fuesen tus amantes. De ahí el envío diario de hortensias a modo de disculpa.

—¡Por Dios, Aylin! ¿Cómo puedes creer que soy tan vil? Soy monógamo. Sería incapaz de engañar a mi pareja. Es una situación que considero inmoral. Y tú estás conmigo. Aunque, no pueda decírselo a nadie –se enojó él.

—¿Seguro que querrías mostrarme al mundo?

—Si acudo a los actos públicos con otras es porque me pediste privacidad. Y yo respeto tus decisiones.

—¿Y por qué no has insistido en que cambie de opinión? ¿Di? Si realmente no te avergonzaras de mí me lo habrías pedido alguna vez. Pero al gran Hakan Osman le encanta ser admirado por esas mujeres tan hermosas.

—Lo único que me importa es tu opinión. Cariño. Sabes que no me interesa ninguna otra. Esas flores eran para decirte que te añoro cada día.

—Hasta que te canses de jugar con la chica vulgar.

Él la miró indignado.

—Ya has sentenciado la opinión que crees tengo de ti y diga o haga lo que haga la mantendrás.

—Claro. La tonta de Aylin no comprende el mundillo de la farándula. Pero sé ver en los ojos de las mujeres cuando desean a un hombre y todas ellas quieren cazarte. Y algún día una lo logrará. Porque no puedo competir con ellas. Y no quiero estar presente cuando eso ocurra.

—Mira. Esto no... me gusta... nada. Estás paranoica —farfulló él alterado.

—No. No lo estoy. Ya has oído la descripción que ha hecho sobre mí esa cantante. Me ha calificado con tono mordaz de rellenita mirándome con desprecio. Y se ha tenido que morder la lengua para no tildarme de fea.

—Lo que digan los demás me importa un pimiento. Y tú deberías estar segura de que para mí eres la mujer más preciosa del mundo.

—¿Hasta cuándo?

—¿Otra vez con lo mismo? ¿Por qué no confías en mí? ¿Qué tengo que hacer para demostrarte que no quiero a otra?

Ella inspiró aire por la nariz y lo dejó escapar en un intento de amarrar las ganas de llorar. Sí. Le confesó infinidad de veces que la amaba. Pero era una simple palabra que uno expresaba en la vorágine del sexo o por complacer a su amante. Nunca lo creyó. Se levantó y con tono glacial, dijo:

—No es momento para mantener esta discusión.

—Estoy de acuerdo —gruñó Hakan.

—Voy al baño.

—Y yo me uniré a los demás. Si no te importa, claro —replicó él con irritación.

—Por mí, eres libre de hacer lo que te plazca.

—¿Lo dices en serio?

—Yo siempre hablo con la verdad.

Él la miró perplejo.

—Aylin, no vayas por ese sendero, porque puedo cansarme y cambiar de camino.

Ella no respondió y le dio la espalda. Él, furioso, se acercó a la borda y se tiró al agua.

Cuando volvió a subir ya estaban todos de regreso. Charlaban animados y se preguntó que demonios hacía allí. No tenía nada que ver con ellos, ni con su mundo, ni con su aspecto. Por lo que, caminó hacia proa, se acomodó junto a la barandilla y con tristeza observó el vaivén del agua.

—Seguro que acierto lo que piensas, que no encajas —le susurró Mert acomodándose junto a ella.

—Claro que no. Ellos son triunfadores, atractivos y se desenvuelven con una seguridad pasmosa. Yo sólo soy una chica corriente que el único don que posee es cocinar medianamente bien.

—¡Eh! Nada de eso. Eres una chica prodigiosa.

—Esperé cualquier otro adjetivo. Pero este... Un tanto exagerado. ¿No te parece? Mírame, por favor. No soy para nada el ideal de mujer. Bajita, con kilos de más y no precisamente agraciada —negó Aylin mostrando desprecio por sí misma.

—Pues te miro y veo a una chica preciosa. Y no solo eso. No me equivocaría si digo que también mucho más inteligente que ellas —aseguró él.

—Deberás ir al oftalmólogo. Y en cuanto al intelecto, no estoy de acuerdo. Livana es muy, muy lista.

—No lo dudo. Ha llegado muy alto en tan escaso tiempo.

—Si insinúas lo que creo, me enfadaré mucho contigo. Y no por ser ella mi mejor amiga; si no porque es una chica decente, integra y se respeta mucho a si misma. Por lo que, jamás haría nada indecoroso o ilegal para conseguir su sueño. Y mucho menos el señor Osman se aprovecharía de la situación.

—Eso es cierto. Es muy honesto. Y en cuanto a Livana, te creo. Aunque, con el tiempo, este mundillo del cine la transformará. Hakan es mi amigo más cercano y sé de qué hablo. Todas las grandes estrellas terminan con un ego insoportable.

Aylin lo negó con un sonoro chasquido de lengua.

—No generalices. Livana es tan bella por fuera como por dentro. Y así seguirá siempre.

—No me gusta el tono de menosprecio hacia ti que has empleado. ¿Por qué te mortificas? Eres muy bonita —dijo Mert. Y le quitó las gafas.

—¿Qué haces? —se tensó Aylin.

—Verificar que si te desprendes de esto mostrarás al mundo tu atractivo. No sé porque ocultas esta preciosidad. Tienes unos ojos preciosos. Un color único. Son dos amatistas —respondió mirándola con fijeza.

Ella le cogió los lentes y se los puso.

—Soy alérgica a las lentillas. Por otro lado, me da igual llevarlas o no. Nunca me he preocupado por mi apariencia física. Es a los demás a quienes les molesta cómo es la gente que no entra en los cánones dictados. Aunque, cada día es más difícil no caer en la abatimiento cuando ves cómo te tratan.

—Una mujer perspicaz como tú debería saber que tan solo lo hacen los imbéciles. Fíjate en mí. He sido pasto de las burlas por mi pelo rojizo en mi niñez. Me hay llamado salsa de tomate, zanahoria, pero nunca me he permitido desmoralizarme. Por el contrario, me he esforzado en demostrar que soy mucho mejor que ellos. Y en la mayoría de casos, así ha sido.

—Y lo has conseguido por completo. Al menos bajo mi punto de vista, pues eres científico, ¿verdad?

—Sí. Investigo remedios para enfermedades nada comunes.

—¡Vaya! Un trabajo importante para la sociedad. Debes sentirte muy satisfecho cuándo consigues encontrar la cura.

—No hay mayor bienestar. Imagino qué sentirás lo mismo al lograr una receta especial.

—¡Oh! No es comparable. Tú salvas vidas.

—Y tú aportas felicidad a los comensales y alimentos naturales que benefician a la salud. Las dos cosas son vitales para los humanos.

—Podrás dar tu verdadera opinión cuando pruebes mi comida.

—No tengo la menor duda de que estará deliciosa. Por algo te han premiado.

Hakan que los observaba desde el otro extremo, apretó los puños al sentir cómo la rabia comenzaba a devorarlo.

—¿Qué te ocurre, cariño? ¿No te lo pasas bien? Pues mira a Mert. Al parecer, le gusta esa chica tan... ¿Cómo decirlo? ¿Corriente? Claro que, él también es un bicho raro. Hacen buena pareja. ¿No crees? —dijo Iram.

Hakan apretó los dientes.

—Para nada.

Determinado a terminar con esa situación, se acercó a ellos y con rudeza, dijo:

—La comida está lista.

Mert y Aylin se levantaron.

—¿Podemos hablar? —le pidió a su amigo.

—Claro.

Ella los dejó a solas.

—¿Qué ocurre? Me llevas una cara de perro... Cuenta —dijo Mert al ver su expresión sulfurada.

—¿Puedes explicar qué demonios haces?

Mert, que lo conocía bien, comprendió qué sucedía y decidió inyectarle más celos.

—Chico. No te pongas así. A vosotros os tengo muy vistos y me aburrís. Pensé que charlar con Aylin sería interesante y lo ha sido. Y mucho.

—Pues a mí me ha parecido que tenías otras intenciones.

—¿Te ha dado esa impresión? No se... Es posible.

—¿Cómo qué posible? ¿Qué quieres decir con posible? —inquirió sintiendo la ira crecer en el estómago.

—Aylin, contrariamente a cómo la describiste, me ha parecido una chica muy agradable y también atractiva. Y tiene unos ojos preciosos. ¡Ah! Y añadiré que es inteligente. Sí. Me gusta. Puede que dejaré aparte mis

experimentos en el laboratorio de vez en cuando y la estudiaré a ella. ¿No te importará, verdad? Me dijiste que no era tú tipo; que no la soportabas.

Hakan apretó los dientes.

—No harás nada parecido.

—No seas mal pensado. Lo de estudiarla es en sentido figurado, hombre. Ya sabes. Conocerla mejor. Sé que nos llevaremos bien. A pocas chicas les interesan mis investigaciones y menos con el añadido de ser un encanto cómo Aylin.

—Pero... ¿Qué encanto y qué narices? ¿Te has vuelto loco? No es chica para ti. ¿Me oyes bien? Olvídate de ella —gruñó.

Mert, a cada segundo que pasaba, se convencía más y más de que a su amigo le gustaba mucho Aylin.

—Hakan. Sé que siempre te has preocupado por mí; cómo debe hacerlo un buen amigo. Pero ahora creo que no te incumbe meterte en mis asuntos sentimentales.

Hakan parpadeó repetidas veces sin poder creer lo que oía.

—¿Asuntos sentimentales? —dijo en un grito ahogado.

—Deja de repetir todo lo que digo.

—Y tú de decir sandeces. Te recalco que Aylin no te conviene —mascó Hakan, entre dientes.

Mert alzó una ceja.

—¿Es qué ahora te interesa?

Su amigo lo apuntó con el dedo.

—Solo digo que te apartes de ella. Eso es todo.

—Hakan. Eres mi hermano. Sin embargo, sobre esto no consentiré que te entrometas o me enojare mucho.

Él soltó aire repetidas veces por la nariz, gesto que le indicó a Mert que estaba realmente enfurecido a causa de los celos.

—Eres tú el qué te entrometes.

Mert lo miró boquiabierto.

—¿Qué quieres decir? ¿Estás diciendo que...?

—Sí, maldita sea —susurró Hakan.

—¿Tú y ella...? ¡No me jodas! ¿Desde cuándo? Venga. Desembucha.

Hakan miró inquieto hacia el grupo.

—Baja la voz. Hace un par de meses. Pero esto no puede salir de aquí. ¿Entiendes?

Su amigo abandonó el semblante socarrón.

—¿Es qué te avergüenzas? ¿Por qué no es una modelo? Esto no es propio de ti. ¿O me equivoco y si eres de esos tipos que sólo admiran la belleza física?

Hakan se frotó la frente con gesto nervioso.

—No se trata de eso. Y lo sabes. Es ella quien no quiere que se airee nuestra relación.

—¿Por qué? Eres el soltero más codiciado. Cualquiera estaría orgullosa de ir colgada de tu brazo. No lo comprendo.

—Aylin piensa que será pasto de la prensa y no para bien. Está muy acomplejada y no he podido lograr que cambie de parecer.

—No puedes culparla. Si estuviera contigo yo haría lo mismo.

—¿Qué?

—Mira. Has estado siempre rodeado de bellezas. Y seamos francos. Aylin es una chica extraordinaria. Inteligente, talentosa y educada. A pesar de ello, aún siendo muy bonita, ante la sociedad solamente verían a una mujer de poca altura, rellenita y nada sofisticada. Una pareja nada ideal para el gran Hakan Osman.

—A mi no me importa lo que piense nadie. Nunca me he preocupado de las murmuraciones.

—Por lo que has dicho, a ella sí.

—Yo la amo y al final comprenderá que lo único que importa de verdad somos nosotros y que lo que diga la gente no debe afectarnos.

—¿Has dicho que la amas? ¿He oído bien? —se asombró Mert.

Hakan asintió.

—¿Y se lo has dicho?

—No de manera oficial. Ya sabes...

—Comprendo. En la vorágine de la pasión. Tienes que hablar con ella cuánto antes o temo que si lo demoras la perderás.

Hakan parpadeó repetidamente.

—¿Perderla? Aylin nunca me dejará.

—Eso no lo sabes. Ni tampoco si te ama realmente o está contigo por interés.

—¿Qué interés? Te he dicho que no quiere que se sepa nuestra relación. Cualquier otra chica acudiría a los medios de comunicación para airearla. Mert. Aylin me ama. Lo cierto es que los dos nos amamos mucho.

Tarde o temprano la convenceré de que es la única mujer que me importa y esa tontería de escondernos terminará.

Mert esperó, por el bien de Hakan, que así fuese. Pero tras conversar con Aylin, comprendió que ella no pensaba lo mismo; que no creía que su amigo la amase de esa manera tan profunda que él vio.

—Nunca pensé que llegaría a escuchar que el famoso Hakan Osman estaba enamorado.

Hakan volvió la mirada hacia Aylin.

—Mírala bien. Es más que amor. La adoro. Me he acostumbrado a su presencia, a su risa, a sus enfados y ya puedo concebir la vida sin ella. La añoro cada instante cuando no estamos juntos. Al mirarla se me corta la respiración y me parece imposible que una mujer tan extraordinaria desee estar a mi lado. No puedo permitir que me deje o la vida ya no tendrá ningún sentido —musitó.

—¡Chicos, a comer! —gritó Doruk.

Mert se levantó.

—Hakan, amigo. Te aconsejo que tengas una conversación profunda con Aylin. No la demores más. Dile lo que sientes sin tapujos. ¿De acuerdo?

Hakan, con semblante circunspecto, aseveró.

Hakan en ningún momento del día pudo estar junto a Aylin, pues lo evitaba y a la hora de regresar a Estambul lo hicieron cómo al llegar, en autos separados. Pero no le serviría de nada evadirlo. Se plantó ante la puerta de su casa y llamó al timbre.

—Abre. Soy yo.

—No estoy sola.

—Sé que lo estás.

—Vete —le respondió ella.

—Aylin. Juro por Dios que no seré nada discreto si no me dejas entrar. El edificio entero sabrá de mi presencia. ¡Abre!

Ella lo creyó. Abrió. Él subió.

—¿Qué quieres? Me iba a dormir —lo recibió Aylin con tono gélido.

Él permaneció unos segundos mirándola. Ya llevaba puesto el camisón, pero no de esos a los que estaba acostumbrado tan sugerentes. Éste era de algodón blanco muy simple, nada provocativo. Sin embargo, le pareció el más incitante del mundo.

—Hakan. Estoy muy cansada. ¿Me dirás lo qué quieres?

Él sacudió la cabeza para escapar de su hechizo, entró en el piso y cerró.

—Has estado todo el día huyendo de mí. Quiero saber el motivo.

—No necesitas otra explicación, pues sabes muy bien la causa.

—¿Es por lo de Irem? ¡Esto es absurdo! Aylin. Lo único que hice fue ser educado. En el mundo en el que me muevo las adulaciones forman parte de los saludos. Son simples formalismos.

—A eso me refiero, Hakan. Nuestros mundos son muy distintos. Tarde o temprano, esas diferencias terminarán por destruir nuestra relación.

—Las diferencias son buenas. Complementan a las personas.

—A nosotros no. Nos causan muchos problemas.

—¿Qué problemas? Yo no tengo ninguno. Eres tú la que siempre los pone.

—¡Ah! Claro. Tú no tienes la culpa de nada.

—¿Se puede saber de qué me acusas? Porque no tienes ningún motivo. Desde el principio conocías mi profesión y las relaciones que conlleva. Y me aceptaste.

—Así es. Sin embargo, no fui consciente de los conflictos.

—Te repito que yo no tengo ninguno. Aylin, por favor. Deja de ver fantasmas donde no los hay.

—¡Maldita sea, Hakan! No me trates de loca. Lo que me preocupa es bien real. Cualquiera puede verlo en las revistas.

—Está bien. Sí. Soy un hombre que es codiciado por muchas mujeres. No obstante, yo no veo ningún escollo en ello. ¿Y sabes la razón? Sencillamente porque me dan igual. Es a ti a quien quiero tener a mi lado.

—¿Hasta cuándo? ¿Di? —dijo Aylin intentando no echarse a llorar.

—Nadie controla el futuro. Nosotros vivimos el presente y nos va muy bien.

—Yo no opino lo mismo. Esta relación me causa angustia.

—Pues deja de atormentarte. No tienes motivos. O mejor dicho. No los tendrías si no te empecinaras en mantenerte en la sombra. Cariño. El lunes voy a Cannes. Ven. El mundo verá que estamos juntos y esta situación terminará.

Ella dejó escapar una risa amarga.

—¿En serio? ¡No seas iluso! Sería aún peor.

—Si tú conflicto son esas mujeres, apareciendo a mi lado les daríamos el mensaje de que soy un hombre comprometido.

—Si solo fuese eso...

—¿Otra vez con esa obsesión?

—Es la realidad.

—¡No lo es, maldita sea! Eres una chica preciosa. Y para mí la más hermosa que existe. Y te lo demuestro constantemente. No deberías dudar — se exasperó él.

—¿Te acuerdas de Ismael Gonça? Sus fans llenaron las redes de insultos y bulos terribles hacia su pareja, y opinaban que no se merecía a una mujer tan poco atractiva; hasta que ella cayó en depresión y lo dejó. ¿Quieres eso para mí?

—Nosotros no somos ellos.

—Por supuesto que no. Sin embargo, la situación no difiere demasiado.

Hakan se revolvió el cabello con gesto nervioso.

—¿Y qué sugieres? ¿Qué permanezcamos en la sombra?

—Creía que protegías a toda costa tú intimidad.

—Lo hago. Sí. No quiero especulaciones ni falsedades. Sin embargo, lo nuestro es una realidad. ¿O no es así?

—Lo es.

—Entonces. ¿Continúas queriendo ocultarlo?

—No.

Él soltó aire aliviado, tomó sus manos y la entrelazó con las suyas.

—Por fin entras en razón, cariño. Se que es precipitado. Aún así, quiero que viajes conmigo. ¿Podrás preparar el equipaje? No. No será necesario. Puedes comprar la ropa allí.

Aylin volvió a emitir una carcajada profunda.

—Por supuesto. Mi vestuario no está a la altura de un photocall o de un hotel de cinco estrellas.

—¿Otra vez con lo mismo? Aylin, por Dios. Déjalo ya, por favor —se desesperó él.

Ella se soltó con brusquedad. Le dio la espalda, entró su habitación, abrió el armario y comenzó a tirar la ropa sobre la cama.

—Tú entiendes mucho de moda. No digo nada que no sea verdad. ¿No es así? ¡Anda, mira! ¿Ves algo digno de una alfombra roja? —dijo ella muy alterada.

—Para —le pidió Hakan.

Ella continuó vaciando el armario. Hakan se acercó y la aferró por los brazos.

—¿Te has vuelto loca?

—¡Sí, lo estoy! ¡Tú me has hecho perder la cabeza! Has conseguido que mí vida se haya convertido en un infierno. No puedo dejar de pensar en que no te merezco y que te perderé, y eso me enferma. No me deja dormir, ni pensar. ¡Es un suplicio!

—No voy a dejarte, Aylin.

—Lo harás, Hakan.

—No podría. Porque te quiero. ¿Has escuchado? Te quiero Aylin. Mucho.

—Es lo que crees. Pero la verdad es que soy solo un capricho. Y no quiero que mi corazón se convierta en un desván donde se guardan los

sentimientos que uno no puede desechar. No quiero desvanes. Lo mejor para mí es que esto termine.

—Cariño. No puedes hablar en serio —dijo él con voz estrangulada.

—Sí, Hakan. Muy en serio.

Él hizo oscilar el dedo índice en señal de negación.

—Estás muy alterada y no te... das cuenta de lo qué... dices. Será mejor que... te calmes y hablemos con tranquilidad —farfulló nervioso.

—Estoy muy serena, Hakan. No lo he estado tanto en estos meses a tu lado. Por fin me he dado cuenta de que no eres bueno para mí. Me dañas. Necesito alejarme de ti antes de que me hieras mucho más o no podría superarlo.

Hakan la miró lleno de tristeza.

—¿En verdad lo crees?

—Sí —confirmó ella.

—Lamento que pienses algo tan monstruoso; porque nunca ha sido mi pretensión. Lo único que quise fue hacerte dichosa porque te amo.

Aylin asintió; aunque no lo pensara en absoluto. Era ella la que era incapaz de ser feliz a causa de sus inseguridades. Y ante la evidencia de que jamás conseguiría confianza a su lado, optó por dañarlo para que deseara librarse de ella.

—¿En serio? —inquirió con tono mordaz.

—¡Sí, Aylin, sí! Siempre he querido que te sintieras tan feliz cómo lo soy yo a tu lado. ¿Y sabes la razón? Porque estoy profundamente enamorado. Ya me es imposible concebir la vida sin ti. Me has calado muy hondo. Mucho. ¿Es qué no lo ves?

—No te esfuerces en convencerme. Soy consciente de tu naturaleza frívola hacia las mujeres. Por desgracia, cómo siempre ocurre, una piensa que puede cambiar al hombre del que se ha enamorado y no es así. ¡He sido una ilusa!

Él hizo oscilar la cabeza en señal de consternación.

—Ya veo. De nada ha servido comportarme contigo con honestidad. Ni que te haya entregado el corazón.

—Lo siento, pero no puedo evitar dudar. Y con la incertidumbre nunca podré ser feliz; y si yo no lo soy, tú tampoco.

—En ese caso, tienes razón. Lo nuestro, sin tú confianza, no tiene razón de ser. Debemos dejarlo. Te deseo lo mejor, Aylin —dijo mirándola con

una inmensa tristeza reflejada en la mirada. Dio media vuelta y con andares abatidos, se fue.

Ella creyó morir al rompersele el corazón. Pero no podía hacer otra cosa si no quería sufrir mucho más después de que fuese él quién la dejase. Se tiró sobre la cama y estalló en un llanto desgarrador.

Yildiz metió en la maleta la chaqueta con expresión hosca.

—No sé qué pasa. Te juro que no. ¿A qué viene irse ahora a Barcelona cuándo está adquiriendo tanto prestigio? ¿Es qué no ve que los clientes no asistirán si no es ella la chef?

—Mujer, no exageremos. Sólo estará un par de meses fuera. Y ha dejado las cosas bien atadas en el restaurante. Yussuf es un cocinero excelente. Mira, participar en ese programa le será muy, pero que muy beneficioso. Además. ¿No querías que adquiriese confianza?

—Sí. Sin embargo, lo de la televisión... No se... ¿Crees que podrá? Me da miedo que sus inseguridades la hagan fracasar.

Livana cerró la maleta sin hacer comentarios. ¿Qué podía decir? ¿Qué ya lo había hecho alejándose de Hakan precisamente por ello?

—Tú también lo crees —dijo Yildiz confundiendo su silencio con una afirmación.

—Tú hija ya no es aquella jovencita de antaño. No digo que sea una mujer segura de sí misma en toda regla, pero ya ha adquirido más confianza. Mira lo que ha logrado arriesgándose sin escuchar a aquellos que le decían que su cocina no sería aceptada.

—Ser el mejor chef del año —dijo Yildiz con orgullo.

Aylin entró en la habitación.

—¿Ya me habéis añadido más ropa? Sois incorregibles.

—Hija. Hay que ser prevenidos. Hoy es uno de septiembre. Llega el otoño y con él el frío.

—No en Barcelona. Posee un clima templado.

Yildiz se acercó ella y le posó la mano en el brazo.

—¿Estás segura de lo que haces?

—Sí, mamá.

—Pero... Has luchado mucho por poner en marcha el restaurante y ahora te vas. No puedo entenderlo, hija. Lo siento. Pero no. Por lo demás, me extraña que quieras ponerte delante de una cámara. Odiabas tal posibilidad.

Aylin se puso la chaqueta y cogió el bolso.

—La gente cambia. Yo lo he hecho. Ahora me apetece y mucho mostrar mi cocina ante el mundo. Y no hay mejor plataforma que la televisión. Y como dice Livana, el maquillaje hace milagros.

—¿Y por qué no quieres que te acompañe? Necesitarás apoyo y alguien que cuide de ti.

—Estuve varios meses sola durante el curso. No veo la razón de que andes tan preocupada. Por lo demás, es preciso que estés al frente del negocio para controlar que todo vaya sobre ruedas. Y está lo de Serdar.

—¡Qué manía! Solamente nos une una buena amistad. Y no te miento, hija.

—Una amistad que con el tiempo puede evolucionar hacia otro sentimiento. Un hecho que te haría muy feliz. ¿No es cierto? —opinó Livana.

—Dejemos mis asuntos y centrémonos en Aylin. Insisto en que está cometiendo un grave error.

—Por favor mamá, deja de preocuparte y arréglate. En nada tenemos que irnos o perderé el vuelo.

Ella salió y Livana cerró la puerta.

—Esto no es la solución. Lo sabes, ¿verdad?

—No hay nada que enmendar. ¿Es qué no lo entiendes? Hakan y yo no tenemos futuro.

—Porque tú no has propiciado que ocurra. Él estaba dispuesto a intentarlo. Y aún lo está. Te ha llamado cientos de veces y tú lo has ignorado. Hakan está enamorado de ti. ¿Es qué no lo ves?

—Se le pasará el capricho. Deja de fantasear. Este guión no tiene el final que los espectadores desean. Los protagonistas se van cada uno por un camino diferente.

—Pero el guionista puede provocar que esos dos senderos se crucen de nuevo.

Aylin suspiró con cansancio.

—Esta discusión es inútil. Esa historia terminó. No quiero que volvamos a hablar de ello nunca más. Y te prohíbo que le digas a Hakan mi paradero.

—No lo haré, descuida. Más, no hará falta. ¿Olvidas que fue él quien te propuso esta increíble oferta? Con llamar a la productora te localizará. Y si no quiere buscarte, si la cosa tiene éxito, no dudes que la prensa turca se hará eco de ello. Hakan se enterará de lo que estás haciendo.

Aylin se frotó la frente.

—Sí, claro. Estoy tan nerviosa que no se ni lo que digo.

Livana sacudió la cabeza.

—Insisto en que esto es una gran equivocación. Los miedos no se matan huyendo de ellos. Hay que enfrentarlos.

—Lo he hecho y esto es lo que hay.

—No, Aylin. No. El pavor te ha impedido obtener una gran oportunidad echando de tu vida a Hakan. Dices que eres un capricho. ¿Y si no es así? ¿Y si de verdad estás ante el hombre de tu vida?

—No quiero hablar más del tema. ¿Entendido? Pues, bien. Vayámonos.

La despedida en el aeropuerto fue muy triste para su madre y Livana. No para ella que se mantuvo firme. Sin embargo, ya en el avión, la fortaleza se derrumbó. Aquella nueva experiencia no era producto de la ilusión, era producto de un dolor insoportable. No supo protegerse de un amor que sabía dañino y ahora pagaba las consecuencias. No obstante, conseguiría matar ese sentimiento. Lo haría. Costase lo que costase. Y comenzaba a hacerlo. Alejándose de Turquía lograría que las noticias sobre Hakan dejaran de llegarle. La ignorancia ayudaría a olvidar. Aunque, en el fondo sabía que se engañaba. Ese hombre se incrustó en el centro de su corazón y era una espina que jamás podría arrancarla. La vida real no era una novela turca, pero su amor sí. Ese sentimiento lo arrastraría hasta el fin de sus días; porque, para su desgracia, Hakan era el amor de su vida y jamás podría querer a otro.

—¿Es usted Aylin Durmaz?

Miró a la mujer que la alejó de tan tristes pensamientos.

—Sí.

—Es usted mi chef preferida. Cené en su restaurante y fue sublime. Es maravilloso que por fin una mujer tan talentosa haya sido premiada. No siempre se nos reconoce a nosotras el trabajo bien hecho. Espero. No, más bien creo que el próximo año le será concedida la estrella Michelin. Las mujeres también merecen estar en esa lista. ¡Y hay tan pocas! Usted la engrosará. Estoy convencida. La felicito.

—Gracias.

—¿Podemos hacernos un selfie?

—Por supuesto –aceptó Aylin mucho más animada.

La llegada a la ciudad también contribuyó a comerse una migaja de tristeza. Recordó la época feliz que vivió allí donde los sueños eran eso, sueños. Proyectos, miedos, angustia y ahora una parte de esas metas se estaban cumpliendo y debería sentirse feliz. Pero Hakan, cómo la peor de las maldiciones, lo estropeaba todo.

—Deja de pensar en él, tonta. Concéntrate en esta maravillosa la ciudad y piensa en el futuro que te aguarda. Será mucho mejor que este – musitó.

Tras salir del aeropuerto paró un taxi y le indicó la dirección del hotel que eligió la productora. Estaba ubicado en el puerto. La vista era impactante, sobre todo cuando el ocaso comenzó a teñir de malva el mar.

—Espero que esté cómoda.

—Gracias.

El botones cerró y ella se acercó a la mesa donde había una cesta con fruta y una botella de cava. Cogió la tarjeta. El canal de televisión le daba la bienvenida.

Abrió el balcón, inspiró con fuerza y cerró los ojos. El aroma salobre le llenó las fosas nasales, del mismo modo que en Estambul. Pero estaba lejos de casa, sola y con un proyecto que le erizaba el cabello.

—¿Qué has hecho? ¿Por qué demonios aceptaste este contrato? No tienes experiencia y te aterroriza mostrarte en público. Y encima ahora quieres que te vean miles de personas. No saldrá bien. Nunca has sido una chica brillante ni ocurrente. Y la timidez te mata. El programa será un muermo. Nadie querrá verme. No. Aylin, no. Piensa en positivo y piensa que todo irá bien. Que lo harás muy bien. Sí. Ahora baja al comedor y disfruta de la deliciosa gastronomía de este país. Mañana será un día fabuloso. Ya lo verás, Aylin. Ya lo verás.

—¿Una mala noticia? —le preguntó Mert, sabiendo de qué se trataba; pues ya la vio a primera hora. Un reportaje que sin duda, pensó, desataría los demonios de su amigo. Y no erró. Estaba furioso.

Hakan le dio el diario.

—Página siete.

Mert simuló sorprenderse.

—¡Vaya con la señorita Durmaz! Parece que ahora la timidez es cosa del pasado. Su programa de televisión es todo un éxito y ella es una estrella en España mostrando nuestra cocina más tradicional. ¡Quién lo hubiese dicho! ¿Verdad?

Hakan lo sabía. Y no le extrañaba. Vio cada uno de los capítulos de la serie y estaba fantástica. La chica miedosa dejó de existir para dar paso a una joven segura que exponía su arte culinario con humor y explicaciones amenas y fáciles para el espectador. Y no tan sólo eso. También mostrando una belleza espectacular.

—No se de qué te asombras.

—El día que la conocí no me dio a entender que era una chica tan determinada y segura de si misma.

—Yo siempre supe que era muy capaz.

Mert se propuso provocarlo para que reaccionara de una vez, porque a pesar de ser testigo de su sufrimiento, Hakan jamás iría tras Aylin. Era demasiado respetuoso con las decisiones que tomaban los demás. Pero ahora debía hacerlo o su corazón nunca sanaría.

—¡Anda! ¡Fíjate! Dicen que también su estado sentimental ha cambiado. La relacionan con un tal Arnau Blanxart. Al parecer es el guionista del programa. Pasarán mucho tiempo juntos; por el trabajo, claro. Y el tipo no está nada mal. En verdad, es muy guapo. Fíjate. Rubio cómo el oro y ojos tan nítidos como el mar Caribe. Si fuese mujer no dudaría en mantener un romance con él.

Hakan se tensó y le lanzó una mirada incendiaria.

—¿Qué estado? ¿Qué cambio? ¿Qué romance? Bulos. Mentiras infundadas. Ella no está con nadie.

—Chico. ¿Por qué no? Fue Aylin la que rompió. ¿No es así? Pues, tiene todo el derecho a rehacer su vida sentimental y ese guionista reúne todas las cualidades que busca una mujer.

Hakan confirmó con la cabeza sin abandonar el rictus contrariado.

—Por supuesto que puede ir con otro. Pero como aún sigue queriéndome, no lo hay. Y con referencia a ese Arnau, no tiene nada que a ella pueda gustarle. No es de su estilo. Aylin es mucho más selectiva. No es mujer que se rija por el físico.

—Pues te escogió a ti.

—¿A qué viene esa ironía? Ella ha visto en mí cualidades mucho más importantes. ¿O lo dudas?

—No, amigo. Sólo digo que no podemos negar que eres muy atractivo. Y también, digo que esa chica está enamorada de ti profundamente. Aunque, temo que, a pesar de eso, el miedo que siente por la presión pública es más poderoso.

—Aylin, finalmente, se dará cuenta de que eso carece de importancia y volverá —aseguró Hakan.

—¿Así qué tienes esperanza?

—El amor no se diluye en unas semanas, ni por la influencia de los demás.

Mert dobló el periódico y llenó de nuevo las copas de brandy.

—Tal vez. ¡En fin! Dejando atrás los rumores, me alegro mucho de que Aylin haya sido capaz de superar su timidez y sea reconocida cómo la

gran chef que es. Imagino que tú también. ¿No?

—¿Acaso lo dudas?

—Nunca has dejado de hacerlo con nadie. Pero con ella... No se... Tu ex es una chica de éxito, encantadora, inteligente, divertida y bonita. Bueno. Más que bonita. Ahora se ve muy atractiva. Puedes pensar que ese cambio y esa seguridad la aleja aún más de ti.

Hakan se relamió el labio con gesto pensativo.

—¿Sabes? Creo lo contrario. Esa seguridad juega a mi favor. Aylin ya no temerá a esas mujeres que me rodean. Creerá realmente que no me avergüenza amarla. Aunque, si he de ser sincero, diré que ese cambio no me gusta. No es la chica de la que me enamoré —dijo Hakan.

—¡Qué estupidez! Aylin, estoy convencido, de que sigue siendo la misma. Lo que ocurre es que la carcasa ha cambiado y a pesar de lo que digas, a mejor. Por lo que, es fácil que le lluevan los pretendientes.

—Lo sé. Deja de hurgar en la herida, Mert —remugó Hakan.

—Lo siento. No puedo engañarte y te he decir lo que pienso con sinceridad. Creo que puede que alguno tenga éxito. Porque que fueseis amantes no significa que fueras el amor de su vida. A veces uno se da cuenta al conocer a otra persona que no era sí.

—Pero, ¿qué te pasa? Me has dicho que Aylin me ama —protestó Hakan.

—Puedo tener varias visiones de la situación. ¿No te parece?

—¿Por qué te empeñas en amargarme la mañana?

Mert le mostró las palmas de la mano en señal de descargo.

—Amargado lo estás siempre desde que ella se marchó. No hay quien te aguante. Y esas ojeras evidencian que apenas pegas ojo. ¿Y por qué? Porque, a pesar de necesitar su presencia, tú orgullo no te permite correr tras ella.

—El orgullo nada tiene que ver en esta situación. Aylin me echó de su vida. Fue su decisión. Y aunque me muera por tenerla de nuevo a mi lado, no puedo obligarla a nada. Debe ser ella quien, libremente, decida si quiere recuperar nuestra relación.

—En lugar de conformarte y ser tan políticamente correcto, deberías intervenir. Así que, si sufres, no me echas la culpa, amigo.

Hakan inspiró hondo.

—Es verdad. Ninguno sois culpables de mi pena. Mert. La echo mucho de menos. Mucho. Ya nada es igual sin ella. Esta continua angustia

terminará por matarme –confesó abatido.

—¡Pues haz algo, por Dios!

—¿Qué? No puedo obligarla a estar conmigo. ¿No lo entiendes?

—Comprendo, sí. Sin embargo, dices que ella te sigue amando. Amigo. Nunca sabrás si estás equivocado si no hablas con ella. Ve a Barcelona, dile que sientes e intenta recuperarla.

—¿Y si es verdad lo qué dicen? –musitó Hakan sintiendo un dolor indescriptible en el alma al pensar que Aylin podía amar a otro.

—Nunca lo confirmarás si sigues recreándote en tú desolación. ¿Qué te ha ocurrido? Siempre has sido un luchador y ahora te has dejado vencer. Hazme caso y muévete si no quieres perderla de verdad. Deja de analizar tanto y permite que los sentimientos hablen.

Hakan asintió levemente.

—Sí. Tienes razón. No puedo continuar atormentándome. Debo aclarar la situación cuanto antes. Saber si tengo una posibilidad o debo olvidarla para siempre.

Mert le dio unos golpecitos en el brazo.

—Ha vuelto el Hakan luchador. ¡Ya era hora! Lo creas o no, nos tenías muy preocupados. Nunca te habíamos visto así.

—Y puede que ofrezca una imagen mucho peor si ella me rechaza para siempre. Me destrozará.

—No seas tan dramático. A pesar de lo que he dicho, vi en los ojos de Aylin el amor cuando te miraba.

—Ya no lo hace y puede que esa mirada esté destinada a otro.

Mert resopló impaciente.

—¡Maldita sea! Tú faceta de deprimido no me gusta nada. Y si sigues así, a ella tampoco le agradará. Cambia de actitud o estará todo perdido.

—¿Lo está lo tuyo?

Mert adoptó una expresión de incompreensión.

—No te hagas el loco. Desde que conociste a Livana bebes los vientos por ella. Y no me lo niegues. Te conozco muy bien.

—Sí. Me gusta. Tenías razón. Es una mujer maravillosa. La fama no la ha cambiado. Sigue siendo sencilla, sincera y bondadosa y que no vive obsesionada por lo material. Pero a pesar de eso, no tengo ninguna posibilidad.

—¿Cómo qué no? Eres un tipo atractivo y con una profesión admirable. Cualquier mujer estaría encantada de ser tu novia.

—Olvidas que está con Deniz, el galán más deseado por las mujeres —le recordó Mert.

—¿Y qué? —dijo Hakan.

Su amigo lo miró sorprendido.

—Siempre te ha repugnado que alguien intente separar a una pareja. ¿Y ahora me aconsejas que lo haga?

—En absoluto. Pero sé que esos dos no tienen futuro. Es el típico romance que se crea entre los protagonistas de una novela. Nada profundo. Ciertamente algunos terminan amándose de verdad. No es el caso. Lo sé. No te des por vencido y ve a por ella.

Mert levantó la comisura del labio ofreciendo una media sonrisa sarcástica.

—¿Y tú eres el que me lo insinúa? ¡Qué poca vergüenza!

Hakan inspiró con fuerza por la nariz.

—Supongo que deberemos sacudirnos el decaimiento y dejar que el valor nos traiga la luz que nos falta. ¿Te parece?

—¡Corten! La toma es buena. Terminamos por hoy. Gracias señorita Durmaz.

Aylin sonrió ante los aplausos de sus compañeros y con aire cansado se despidió de ellos.

—Hoy nos ha llevado más tiempo grabar. Nos iría bien una copa antes de cenar. ¿Qué te parece? —le propuso Arnau.

Ella suspiró.

—Lo único que me apetece es meterme en la cama. Estoy rendida.

Él chistó con la lengua para negarlo.

—Es lo peor que se puede hacer cuando uno está en este estado. Hay que animarse.

—Difícil lo veo. Puedo caerme muerta en cualquier momento. Además, ya has visto los periódicos y magazines. Corren bulos sobre nosotros. No quiero alimentar a la prensa a nuestra costa.

—¿Y qué? A mí no me molesta. Que digan lo que les apetezca. Y a ti tampoco debería importarte. ¿O es que te espera alguien especial en casa y temes enojarlo?

—No —dijo Aylin, deseando que la realidad fuese otra.

—Pues, teniendo en cuenta que somos dos seres libres, podemos hacer lo que se nos antoje. Además, esta falsa relación no tiene nada de morbosa. Hablan de amor. Así que, deja que chismorreen y que llenen artículos sobre la hermosa pareja que formamos. —dijo Arnau.

—Tanto cómo hermosa —contradijo ella.

—¿Acaso no crees que soy guapo? —inquirió él adquiriendo una pose falsa de ofensa.

—Lo digo por mí.

Arnau levantó una ceja.

—¿Piensas que tú no lo eres? Entonces. ¿Por qué recibes cientos de correos de televidentes enamorados? ¿O que la prensa te elogie? ¿Di? Porque no todo en la vida es el aspecto. Fíjate en Barbara Streisand. Adorada por miles de fans y considerada muy atractiva a pesar de no entrar en el canon

que se exige y es por su carisma. Y tú cielo, eres mucho más bonita que ella. Cariño. Te aseguro que si mis apetencias sexuales se encaminasen hacia ti, no te dejaría escapar; porque eres una mujer brillante.

Aylin le acarició el brazo.

—Eres un encanto. Nadie cómo tú para animar a una pobre chica desalentada. Doy gracias a la Vida por dejar que me encontrase contigo. Has pasado a formar parte de mi reducido círculo de amigos.

—Tú también en el mío. Pero volviendo al tema principal, insisto en que debemos salir a pasarlo bien. Niña. Mira. En un par de días regresas a Estambul. Tienes que apurar la noche barcelonesa. Ya dormirás en Turquía. Aunque, a pesar de ser jóvenes y que podríamos quemar la ciudad si nos lo propusiéramos, seré considerado. Las grabaciones han sido duras, es cierto. Así que, nada de diversión exagerada. Ni discotecas ni recorrido de coctelerías. Iremos a cenar. ¿Qué te parece? Un plan estupendo. ¿Verdad? Se de un restaurante que te fascinará. Muy original y su comida es rica. Como chef no te lo puedes perder. Si no vas te arrepentirás. Te lo aseguro. ¿Qué me dices? ¿Te he convencido?

Aylin no pudo evitar sonreír ante el desparpajo de su guionista.

—Del todo. ¿Nos vamos?

—¡Esa es mí chica! ¡En marcha!

Verne era en verdad muy original. A uno le daba la sensación que se encontraba bajo el mar dentro de un submarino. Tras cruzar varios salones decorados cómo los corredores del sumergible en metal, se llegaba a la parte donde un falso ventanal te ofrecía la imagen del fondo marino repleto de peces y medusas.

—¿Y bien? ¿Mentí?

—Original es. Veremos la comida.

La carta de tapas no la defraudó. Ni tampoco haber aceptado salir con Arnau. Su compañía, desde que llegó a la ciudad la hacía sentirse muy bien. Se preocupó de que nunca estuviese desubicada ni triste; pues intuyó que Aylin ocultaba una gran pena. Pero no preguntó. Se limitó a ser su amigo incondicional; a parte de su guionista interesado en que obtuviese un gran éxito. Y su modo de plantear el programa lo logró. Las audiencias lo corroboraron, hasta el punto que la productora les ofreció una segunda temporada.

—¿Has pensado en la propuesta? —se interesó Arnau.

—Lo llevo haciendo hace días. No la aceptaré.

—¿No puedo convencerte? Para mí sería un placer trabajar de nuevo contigo y porque negarlo, un buen contrato para mí; puesto que aumentaría mi tarifa y la tuya también. Deberías pensarlo más a fondo.

—Lo siento, Arnau. Pero compréndeme. Tengo mi propio negocio que está a miles de kilómetros y no puedo dejarlo en manos de otros una vez más; sobre todo cuando apenas lleva poco tiempo en activo. Podría perder el prestigio en mi país.

—Siempre me he preguntado la razón de que vinieses aquí. Y he llegado a la conclusión de que escapabas de algo. ¿Me equivoco?

Aylin, en lugar de responder, acarició el colgante que Hakan le regaló.

—¿Es una cebolla? ¡Caray! Nunca vi nada tan excéntrico.

Cuando lo vio ella también se asombró. Hakan rió a carcajadas y tras calmarse le aclaró que era para que recordara siempre el primer día de cocinaron juntos.

—Perdona. No he debido preguntar. Intuyo que es algo muy personal. Lo último que soy es indiscreto. No obstante, suelo preocuparme por mis amigos y en ti veo una profunda tristeza, y me gustaría poder ayudarte; si puedo —dijo él.

Ella posó la mano sobre la suya y le sonrió con afecto.

—Te lo agradezco, pero no hay nada que solucionar.

—Mi madre dice que solo la muerte no tiene remedio. Así que, si no es el caso, queda esperanza; a no ser que, tal cómo intuyo sufres un problema sentimental. O has sido traicionada o has entregado el corazón a alguien que no siente nada por ti.

—Ese es mi mal. Me enamoré como una tonta del hombre que me regaló este colgante pero para él era un mero pasatiempo. Por esa causa lo dejé y vine a Barcelona. Necesitaba alejarme de él.

—Puede que tu percepción estuviese equivocada.

—Te aseguro que no. Es un hombre de éxito, atractivo y que siempre ha estado rodeado de bellezas espectaculares. Yo fui algo exótico en su monotonía. Una diversión. Un entretenimiento que arranqué de cuajo antes de que aún me hiciese más daño.

—¿Ha intentado ponerse en contacto contigo desde la ruptura?

—No. Ya te he dicho que no fui importante para él.

Arnau lanzó la cucharilla del café sobre la mesa.

—¡Menudo imbécil! Bien hecho, nena. Un tipo así no merece que vayas penando por su causa. Tienes que arrancarlo como una mala hierba y volver a plantar flores que den vida a tú jardín.

—Lo he intentado y para mi desgracia sigue ocupando mis sentimientos. Lo único que puedo hacer es lamerme las heridas y esperar que sanen.

Arnau negó rotundamente con la cabeza.

—No eres un perro, querida. Eres un ser que razona y considero que muy inteligente. Pero no has pensado con calma. Si lo haces, te darás cuenta que dejar a ese tipo es la mejor decisión que tomaste. Los asuntos de corazón se enquistan si no inyectamos pronto la cura. ¿Y sabes qué remedio infalible conozco para comenzar el tratamiento? Una buena película que nos haga reír cómo locos. Así que, levanta y vamos.

—Te he seguido hasta aquí. Ahora quiero descansar –se negó Aylin.

—Lo harás en el estupendo sofá de tú magnífica habitación. Porque no te dejaré tirada teniendo el corazón en un estado tan lamentable. Veremos esa película y tras reírnos mucho, me iré y podrás dormir –insistió Arnau dejando el importe de la cuenta. Se levantó y con un gesto de la mano la invitó a hacer lo mismo.

Unos minutos más tarde llegaron al hotel.

—No es necesario que te quedes. Estoy bien.

—Un corazón herido requiere cuidados.

—Insisto en liberarte de tu preocupación. Ya me has reconfortado con la cena. Mañana nos espera una jornada intensa. Vete –le pidió Aylin.

—Está bien –aceptó Arnau.

Ella se abrazó a él y lo besó en la mejilla.

—Gracias por esta noche. Y...

—¿Qué ocurre? –inquirió Arnau al ver la expresión incrédula en el semblante de Aylin. Volvió el rostro hacia donde ella miraba. Un tipo visiblemente enfurecido caminaba hacia ellos.

—¿Lo conoces? –se interesó.

—Es Hakan. El hombre del que te hablé –dijo Aylin sin apenas voz.

—¡Tú! ¡Apártate de ella! –vociferó él.

Arnau pestañeó perplejo. ¿Y Aylin decía que ese hombre no estaba interesado? Indudablemente no era así. Estaba carcomido por los celos. Tanto que temió que se abalanzara sobre él.

—¿Qué haces aquí? –jadeó Aylin.

—Comprobar que los rumores no eran ciertos. Pero esto... ¡No me lo puedo creer! ¡Dime que no estás con este tipo! ¡Dime que no me has engañado! —gritó plantándose ante ella.

—No tengo que darte explicaciones sobre mis actos; puesto que ya no estamos juntos. Márchate.

—No me iré sin saber qué está pasando. ¿Es tu amante?

—Te repito que no tengo nada que decirte.

Hakan apretó los puños.

—¿Lo es? ¡Di! ¡Maldita sea! ¡Contesta!

Arnau se interpuso entre ellos.

—Ya ha oído a la señorita. No quiere hablar con usted. Márchese o llamo a seguridad.

Hakan lo miró con desprecio.

—El que debe irse eres tú. Aquí no pintas nada. Este es un asunto entre Aylin y yo.

—Nosotros no tenemos ningún asunto que resolver —dijo ella.

—Por supuesto que sí. Y lo haremos ahora mismo. Ven conmigo —insistió él aferrándola del brazo.

Arnau intervino e intentó apartarlo.

—Te he dicho que Aylin y yo tenemos una conversación pendiente. ¡Vamos! Aylin. ¡Vamos! Ven conmigo —siseó Hakan apartándolo con tanta fuerza que Arnau se tambaleó.

Desde el hotel, al ver el escándalo, acudieron los hombres de seguridad y algún cliente fisgoneó por la ventana.

—Señor. Deje de molestar y márchese. O llamamos a la policía.

—No me iré si no es con ella —mascó entre dientes Hakan.

—Se lo advertimos con educación. Si no se va, tomaremos medidas más drásticas.

—Tomen las que les de la gana, pero no me moveré hasta hablar con Aylin.

Los hombres lo sujetaron.

—¡Suéltense! —rugió, retorciéndose.

De repente, una luz brilló en la oscuridad.

—Paparazis —jadeó Aylin.

Hakan, sumido en la cólera, los miró.

—¡¿Y vosotros qué hacéis?¡ Malditos periodistas! ¡Dadme esa cámara!

El hombre hizo un par de fotografías más y su acompañante siguió filmando.

—Usted. ¡Largo! Esto es una propiedad privada –les ordenó el guardia jurado.

No se hicieron de rogar y se marcharon a toda prisa.

—Y ustedes entren en el hotel, por favor –dijo el otro guarda dirigiéndose a Aylin y Arnau.

Ellos obedecieron, mientras Hakan continuó berreando.

—¡Aylin! ¿Adónde vas? ¡Vuelve! ¡Maldita sea! ¡No puedes irte con él! Me quieres a mí. ¡Nosotros nos queremos! Yo te amo. ¿Me oyes? ¡Te quiero! Aylin. Juro que olvidaré esto si vuelves conmigo. Te perdono el desliz. ¡Aylin!

El guarda lo detuvo posando las manos sobre su pecho.

—Señor. O se marcha o tomaremos medidas más contundentes. Será acusado de acoso. ¿Entiende lo qué le digo? –lo amenazó.

Hakan, siendo por fin consciente de que había perdido el control, asintió.

—Está bien. No se preocupen. Ya me he calmado. Suélteme. Ya me voy.

—¿Seguro?

Él confirmó con la cabeza y se acomodó la camisa.

—Lamento el incidente. Acepten mis más sinceras disculpas. Buenas noches.

Dio media vuelta y se marchó.

Hakan no pudo imaginar la repercusión que creó su acto tan impulsivo. La prensa amarilla española y en especial la turca, unos días después se hizo eco colocando la noticia en los titulares; y por supuesto, en las redes sociales.

Yildiz, tras leer el artículo, miró a Livana visiblemente preocupada.

—Pero... ¿Qué es esto? Dicen que... ha sido una riña de enamorados; que Hakan Osman viajó hasta Barcelona muerto de celos al enterarse que mi hija estaba con ese español. Livana. No entiendo nada. ¿Qué está pasando? ¿Es qué es cierto que Aylin y el señor Osman estaban juntos?

Ella carraspeó inquieta.

—No se...

Yildiz le lanzó una mirada iracunda.

—No me tomes por idiota. Si Aylin me ocultó algo, estoy convencida de que tú si estabas al corriente. Así que, desembucha o conocerás mi verdadera ira.

—Es verdad. Salieron un tiempo –admitió Livana.

—¿¿Qué?! ¿Y por qué me lo ocultó?

—No solo a ti. A todo el mundo. Quiso evitar que se supiese.

Yildiz apretó los labios.

—Comprendo. Él no quería que lo vieses con Aylin. Porque. ¡Mira lo que dicen de mi niña! ¿Cómo pueden ser tan crueles? Te juro que si tuviese al director del periódico delante lo mataba. ¿Cómo ha podido permitir tantos insultos?

No le faltaba razón, se dijo Livana. Comentaban que Osman Hakan no podía estar saliendo con Aylin Durmaz, a pesar de ser una estrella de los fogones; porque no era del tipo que solía conquistar. Bajita, pasada de peso y no muy atractiva. Que probablemente la trifulca se debió a un asunto personal con el otro hombre.

—Te equivocas. Fue tu hija la que le insistió en ocultarlo. Y puedes conocer la razón. Hakan insistió en que era un error, pues le aseguró que él se sentía muy orgulloso de su relación. Hakan la amaba de verdad. Pero ella nunca lo creyó y su inseguridad consiguió que lo abandonase. Hakan nunca lo aceptó, pero le dejó espacio para que recapacitase. Sin embargo, cuando vio en la prensa el reportaje del programa y del posible amorío con su guionista, se volvió loco. Y este ha sido el resultado.

—¡Ay, Aylin! ¡Ay! —se lamentó su madre.

—Si, Yildiz. Su falta de estima no la deja ser feliz.

—¿De verdad ese hombre ama a mi niña? ¿O tiene razón el periodista al decir que la pelea fue por cuestiones privadas con el otro hombre?

Livana señaló la publicación.

—Te aseguro que Hakan adora a tu hija. He sido testigo de ello. Y a la vista está la ver la que ha montado. Mira. Hakan es un hombre templado, contencioso y racional. Te juro que jamás imaginé que podía hacer algo semejante. Por suerte, la prensa no cree en esa relación; por lo que dentro de lo que cabe, es una suerte para Aylin. No la molestarán.

Yildiz entrecerró la frente.

—¿Así que ese maravilloso hombre quiere a Aylin? Bien. Pues algo tendremos que hacer para que la idiotez de mí hija no lo aleje para siempre. ¿Te parece?

—¿Y qué podemos hacer nosotras?

—Algo se nos ocurrirá. Somos mujeres de recursos. ¿No es cierto?

—Al menos, podemos intentarlo —admitió Livana.

—Tal vez, tendríamos más éxito con la ayuda de la familia Osman. A no ser que siendo de la alta sociedad no vean con buenos ojos la relación de

su importante hijo con Aylin. Aunque, tal vez también ignoren lo que ha pasado entre ellos —dijo Yildiz.

—Lo único que sé es que su hermana sí. Y estaba encantada. Pero dudo que el resto de la familia supiese algo.

Y no erraba. Al igual que Yildiz miraban asombrados el video.

—Pero... Pero... ¿Qué es esto? Hakan se ha vuelto loco. ¿Cómo ha podido comportarse de esta manera tan escandalosa? ¿Y por qué? No entiendo nada —se exasperó su padre.

—A mi también me tiene fascinado. Su proceder dista mucho de lo que ha sido siempre. Aquí no veo la menor moderación ni raciocinio. Actúa movido por la cólera —analizó Basir.

—Así es. ¡Ha estado a punto de terminar en una celda! Y todo por una discusión que sin duda no tenía la menor importancia. Os juro que no reconozco a mí hijo en este vídeo.

—Papá. Tanto como una discusión sin importancia... Al parecer se dijo que ese tal Arnau era la pareja de Aylin —dijo Sema.

—¿Y por qué rayos le importaba tanto a Hakan para organizar ese altercado vergonzoso? No tiene la menor lógica. Ya ves lo que dicen. Y estoy de acuerdo con los reporteros. Esa chica no es del gusto de Hakan. ¿O es qué lo habéis visto alguna vez con una que no sea una modelo o actriz despampanante?

—Estoy de acuerdo. Dudo que mi cuñado esté enamorado de esa chef. No digo yo que no tenga valores, por supuesto que los tendrá. Pero no es lo suficientemente atractiva para atraerlo. Y el día que los vi juntos solo se tiraron puyas. Son cómo el café y la sal. Por lo tanto, creo que Hakan discutió con ese tipo. ¿Por qué? Ni idea. Pero así fue —intervino su yerno.

—La prensa no está al tanto de la verdadera situación —dijo su suegra. Metin levantó una ceja.

—¿Y tú estás al corriente? ¿Es qué has hablado con nuestro hijo?

—No. Pero sé que está enamorado de la señorita Durmaz.

Metin y Basir la miraron perplejos.

—Por mucho que os asombre, es la verdad. Y si te dicen que otro hombre puede quitarte al amor de tu vida, pues estallas. Y es lo que Hakan hizo. ¿O no harías vosotros lo mismo si os hubieseis visto en el mismo caso?

—Por supuesto que haría algo. Pero esto... ¡Jamás habría perdido el dominio! Las cosas se hacen de otra manera. Al menos en nuestra familia. Y creía que Hakan también. Pero. Decidme. ¿Ella estaba al corriente de los

sentimientos de él? Que yo sepa, nadie los ha visto juntos. Puede que la chica lo ignorase –dijo Metin.

—¡Ay, querido! Por supuesto que sí. Estuvieron saliendo durante unos meses –aseguró su esposa.

—Si me pinchan no me sacan sangre –murmuró Basir sin dar crédito a lo que escuchaba.

—Te dije que esos dos acabarían juntos. He ganado la apuesta. Después concretaremos el premio. Pero mamá, dime. ¿Tú cómo sabes que Hakan y Aylin salían? Era un secreto. Bueno solamente Livana y yo lo sabíamos –se sorprendió Sema.

—Conozco a mí hijo y vi en su mirada emoción al ver a Aylin cuando fuimos a la inauguración de su restaurante y mi intuición me puso en alerta. Por otro lado, su comportamiento en los últimos meses me hizo comprender que había algo en su vida que lo hacía muy feliz. Metin. No me dirás que tú no te diste cuenta.

—Bueno. Algo sí. Estaba más risueño y pasaba menos horas en el trabajo. Pero nunca lo atribuí al amor.

—Mamá. Eso está muy bien. Sin embargo, no llego a relacionar tu intuición con la evidencia de su relación. ¿Es qué lo seguiste? –se interesó Sema.

—¡Claro que no! Fue pura casualidad. Vi entrar a Hakan en su edificio y quise ir a saludarlo. Tardé unos minutos en aparcar y cuando me encaminaba hacia su casa llegó Aylin.

—¿Y eso te confirmó su relación? Podía tratarse de una situación que nada tenía que ver con un romance –inquirió Basir.

—Podía, sí. De todos modos, seguía creyendo que mi percepción era cierta; por lo que me aseguré con la fuente más veraz.

—El portero –apuntilló su hija.

—Exacto. Al principio, cómo es natural, se negó a darme información. Pero ya sabéis lo persuasiva que puedo llegar a ser y cedió.

—Y poderosa en esta ciudad. Das miedo, querida suegra –bromeó Basir.

—¿Pensáis qué lo amenacé? –se quejó ella.

—No, mamá Lale. Ya sabes que me gusta quitar hierro a las situaciones. ¿Cómo lo convenciste? –se defendió Basir.

—Acudí a mi sentimiento de madre y se ablandó. Confirmó mis sospechas diciéndome que cada lunes ella acudía a su casa.

—El día que libra en el restaurante. Pero... ¿Por qué no ha salido nada de esto hasta ahora en la prensa? —dijo su marido.

—Han sido muy discretos —apuntilló Sema.

—¡Y bien que lo han sido! No los ha pillado ningún periodista. Y es extraño. Hakan siempre ha sido acosado. Vigilan cuando sale de casa, cuando entra, si va a una fiesta, a una recepción. Alguno de ellos debió ver entrar a Aylin —dijo Lale.

—Y no lo dudo que lo hicieran. Y por ello es lógico que no la relacionaran con mí cuñado —dijo Basir.

—¿Por qué? —se extrañó su suegra.

—Bueno... No te enfades, Sema. ¿Vale? Pero he de decirlo, pues es la realidad. Tal cómo dicen los tabloides Aylin no es una belleza, seamos francos. Y Hakan siempre ha estado rodeado de mujeres espectaculares. Por ello no pensaron que estaban juntos cuándo entraba en el edificio ni que la pelea fuese por su causa.

—¡Esos periodistas son unos groseros! Y no tienen la menor idea de lo que es la hermosura. Esa chef es bien bonita y muy talentosa; y no dudo que también poseerá un gran corazón. Mi hijo, a pesar de lo que dicen de él, tiene valores muy firmes y esas mujeres con las que se ha pavoneado por ahí han sido meras diversiones. Si Aylin se ha apoderado de su corazón será por razones mucho más fundamentales que la simple belleza —protestó su suegro.

—Nadie de nosotros lo duda. Incluso diría que nos sentiríamos muy dichosos si Hakan se casara con ella. Porque temo que cualquier día lo atrapa una de esas que para nada la querría en la familia —comentó Sema.

—¡No digas eso, por Dios! Aylin es una chica dulce, inteligente, amante de la familia, nada materialista y con un atractivo muy especial. Tanto que, por lo visto ha encandilado a mi hijo. Lo que no entiendo es porqué se han enfadado. Aunque, viendo la reacción de Hakan, es algo pasajero. ¿No os parece? —dijo Lale.

—Mamá. Temo que no es así. Ha sido Aylin quién ha dejado a tú hijo.

—¿Por qué? Tu hermano es todo un partidazo. Guapo, rico y de familia noble; y por supuesto, una persona excelente. El soltero más cotizado de la ciudad. Y por lo que vemos se ha enamorado de ella como un loco. ¿Qué chica dejaría pasar esta oportunidad de oro? —se extrañó su marido.

—Una chica llena de complejos que teme que por su falta de belleza la deje por otra mucho más acorde con su estatus social y mediático. Aylin nunca ha creído que la quiera de verdad, que para él es un mero capricho. Y temo que nadie podrá convencerla de ello. Y más ahora tras el escarnio público que ha recibido. No quiero ni imaginar cómo estará sufriendo la pobre.

—Eliminar el complejo de la impostora es bastante difícil —comentó Basir.

—¿Qué es eso? —se interesó su suegro.

—Generalmente lo sufren mucho más las mujeres que los hombres. Es un sentimiento que te impide creer que estás a la altura de las circunstancias y que no mereces las cosas buenas que te ocurren. Por ello Aylin piensa que el amor de Hakan no es para ella y decidió cortar la relación.

—Y Hakan está desesperado.

—Sí. Noté que su reciente euforia se había esfumado. Aunque, pensé que era a causa de esa —. Por eso de que no debe renovar el contrato. Supuse que no sería agradable para él soportar sus reproches y enfado; nunca por haber perdido a Aylin —dijo Lale.

—Mamá. Hakan está muy mal. Ya lo habéis visto. No es el mismo. Y me preocupa mucho. Ante el mundo y vosotros intenta disimular, pero conmigo se desahoga. Y desde que ha regresado de Barcelona está triste, muy triste. Apenas duerme, ni come. Temo que si ella no recapacita, no volverá a ser el mismo. Ya sabéis cómo es. Cuando se implica en algo lo hace a conciencia. Y si ha entregado su corazón a Aylin, ella se lo habrá robado para siempre. Pero no solo es él el herido. Ella también sufre. Lo sé por Livana. Toda esa apariencia dicharachera que muestra en su programa es pura fachada; porque también ama con locura a Hakan, pero su miedo no le permite ser feliz.

—Pues deberemos conseguir que esos dos chicos se reconcilien o sufrirán mucho. Y no estoy dispuesta consentirlo. ¿Estáis de acuerdo?

Todos asintieron. ¿Quién podía negarse a una orden de la gran Lale Osman?

Aylin, una semana después, cruzó la puerta de desembarco. Livana estaba aguardándola.

—¡Bienvenida! ¡No sabes cuánto te echado de menos! –gritó.

Aylin le dedicó una suave sonrisa y la abrazó.

—Y yo. Porque aunque Arnau ha sido mi paño de lágrimas durante estos meses, no pudo reconfortarme como tú.

—Pues claro. Soy tu amiga más cercana y siempre lo seré. ¡Ay, Dios! He visto a lo lejos un paparazzi. Vamos al coche o saldrás de nuevo en los

tabloides.

Abandonaron el aeropuerto a toda prisa y se encaminaron hacia casa.

—Eres la noticia más comentada desde hace días —le informó Livana poniendo en marcha el motor.

—Lo sé. He visto el periódico en el avión —dijo Aylin.

—Cielo. No hagas caso. Ya sabes cómo son. Buscan escándalos para tener horas de tertulias.

—Sabía que ocurriría esto. Por eso no quise seguir con Hakan. Por eso lo dejé antes de que él se avergonzara de mí —susurró Aylin con ojos húmedos.

Livana detuvo el coche en el arcén y la miró furibunda.

—¡No digas sandeces! Él jamás se abochornaría de ti. ¡Jamás! ¿De acuerdo? Ya has visto el escándalo que organizó al pensar que estabas con Arnau. No le importó quién pudiese estar presente. Y te aseguro, querida, que un hombre cómo él es muy comedido en ciertos aspectos. Nunca pondría en riesgo su reputación por un mero capricho.

Aylin se frotó la frente con gesto desesperado.

—¡Maldito Hakan! Mi vida transcurría plácida y ha tenido que ponerla patas arriba. ¿Por qué no me deja en paz de una vez?

—¿Es posible qué por el hecho de que te ama? —dijo Livana poniendo de nuevo el coche en marcha.

—Más bien di por su orgullo herido. Pensó que Arnau era mi amante y eso no podía suceder. ¡Por favor! ¿Qué una mujer prefiera a otro antes que a él? ¡En la vida!

—Aylin, cielo. ¿Por qué te engañas?

—No lo hago. Eres tú quién confunde sus actos. Hakan no puede amarme. No a una mujer cómo yo.

Livana, exasperada, bufó.

—Te daré un consejo. Lo mejor que puedes hacer es ir a un psicólogo.

—¿Cómo dices?

—Sí, preciosa. Lo que has oído. Él será el único que pueda quitarte de la cabeza ese trauma que no te deja vivir.

—Mi vida es perfecta. Bueno, lo era antes de cruzarme con Hakan. Pero volverá a serlo en cuánto esta etapa termine —protestó Aylin.

—Y sigue engañándose —gruñó Livana, poniendo el intermitente para cambiar de rumbo.

—Mira. Agradezco tú preocupación. Sé muy bien lo que hago.

—¿Siendo cobarde otra vez? Te has negado a hablar con Hakan. Y lo deberías hacer si quieres aclarar la situación entre vosotros. Dile que deje de acosarte. ¿O es qué la relación con tú guionista va más allá de la amistad y temes su reacción?

—¡¿Qué?! ¡No! Ya te he dicho que solamente nos une una buena amistad –exclamó Aylin.

—No sé la razón de que te escandalices. Pues el tío no está nada mal. Y hacéis buena pareja. No me extraña que Hakan enloqueciera de celos. ¡Pobre! ¿No te da pena?

—La única pena que me da es que no entienda que no quiero saber nada más de él.

—Pues, convéncelo –dijo Livana tocando el claxon repetidas veces ante la pasividad del coche de delante

Estaba en lo cierto, pensó Aylin. No obstante, enfrentarse a Hakan le producía pavor. Miedo a que la persuadiese y volviera a caer en las garras de su espejismo. Ahora podía soportar el dolor de su ruptura. Disfrutar de nuevo de esa pasión loca y después volver a perderla, la mataría.

—No quiero hablar de ello. Por favor. Estoy agotada. El vuelo se retrasó varias horas y sufrimos varios baches por una tormenta que se desató sobrevolando Italia. Y ya sabes lo poco que me gusta volar. Tengo los nervios de punta –le pidió Aylin con aire cansado.

—No preguntaré más. Aunque, sí deberás hablar con tú madre. Y busca una buena excusa para el hecho de que no le contaras lo que sucedía.

—Está muy enfadada, ¿verdad?

—Hecha una furia. Más bien indignada. No ha parado de decir que su hija, por primera vez, le ha ocultado un hecho muy importante de su vida. He intentado calmarla. Ha sido imposible. Ya la conoces. Cuando se obceca con algo no para hasta liberarse de su carcoma. Así que, prepárate para una conversación poco agradable –dijo su amiga terminando de aparcar.

Livana no se equivocó. En cuanto Aylin cruzó la puerta lo primero que vio fue a Yildiz. Ofrecía un aspecto aterrador. Mirada penetrante, brazos cruzados bajo el pecho y dientes apretados. Una imagen que se clavó en su cabeza la primera vez que cometió una travesura y que jamás pudo olvidar. La señora Yildiz enojada era muy, pero que muy temible. Aunque, ahora era muy distinto a su niñez. No habría castigo; aunque puede que una temporada de alejamiento afectivo por su parte y eso era peor que la sanción más dura.

Aylin avanzó hacia ella con intención de abrazarla pero su madre la apartó.

—Mamá. ¿A qué viene esto? —protestó; aún conociendo la razón.

—¿Crees que debo darte una explicación? ¿Al igual que hiciste tú cuándo te pregunté qué te pasaba y me respondiste que nada?

—Mamá. La razón fue no querer preocuparte. ¿Para qué decírtelo si era evidente que pronto terminaría? Como así ha sido.

—La cuestión no es si era pasajera o no la relación. Lo que me ha dolido y mucho, es la falta de confianza que, de repente, has mostrado hacia mi. Siempre nos hemos explicado nuestras inquietudes, dichas o temores. ¿O no digo la verdad?

—Sí, mamá. Lo siento. Te contaré todo.

—Ya es tarde. No quiero saberlo. Estoy dolida. Y enfadada —rechazó Yildiz con gesto de dignidad ofendida.

—No seas así, mujer. Aylin lo hizo con la mejor intención. Si te llega a decir que estaba con Hakan Osman, te hubieses emocionado más allá de lo prudente, para después sufrir una gran decepción con la ruptura. ¿No es así?

—Ruptura que propicio esta tonta —le echó en cara a su hija.

Ella miró con gesto de reprobación a Livana.

—Lo siento. No tuve otra opción que darle una explicación tras la noticia en la prensa. Tú tampoco hubieses podido evadirla —se disculpó ella.

Aylin suspiró hondo.

—Mira, mamá. Esa relación no conducía a ninguna parte. Por el contrario, hacia el desastre. Atajé el camino para que no fuese la meta más dolorosa. Hakan nunca me ha querido. Fui un antojo. Ya has comprobado que toda la prensa piensa que el altercado no fue por mi causa. ¿Cómo podía ser por una chica tan poco agraciada y vulgar?

—Una extravagancia que lo llevó a montar un gran escándalo. Pues no me imagino que un hombre cómo él, perteneciente a la nobleza más rancia de este país, educada y discreta, que vaya por ahí perdiendo el oremus poniendo en boca de todos a su familia en un vulgar periódico sensacionalista. Tendrá un motivo más substancial que una excentricidad. ¿No te parece?

—Opino lo mismo —concluyó Livana.

—Pues estáis en un error.

—¡Aylin, por Dios! ¿Por qué eres tan obtusa? ¿Es qué no ves lo que siente ese hombre por ti?

—Siempre sacando punta donde no la hay. Por eso mismo no te dije nada. Mamá. El señor Osman sólo se divertía y punto. Ver que otro lo sustituía fue lo que le provocó. No hay más.

—¿Y cómo lo sabes? No has querido hablar con él —opinó Livana.

Yildiz le lanzó una mirada incendiaria a su hija.

—Las cosas no se hacen así. No se huye de lo que teme. Se enfrenta uno a ello si quiere vivir en paz. Debes mantener una seria conversación con ese hombre.

—Ya la tuve, mamá. Y no volveremos a estar juntos. ¿Te ha quedado claro de una vez? Pues, espero que esta conversación no tenga una secuela. Ahora, si no te importa, iré a descansar. Estoy realmente agotada. ¡Ah! Y no me despiertes para cenar. No tengo apetito —dijo abriendo la puerta de su habitación.

Su madre suspiró con impotencia.

—Deja que se calme y podréis conversar tranquilas. Tengo que irme —se despidió Livana.

Yildiz intentó sujetar la impaciencia por hablar con su hija. Pero transcurridos unos minutos no pudo más y golpeó suavemente con los nudillos la puerta.

—No quiero que me molestes.

Ella no hizo caso y entró.

—Por favor, mamá.

—Cielo. Es la primera vez que nos enfadamos de verdad y no me siento bien. Deberíamos aclarar las cosas. ¿No te parece?

—No tengo nada más que añadir.

Yildiz se sentó en la cama y le acarició el cabello.

—Hija. Cierto es que me ha molestado que no me contaras lo qué ocurría. Desde niña siempre has confiado en mí para ayudarte en tus problemas. Y ahora... Tal vez pensaste que me dañarías al descubrir que vuestra relación fue mucho más que un simple romance. ¿O me equivoco?

Aylin negó con la cabeza.

—Entiendo. Cariño. No me siento defraudada. El amor, a veces, es difícil de domar y muerde como una fiera salvaje. Nos obliga a comportarnos de un modo que jamás creímos.

Aylin se dio la vuelta.

—No callé por eso.

—¡Claro! Entiendo. Pensaste que la incontrolable lengua de Yildiz no podría permanecer callada al saber que su pequeña tenía un romance con alguien tan famoso e importante. Y puede que tuvieses razón. Siempre he deseado tú felicidad y en ella incluía a un hombre maravilloso que te amase. Porque siempre he creído que lo merecías más que nadie. Y Hakan Osman era el premio gordo.

—Pues ya ves que no he ganado la lotería –susurró Aylin.

—Cielo. Él fue a buscarte a Barcelona y confesó que te amaba.

—Nunca haría algo semejante. Porque no es cierto.

—Está grabado, cariño. Tú misma lo has visto.

Aylin lo negó con rotundidad.

—Quieres ver lo que deseas.

Yildiz buscó el video y se lo plantó ante la cara.

—Con una vez me bastó –rechazó Aylin.

—Pues no prestaste la suficiente atención. Míralo. ¡Que lo mires! –se exasperó su madre.

Lo hizo. Un furibundo Hakan lanzaba gritos desesperados. Y de repente, la confesión llegó.

—¿Y bien?

—Mentiras. Una argucia para que la niña tonta regrese junto a él para terminar su juego.

—¿Qué juego? Me has confesado que fuisteis amantes. Ya logró lo que buscaba según tú. Entonces, ¿por qué sigue hostigándote? ¿Di?

—Por favor, quiero descansar. Por favor –le pidió Aylin dándole la espalda de nuevo.

Su madre se levantó.

—¡Uf! ¡Aylin! ¿Por qué te maltratas tanto, eh? Espero, por tu bien, que alcances a comprender la realidad o serás una desgraciada el resto de tu vida. Porque te conozco y sé que nunca podrás dejar de amar a ese hombre.

Y lo sería, pensó Aylin. Pues era cierto. De ningún modo entregaría el corazón a otro, pues Hakan era y sería su dueño hasta el final de sus días.

Hakan se concentró en el trabajo para no pensar a cada segundo en Aylin. Aún así, la punzada en el corazón era incisiva y el dolor se le hacía insoportable. La única cura era la mujer que amaba con toda el alma. Pero ella, ahora, lo había apartado de su vida para dar entrada a otro hombre y por mucho que intentase recuperarla, la testarudez y determinación de Aylin dejó bien claro que no había vuelta atrás.

—¿Crees qué debo aceptar? Hakan. ¿Me estás escuchando?

Él sacudió la cabeza y volvió a la realidad.

—Sí. Es un proyecto muy interesante y que revalorizará tu carrera. ¿Algo más? Tengo en pocos minutos otra reunión.

Livana lo miró con gesto de reproche.

—¿Es qué eres de piedra?

—¿Cómo dices?

—No te hagas el cándido. Todos vimos tú reacción con Aylin. Y ahora que la has perdido te comportas como si nada. La gente normal estaría destrozada, despotricaría, moriría de dolor y tú... ¿Es qué eres de piedra?

Él cerró la carpeta y sin mirarla, dijo:

—Livana. Esta conversación carece de importancia ante las cuestiones que me aguardan.

Ella hizo una mueca de incredulidad.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente. El asunto de Aylin está zanjado y no volveremos a hablar de ello. ¿Entendido? Ahora, si no te importa, te rogaría que te marcharas.

Livana lo miró con desprecio.

—Pensé que eras un buen hombre. Ahora he comprobado que erré. No tienes sentimientos. Has sido testigo de cómo degradaban a Aylin por su físico y has quedado callado. Aylin estaba en lo cierto. Solamente quisiste divertirte a su costa. Porque un hombre que ama a alguien no permite que le dañen y a ella la han destrozado. Si antes se menospreciaba, ahora se odia a si misma. Y tú sigues ahí tan tranquilo. Ha hecho muy bien en dejarte y optar

por Arnau. ¿Y sabes la razón? Porque Aylin merece a su lado a alguien que sepa apreciar el valor que tiene, y él la respeta y la quiere de verdad, sin avergonzarse.

Hakan levantó la cabeza y la fulminó con la mirada.

—¿Es qué no has entendido que no quiero hablar de ello?

—Por supuesto que no. No deseas escuchar las verdades. Pues te diré que una de ellas es que te importa bien poco lastimar a los demás con tal de conseguir tus antojos. Eres un tipo vil y miserable.

—Livana. Ten cuidado con lo que dices —siseó él.

—¿Es qué si expreso mis pensamientos me despedirás? —lo desafió ella.

—Soy un buen profesional. Jamás mezclo el trabajo con la vida privada. Y te consta. De igual modo que sabes que jamás nos ha unido una gran amistad. Nuestra relación es comercial y a ella debes atenerte en exclusiva a partir de ahora. Las opiniones personales no tienen cabida. ¿De acuerdo?

—Ha quedado todo muy claro, señor Osman.

—Perfecto. Y en cuanto a mi silencio con la prensa, es lo mejor que puedo hacer por Aylin. ¿O quieres que se sepa que fui su pareja? Porque si lo hiciese, la persecución mediática para ella sería un infierno y sus opiniones aún más feroces. ¿Te parece una explicación suficiente para que calle? —remató Hakan con tono gélido.

—Lo es sí.

—Pues discusión resuelta. Puedes irte.

Livana se levantó y se encaminó hacia la puerta. Pero antes de salir se dio la vuelta y dijo:

—Deberías contarle a Aylin el motivo de tu silencio. Así aliviarías su tristeza. Buenos días, Hakan.

Tras quedar a solas, Hakan se reclinó en el respaldo. Se sentía agotado de demostrar que todo iba bien. Sin embargo, la ansiedad constante amenazaba con decomponer la poca frialdad que le quedaba y luchaba por volver al estado anterior de que Aylin apareciese en su vida. Pero era imposible. Ya nada sería igual. Su cuerpo y su mente se habían aclimatado a la dulce primavera de ella. Sin su abrigo quedaría sepultado por los hielos eternos de la soledad, porque nunca más podría florecer otro amor tan maravilloso como el que experimentó a su lado. Un sentimiento tan profundo tan sólo se concedía una vez en la vida.

—¡He dicho que no me molesten! —rugió al ver que la puerta de abría.

—Pues a mí me atenderás —dijo Leyla cerrando sin miramientos y se sentó ante él.

La mirada de ella no evidenció una conversación agradable y mucho menos lo sería cuándo llegase el día que le comunicara que no renovarían el contrato.

—Tú dirás.

—Hakan. Me has defraudado. Y más que eso. Me siento muy, pero que muy ofendida por lo que has hecho. Te dije lo que pensaba y me has ignorado, cuando sabes que solamente deseo lo mejor para ti. Pensé que me tenías en más estima.

—No comprendo a qué te refieres ni adónde quieres llegar.

—Te creí un hombre de buen gusto y descubro que te liaste con esa chica tan horrible y antipática; cuando tenías otras opciones mucho más interesantes y acordes a tu estatus. ¿De verdad pensabas llevarla contigo a los estrenos y fotografiarte junto a ella? ¡Por Dios, Hakan!

—Al parecer no lees la totalidad de los artículos. Mi discusión fue con ese español.

Ella efectuó un gesto exagerado de alivio.

—Ya decía yo. Eres demasiado listo. La prensa se habría cebado contigo. Hakan Osman pareja de una muchacha fea, gorda y de profesión cocinera. Ya veo los memes que se habrían hecho. Claro que sí, cariño. No hay otra explicación que la que me has dado. Nadie, aunque algún descerebrado diga que es posible que fuese tu pareja, se puede creer que en verdad estuvieses enamorado de ese adefesio. Pero no te preocupes, cariño. Aquí me tienes para apoyarte. Sabes que me importas y mucho. En realidad, no ignoras los sentimientos que albergo hacia ti. Hakan. Si saliésemos haríamos una pareja estupenda y se olvidarían estos absurdos rumores; porque la prensa nos adoraría tanto que no dejarían de hablar sobre nosotros y por supuesto con elogios y no con críticas cómo ha ocurrido ahora. Y en lo personal, estoy dispuesta a darte todo lo que ninguna mujer podría darte. Pasión, belleza, sexo salvaje, inteligencia.

Hakan la escuchó impasible; aunque por dentro la ira fue adquiriendo un punto cada vez más alto de ebullición, hasta que estalló.

—¡Cierra el pico! ¡No dices más que simplezas! ¿Inteligencia? ¿Belleza? Si tú careces de todo ello.

Ella abrió los ojos como platos.

—¿Qué no tengo hermosura? ¿Ni inteligencia? ¡Soy la actriz más adorada del país! El público enloquece conmigo y he sido elegida la más bella en las listas internacionales varias veces.

—¿Y en un mundo de ciegos seguirías siendo la más hermosa? ¿Di? Le beldad se compone de otros elementos, Leyla. Y tú careces de ellos. Sin esta fachada no aportas nada interesante. Por el contrario, solamente defectos insoportables. En cambio, esa chica posee virtudes que jamás poseerás.

—¿Y pretendes hacerme creer que esa cocinera es mucho mejor? ¡Por favor! ¿Es qué te has vuelto loco? Si duda sí. Mira que compararme con ella. ¡Es absurdo!

—Para mí es la más deseable del mundo y no me importa en absoluto lo que digan los demás.

—¿Estás confesando que en verdad estabais liados?

—Di más bien una relación.

Leyla le dedicó una sonrisa desdeñosa.

—Pues esa muchachita está con otro.

—Por poco tiempo. Volverá conmigo. Y no solo eso. Será mi esposa y la madre de mis hijos —confesó Hakan.

—Sin duda, estás loco —jadeó ella.

—¿Te has analizado tú? Querida, hazlo y verás porque nadie te soporta.

Leyla le dedicó una mirada llena de desprecio.

—¡Qué idiotez! Estás ciego. No ves que me adoran.

—La que no ves eres tú. Eres egoísta, déspota y cruel. Y esos defectos se reflejan en tu rostro. Por supuesto, no cuando actúas; porque en eso si debo darte la razón. Eres una gran actriz. Pero la magia deja de existir en la vida real y todo se vuelve contra ti. Causas verdadera animosidad.

Ella alzó el mentón con aire orgulloso.

—¿Y qué más me da la opinión ajena? Lo que me importa es mi carrera y ésta es la más exitosa del país.

—Lo era, hasta ahora. Las cosas han cambiado.

—¡Qué tontería!

—¿No te has preguntado la razón por la que llevas varios meses sin un proyecto?

Leyla le lanzó una mirada iracunda.

—Por tú culpa. Esa Livana te ha engatusado muy bien. Imagino que te hará grandes favores.

—Los mismos que me hiciste tú: ninguno. ¿Sabes la causa real? Ningún galán quiere trabajar contigo. ¿Lo sabías? Pues así es. No te soportan. No quieren aguantar tus arrebatos de diva ni tus exigencias desmesuradas. Tampoco los productores quieren arriesgar un proyecto ante la amenaza de dejar la producción por tus caprichos ni prescindir de profesionales porque a ti te molestan. Te has convertido en un monstruo y todos desean destruirte.

—¿Por qué eres tan cruel conmigo? ¿Qué te he hecho? —se lamentó ella, a punto de echarse a llorar.

—Describo a otro con la misma crueldad que tú utilizas. ¿A qué estás experimentado en propias carnes que es humillante? Espero que aprendas la lección. Pero no lo comprobaré personalmente. No quiero trabajar más contigo. No renovaré nuestro contrato. Puedes ir buscando otro representante. Y suerte. Dudo que alguno de ellos quiera tenerte en su plantilla.

El semblante de Leyla pasó del sinsabor a la furia.

—No lo harás. Te demandaré.

Hakan abrió el cajón, sacó un folio y se lo entregó.

—Hazlo. No te servirá de nada. Aquí está el aviso reglamentario que estipula la ley para notificar un cese comercial.

Ella se lo arrancó de las manos y se levantó.

—Te acordarás de esto. Lo juro.

—Buenos días —la despidió Hakan.

Leyla apartó la silla con brusquedad, se levantó y abrió la puerta.

—Esto no quedará así. Ya estás avisado —lo amenazó.

Hakan se limitó a echarla con un gesto de la mano.

Ella, furibunda, se largó dando un manetazo a la puerta que golpeó contra la pared.

Él, sin embargo, respiró con alivio. Por fin se había deshecho de esa mujer tan insoportable y que tantos problemas le causó.

Al ver que la secretaria no acudió a cerrar la puerta se levantó.

—Ya sabes que no soy chismosa y que jamás te he contado nada de lo que sucede en estos despachos. Pero esto es diferente. No veo que comprometa a la agencia. Pues, sí ha vuelto. Me lo ha dicho Harun. Ya sabes. El paparazzi de la revista Fame. La vio en el aeropuerto, pero no pudo

sacarle ni una foto. Y vino sola. No se la razón. Aunque puedo informante de que decían a ciencia cierta de que ese español era su amante; pues se les veía mucho juntos. Pero otros que no, pues se rumorea que es homosexual. Rumores sin confirmar, chica. La cuestión es que hará mi jefe en cuanto sepa que está en Estambul. Porque yo sí creo que estaban juntos. Una lleva varios años con él y sabe de qué pie calza. En los últimos tiempos se le veía más relajado e incluso con muy buen humor. Eso solamente lo provoca, en alguien como él, la felicidad. Y si quiere seguir siéndolo, digo yo que hará algo. ¿Montará otro numerito cómo el de Barcelona? Chica. Jamás pensé verlo tan alterado y perdiendo la compostura. Siempre ha sido prudente y correcto; incluso cuando salía con esas modelos o actrices tan espectaculares. Y ahora va y se vuelve loco por esa cocinera. Que no digo yo que la chica no merezca la pena. Nada de eso. Ya sabes que mi modo de pensar es muy abierto. Eso de la diferencia de clases es una memez. Al igual que el aspecto de una persona. Lo importante es el interior. Y conociendo a mi jefe, pondría la mano en el fuego de que es una chica con muchos valores. Lo que no entiendo es porqué ella lo ha dejado. ¡Si el señor Osman es una perita en dulce! Cualquiera estaría locuita por cazarlo. Yo no, ya sabes. Es guapo, rico y todo eso, pero cuando no hay química, ninguna pócima da resultado. Todo lo contrario me ocurre con Engin. Diez meses juntos y sigue volviéndome locuita. Puede que para nuestros padres eso sea un tiempo escaso. Pero hoy en día... ¡En fin! Volviendo a lo de antes, te confesaré que estoy ansiosa por ver cómo termina este asunto.

Hakan debería enojarse. Sin embargo, la verborrea incontenible de Irmak le produjo diversión, hecho que le pareció sorprendente; puesto que su asistente siempre se comportó con sobriedad y con escasez de palabras. No obstante, debía amonestarla. No podía tolerar los chismorreos sobre su persona y menos en el trabajo. Así que, con tono gélido, dijo:

—¿Quieres ver cómo terminas tú si no cuelgas ese teléfono de inmediato?

Irmak, pálida, colgó y se dio la vuelta. Los ojos de su jefe refulgían de enfado.

—Señor Osman. Lo... siento. Perdona. Pero es que... ¿Hace mucho que está ahí?

—El tiempo suficiente para decirte que jamás vuelvas a comentar nada que no sea laboral. ¿Entendido?

—Sí, señor Osman.

—Bien. Llama a Asil. Convócalo para mañana a las doce. Y ya puedes irte. Por hoy hemos terminado. Tú también puedes irte. Buenas tardes.

Hakan dio media vuelta, pero se giró de nuevo.

—Dime... ¿Cuándo ha vuelto?

—Esta mañana.

Hakan aseveró suavemente.

Irmak reprimió una sonrisa. El señor Osman, cómo era de esperar, no se había dado por rendido. Sería interesante ver qué ocurriría ahora.

Pero Hakan no haría nada. Prefería sufrir el abandono a verificar que Aylin ya no lo amaba.

45

Entrar en el restaurante reconfortó a Aylin. Allí estaba la verdadera realidad de su vida. El trabajo que siempre soñó y que cumplió todas sus esperanzas. Un refugio donde nunca entraría la decepción.

—A partir de ahora deberás concentrarse en esto y en nada más. ¿Lo has oído bien, Aylin? Tus metas tienen que ser tangibles. El tiempo es demasiado valioso para emplearlo en sueños inalcanzables. Así que, manos a la obra.

Revisó la despensa, el frigorífico y al comprobar que había lo necesario para experimentar, optó por comenzar a idear un nuevo plato para la carta.

Se decantó por unos **elti biber dolmasi*. Modificó el relleno de carne y arroz por una espuma ligera de bacalao a la que le añadió ciruelas secas, piñones, ajo y pimienta; y a la salsa de tomate, azafrán y **Sumak*.

Incluso ella se sorprendió del resultado. Pocas veces se acertaba al primer intento. Y no había nada que rectificar.

—Seguro que está delicioso, chef —dijo Yussuf.

Aylin se dio la vuelta y les dedicó una gran sonrisa a todos sus compañeros.

—Bienvenida. No sabes cuánto te hemos echado de menos –dijo Asaf.

—Yo también os extrañé. Pero ya he regresado y no volveré a irme.

—Pobre de ti que lo hagas. ¡Esto ha sido una locura! Ni un solo día una mesa libre y el teléfono sin parar de sonar –se lamentó Nesrin.

**Pimientos rellenos de carne y arroz*

**Especia que sabe a limón*

—Chef. ¡Estás estupenda! Barcelona te ha sentado muy bien, ¿eh? –dijo Evren con tono mordaz.

—Sin duda. Ha tenido un éxito brutal. Espero que aquí también le ofrezcan un programa –comentó Ruzgar.

—¡Por Dios! Espero que no. No quiero volver a sufrir dos meses más. ¿Sabes qué a parte de limpiar Yussuf me colocó de pinche? –se quejó Oka.

—Nos faltaban manos –se excusó Yussuf.

—Eso se terminó. Ya he vuelto para estar al pie del cañón. Y por cierto, os doy las gracias por conseguir que mi ausencia no se haya notado.

—Solamente hemos seguido las instrucciones que nos dejó –dijo Cemil.

—Yussuf. He ideado un nuevo plato. Prueba –dijo Aylin ofreciéndole los pimientos.

Él los cató.

—¡Madre mía! Exquisitos.

—¿Crees que podemos incluirlo cómo plato en la nueva carta?

—¡Claro que sí! Jefa. Creo que ir a España la ha beneficiado –aseguró.

Aylin también creyó que ir a Barcelona sería un bálsamo que la curaría de las heridas del amor. No fue así. Hakan le clavó su aguijón muy hondo y nada, ni nadie podía ya salvarla de su ponzoña. Pero aún sufriendo ese dolor, se dijo que tenía que seguir adelante; a pesar de su pérdida y del escarnio al que fue sometida.

—¿No queréis comentarme nada sobre lo ocurrido allí? –les preguntó.

—Nosotros no hacemos caso a los periódicos sensacionalistas. Ni tampoco pedimos explicaciones privadas de nadie, por muchas ganas que tengamos de conocer los acontecimientos. Aunque, si diré que todos

pensamos que eres una chica preciosa. ¿Verdad? —dijo Nesrin, mirando a los demás.

Ellos asintieron y ella les dedicó una sonrisa de agradecimiento.

—Gracias, chicos. ¡Venga! Abrimos en tres horas. ¡A trabajar! —dijo Aylin dando unas palmas.

El tiempo entre fogones fue compasivo y le concedió a su mente dejar de pensar en Hakan. Ese bálsamo indujo a Aylin a implicarse aún más en el trabajo. No así cuándo se refugiaba en la intimidad de su habitación. Allí le era imposible borrar el recuerdo de la primera vez que lo amó. La noche se convertía en una tortura insoportable. Aún así, no quería irse del apartamento. Hakan lo decoró pensando en ella y era lo único que tenía de él.

—Esto no puede seguir así. Se pasa casi todo el día en el restaurante y en la noche pensando en los nuevos menús. Apenas duerme. ¡Caerá enferma! —se lamentó su madre.

—Me temo que así será. Deberíamos hacer algo. Si le contamos a Hakan la situación...

—¿Y qué hará, Livana? ¿Di? Desde el incidente no ha vuelto a ponerse en contacto con ella. Ese hombre no hará nada. Es evidente que ya ha optado por olvidar a mi niña. ¿O es que no has visto los programas de sociedad? Va de fiesta en fiesta y llevando a su lado a mujeres impresionantes. Eso aún daña más a Aylin. ¿Y sabes una cosa? Ahora sí creo que mi niña tenía razón al pensar que se aprovechó de ella para divertirse. ¡Te juro que si lo tuviese delante lo mataría!

—Puedo asegurarte que Hakan ama de verdad a Aylin. Lo que ocurre es que él jamás deja que sus sentimientos afloren y se muestra ante los demás cómo si poseyera un corazón de hielo; pero Hakan está realmente mal. Al igual que Aylin se ha refugiado en el trabajo; aunque no solo en eso. Sus excesos preocupan mucho a su familia, porque siempre ha sido un hombre que se regía por la sensatez y ahora que está cayendo en un pozo profundo y no atiende a razones. Se temen lo peor.

—¡Maldita sea! Pero... ¿Qué les pasa a estos chicos? ¿Por qué demonios están así si se aman? —se exasperó Yildiz.

—Aylin tiene miedo; ya sabes cuál es la razón y Hakan piensa que ella se ha enamorado de ese español. Así que ninguno de los dos hace nada.

—Es un cúmulo de despropósitos —refunfuñó Yildiz.

—Los sentimientos son complicados. Y tú mejor que nadie lo sabe; pues también tienes un gran conflicto.

Yildiz ladeó la cabeza y entrecerró la frente.

—¿Qué conflicto?

—El que tienes con Serdar.

—Nosotros nos llevamos de maravilla. Lo sabes. No sé porqué dices eso.

—Por la sencilla razón de que sé también que esa buena amistad no es real.

—¿Qué dices, Livana? Soy una persona franca y jamás osaría fingir un sentimiento. ¿Es qué no me conoces? —se indignó Yildiz.

—Pues lo estás haciendo. Porque todos sabemos que estás disfrazando el amor que sientes por Serdar. Y también somos concientes del motivo; que no es otro que el miedo. Te quejas de Aylin, pero tú estás haciendo lo mismo. No quieres implicarte en una relación por temor a volver a ser el objeto de un abandono. Las dos sois cobardes —le echó en cara Livana.

—No lo soy, Livana. Soy realista. Sí, confieso que amo a Serdar. Pero a lo único que puedo aspirar es a ser su amiga, porque no es un sentimiento correspondido. Prefiero eso a perderlo para siempre.

Livana sacudió la cabeza mirándola incrédula.

—¿Me lo estás diciendo en serio? ¡Por Dios, Yildiz! Eres una mujer adulta y se supone que con la suficiente experiencia para saber diferenciar los sentimientos de una persona.

—Pues no, Livana. No. Solo ha habido un hombre en mi vida. No tengo experiencia en asuntos románticos. Desde que me dejó ese desgraciado me he centrado en salir a flote y en conseguir una buena vida para Aylin. No he tenido tiempo para amoríos, ni los he querido; porque dices la verdad. Me da pánico que de nuevo el amor me hiera. Pero como he dicho, no es el caso. Él no me quiere —respondió Yildiz con tono cansado.

—Te equivocas. Trabajo a diario con él y te aseguro que está loquito por ti.

—Tal vez le guste, sí. No obstante, no estoy dispuesta a ser la diversión de nadie. ¿Entendido? Por lo tanto, deja el tema —rezongó Yildiz.

—Ya. Evade el problema que terminarás igual que tu hija cuando Serdar se harte de tu inseguridad.

—El problema real, ahora mismo, es Aylin. Centrémonos en él —replicó Yildiz.

Livana asintió, pero pensando que existían dos y estaba dispuesta a resolverlos; al igual que lo hizo con sus apuros económicos, con los sentimentales.

46

Hakan intentó borrar el sentimiento que lo carcomía trabajando sin descanso y al caer la noche, bebiendo hasta perder el sentido o refugiándose en los brazos de otras mujeres. Pero el amor se había grabado a fuego en su corazón y nada ni nadie podían borrar la cicatriz. Aylin permanecería siempre escondida en ese rincón donde los recuerdos te reconfortan o te hacen gritar de dolor.

—¿Qué vamos a hacer, Müdür? ¿Qué haremos sin ella? No puede estar con ese tipo. No. Mírala. Este es el lugar al que pertenece. Tiene que volver con nosotros, porque no ama a ese hombre. Lo sé. Ella me ama a mí. Solo a mí. Lo de ese tipo ha sido una locura pasajera. Aylin regresará con nosotros. Lo hará —murmuró mostrándole la fotografía que le robó la noche que lo cuidó.

El perro lo miró con ojos melancólicos. Él cogió la botella de raki y bebió un vaso tras otro.

—¿Por qué me engaño? Aylin me... ha dejado. Esa es la única verdad, Müdür. Dime que... hago para... olvidarla. Dime. ¡Me duele... tanto el corazón! —farfulló perdido en los efluvios del alcohol.

Müdür vio cómo caía en el sopor y gimió dejando caer la cabeza entre las patas.

Al día siguiente, al igual que las últimas semanas, llegaba a la oficina resacoso y de un humor de perros.

—Señor Osman, ha venido su hermana. Le espera en el despacho —le informó su secretaria con temor.

Él se limitó a soltar un gruñido de fastidio.

Sema, sentada ante la mesa, lo observó. Era impresionante ver que a la luz del día Hakan apenas mostraba los desenfrenos nocturnos. Pero los que lo conocían bien veían en las ligeras ojeras y en su delgadez esos estragos.

—¿Qué te trae por aquí, hermanita? Teniendo en cuenta el día de perros que hace hoy, ¿tal vez comprobar si estoy en condiciones o por algún asunto más importante que no se entrometa en mi vida? —le preguntó él.

—No seas insolente.

—No lo soy. He expuesto la realidad.

—Una situación que me obliga a comprobar que no has cometido una insensatez. Pero hoy no he venido a eso. Es por algo mucho más lúdico. Mi cumpleaños. He organizado una gran fiesta. No siempre se cumplen los treinta. Así que, he venido a invitarte personalmente. Y cómo últimamente estás imposible, quiero asegurarme de que no se te ocurra faltar a mi cumpleaños. Es un evento muy importante para mí —le dijo Sema.

—Pues, deberé faltar. Esa semana estoy fuera del país.

—¡Pues anulas el viaje! O juro que no te dirigiré nunca más la palabra.

—No es placer. Es trabajo. Me será imposible. Lo siento.

—¿Desde cuándo el trabajo es más importante que la familia? ¿Eh? Mira. Ya has perdido el amor por tu estupidez. No cometas otro error conmigo.

—No ignoras cuál es la verdadera razón —refutó él.

—Claro. Por tu absurda percepción de que no debes intervenir en la decisión de nadie. ¿Pero sabes una cosa? A veces, la gente toma caminos que le conducen al desastre y hay que guiarlos; lo quieran o no hasta reconducirlos por la senda correcta.

—¿Te refieres a Aylin o a cuestiones generales? —inquirió él con tono mordaz.

—Sabes muy bien a quién me refiero. Mira, Hakan. El papel de tolerante con las libertades es muy loable. En cambio, con las cuestiones amorosas es un fiasco. Lo único que te aportan es infelicidad.

—Observo que tu maridito te ha aleccionado muy bien en cuestiones de psicología —se burló Hakan.

—La postura de cínico no te favorece. En realidad, últimamente ofreces un aspecto que da pena.

—Pues tú tampoco muestras un semblante saludable. Tienes muchas ojeras. ¿Acaso estás enferma o es Basir que te da mala vida? ¿Tienes problemas en tú matrimonio? ¿Es eso? —comentó Hakan, pero esta vez sin bromear.

—No he venido a hablar de mí. Aún así, te diré que no estoy enferma y que mi matrimonio está más consolidado que nunca. Lo que debemos aclarar es tú situación. Tenemos que resolver el problema.

Él suspiró hondo.

—No hay ninguno, porque todo está dicho ya.

—¡Por el amor de Dios, basta de comportarte cómo una víctima y toma cartas en el asunto de una maldita vez! Esta postura no te pega nada.

—Ser cazador no me llevará a ningún triunfo. Por mucho que acoses a la presa, si ella no quiere caer en tu red, serás tú el atrapado en una relación inconclusa. Mi cuñado te lo verificará.

—Y cómo tú has caído en ese sentimiento de derrota, te desmoronas cada día y te sumerges en hábitos destructivos. Pues mira, ya estoy cansada de tapar tus excesos —se exasperó su hermana.

—Nadie te ha pedido que lo hagas.

—¿Y qué pretendes, eh? ¿Qué nuestros padres sufran a causa de tu mala cabeza? Hakan. Eres un hombre que siempre ha superado los inconvenientes. Y llevas semanas sumergiéndote en el infierno. No sé que te ha pasado.

—¿Así qué no lo sabes?

—¡Uf! Deja el sarcasmo a un lado, por favor. Hablo de que no haces nada para aliviar el suplicio que te corroe. Te has empeñado en que Aylin ya no quiere nada contigo. Pero no es cierto. Ella también está sufriendo.

Él dejó escapar una carcajada profunda.

—¿Sufriendo, dices? Sema. Ella me pidió que la dejase en paz. ¿Y sabes el motivo? Porque está con ese español. Ella se enamoró. Vi con mis propios ojos lo que sentía por él. La encontré abrazada a él. Así que no me vengas con falsas esperanzas. No las hay. ¿Entendido?

—Parece mentira que el gran Hakan Osman no esté al tanto de los asuntos que le importan, cuando los demás sí. Hermano. Aylin no está con ese hombre. Es imposible porque se va a casar con otra.

—Si me has dicho que ella está tan mal, será por esa causa. No por mí.

—¡Uf! ¡Mira que eres obtuso! Lo que hubo y lo que sigue existiendo entre esos dos es pura amistad. Nada más. Lo sé de buena tinta. ¿De verdad piensas que si no fuese así te lo diría? Te quiero, hermano. A pesar de que ahora parece que se te ha olvidado. Lo último que pretendo es hacerte sufrir más por darte falsas esperanzas —se crispó Sema.

—Mira. Tengo reuniones urgentes y deberías irte —dijo él para zanjar la conversación.

—El hermano que yo conocía jamás eludía una dificultad.

—Me concentro en todo aquello que considero realizable.

—Lo sé. El gran Hakan Osman nunca padecerá espejismos; porque nunca pasará sed en el desierto al saber de antemano dónde se encuentra el oasis. Siempre tan calculador, metódico y frío.

—Hay infinidad de mujeres que te dirían lo contrario —replicó él.

—Pero solamente hay una que te importa de verdad. Y la has perdido por tú estupidez. ¡En fin! Mejor me voy. De un tiempo a esta parte no es nada agradable conversar contigo. Te has vuelto muy grosero e intransigente.

—Porque todos os empeñáis en meteros en mí vida —remugó Hakan.

—Intentamos ayudarte. Que es lo que hacen las familias.

—Pues, no os molestéis.

Ella se levantó y le lanzó una mirada cargada de fuego.

—Lo haré y mucho si no asistes a la celebración; porque dejarás de tener una hermana. Hakan. No es una amenaza. Hablo en serio. Así que, haz lo que sea para no faltar. ¿Entendido? Buenos días.

Él volteó la silla y la encaró hacia la ventana, y miró cómo caía la nieve con aire pensativo. ¿Sería cierto que entre Aylin y ese español no había nada íntimo? ¿O por el contrario ella les hacía creer eso para que no viesen que estaba destrozada por no poder obtener su amor? La única respuesta la tenía Aylin. Y ella jamás lo sacaría de la duda. Le dejó bien claro que quería

que desapareciese de su vida. Pero. ¿Y si Sema y Livana estaban en lo cierto y seguía amándole? El motivo de la ruptura fueron los celos y su inseguridad. Eso significaba que no fue por falta de amor. Y en el fondo del alma, presentía que ese amor seguía latiendo en el corazón de Aylin.

—Entonces, ¿por qué me empeño en rendirme? Sema está en lo cierto. Tengo que salir de esta duda y así terminar con esta zozobra que no me deja vivir. Sí. Debo hablar con Aylin.

47

Colgó por octava vez.

Yildiz echó una ojeada al teléfono.

—Hija. Digo yo que, si te animaras a contestar, tal vez le dices una razón para que dejase de llamar. ¿No crees?

—Ya le dije todo lo que tenía que decir —dijo Aylin.

—Todo no. Omitiste lo más importante.

—¿En verdad piensas qué debía confesar que lo amo cuándo para él tan solo he sido una aventura más?

—A la vista está que no es así —refutó su madre mostrándole el móvil.

—Mamá. Hakan se quedó callado ante los insultos que me dedicó la prensa. ¿Y sabes la razón? Porque yo estaba en lo cierto y se moriría antes de admitir que estaba con alguien como yo.

—Puede que el motivo fuese uno muy distinto. ¿No has pensado que es un hombre discreto y no quiere airear su vida privada?

—Mamá. No insistas. Esa historia terminó. ¿De acuerdo? Ahora será mejor que te marches o te pillaré la tormenta —dijo Aylin.

—¿No vienes?

—Tengo muchas cosas que hacer.

—¿No te parece qué trabajas demasiadas horas? Esto no puede seguir así, cariño. Has perdido peso y tus hermosos ojos están rodeados por grandes

ojeras. Debes cuidarte o caerás enferma. Hija...

—Mamá, por favor. Basta.

Yildiz aseveró con semblante disgustado.

—Haz lo que te parezca. Pero después no te quejes de que no te avisé. Buenas noches.

—Buenas noches —la despidió Aylin concentrándose en colocar las tazas en el armario.

En cuanto escuchó cerrarse la puerta, se dejó caer en el taburete. Se sentía fatigada. Mucho. Pero no podía parar o de lo contrario su mente se concentraba en recuerdos que le desgarraban el alma.

Haciendo un gran esfuerzo se puso en pie y continuó con la tarea; hasta que el cuerpo extenuado dijo basta y no tuvo más remedio que aceptar que era hora de ir a casa. Apagó la calefacción, inspeccionó que todo estuviese perfecto y se abrigó. La noche estaba fría, muy fría y los relámpagos aún lejanos anunciaban tormenta. Apagó la luz y abrió la puerta. Una ráfaga gélida le golpeó el rostro. Cerró a toda prisa, se acomodó la bufanda y se acercó a la calzada para parar un taxi.

—Aylin.

Un latigazo despiadado se le desató en el estómago al reconocer la voz. Pero continuó de espaldas. No podía mirarlo o la firmeza se desmoronaría.

—Aylin. ¿Podemos hablar? —le pidió Hakan.

Ella no atendió su ruego y comenzó a caminar.

—Por favor —insistió él, siguiéndola.

Aylin alzó el brazo para parar el taxi, pero estaba ocupado y pasó de largo.

—No podemos seguir así. Yo no puedo seguir así. Necesito que hablemos.

Unas tímidas gotas comenzaron a caer.

—Pues yo no.

—¿Por qué me evitas? ¿Qué temes? ¿Di?

—Ya dije todo lo que debía decir. No hay más. Así que, vete.

—¿Qué no hay más? ¿Y qué me dices de ese hombre, eh?

—No tengo obligación alguna de contarte lo que hago o dejo de hacer. No somos pareja.

—Porque tú no lo quisiste.

—Exacto. Y sigo queriendo que desaparezcas de mí vida.

—¿Por qué? ¿Di? ¿Por qué no me amas?

—Así es —respondió ella viendo cómo otro taxi pasaba de largo.

—Mientes —silbó Hakan.

Ella se giró.

— ¡Te estoy diciendo que me dejes en paz! —chilló.

Él la asió del brazo.

—¿Qué me dejes! —exclamó Aylin soltándose.

De repente, la llovizna se convirtió en una tromba de agua. Aylin echó a correr sorteando los coches y Hakan la siguió. La alcanzó al otro extremo de la calle, junto a un edificio en obras.

—¡Suéltame! —bramó ella.

—No seas criatura. Tenemos que resguardarnos. Se ha levantado mucho viento y es peligroso seguir en la calle —dijo tanteando la cerradura de la garita. Por fortuna, no estaba cerrada, ni estaba el vigilante.

—No quiero estar contigo. ¡No tienes ningún derecho a retenerme! Esto es un secuestro —protestó Aylin.

Él la aferró con más fuerza y la obligó a entrar justo a tiempo para que una rama no cayese sobre a ellos.

—No digas bobadas —dijo Hakan soltándola.

—¿Es qué acaso estoy aquí por propia voluntad? —dijo ella mirando alarmada el camastro.

Él intuyendo su temor, abrió la puerta y una ráfaga poderosa de viento los golpeó.

—Nunca haría nada contra tu voluntad. Eres libre. Puedes irte.

Aylin deseaba huir. No por miedo a Hakan. Si no por ella misma. Ahora que lo tenía tan cerca fue aún más consciente de cuánto lo añoraba, de cuánto le dolía el corazón ante la evidencia de que nunca sería suyo. Aún con esa seguridad, no dudaba de que si él intentaba seducirla no podría resistirse.

—¿Y bien? —inquirió él ante su titubeo.

Ella se echó para atrás al ver cómo una persiana salía volando. Sería una locura deambular por la calle. Hakan volvió a cerrar.

—Me quedo por... seguridad. No por ti. Que... te quede claro —farfullo tiritando.

—Quítate el abrigo. Estás empapada —le pidió él desprendiéndose del suyo.

—¿Por qué debería hacerte caso? Tú no eres nadie para darme órdenes.

—Aylin, no seas niña. Puedes enfermar.

A regañadientes le hizo caso. Lo cierto era que estaba muerta de frío.

Hakan parpadeó asombrado. Aylin llevaba el colgante que le regaló cuándo, en un acto de romanticismo, cumplieron el mes de relaciones. Alguien que amaba a otro hombre nunca llevaría una prueba de amor de otro. Y de repente, el dolor y angustia que regían su vida se disolvió. Aylin continuaba queriéndolo. Ya no tenía dudas. Arrancó la sábana del camastro y se acercó a ella.

—¿Qué vas a hacer? —se asustó Aylin.

—Secarte el cabello.

Ella le quitó la sábana.

—No soy una niña. Puedo hacerlo sola, gracias.

—Lo sé. Lo sé. Eres una mujer segura y exitosa.

—¿Te estás burlando? —inquirió Aylin frotándose.

—No, cariño —dijo él sonriéndole.

—No sonrías. Y no soy tu cariño. Olvida de una vez que lo fui.

—No puedo. Me es imposible dejar de pensar en ti. Te amo.

Ella aparcó el dolor que su presencia le provocaba y dejó pasar a la ira.

—¡Ah! ¡Claro! Por eso te has rodeado de amantes. ¿Cómo puedes mentir con tanto descaro? ¡Eres despreciable!

Él también se irritó.

—¿Y qué me dices tú sobre el españolito? ¿Eh? Tras dejarme no te hizo falta mucho tiempo para echarte en sus brazos.

—Era una mujer libre —impugnó ella.

—¿Así qué confirmas que fuiste su amante? —silbó él.

—No he afirmado nada. Y en el caso que así fuese, no eres nadie al que deba rendir cuentas. Así que, suéltame.

—No. No lo haré hasta que hablemos claro.

—¿Qué más quieres oír? Te he dicho miles de veces que lo nuestro terminó.

—Dímelo mirándome a los ojos.

Aylin parpadeó en un intento de escapar del imán de sus ojos profundos.

—Di que no me amas, que tu corazón pertenece a ese hombre —insistió Hakan.

—No... te amo. Amo a Arnau y él... a mí —farfulló ella.

Él sonrió con maldad.

—¿Así qué te ama? ¿Por eso va a casarse con otra?

Aylin tragó saliva e intentó huir, pero Hakan no se lo permitió.

—El amor no... atiende a razones. A pesar de... eso lo quiero —farfulló ella.

—Sigues mintiendo —dijo él.

—Por favor, déjame ir.

—No hasta que confieses que es a mí a quién realmente amas.

—No admitiré algo que no siento. Y mucho menos ahora tras ver que todo el país se rió de la pobre chica y tu no levantases un dedo para defenderme. ¿De veras puedes pensar que te amo tras este comportamiento tan vil? No, Hakan.

—¿Y tú no has pensado que precisamente permanecí callado para protegerte? —rebatió él.

—¿Protegerme? ¡No me hagas reír! He confirmado mis temores y lo has hecho porque siempre te has avergonzado de mí. Tan solo fui un pasatiempo exótico en tu larga lista de amantes.

—Aylin. Tú no comprendes este mundo. Si hubiese confesado que estuvimos juntos, la prensa te hubiese martirizado. Te perseguirían, dirían cualquier cosa de ti aunque no fuese cierta y tu vida se hubiese convertido en un infierno. Por favor, créeme. Solo quise ayudarte.

Ella quiso creerlo, pero no podía.

—Pues, gracias. Pero ahora déjame en paz. No quiero volver a verte.

—Sabes que puedo demostrar que me eso no es cierto. Que te mueres porque regrese a tu lado —dijo él atrayéndola hacia su cuerpo.

Ella se agitó desesperada. No podía permitir que lo hiciera o su voluntad quedaría diluida.

—Hakan, por favor. No.

Él no la escuchó. Bajó el rostro y se apoderó de su boca. Ella intentó liberarse. Fui inútil. Su cuerpo menudo no podía luchar contra ese gigante. Tampoco su mente ni su corazón ante la demanda de esa boca exigiéndole lo que escondía en la parte más profunda del corazón y claudicó. Arrinconó la cautela y se rindió al ardor que Hakan lograba arrancarle. Y como dos animales salvajes cayeron sobre el camastro y dieron rienda suelta a la pasión tanto tiempo contenida. Frenéticos, se liberaron de la ropa que les impedía poder amarse por completo y se unieron sumergidos en el frenesí.

—¿Lo ves, Aylin? Me amas. Dilo, Aylin. Dilo —susurró Hakan perdido en ella.

Ella, aferrada a su nuca, lo miró directamente a los ojos y respirando entrecortadamente se dejó arrastrar por el éxtasis y él supo que no era necesario que respondiese. Avivado por esa verdad, sin el menor control, con un gemido casi agónico, se dejó llevar por el placer más añorado derramándose en su calidez.

Aylin, aún jadeante, recibió el golpe de la reflexión regresándola a la realidad. ¿Qué demonios había hecho? ¿Es qué no sabía que buscaba en verdad ese hombre? Y aún conociéndolo, cómo una idiota enamorada, cedió a su antojo. Aterrada, se revolvió para escapar. Él se apartó.

—¿Qué ocurre?

Ella no respondió y cogió la ropa esparcida por el suelo.

—Esto nunca debió pasar. Nunca —sollozó vistiéndose.

Él se reincorporó.

—Aylin, cielo. ¿He hecho algo mal?

Ella colocándose los zapatos negó con la cabeza, cogió el abrigo, abrió la puerta y echó a correr.

—¡Aylin! —gritó Hakan apresurándose a vestirse.

Ella no miró hacia atrás. Paró el taxi que se acercaba y subió.

Él permaneció bajo la tromba de agua oyendo los truenos que sonaban tan fuertes cómo los latidos de su corazón. Ya no tenía dudas. Ella lo amaba y con esa certeza se juró que Aylin nunca más podría escapar de él.

Con ya el sinsabor que ocupó su humor diluido por la esperanza, Hakan que terminaba de degustar un *Lüfer* en el Lacivert uno de sus restaurantes preferidos a orillas del Bósforo bajo el puente de Fatih Sultán

Mehmet disfrutando de la vista de la fortaleza de Rumeli Hisan, de los rascacielos de Levent y Puente de los Mártires, se deleitó con unos *lokum* mientras recordaba su loco momento de pasión. Una sonrisa gozosa le surcó el rostro. Jamás pensó que su naturaleza prudente cometiese la locura de hacer el amor de ese modo tan salvaje y en un lugar que podría considerarse público. Lo cierto era que, Aylin lograba que el fuego más virulento que siempre guardó estallase y lo obligaba a comportarse cómo un loco incapaz de razonar. Pero ahora debía ser cauto y pensar muy bien la manera de atraerla de nuevo; porque un nuevo traspié y la perdería para siempre. Por eso llevaba varios días pensando en cómo abordarla.

—¡Cielo! ¿Hace mucho qué me esperas?

Hakan pestañeó repetidas veces al ver a Leyla.

—¿Cómo dices?

—Hakan, amor. ¿No te alegras de verme? –susurró ella dedicándole una gran sonrisa.

—¿Qué demonios estás haciendo? –inquirió él incómodo al comprobar que estaban llamando la atención de los comensales cercanos.

—Tratar de arreglar las cosas entre nosotros. Cariño. No te enfades. Sólo quiero hablar. No me gusta que estemos enfadados. Siempre hemos tenido muy buena relación. ¿Puedes pedirme un aperitivo?

*Delicias turcas con agua de rosas y sabores de frutas.

—Estaba a punto de irme. Lo siento. No tengo tiempo –rechazó él.

Ella hizo caso omiso y se sentó junto a él.

—Hakan, cariño. ¿No puedes concederme ni un minuto? –dijo acariciándole el brazo.

—Imposible. Ya llego tarde. Además, te dije bien claro que nunca más trabajaré contigo. Así que, no te esfuerces en convencerme. Mi decisión es incuestionable.

Leyla, con un movimiento rápido se echó sobre él, tomó su rostro entre las manos y lo besó en la boca.

En ese instante, unos flashes iluminaron la mesa. Hakan se apartó con rapidez, pero demasiado tarde. Los fotógrafos ya habían hecho la instantánea y salían a toda prisa del restaurante. Apartó la silla son brusquedad y siseó:

—¡¿Te has vuelto loca?! ¿Qué pretendes con esto?

Ella también se levantó.

—Ya lo verás —dijo. Posó los dedos sobre los labios y le lanzó un beso, marchándose con una sonrisa triunfal estampada en su hermoso rostro.

Hakan lanzó el importe de la minuta sobre la mesa y también se marchó escuchando los murmullos a su paso.

—¡Maldita zorra! —masculló. Abrió el coche y al instante escuchó su voz saliendo del transistor.

“Por supuesto que estamos juntos desde hace varios meses. Pero lo manteníamos en secreto. Y no ha habido ninguna discusión antes y mucho menos por esa cocinera insulsa y gorda. Ese vídeo fue manipulado y seguramente por ella. ¡Estaba tan celosa de nuestro amor! Porque, por si lo ignoran, ella trabajó en el catering de mí ultima novela. Pero tuvimos que despedirla por cambiar los menús obligándonos a comer nada sano. ¡Y la han premiado otorgándole el título de chef del año! Todo un despropósito. Pero hizo algo mucho peor, ser una acosadora. Sí. Acoso hacia el señor Osman. Y siguió hostigándolo después de echarla. Por eso fue a recriminarle a Barcelona su proceder. ¿En verdad pensaron que pudieron ser amantes? ¡Por Dios, no! ¿Es qué no la conocen? Hakan jamás podría sentir atracción por ella. Opinaba que era espantosa, vulgar y gorda. A quien ama de verdad es a mí. Por eso es incapaz de traicionarme y mucho menos lo haría con esa... mujer tan horrible. Si se ha enojado un poco en la mesa es porque no he podido quedarme a comer. Tengo que asistir a una prueba de vestuario para mí próxima serie. Va a ser un bombazo. Al fin y al cabo, aunque surjan nuevas actrices, ninguna podrá eclipsarme. Por ello sé que volveré a ganar muchos premios. Y en cuanto a la pregunta que me ha hecho anteriormente, confirmo que el señor Osman y yo vamos a casarnos. Y ahora, si me disculpan, no tengo nada más que decir. Muchas gracias. Han sido ustedes muy amables. Buenos días”

Hakan permaneció petrificado con la mano en la llave de contacto. ¿Había escuchado bien? Sin duda, sí. Porque de nuevo la emisora volvía a repasar las declaraciones más impactantes de Leyla.

De repente, el sonido del móvil lo hizo reaccionar.

—¿Si?

Escuchó la verborrea incontrolable de su hermana exigiéndole explicaciones. Trató de aclarar la situación, pero ella estaba demasiado nerviosa para entender.

—Sema, ve a casa de mamá. Hablaremos allí. ¿De acuerdo? Voy ahora mismo.

Al llegar Sema, Basir y sus padres lo aguardaban ansiosos.

—Dime que no es cierto. Que no piensas casarte con esa horrible mujer —le pidió su madre con semblante desencajado.

—Por supuesto que no —negó.

—Entonces. ¿Por qué lo ha dicho? Hijo, tenemos derecho a que nos digas la verdad —le exigió su padre.

—¡He dicho que no! —explotó Hakan dejándose caer en la butaca.

Basir le sirvió una copa de brandy y se la ofreció.

—Pues ella lo cree. Digo yo que le habrás dado pie, cuñado.

—Lo que hice fue despedirla. Eso, precisamente, no da pie a creerse que quiero dejar de ser su representante para ser su marido —dijo Hakan.

—Entiendo. Venganza —apuntilló Basir.

—¿Cómo dices? No tiene la menor lógica. Puedo negarlo ahora mismo y será ella la que quedará avergonzada.

—Soy psicólogo y puedo ver entre líneas. Se ha centrado mucho en Aylin. La ha insultado, vejado y convertido en una obsesa loca a los ojos de todos, en lugar de hacerlo contra tú nueva adquisición que le ha robado la mejor serie. La razón del porqué lo ha hecho con Aylin se me escapa. Pero puedo decir que la odia. Tanto que no le ha importado mentir ante todo el país.

—Yo sé el motivo —musitó Hakan con el corazón encogido.

—¿Qué es eso que la a hecho comportarse con tanta maldad? —quiso saber su madre.

—Cuando la despedí, la comparé con ella diciéndole que no le llegaba a la suela de los zapatos e incluso le dije que pensaba casarme con ella.

—Y ahora Leyla lo ha hecho del modo contrario. Ha destrozado a Aylin. Ya sabes cómo es la gente. De repente estás en un pedestal y al rato siguiente te tira al abismo. Es muy posible que el éxito que ha logrado termine en desastre. Esa mujer tiene una legión de fanáticos y lapidarán a Aylin. Hoy es fácil hacerlo con Internet. ¡Qué mujer más pérfida! —exclamó Sema.

—No te preocupes hijo. Aylin entenderá lo sucedido —aseguró su padre.

—Ella no sintoniza los programas de cotilleo. Pero si lo ha hecho, estoy perdido. Jamás me creerá. Nuestros problemas provienen de su falta de confianza en ella y la consecuencia es no creer tampoco en mí. ¡Maldita

zorra! ¡Nos ha destrozado la vida! –dijo revolviéndose el cabello con aire de derrota.

—¡Ni lo sueñes! Esto solamente es un contratiempo. Lo superareis. Aylin te ama y finalmente, ese amor ganará la partida. En cambio, esa bruja está acabada. En cuanto se sepa la verdad nadie querrá tratos con ella. Será una de esas estrellas caídas en desgracia y que serán olvidadas. Una estrella fugaz –lo consoló su madre.

—Hijo. Lo primero que tienes que hablar con la prensa y decir la verdad –le aconsejó Basir.

—Mejor llámala antes. Puede que aún no sepa nada. Será mejor que en ese caso, seas tú quien le cuente lo ocurrido –contradijo su padre.

—Hace semanas que no quiere hablar conmigo.

—Y hay lo de ese español –apuntilló Basir.

—Sé que entre ellos dos solamente existe amistad. Lo digo con total seguridad –refutó Hakan.

—Pues ve al restaurante y oblígala a escucharte –opinó Sema.

—No se puede ser tan agresivo –refutó su marido.

—¡Ay, por Dios! Aparca por unos minutos tu vena de psicólogo. Estamos hablando de asuntos del corazón. En esto no existen reglas que valgan. Uno tiene que hacer lo que sea para recuperar a la persona querida.

—Le doy la razón. Hakan. Ve –le dijo su madre.

Aylin corrió hacia el baño sin poder evitar la arcada. Hacia varios días que le era imposible llevarse nada a la boca sin que le produjese vómitos.

—Hija. Deberías ir al médico. Esto cada día va de mal en peor. Puede que tengas una infección estomacal –le aconsejó su madre con semblante preocupado.

—No es nada. Solo cansancio.

—Te dije que trabajabas demasiado. Y estas son las consecuencias.

Aylin esperaba que así fuese; porque desde hacia dos semanas, justo tras cometer la locura de acostarse con Hakan sin tomar la menor precaución tenía esas nauseas matutinas.

—Te haré un té con jengibre. Verás cómo te encuentras mejor después.

Yildiz entró en la cocina y encendió la radio. Mientras cogía la tetera canturreó la melodía de su programa favorito. Era consciente que los temas que trataban eran muy banales y carentes de interés cultural, pero le divertía conocer los chanchullos de los famosos. Y al parecer tenían uno muy impactante de una gran estrella mediática.

Y tras escucharlo por segunda vez, no dudó que lo era y también terrorífico, con grandes consecuencias para Aylin. Corrió a apagar el transistor para que no lo escuchase de nuevo, porque la maldad de los comentaristas les obligaba a repetirlo una y otra vez. Pero se dio cuenta al ver a su hija en el quicio que ya era tarde.

—Lo he... oído todo, mamá.

—¿Oír el qué? Nada más que rumores —dijo Yildiz intentado quitar yerro a la situación.

—No me trates de tonta. Lo han dicho bien... claro. Hakan y esa mujer...van a...a... —Calló sin poder pronunciarlo.

—Cariño. No te hagas mala sangre. Sabías que ese hombre no era de fiar. Nos lo dijiste y no te hicimos caso. Ahora veo que hiciste bien en dejarlo.

Aylin, sobrepasada por el dolor, se tambaleó.

—¡Aylin! —se asustó su madre. Fue hacia ella al ver que era incapaz de sostenerse de pie. La sujetó con fuerza y la acompañó hasta la butaca.

—Estoy... bien...

—¿Bien? Estás pálida como una muerta. Pero cómo no estarlo... ¡Maldita sea! Si tuviese a esa mujer delante la mataría con mis propias manos. ¿Cómo ha podido insultarte de esa manera tan miserable? ¡Y menudas mentiras! ¿Pero qué le pasa a la gente? ¿Por qué es tan malvada? Provocó que te echara y ahora esto. ¿Por qué disfrutan tanto dañando a los demás? Hija. Tú no la tengas cuenta. Los que te conocen saben que eres una chica excelente. Y en cuánto a ese... ese mal nacido, olvídale cuánto antes. No merece que sufras por su culpa. ¿De acuerdo, cariño?

Aylin intentó levantarse.

—¡Ni lo sueñes! Te traeré él té. Y... Debe ser Livana —dijo al escuchar el timbre. Fue hacia la puerta y al abrir la rabia estalló.— ¿Cómo se atreve a presentarse? Váyase ahora mismo.

—Necesito hablar con Aylin.

—No se lo permitiré. Ya ha sufrido suficiente. ¿Es qué no tiene corazón? ¡Por su culpa y la de esa pérfida terminará en el hospital! Déjenos en paz.

Hakan comprendía el enojo de esa mujer. Leyla lanzó veneno por su boca para matar el prestigio y el corazón de Aylin.

—Señora Durmaz. Lo que ha escuchado no se ajusta a la verdad. Yo...

—¿Es qué no atiende? He dicho que se vaya. No quiero verlo más en esta casa ni en nuestras vidas. Olvide que existimos —siseó ella.

Aylin acudió al recibidor.

Hakan observó su palidez y las enormes ojeras, y el corazón se le encogió al pensar que su madre tenía razón y se encontraba muy mal de salud.

—Aylin. Tenemos que hablar. Quiero que sepas que lo que has oído no es veraz.

—Mi madre le ha dicho que no es bienvenido, señor Osman. Márchese —dijo Aylin.

—Si me escucharas. Por favor, Aylin. Te repito que no hay nada de cierto en lo que han dicho. Puedo explicártelo si...

Ella alzó la mano haciéndolo callar.

—No quiero absolutamente nada de usted. Si vuelve, lo denunciaré por acoso. ¡Ah! Olvidaba que soy yo la acosadora, según lo que ha dicho la infame de Leyla. Eso no me dará opción a protegerme; porque ella es la admirada y yo la piltrafa, fea y gorda a quién nadie creerá. Por favor, tome nota que no quiero volver a verlo. Hágase a la idea de que he muerto para usted —dijo con voz cansada. Le dio la espalda y se encaminó hacia su dormitorio.

—Aylin.

—¡Basta! ¿Es qué no se da cuenta de que lo único que ha hecho usted es lastimar a mí hija? Desde que lo conoce su vida se ha convertido en una montaña rusa de emociones. Y la gran mayoría de ellas le han aportado un gran sufrimiento —dijo Yildiz.

—Le ruego que dejen que me explique —se desesperó él.

—¿No cree que ya han hecho suficiente daño? Y no solo a Aylin, también a mí. Soy su madre y todo lo que la entristece o daña a ella, me repercute. Nada de lo que diga podrá reconfortarnos. Nada. Por favor váyase. Por favor —le pidió Yildiz.

Hakan, con semblante desencajado, cedió.

—Siento haberlas importunado. Lo siento mucho. Buenos días.

Yildiz cerró la puerta y antes de regresar junto a Aylin, respiró hondo para evitar las lágrimas. No podía hundirse por el bien de su hija. Tenía que mantenerse fuerte; porque los próximos meses sería muy duros para ella. Por desgracia, sería difícil lograr que se arrancara ese hombre del corazón.

Más serena entró en la habitación. Por el contrario, Aylin lloraba con desconsuelo.

—Hija. Cariño. Ya se fue. Tranquila. No volverá a molestarte. Se acabó.

—¿Por qué me... pasa esto, mamá? ¿Por qué? ¿Es qué me lo merezco? ¿Di, mamá? —clamó.

Yildiz la estrechó entre sus brazos conteniendo sus hipoes desgarradores.

—No, mi vida. No. Claro que no. Y no debes ponerte así por culpa de esos infames. No les des este gusto. ¿De acuerdo? Ahora levántate. Vamos al baño a refrescarte la cara. ¿De acuerdo? Vamos.

Aylin se dejó llevar. Se sentía agotada y con el estómago revuelto, y de nuevo vomitó.

—Iremos al médico ahora mismo.

—No.

Su madre abrió el armario y sacó el abrigo.

—Póntelo.

—No.

—¿Qué te lo pongas! —se exasperó Yildiz.

Aylin la miró con tristeza.

—Lo siento, mi amor. Lo siento. Pero es que esta situación me está sobrepasando y encima tú no estás bien. Necesito saber que no te ocurre nada grave. ¿Lo entiendes, verdad? Anda, vamos al hospital.

Mientras la examinaban, Aylin no dejaba de rezar para que sus dudas no fuesen ciertas. ¿Cómo podría afrontar tener un hijo del hombre que la había abandonado con la mayor de las crueldades? ¿Cómo verlo todos los

días de su vida sin evitar recordar a su padre? ¿O cómo afrontar las burlas? Ella podría. Más, moriría si su hijo las padeciera.

Con el corazón encogido, al ver entrar al doctor, aguardó el dictamen.

—¿Y bien? —quiso saber Yildiz frotándose las manos con nerviosismo.

—Los análisis han salido perfectos. No tiene ningún más físico. Es más bien mental. Padece de estrés. Si quiere recuperarse, mejor que tomar medicamentos, es guardar un tiempo de reposo.

Aylin respiró aliviada ante la negativa de que iba a ser madre. No obstante, el remedio a su mal no le agradó y dijo:

—¡Imposible! Rijo un restaurante —protestó Aylin.

—Pues lamento decirle que si sigue a este ritmo, dejará de hacerlo por mucho más tiempo. Usted misma. Ahora le daré el alta y pueden irse.

—Hija, harás caso.

—Mamá...

—Lo harás —sentenció Yildiz.

50

Aylin fue incapaz de salir de la habitación. Se pasaba las horas llorando y escuchando canciones de amores rotos. Y al radiar la que más se identificaba con ella, se lanzó a cantar a todo pulmón, sollozando al mismo tiempo.

La vida se está alejando y yo estoy en la costa.

Y tengo... miedo a perderla.

La lejanía... me llama insistentemente.

¿Por qué estoy... todavía contigo?

Dejó de cantar y gritó, golpeando la almohada.
—¡Eso me pregunto yo! ¡Tonta idiota!
Tras desahogarse, volvió a canturrear.

*Tengo miedo a estar... atada a ti.
No puedo irme.
No puedo... quedarme.
No puedo hacerle frente.
No puedo dejarlo.
Tu cara esta en el cielo no puedo mirarlo.
Tienes tú... aliento en el aire.
Me estoy sofocando.
No puedo desatar las... cuerdas que me atan a ti.
No hay otro mundo, no puedo irme.*

—¿Estás escuchando? ¡Ha enloquecido! Deberíamos hacer algo — exclamó con angustia Yildiz.

—Mejor que deje escapar la rabia. No tenemos que estresarla aún más —opinó Livana.

**Gidemiyorum de Göksel. No puedo ir.*

—Es que me temo lo peor. Ella nunca se derrumbó de esta manera. Lleva dos días sin abandonar la cama —se estremeció Yildiz.

—Aylin es fuerte. Sí. Pero esto... Y tan cerca de Año Nuevo. Una fecha demasiado señalada. Siempre recordará este desastre. Y... —Livana dejó de hablar al ver lo que estaba sucediendo en la pantalla y sorprendida, exclamó: ¡Joder! Pero... Mira es... ¡Es Hakan!

—¿Sabías algo de esto? —inquirió Yildiz, mirando como se acomodaba en la mesa situada ante decenas de periodistas.

Livana, extrañada, sacudió la cabeza.

—No. Lo cierto es que tengo entendido que jamás ha dado una rueda de prensa. Como representante no es necesaria su presencia en las promociones, siempre se mantiene a la sombra.

—¿Qué dirá? ¿Piensas que será algo referente a lo que dijo esa bruja? Yildiz le cogió el mando y aumentó el volumen.

—Ni idea. Lo único que percibo es la mala cara que me lleva. Se le ve muy, pero que muy adusto.

—Calla. Ya empieza a hablar —dijo Yildiz sintiendo cómo las pulsaciones se le aceleraban por la incertidumbre.

Los flashes cayeron sobre Hakan. El carraspeó y se acercó al micrófono.

—Ante todo diré que nunca he sido partidario de formar parte del mundo mediático digamos... social. Pero he decidido dar esta rueda de prensa tras las manifestaciones de Leyla Akman. Lo primero de todo he de declarar que la señorita Aylin Durmaz nunca me ha acosado. Es una mujer educada y con una integridad que jamás la llevarían a cometer algo tan indigno. Cómo tampoco adulterar sus menús para perjudicar a nadie.

—Entonces. ¿Puede decirnos la razón de qué dijese algo tan grave? —le preguntó uno de los periodistas.

—He dejado bien claro que no quiero continuas interrupciones. Quiero hacer mi exposición lo más rápida posible. Así que les ruego que me ayuden. ¿De acuerdo? Cómo decía, esa entrevista estaba plagada de falsedades. Jamás he menospreciado a la señorita Durmaz. Por el contrario, siempre la he tenido en gran estima. Puede que por mi trayectoria profesional y mis compañías femeninas me hayan considerado un hombre un tanto superficial. Lo cierto es que nada más lejos de la realidad. Tengo valores. Y estos son no menospreciar a nadie por su aspecto, raza, ideología o religión. Y hablando de aspecto, diré que la señorita Durmaz, contrariamente a los que muchos pueden opinar, a mí me parece una mujer hermosa. Lo cuál es una evidencia de que Leyla miente cuando dice que expresé mi desagrado hacia ella con esas descripciones tan ofensivas.

—Ya sé que ha dicho que no debemos interrumpir continuamente. No obstante, me permitirá decir que este asunto se nos presenta muy confuso. Comprenderá que no entendamos que está sucediendo con este culebrón, perdone el término, pero no se me ocurre nada más acorde con los hechos.

Hakan aseveró.

—Entiendo. Por ello voy a esclarecerlo. La señorita Leyla Akman ha mentido en todo lo que ha expuesto. Y el encontronazo de la prensa en el restaurante fue provocado por ella. Fue una encerrona.

Murmullos de asombro se dejaron sentir.

—Cómo saben si hemos tenido una relación laboral, pero decidí terminar con ella. Esa es la causa de su rabia y la venganza es la

consecuencia de lo está ocurriendo.

—¿Significa eso que jamás han estado comprometidos?

—Así es.

—Señor Osman. ¿Puede decirnos qué razón la ha llevado a insultar tanto a la prestigiosa chef Aylin Durmaz? ¿Puede aclararnos en qué está relacionada con ustedes?

—Leyla Akman tiene fama de voluble y caprichosa. Ustedes lo han comprobado en más de una ocasión. Los insultos han sido producto de ello. Desde el mismo instante que la conoció, decidió que no le agradaba y fue ella, no la señorita Durmaz la que inició una persecución de acoso y derribo para deshacerse de ella; consiguiendo su objetivo.

—Siendo así, ¿por qué ha seguido humillándola?

—No debe soportar su éxito. Supongo que ha pensado que siendo ella tan famosa la perjudicaría de nuevo en el mundo laboral.

—Señor Osman. Sus palabras son coherentes y no tenemos la menor duda de que son ciertas; pues lo consideramos un profesional responsable y de gran seriedad; y ante todo, que jamás ha aireado personalmente su vida privada. Sin embargo, seguimos sin poder confirmar la noticia principal. ¿Va a casarse con la señorita Leyla?

—Como bien ha dicho, no aireo mis asuntos privados. Lo único que puedo decir es que mi aparición pública ha sido producto de una gran injusticia. Y que espero que en los titulares de mañana y en las tertulias, se repare el honor de la señorita Durmaz. Eso es todo.

—Señor Osman. Le agradecemos su presencia y la generosidad que ha tenido con nosotros acallando falsedades. Sin embargo, ha dicho que no está comprometido con Leyla. Eso no significa que en el futuro exista esa boda. ¿No le parece?

—Nunca la habrá con ella.

—¿Es qué hay alguna otra candidata?

Hakan se levantó.

—Eso es todo —repitió una vez más.

—Una última pregunta, señor Osman. ¿Es posible que Leyla Akman haya actuado con tanta rabia porque está enamorada de usted y tiene como competidora a su nueva aventura, la señorita Durmaz?

El faz de Hakan se contrajo provocando de su mejilla izquierda temblara.

—Eso no predice nada bueno. Siempre lo hace cuando está a punto de estallar —comentó Livana.

Efectivamente, lo hizo.

—¿Cómo se llama usted? —siseó lanzándole una mirada iracunda.

—Kerem Yavuz.

—Bien, señor Yavuz. Ante todo, le pido que se disculpe; porque la señorita Durmaz no es ninguna aventura. Y después, que nunca más vuelva a catalogarla de esa manera. Porque no es una amiga especial ni nada que se le parezca. La señorita Durmaz goza de todo mi respeto y admiración.

Una reportera sumamente atractiva le dedicó una sonrisa seductora.

—Ya estamos con esas busconas. No pierden oportunidad —masculló Livana.

—Calla. Que no oiremos —le pidió Yildiz, emocionada por el alegato tan ardiente de defensa de Hakan hacia su hija.

—Lo que se resume que ella solamente forma parte de su círculo de amigos más íntimos y que no existe posibilidad alguna que le robe el corazón. ¿Me equivoco? —apuntilló la periodista.

Hakan, al comprender el doble sentido de sus palabras, también le dedicó una enorme sonrisa. Se mordió el labio inferior y aseveró.

—¿Me está usted diciendo que es de la misma opinión que la rastrera de Leyla? ¿Por qué? ¿Por qué usted sí entra en los cánones absurdos que dictan y la señorita Durmaz no? ¿Es eso? —mascó entre dientes borrando la expresión amigable para lanzarle una mirada de fuego.

—No... Yo no... Por supuesto que no. No he querido decir... eso —tartamudeó ella.

—Eso espero porque... —Hakan hizo una pausa. Apoyó las manos sobre la mesa y dijo: La señorita Durmaz y yo vamos a casarnos. Y todo aquel que vuelva a ofenderla se las verá conmigo en los tribunales. Y la rueda de prensa ha terminado. Les agradezco su asistencia. Buenas tardes.

El revuelo que se organizó en el salón fue tremendo. Exclamaciones, falsees, decenas de preguntas al mismo tiempo, cámaras rodando para no perder ni un segundo.

Hakan cruzó la vorágine humana sin atender ni una sola pregunta más; dejando a todos estupefactos.

Livana y Yildiz también miraban el televisor sin poder reaccionar.

—¿He oído lo qué he oído? —dijo en un hilo de voz Yildiz.

—Creo que sí. ¡Joder! ¡Hakan se ha vuelto loco! —exclamó Livana.

Quien también lo pensó fueron sus padres y todos aquellos que lo conocían.

Aylin tampoco pudo dar crédito cuándo, tras las rogativas de su madre visionó la rueda de prensa. Hakan la defendió hasta las últimas consecuencias. Este hecho fue un pequeño bálsamo para sus heridas y pudo abandonar el encierro para poder comenzar a recomponer su corazón roto. Sin embargo, siempre quedarían las cicatrices; pues a pesar de que Hakan anunció su enlace, no creía que fuese cierto. Fue consecuencia de la provocación de esa periodista.

—Nunca pensé que un hombre cómo él expondría sus sentimientos ante todo el país. ¡Cómo te defendió, cariño! —se emocionó Yildiz.

—Mi hermano no se anda con medias tintas. Cuando se implica en algo lo hace a conciencia. Ya ves, se propuso desmentir a esa infame y de paso hundirla por su perversidad, y lo ha logrado. Hoy me han dicho que Leyla ha abandonado el país a causa de la vergüenza. ¡Ha sido una conmoción social la que ha liado Hakan!

—Pero el mayor impacto fue cuando dijo que se casaría contigo, hija. Y decías que no te amaba. ¡Ay, Aylin! ¿Ves lo equivocada que estabas?

Ella continuó batiendo la clara de huevo.

—Mamá. No se porqué dijo ese disparate, pues no voy a casarme.

—¿Por qué? No lo entiendo. Tú le amas, él te ama. ¿Qué problema tienes? Mi hermano te pidió matrimonio ante las cámaras. Conozco a Hakan y si hizo eso, es porque sus sentimientos son muy sinceros.

—Ahora.

—¡Uf! Pero... ¿Qué tiene que hacer ese hombre para que le creas? —se exasperó Yildiz.

—Nada.

—No puedes dudar. Hija...

—Por favor. Dejad de meteros en mí vida.

Sema insistió.

—Aylin sé que todo esto te ha causado un gran trastorno. Y que tienes que analizarlo. Puede que cuando estés más calmada, te des cuenta de que estás decidiendo con precipitación. Y...

—¡Por favor! ¡Basta! —explotó Aylin.

—De acuerdo. Cálmate. No volveremos a hablar de ello si tú no quieres. Aunque, si te pediré un favor. Organizo una fiesta para mí cumpleaños la noche de fin de año. Quiero que asistas.

Aylin dejó de batir y la miró.

—Si piensas que soy idiota, te equivocas. No iré a esa encerrona. Me invitas porque allí estará Hakan.

—¿Y qué problema hay? No entiendo la razón de que no quieras verlo. Y deberías hacerlo. Por lo menos para agradecerle que desmintiera a esa arpía. ¿Es qué no ves que hizo algo muy audaz por ti? Hija. Yo no te he enseñado a ser desagradecida —se enojó Yildiz.

—Mamá. Lo haré cuándo sea el momento. ¿De acuerdo?

—¿Qué momento? El pobre hombre está esperando desde hace dos semanas a qué le des una respuesta a su propuesta de matrimonio.

—Y yo que la prensa deje de atosigarme. Se pasan el día frente al restaurante esperando que haga declaraciones y eso me causa mucho trastorno.

—Se cansarán. Lo sé por propia experiencia. Tú sigue ignorándolos —apuntilló Sema.

Aylin no contestó y volvió a concentrarse en el batido y Sema hizo una señal a Yildiz para que las dejase a solas.

—Aylin, cielo. Me disgusta mucho que no quieras venir a la fiesta. Por ello trataré de convencerte contándote el verdadero motivo de la celebración tan especial. Es un secreto que tú sabrás antes que nadie. Y espero que quede entre nosotras. ¿Puedo confiar en ti? —susurró.

Aylin se giró.

—Por supuesto —dijo con rotundidad, preguntándose que excusa sacaría ahora para persuadirla.

—Voy a anunciar algo maravilloso y es que estoy embarazada —le reveló.

Aylin la miró boquiabierta.

—¿Qué? ¡Felicidades! ¡Qué buena noticia! Tú marido debe estar loco de contento —exclamó. Y la abrazó.

—¡Shhh! Yildiz te oirá. Recuerda que es una sorpresa. Y sí. Basir a todas horas está pendiente de mí. He decidido aprovecharme de la circunstancia. No sabe la que le espera. Seré una embarazada llena de antojos —bromeó Sema.

—Tus padres también se volverán locos de alegría.

—Sí. Su primer nieto. Y Hakan también se alegrará. No sabes la ilusión que le hace ser tío.

El semblante de Aylin se ensombreció.

—Cielo. Si no quieres hablar con él, pues no lo haces. Aunque, cómo ha dicho tu madre, deberías darle las gracias por exponerse públicamente para defenderte. Es mi opinión. Aunque, la decisión, por supuesto, es tuya. Pero decidas lo que decidas, lo que tienes que tener muy claro es venir a la celebración. Estarán todos los que quiero y tú estás entre mis personas favoritas. Me sentiría muy triste si me dejas en esta situación tan feliz.

Aylin dejó escapar un largo suspiro.

—No estoy en mi mejor momento para fiestas, pero el motivo y tu persuasión tan generosa, me ha convencido. Iré.

—¡Uy! Será una noche inolvidable. Ya lo verás.

La vivienda de Sema estaba situada en Nisantasy, la calle más lujosa de Estambul. El edificio era de estilo art déco. Y el piso, si así podía llamarse, pues eran tres transformados en uno, era fabuloso. Sobre todo el salón inmenso. La chimenea acorde a la amplitud daba calidez a la noche gélida y la decoración de los adornos festivos fastuosa pero, cómo era habitual en los Osman, exquisita.

—No me esperaba menos tratándose de los Osman —susurró Yildiz, aceptando un aperitivo que le ofreció el camarero. Lo miró detenidamente y se lo llevó a la boca.

—¿Y bien?

—Muy bueno. Aunque no se puede comparar con tu cocina. Prueba. Aylin no tenía apetito, pero cogió uno por educación.

—No está mal. Me gusta.

Sema, al verlas llegar, acudió junto a ellas acompañada de su marido y sus padres.

—Bienvenidas —las saludó.

—Es un placer verlas de nuevo —dijo Lale.

—Me alegra que hayan venido —dijo su esposo, echando una ojeada a Aylin. No le extrañaba que su hijo estuviese enamorado de ella. Sin ser una belleza, irradiaba un carisma del que uno no podía desprenderse. Y vestido dorado resaltaba su cabello y sus ojos del color de los topacios, y también su figura. Que personalmente a él, le agradaban más sus curvas, que eran perfectas, que una mujer sin apenas carne. Al parecer, finalmente, su hijo heredó su mismo gusto.

—Más bien somos nosotras las agradecidas por esta invitación —dijo Yildiz.

—Pues yo me siento defraudado; porque el catering no es de ustedes —dijo su yerno.

—¡Basir! —protestó Sema.

—No le riñas. Era un cumplido —lo defendió Aylin, sonriendo.

—Lo cierto querida, es que tú cocina es espectacular. Bueno, ya sabes lo que opinamos los Osman sobre ella, pues hemos ido varias veces a tú restaurante. No tengo la menor duda de que el próximo año conseguirás una estrella.

—Y eso gracias a mí —dijo Livana acercándose a ellos.

—Cierto. Nos convenció aquella tarde que entramos en ese lúgubre café de que Aylin era una chef excelente —reafirmó Sema.

—Y no sólo en eso. Ella, como persona, también lo es —apuntilló su madre.

—Les agradecemos los cumplidos —dijo Yildiz.

—Solamente exponemos una verdad. ¿No es así, Metin?

—Cierto. Cierto. Mira. Llegan los Aksoy. Lale. Vamos a saludaros. Si nos disculpan —dijo él. Y cuando estuvieron lo suficientemente alejados para

que ellas no pudieran escucharlo, dijo: ¿Crees que lo conseguiremos?

—No se... Ha llegado a la conclusión de que Aylin no quiere nada con él y ya sabes lo terco que es en esas situaciones.

—Ya, esa manía de respetar las decisiones de los demás. Por ello dudo que venga —se lamentó Lale.

Sema se acercó a ellos.

—Ha venido —les susurró con emoción.

Ellos encaminaron la mirada hacia la entrada. Hakan, ataviado con un smoking, oteaba el salón.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó su madre visiblemente nerviosa.

—Seguir el plan marcado.

—¿Es qué tenéis un plan? —se asombró Metin.

—Por supuesto, querido. Las mujeres siempre tenemos uno y en especial cuando se trata de asuntos amorosos. ¿O cómo piensas que conseguí te fijaras en mí? Pero esto no te interesa ahora. Tenemos que centrarnos en los chicos. Porque, sin nuestra ayuda, terminarán lamiéndose las heridas y sabemos que éstas no sanarán. Se casarán sí o sí.

—Ignoro de qué manera podrás lograrlo; porque está claro que ella no quiere a nuestro hijo.

Lale hizo revolotear la mano.

—Metin, querido. Tú mente varonil no puede procesar las insinuaciones que una mujer lanza al mundo. Por eso nuestro hijo no sabe ver que ella muere de amor por él.

—Pero... ¡Si ni tan siquiera le ha dado las gracias por salvar su reputación ante medio mundo!

—Es porque... ¡En fin! No puedo explicártelo ahora. Tenemos que actuar enseguida o el plan fracasará. Sema. Ya sabes. Ve.

Ella se acercó a Hakan.

—Gracias por venir, cariño —le dijo besándolo en la mejilla.

—Mamá me aseguró que nadie de los presentes me acosaría por mi intervención ante la prensa. Aunque, no me hubiese importado. Sabes que soy un lince evadiendo preguntas incómodas. Lo cierto es que no podía faltar al cumpleaños de mi hermana mayor.

—Y cómo hermana mayor tienes que hacerme caso. Antes de tomar una copa, por favor, ve al baño principal. Es que me he dejado el móvil y lo he buscado por todas partes. Y ahora he recordado que está allí.

—A la orden —dijo él.

Mientras subía la escalera, su made acudió junto a Aylin. Por fortuna, en ese momento estaba sola.

—¿Ya has probado los entrantes?

—Sí. Están exquisitos.

—Me alegro de no haber elegido mal —dijo hurgando en el bolso.— ¡Vaya! Creo que me he dejado el teléfono en el baño de arriba. ¿Serías tan amable de traérmelo? Tengo que organizar la salida de la tarta y esas cosas. Es la tercera puerta del corredor.

—Por supuesto.

—Gracias, querida. Eres un amor.

Subió la impresionante escalinata y al llegar al corredor caminó hacia el lugar indicado. Abrió la puerta y la respiración se le paralizó.

—Aylin —musitó él, impresionado. Nadie podía imaginar cuánto la añoraba y ahora estaba ante él, más hermosa que nunca.

—Hakan. ¿Qué?... ¿Qué haces aquí? —tartamudeó nerviosa, sintiendo cómo el rubor le hacía arder las mejillas. Hakan estaba impresionante enfundado en el smoking.

Él, a pesar del impacto, no pudo evitar el recuerdo del encontronazo junto a la nevera, y evitó la sonrisa que amenazaba con escapar.

—Eso mismo debería preguntar yo. Porque, yo estoy en casa de mi hermana.

Ella también evocó esa noche. Y pensó que el Destino era muy caprichoso. Aunque, pronto cambió de opinión. El Destino no tenía nada que ver. Aquello era una encerrona en toda regla.

—No te hagas el inocente. Sabías que vendría y has planeado esto.

—¿Qué plan? —inquirió él realmente desconcertado.

—Vamos, Hakan. Sema sabía que contándome lo que ocurriría esta noche no tendría más remedio que venir.

—¿Y qué sucederá? Aylin. De verdad que no sé de qué hablas. Mi hermana cumple hoy treinta años. Es de lógica que esté celebrándolo con ella. E imagino que tú, conociendo la amistad que habéis creado, también hayas acudido. No veo nada extraño en ello.

—¿Y qué los dos hayamos coincidido en este lugar tan peculiar? Vamos, no me vengas con esas.

—No veo nada extraño que estemos en un baño. Por lo demás, he venido a buscar el teléfono de mi hermana —se defendió él mostrándoselo.

—Y yo el de tú madre. ¿Qué coincidencia, no? Mira. No me tomes por tonta. Has organizado todo esto, en complicidad con ellas dos para que estemos a solas.

Él aparcó la expresión amable y la miró hosco.

—Estoy cansado de que nunca creas en mí. ¿Es qué no fue suficiente para ti lo que hice?

—Te doy las gracias por ello. Pero...

—¿Pero qué? ¿Qué, Aylin? ¿Qué? —se exasperó.

—Pues... ¡Que estoy cansada de que siempre ignores mis decisiones!

—¿Qué las ignoro? ¡Por Dios! Han pasado tres semanas desde que di la rueda de prensa y no he hecho nada por respeto a ti. No puedes echarme en cara que te hostigue. Bueno. Lo de Barcelona fue penoso, lo reconozco. Nunca debió suceder.

—Pues no te lo habrá parecido lo suficiente, pues hoy has vuelto a hacerlo. Todos habéis conspirado contra mí. Sobre todo Sema, contándome como si fuese un secreto que esta noche será mucho más especial que un simple cumpleaños obligándome a asistir. Pero eso tú ya lo sabes.

Él la miró con fijeza.

—Todo el rato hablas de una sorpresa y juro que no sé a qué te refieres. Y en cuanto a este encuentro, ha sido fortuito, al menos por mi parte. No pensaba venir. Lo decidí en el último momento. Y por supuesto, nunca pensé encontrarte en casa de Sema. Por una vez en tu vida créeme, por favor.

Ella le dedicó una sonrisa cargada de tristeza. Sacudió la cabeza, dio media vuelta y salió. Hakan la siguió.

—Aylin, no puedes hacer cómo siempre. Tienes que enfrentarte a los problemas. Debemos aclarar de una vez nuestra situación —dijo reteniéndola.

—Suéltame. Por favor.

La dejó ir. Ella descendió la escalinata y él la siguió con una enorme tristeza reflejada en el rostro. Pero no se dio por vencido. Aylin lo escucharía esa noche.

Ella, desencajada, acudió junto a su madre. Pero al verla acompañada de Serdar, desistió. Se la veía demasiado feliz para amargarle la noche. Así que, optó por coger una copa de champaña. Una mano se la arrancó.

—Beber no te sienta nada bien.

—¿Puedes dejarme en paz de una maldita vez?

—Si lo hago terminarás achispada y pidiéndome cosas demasiadas escandalosas. Y no es el lugar oportuno. Aunque, si lo deseas, te la devuelvo y te la tomas en un sitio mucho más discreto. Así podrás dar rienda suelta a tus verdaderos sentimientos hacia mí.

—¿Qué sentimientos? No digas tonterías. Lo único que quiero es librarme de ti.

—Tus ojos y tu nerviosismo me indican que no. ¿Por qué mientes, cariño? Sé que si te rozo con un solo dedo terminaremos haciendo el amor como bestias ahora mismo; al igual que ocurrió en la garita del vigilante. Fue un momento memorable. Tanto que soy incapaz de no evocarlo una y otra vez, en especial por las noches.

Aylin enrojeció hasta las cejas al recordar. No se equivocaba. Hakan era una tentación a la que le era imposible renunciar. ¿Cómo hacerlo cuándo él la miraba con esos enormes ojos de carbón llenos de deseo? Pero jamás lo admitiría. Tragó saliva e intentó serenarse.

—¿Hablas de mentiras? ¡Vaya por Dios! Lo dice el mayor mentiroso que existe.

—Es lo que te gusta creer. Pero en el fondo sabes que jamás lo he hecho. Pero no podemos hablar aquí —decidió aferrándola por la cintura.

Ella se agitó.

—Si no me sueltas, grito.

—¿Y arruinar la fiesta de Sema? No creo que lo desees. Vamos. Conversemos con calma.

—No...

Hakan ignoró su protesta, la llevó a la cocina y cerró la puerta. Ella, iracunda, la abrió.

—No tengo nada que hablar contigo.

—¿Ni tan siquiera darme una respuesta a la confesión que hice?

—La sabes de sobra. Jamás me casaré contigo.

—¿Por qué no, si me amas?

Aylin dejó escapar una risita.

—Tú petulancia no tiene límites.

—Y tu estupidez tampoco —le echó él en cara.

—Esta visto que no podemos mantener una conversación civilizada. ¿Y pretendes que nos casemos?

—La vida adereza nuestra existencia con especias. A veces nos la adereza con miel, otras con guindilla o con hierba buena. De lo contrario sería demasiado insulsa. Vivir plenamente conlleva riesgos. ¿De verdad deseas vivir sin conocer su sabor? Aylin, cariño. Sé que me amas y a pesar de todo, que yo también te quiero. Sin embargo, no quieres arriesgarte porque te aterra la posibilidad que este sentimiento cambie. Pero el tuyo también puede derivar, con el tiempo, hacia otro camino. Nada se nos concede con seguridad.

—Si que la hay. Yo la tenía hasta el momento que te conocí.

—¿La soledad? ¿Es esa la seguridad que deseas, Aylin?

—Lo que quiero es vivir tranquila, sin la necesidad de sufrir por alguien del que no confío. Tú presenta me lastima.

Él abrió los brazos en señal de impotencia.

—Muy bien. No sufras. No te importunaré más. No me verás hasta que tú quieras. Te deseo una vida dichosa y llena de serenidad. Feliz Año Nuevo, Aylin —dijo. Le dio la espalda y se fue.

Ella permaneció unos minutos sin poder reaccionar; hasta que el murmullo de los invitados se convirtió en algarabía al cantar el cumpleaños feliz.

Regresó a la fiesta a toda prisa.

—¿Dónde estabas? Por poco te lo pierdes. Sema va a soplar las velas —dijo Livana.

—En el... baño —respondió buscando con la mirada a Hakan. Éste se encontraba junto a la cumpleañera y el resto de la familia.

—Pide un deseo, amor —le dijo Basir a su esposa.

Ella sonrió, cerró los ojos, sopló y el salón rompió en aplausos.

—¡¿Qué has pedido?! —gritó una mujer.

—Los deseos no dicen o no se cumplen, Betul —protestó Lale.

—Este sí. Porque sé que en primavera seréis unos abuelos estupendos —dijo Sema.

Si los presentes quedaron sorprendidos, los futuros abuelos apenas pestañearon incrédulos ante la noticia. Hasta que Lale reaccionó olvidando cualquier medida y comenzó a gritar de alegría.

—¡Seré abuela! ¡Abuela! ¿Habéis oído? ¡Mi hija está esperando un hijo!

—O una niña —objetó la futura madre.

Su padre no estuvo menos efusivo. Corrió hacia su hija y la abrazó entusiasmado.

—Felicidades, mi niña. Te quiero mucho.

—Hakan. ¿No me felicitas? Dadas las circunstancias, me gustaría que dieras rienda suelta a la alegría que tanto te caracteriza —dijo Sema, con tono jocoso.

Él se acercó aún con el estupor reflejado en el rostro.

—Es que... No se que decir, hermanita. Yo... ¿De verdad seré tío? Es que...—no pudo decir más y la abrazó con fuerza, intentando evitar que

todos vieses la emoción en sus ojos.

Aylin se equivocó al acusarlos de conspirar contra ella. Era evidente que ninguno estaba al corriente del embarazo. Y ahora se sentía muy mal; sobre todo por Hakan. Lo acusó de ser un mentiroso convulsivo.

—¡Madre mía! Esto es lo último que me esperaba y mucho menos ver a Hakan a punto de echarse a llorar. En el fondo es un sentimental. ¿No te parece? Aylin, nena. No te veo nada emocionada. Te has comportado cómo si ya lo supieras —comentó Livana.

—¿Has visto a mamá? No la localizo —dijo Aylin, evitando la respuesta.

—Hace poco estaba bailando con Serdar. Cariño. Deja de controlarla. Deja que se divierta.

—¿Qué control? Precisamente es lo que quiero.

—Tú también debes divertirte. Anda. Vamos a mover el cuerpo y a buscar pareja.

—¿Es qué no ha venido Doruk?

—Está rodando un anuncio en Grecia.

—¿Y no has ido con él?

—Nena. No es conveniente convertirse en una lapa. Para que una relación triunfe cada uno debe respetar el espacio del otro. Toma nota. Venga. Esta canción me encanta y... ¡Uy! No. Falta a penas tres minutos para las doce.

—Buscaré a mamá. No quiero comenzar el año sin ella. Nunca lo he hecho y esta no será la primera vez. No te muevas. Vuelvo enseguida —decidió Aylin.

Rastreó todo el salón sin localizarla.

—¿Dónde demonios se ha metido? ¿Habrás ido al baño? Se perderá la celebración. Subiré a buscarla —musitó.

Pero Basir comenzó a contar los segundos.

—Doce, once, diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos y uno... ¡Feliz Año Nuevo!

Aylin se sintió desolada. Era la primera vez en su vida que recibía el nuevo año sola, sin nadie que la felicitase y la abrazara.

De repente, alguien la sujetó por la cintura y la atrajo hacia su cuerpo.

—Puedes gritar, insultarme y patalear, pero no me iré sin saborearte por última vez —sentenció Hakan. Buscó su boca y la devoró desesperado, sin importarle que decenas de ojos se posaran sobre ellos. Y del mismo modo

que la agarró, la soltó con brusquedad. La miró con un brillo de emoción y dijo: Por cierto. No he podido decirte que estás preciosa ni que te amo con toda el alma, y que lo haré el resto de mis días. Te deseo que seas muy feliz.

Ella, aún aturdida, miró cómo cruzaba la puerta.

—Siento llegar tarde.

Su hija le lanzó una mirada de reproche.

—¿Dónde te habías metido? He tenido que recibir el año en soledad. Esto me ha entristecido.

—Es que... Tuve que ir al baño. No... calculé el tiempo. Lo siento, hija. Perdona.

—¿Te encuentras mal? —se preocupó Aylin al ver lo sofocada que estaba.

—No... Yo... Es que aquí hace mucho... calor. Mucho y he ido a... refrescarme —respondió.

—¿Por qué estás tan nerviosa?

—¿Nerviosa? No. En absoluto. ¿Por qué debería? No hay motivos —dijo mientras echaba una ojeada a la escalera, frotándose las manos.

Aylin también miró. Serdar bajaba por ella arreglándose la camisa y la pajarita; y comprendió que había pasado. Volvió a mirar a su madre y con semblante grave dijo:

—Mamá. ¿Has...? ¿Tú y Serdar? ¡Claro que sí! Y no me lo niegues. Mamá. ¡Por Dios! —musitó escandalizada.

—¿Por qué te alborotas? Dijiste que me lanzara y he seguido tu consejo —se excusó ella.

—Pero con discreción. Pero no. Has decidido desmelenarte en casa ajena. ¿Y si os llegan a pillar? ¡Qué vergüenza!

—Bueno. Digamos que no ha sido la primera vez.

Aylin le lanzó una mirada de reproche.

—¿Qué? Tú tampoco me contaste lo tuyo.

—Y me lo reprochaste.

Yildiz la besó en la mejilla.

—No te enfades, cariño. La pasión nos transforma. Ahora lo he comprendido.

—En realidad estoy enojada por otra cosa.

—¿Por Hakan?

—¡No! ¡Que obsesión! —mintió.

—Entiendo. Por primera vez no hemos recibido el año juntas.

—Eso es. Y encima te has perdido lo mejor de la fiesta.

—No lo creo –negó sin evitar una sonrisa maliciosa.

—¡Mamá! Te estás comportando al igual que una adolescente en su primer baile de graduación.

—Es que no lo tuve. Ni tampoco esta pasión que me devora. Hija. Serdar es maravilloso. Es el hombre perfecto.

—No lo dudo. Sin embargo, ten cuidado. No te enamores de él. Ya sabes cómo son estas estrellas. Son seres muy volubles. No quiero que te lastime.

—Que tú seas una gran desconfiada, no quiere decir que yo lo tenga que ser. Lo amo y él me ama. Esto lo demuestra –dijo mostrándole un anillo.

Aylin lo miró boquiabierta. Era impresionante. Su forma era una tiara repleta de diamantes.

—Pero... esto es... es...

—Una alianza de compromiso. Sí. En cuanto sonó la última campanada, Serdar se arrodilló y me pidió matrimonio. Y he aceptado. Esa es la verdadera razón por la que no pude llegar a tiempo. ¿Estás enfadada?

Aylin tardó unos segundos en reaccionar.

—Yo... No, mamá. Claro que no. Si tú eres feliz, yo también. Si es lo que deseas, no soy nadie para oponerme.

Yildiz la abrazó con fuerza.

—Eres la mejor hija que una madre puede tener. Te quiero mucho.

—Yo también.

—¿Lo ves, cariño? Te dije que la vida sí podía ser una novela turca. Esta es la prueba –dijo mostrándole de nuevo el anillo.

—Eso parece, sí –admitió Aylin; aunque pensando que la suya no era precisamente una comedia romántica.

Hakan cumplió su palabra. Desapareció de la vida de Aylin por completo e incluso de la ciudad. Y esa ausencia, en lugar de aliviarla, la mortificó. No podía dejar de pensar en sus últimas palabras y que en ellas había verdad. Hakan la amaba y ella lo apartó. Y ahora sufría las consecuencias de su falta de valor, porque estaba convencida de que Hakan terminaría por superar el desengaño y otra ocuparía su lugar. Un hombre tan apasionado no podía permanecer mucho tiempo en soledad.

Livana, al ver su expresión, la reprendió.

—¿Puedes dejar de pensar en Hakan por una vez y concentrarte? Necesito saber tú opinión.

—No digas bobadas. Pienso en el nuevo menú —mintió.

—Ya. Te he observado durante tres meses y siempre pones esa carita de pena al pensar en él. Mira, cielo. Si estás tan arrepentida de haberlo rechazado no te quedes de brazos cruzados y actúa.

—¿Así de fácil?

—Pues sí.

—¿Y no has pensado qué cabe la posibilidad de que ya no siente lo mismo?

—Si no te enfrentas a él nunca lo sabrás —dijo Livana observándose en el espejo.—¿Qué te parece? ¿Te gusta éste? ¿O mejor el negro?

—Supongo que la mitad de las mujeres llevarán ese color. Si quieres destacar, elegiría el de satén plateado con encajes. Es precioso y te sienta de maravilla.

—¡Vaya! Veo que la alumna va aprendiendo. Muy bien. Me lo llevaré. Ahora te toca a ti.

—Sabes que no podré asistir. Esa noche tengo unos clientes muy especiales.

—Aylin. No quieres venir porque Hakan estará en la ceremonia. Así que no busques excusas. ¿Cómo eres capaz de decir que no me acompañarás en uno de los días más importantes de mí vida? Puede que hasta gane el premio. Vendrás o nuestra amistad se romperá. Así que, husmea el colgador.

Lo hizo para no discutir más; pero lo cierto es que no acudiría a la gala. No podría enfrentarse a Hakan y ver que lo estaba perdiendo. De mala gana se probó unos cuantos.

—¡Caray! Este es precioso y te favorece muchísimo —se maravilló Livana.

—¿No es un poco atrevido? Me marca mucho el cuerpo.

—Para nada. Lo tiene todo, en su justa medida. El color granate te sienta muy bien. Cariño. Mírate. Tienes un escote precioso. Los tirantes de cristales imitando a los rubís son fabulosos y el ligero cinturón del mismo material te marca la cintura. ¿Y qué me dices del drapeado? Se ajusta a tu cadera, que por mucho que lo niegues, es perfecta. Y la raja, la precisa para que no se transforme en algo vulgar. No hay más que discutir. Es el tuyo.

—La señorita tiene razón. Está usted preciosa y le sienta como un guante. Y no hay que hacer ningún arreglo —dijo la dependienta.

—¡Adjudicado! —exclamó Livana.

—No se —aún dudó Aylin.

—¡Por Dios! ¿Cuándo dejarás de menospreciarte? ¡Mírate! ¿Qué ves, di?

Se miró con más atención y la percepción cambió por completo.

—Hasta ahora hubiese dicho que una chica gorda y poco atractiva. Pero, sorprendentemente, ya no me veo así. Ahora se reflejaba una chica resultona. Más que eso. Interesante, poseedora de unas curvas muy sexis. Incluso aseguraría que con mucho carisma. ¿O me equivoco?

—¡Para nada! Por esa razón volviste loco a Hakan.

La poca satisfacción que se manifestaba en el rostro de Aylin se evaporó.

—Soy una bocazas. Seguro que él sigue loquito por ti. ¿O si no por qué no se le ha visto con ninguna mujer en estos meses?

—Me llevo el vestido —dijo Aylin evitando el tema.

—¿Eso significa que asistirás?

—Sí.

Pero las noticias sensacionalistas confirmaron el regreso de Hakan Osman a Estambul para asistir a la entrega de premios y esa noticia la echó para atrás.

—Me voy a enojar mucho, Aylin.

—Tienes que comprenderme. No puedo verlo —se defendió Aylin.

—Has sido tú la que rompió siempre con él. ¿Qué problema hay en que coincidáis? —le recordó su madre.

—La prensa, mamá. Ahora que todo se ha calmado, no quiero volver a vivir el infierno del acoso mediático. ¿Lo comprendéis, verdad?

Livana la miró con disgusto.

—Déjala, Yildiz. Vamos. No quiero llegar tarde —dijo cerrando de un portazo.

Aylin escondió la cabeza entre las manos. ¿Por qué siempre que levantaba cabeza la vida volvía a hundirla?

—No, Aylin. No te engañes. No es la Vida. Eres tú la que se empeña en truncar tus ilusiones. Tus miedos son los culpables. Y ya es hora de que los aniquiles o siempre te mantendrán prisionera. Vístete, ves a esa gala y enfréntate a todo aquello que intente destruirte —se dijo.

Determinada se levantó, corrió a la habitación para arreglarse y una vez vestida se miró en el espejo. La muchacha atractiva y segura apareció ante ella.

—Vamos, Aylin. Vamos a esa gala.

Llegó justo unos pocos minutos antes de que comenzara.

—¡Has venido! Hija, estás preciosa —exclamó su madre.

—Lo sé —confirmó Aylin.

Yildiz la miró boquiabierta.

—La vieja Aylin ha muerto. Estás ante la nueva Aylin Durmaz. Vete acostumbrando, mamá. ¡Uy! Comienzan. Espero que premien a Livana y a todos los demás.

La suerte los favoreció y todos ellos subieron al escenario para recoger la recompensa a sus excelentes trabajos.

—Como ves, he venido.

—Te he visto desde lejos. Gracias. ¡Ay, Dios! Estoy en una nube. ¡Aún no me lo puedo creer! ¡He ganado! —exclamó Livana.

—Porque te lo mereces, querida —dijo Yildiz.

—Ahora tenemos que celebrarlo. Vamos.

Llegaron al hotel y al entrar en el salón Aylin lo oteó buscando de Hakan.

—Él también vino. Lo vi sentado junto al productor Husnu Yildirim. Lo que ignoro es si asistirá a la fiesta –le susurró Livana.

—¡Ahí está Serdar! Disculpadme. No he podido felicitarlo –dijo Yildiz alejándose a toda prisa; mientras Livana era asediada por los periodistas.

Aylin deambuló por el local sin dejar de mirar a todos lados llegando a la conclusión de que Hakan no vendría. Desilusionada se acercó a la barra cuando lo vio cruzar la puerta.

—Tienes que atreverte o vivirás siempre con esa duda –se dijo.

Caminó hacia él cuándo una mujer se cruzó en su camino. Hakan la recibió con una enorme sonrisa y la besó en la mejilla.

El corazón se le alborotó con tanta fuerza que pudo sentir sus latidos hasta en la garganta. Ahora la determinación comenzaba a ser devorada por la duda. Dio media vuelta y regresó por donde había venido. Pero de pronto, una rabia invasora derribó la incertidumbre y se detuvo.

—No puedes rendirte. Ahora no –masculló. Se dio la vuelta. Hakan estaba de nuevo solo. Tomó aire y con confianza, se plantó ante él para decirle que se había equivocado y que jamás debió alejarlo de su vida. Sin embargo, no hizo nada de eso. En un arranque de valentía se alzó de puntillas, lo atrajo aferrándolo de la nuca y lo besó, sin importarle los cientos de ojos que los observaban ni los flashes que los envolvieron.

Cuando se separaron, miró expectante a Hakan. El miedo quedó extirpado al ver la fascinación en esos ojos negros.

—Supongo que ha quedado claro que quiero volver a verte y esta vez en libertad. No quiero esconderme más. Quiero que todos sean testigos de nuestro amor. ¿Por qué sabes que te amo, no?

—No me ha quedado la menor duda –dijo él reflejando en el rostro la inmensa felicidad que sentía. La tomó de la mano, la condujo hasta la salida hasta alcanzar el ascensor siendo seguidos por los reporteros. Hakan alzó la mano y los vigilantes impidieron que continuaran tras ellos. Entraron en el ascensor y subieron hasta el último piso. Cuando se abrió la puerta, Aylin no pudo evitar una sonrisa al ver el apartamento.

—¿Me equivocaría si dijese que este hotel también te pertenece?

—Sí. Porque dentro de muy poco también pertenecerá a la señora Aylin Osman.

Ella dibujó una media sonrisa.

—Muy seguro te veo.

—¿No he de estarlo?

Ella lo negó con unos chasquidos.

—Primero deberás demostrarme que eres digno de ser mi esposo.

—¿Y cómo debo hacerlo, señorita Durmaz?

—Pues después de un tiempo prudencial siendo novios, pidiéndome en matrimonio en privado de una manera muy romántica y sobre todo, convenciéndome de que soy la única mujer que desearás siempre.

—Unas condiciones muy realizables. Puedo comenzar por la última ahora mismo.

Ella posó la mano en su pecho.

—Una idea muy seductora.

—Comprobarás que me será muy, muy fácil, mi amor —dijo él abrazándola.

Aylin alzó las manos, le rodeó el cuello y dijo:

—Ámame, Hakan. Demuéstrame cuánto me amas.

Él, sintiendo una inmensa placidez en el pecho, buscó su boca y la besó sediento para apagar la sed de su sabor tanto tiempo negado.

Aylin se miró en el espejo.

—No puedo salir así. ¡Estoy horrible! ¡Parezco una vaca!

Hakan la abrazó, le besó la curva del cuello y le acarició la abultada barriga.

—La mujer que lleva a mi hija nunca puede ser horrible. Es la chica más preciosa del mundo.

—No me dores la píldora. ¡Mi barriga es enorme! Cuando vea las fotos me moriré de vergüenza. No puedo asistir. Di cualquier excusa.

—¿Pretendes no estar presente en la boda de tú madre? No, amor. Irás. Aunque, me temo que eclipsarás a la novia. Todos admirarán tu belleza.

Ella suspiró.

—Mientes, pero no me importa. Gustándote a ti ya tengo suficiente.

—No, cielo. Soy yo el afortunado por ser el inquilino de tu corazón. Anda, termina de arreglarte que llegaremos tarde.

Aylin entró en el baño. Unos minutos después salió. Hakan la miró embelesado mientras acariciaba a Müdür.

—No te equivocaste al elegirla, amigo. Es la mujer perfecta para hacerme inmensamente feliz el resto de la vida —dijo Hakan.

El perro ladró con fuerza dándole la razón.

—Y tú eres el perro más precioso del mundo —dijo ella rascándole la cabeza.

—¿Y yo qué soy? —se quejó Hakan, sentándola sobre sus rodillas.

—El hombre que va a arruinarme el cabello —dijo Aylin intentando levantarse. Él se lo impidió.

—Esa respuesta no es la que quiero.

—De sobras la conoces. Anda, déjame o llegaremos los últimos.

—¿Y qué?

—Hakan, amor. Tenemos que irnos ya.

—¡Uf! —protestó él, soltándola.

—Ni uf ni nada. Müdür, cuida bien de la casa. Hakan. ¡Venga!

Llegaron a la finca de Serdar unos minutos antes de que se iniciara la ceremonia. Hakan se unió al séquito del novio y Aylin subió a ver a su madre.

—Mamá. Estás guapísima —musitó emocionada.

—¿De verdad? ¿Crees que Serdar opinará lo mismo?

—¿Lo dudas? Serdar está loquito por ti. Serás muy feliz. Anda. Vamos a la habitación del novio o terminaremos llorando como magdalenas y se nos arruinará el maquillaje.

Serdar casi se le para el corazón al ver a su prometida. Y cuando el funcionario le preguntó se aceptaba a Yildiz Durmaz cómo esposa, soltó un sí muy rotundo.

Los aplausos y felicitaciones resonaron en el aire. Y los novios se unieron a los invitados e iniciaron el primer baile de recién casados.

—Aún recuerdo con nitidez nuestra boda. Fue el día más feliz de mi vida. ¿El tuyo también lo fue? —susurró Hakan al oído a Aylin.

—Hasta el momento, sí —dijo ella.

—¿Cómo que hasta el momento? —inquirió él ceñudo.

Aylin se tocó la barriga.

—Me espera otro acontecimiento que puede competir con esa dicha.

—Dirás nos espera, cariño —dijo él acariciándole la mejilla.

—¡Mira que sois empalagosos!

Aylin se levantó sonriendo feliz al ver a Livana y la abrazó.

—Cuidado —le pidió Hakan.

—¡Caray! Cómo te cuida tu maridito, amiguita.

—Pensé que no podrías asistir.

—No podía faltar. Jamás me lo hubiese perdonado. He venido por unas horas. Mañana al amanecer tomo el vuelo de regreso a Venecia.

—Eres la mejor amiga. Mamá se alegrará mucho. ¿Ha venido Doruk? El semblante de Livana se ensombreció.

—Hemos roto.

—¡Qué pena! Hacíais muy buena pareja. ¿Estás bien?

—Lo intento. Pero no hablemos de cosas tristes en un día como hoy. Me recuperaré. Seguro.

Hakan nunca pensó lo mismo y se alegraba de la ruptura; pues conocía al sustituto perfecto.

—Cariño. Creo que mi suegra nos llama. Será para las fotos.

—¡Uy, no! Yo no voy —se negó Aylin.

—Se le ha metido en la cabeza que está espantosa —dijo Hakan.

—Pero si estás preciosa. El embarazo te ha favorecido mucho. En realidad, cuando una mujer está en cinta es cuando su belleza florece.

¿Verdad, Hakan? Ojala algún día pueda estar tan rechoncha cómo tú. Pero a este paso... —dijo Livana dejando escapar un suave suspiro.

—No desesperes. Sé que no tardarás en verte en la misma situación. Venga. No hagamos esperar a la parejita —dijo Hakan.

Acudieron junto a ellos, al mismo tiempo que llegaba Mert.

—Buenas tardes, Mert. Hace mucho que no coincidimos. Me alegro de verte —lo saludó Livana.

—Yo también —dijo él sin poder evitar comérsela con la mirada.

—A eso me refería —cuchicheó Hakan.

—¿Tú crees? —dudó ella mirándolos.

—Están hechos el uno para el otro. Y ahora que ella está libre, Mert no dudará en conquistarla.

—Livana no es una chica que se enrede en amoríos. Me hizo creer que Durak era una aventura, pero sé que estaba enamorada. A tu amigo le costará hacerle creer de nuevo en el amor.

—No tengo la menor duda que terminará convenciéndola. Es un tipo estupendo y físicamente no está nada mal. ¿No te parece?

—Es atractivo, sí. Pero un científico... A Livana le gusta disfrutar de la vida.

—Te aseguro que bajo esa pinta de sesudo se esconde un hombre muy apasionado. Livana terminará loquita por él. Ya has comprobado que tengo ojo para esas cosas.

—No te pases, Hakan. Solamente has acertado una vez.

—Pero con éxito, ¿no?

Ella le dio un beso suave en los labios.

—Un triunfo total, mi amor.

Lale se acercó a ellos.

—¿Cómo está mi nuera preferida?

—Mamá. No tienes otra —dijo Hakan.

—¡Ay, hijo! Tú siempre tan racional. Aylin, querida. Mi niña preciosa. Mi dulce caramelo. Mi bomboncito. ¿Cómo te encuentras? Ya te falta poco para alumbrar.

Ella no pudo evitar sonreír ante su verborrea incontenible.

—Asya y yo estamos perfectamente. Gracias por interesarte, Lale.

—¿Cómo no iba a hacerlo? Eres la futura madre de mí primera nieta. Aunque, espero que no sea vuestro último retoño. Quiero una decena de nietos.

—Mamá. Contento. Mejor repártelos también con tu hija —le pidió Hakan.

—¡Aguafiestas! Chicos, nos falta la foto familiar. Venid.

Se reunieron con los recién casados, Metin, Basir, Sema y su pequeño Hamza.

—¡Mert! ¡Livana! Uníos a nosotros. También sois familia —gritó Hakan.

Unas semanas después, Aylin ya había creado la suya propia.

—Aún me parece mentira cómo han cambiado nuestras vidas en apenas dos años —suspiró, tras arropar a la pequeña Asya.

—Sí. Jamás pensé que alcanzaría mi mayor sueño —dijo Hakan.

—Nunca me contaste cuál era.

Él le mostró la primera fotografía que hizo de los tres tras nacer su hija.

—Comenzar a formar una familia tan feliz cómo en la que yo he crecido. ¿Y cuál era el tuyo?

—Uno menos ambicioso. Poder triunfar en la cocina.

—¿Nunca deseaste esto?

—Jamás pensé que alguien querría formarla conmigo. Así que, me negué a pensar en ello.

Él le dio un beso en la mejilla.

—Yo siempre quise en el mismo instante que te conocí.

Ella negó con la cabeza al mismo tiempo que soltaba un chasquido.

—¡No me mientas! Pero si me dijiste de todo menos bonita. No pudiste enamorarte.

—Lo hice, pero no lo supe hasta aquella tarde en que me enseñaste tu maestría entre los fogones y cantamos juntos esa hermosa canción de amor. Me hipnotizaste al igual que una sirena. Y ya nunca pude escapar de ti.

—Tú también me robaste el corazón. Pero tenía miedo de quererte; porque no creía que un hombre como tú estuviese enamorado de una chica tan vulgar. Ahora sé que nunca lo fui gracias a un hombre asombroso como tú.

Él le acunó el rostro entre las manos.

—Te amo, Aylin. Mucho. Jamás dudes de ello. Jamás.

Müdüir rompió el momento íntimo y saltó entre ellos provocando que un libreto cayese.

—Mira que eres celoso —rió Aylin, recogiendo el guión. Leyó el título. *Sembrando pasiones* y preguntó: ¿Está bien?

—Una historia bastante mala —dijo Hakan dejándolo de nuevo sobre la mesita.

—Creo que la nuestra si es una obra maestra.

—Yo también lo pienso, cielo.

—¿Sabes? Con los contratiempos que he pasado siempre pensé que la vida real no era una novela turca. Pero lo nuestro me ha hecho cambiar de opinión. Esta historia sí es una novela turca.

FIN

OceanofPDF.com